

TATIANA
DE ROSNAY

TINTIA
RUSA



Lectulandia

Después de tres años del inesperado éxito internacional de su primera obra, basada en el misterio de sus orígenes familiares, Nicolas Duhamel no ha conseguido escribir ni una sola línea de su segundo libro. De ser un joven sin rumbo en la vida ha pasado a convertirse en un vanidoso escritor obsesionado por la fama que ha dejado de preocuparse por su familia y sus amigos.

Ahora todos, incluida su agente, le preguntan cómo va su nuevo libro y Nicolas no deja de mentir. Con la intención de alejarse para encontrar de nuevo inspiración viaja con su novia a Italia para pasar unos días en un lujoso hotel de la Toscana. Pero durante un fin de semana en el que espera encontrar paz y tranquilidad Nicolas deberá hacer frente a peligros y secretos que pondrán en juego su futuro.

Lectulandia

Tatiana De Rosnay

Tinta rusa

ePub r1.0

ArmandAthos 06.04.14

Título original: *Russian Ink*
Tatiana De Rosnay, 2014
Traducción: Damià Alou Ramis

Editor digital: ArmandAthos
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Este libro está dedicado a Héloïse y Gilles
(ellos saben por qué)
y a Sarah Hirsch
(también ella sabe por qué).*

A la memoria de:

Mi abuela, Natacha Koltchine de Rosnay
(San Petersburgo, 1914 - Sens, 2005)

Mi tío, Arnaud de Rosnay
(París, 1946 - estrecho de Formosa, 1984)

ANÓNIMO

*«Olvídate de los libros que quieres escribir.
Piensa solo en el libro que estás escribiendo».*

Henry Miller

*«No escribes porque quieres decir algo,
escribes porque tienes algo que decir».*

F. Scott Fitzgerald

VIERNES

15 DE JULIO DE 2011

«Todo es vanidad. Nada es justo».

William Thackeray

Cuando Nicolas llegó al Gallo Nero, tuvo la impresión de que aquello no era un hotel, sino un domicilio particular, una casa alargada de color ocre de tejado rojo oscuro y postigos verdes. Un poco más lejos se veían aparcados Lamborghinis, Ferraris, Porsches y Jaguars. Subió unas escaleras y se abrió la puerta. Una mujer esbelta, enfundada en un traje de chaqueta negro, pronunció su nombre como si fuera el sonido más seductor del mundo. Malvina y él cruzaron un vestíbulo que, más que el hall de un hotel, parecía la entrada de la acogedora vivienda de un amigo: suelos embaldosados, techos con las vigas vistas, una chimenea de piedra sobre la que colgaba el cuadro de un gallo, unos cómodos sofás blancos, unos cojines de colores vivos, plantas, mesitas bajas, pilas de libros y revistas. A través de los ventanales abiertos se podía ver la terraza iluminada con velas y oír un murmullo de voces, risas, el tintineo de los cubitos, un piano que interpretaba *La chica de Ipanema*. El Gallo Nero olía a canela y sol, a limón y lavanda, pero, sobre todo, a diversión y dinero.

Dos semanas atrás, en París, en un bochornoso día de principios de julio, Frédérique, una periodista de ojos azules que escribía para una revista femenina, una chica guapa que enseñaba los dientes al sonreír, había murmurado mientras almorzaban en el Cigale Récamier: «Nicolas, tienes que ir al Gallo Nero». Lo mencionó como si fuera el lugar ideal para una escapada de lujo. Un nombre fácil de recordar. El gallo negro. Nicolas se informó. Era un lugar exclusivo. Uno de esos sitios a los que acuden con discreción los más afortunados. Estaba ubicado en la diminuta isla delante de la costa de la Toscana, en una playa privada de rocas a la que se accedía mediante un ascensor tipo James Bond construido en el interior del acantilado. Contaba con un chef famoso, pistas de tenis y una piscina de agua salada con forma de riñón. Los precios eran escandalosos. Pero eso resultaba tentador. Anhelaba huir del asfixiante verano parisino. Y no había vuelto a la costa italiana desde 2003, desde que viajara con François, su mejor amigo. Llamó al Gallo Nero y la persona que le atendió le dijo en tono condescendiente:

—Lo siento, *signore*, no hay plazas para esa semana. Todo está reservado con meses de antelación.

Nicolas farfulló una disculpa y preguntó:

—¿Podría dejar mi nombre y mi número de teléfono por si se les quedara alguna habitación libre? Es el cumpleaños de mi novia y..., bueno...

Al otro lado del teléfono se oyó un suspiro. Nicolas lo tomó por un sí y murmuró:

—Nicolas Kolt.

Sin darle tiempo a decir el número, se oyó un gemido ahogado:

—¿Perdone? —dijo la mujer de manera entrecortada, como si algo la estrangulara—. ¿Ha dicho Nicolas Kolt? —Nicolas se estaba acostumbrando a eso, pero todavía no había comenzado a aburrirse—. ¿El escritor? ¿El autor de *El sobre*? *Signor* Kolt,

debería haberme dicho enseguida quién era. Naturalmente que tenemos una habitación para usted. De hecho, una de las más bonitas, con una preciosa vista del monte Argentario. ¿Cuándo querría venir, *signor* Kolt?

Llegaron al final de la tarde del jueves, con una abatida Malvina a remolque, después de un largo viaje. Habían volado desde el aeropuerto Charles de Gaulle de París hasta el Fiumicino-Leonardo da Vinci de Roma. Un chófer había ido a recogerlos y los había llevado por la carretera de la costa. Este viernes por la mañana, Malvina sigue dormida en un gran dormitorio que sin duda es precioso. Está decorado con elegantes tonos color arena y beis, con acuarelas de pueblos italianos y cortinas y colchas color crema. Rosas blancas, pequeños cuencos de higos y uvas. Un sobre con un saludo personal del director del hotel, el doctor Otto Gheza. Nicolas se levanta temprano, procurando no despertar a Malvina, y sin descorrer las cortinas se asoma al balcón, donde hay dos hamacas de playa, una mesa cuadrada de teca y unos laureles enmacetados. Se pone el bañador y el esponjoso albornoz que cuelga de la puerta del cuarto de baño y, en silencio, sale a desayunar a la terraza, no sin antes coger un cuaderno negro Moleskine y una pluma estilográfica negra Montblanc.

Nicolas no puede evitar observar que todo el personal, desde la gobernanta a cargo de la habitación hasta la doncella que le trae el agua mineral, parece conocer su nombre. Lo conocen y saben pronunciarlo perfectamente, a la rusa, con la o redondeada, como si supieran que es una abreviatura de Koltchine. Le sonrían, y sin embargo no percibe hipocresía en esas sonrisas, ni tampoco servilismo ni adulación. En el hotel hay pocas habitaciones, le ha explicado a Malvina durante el vuelo, apenas veinte. Cierra durante el invierno, pero está lleno desde abril hasta septiembre. Le ha explicado a Malvina lo que leyó en la página web, que el Gallo Nero lo concibieron en los años sesenta un piloto americano y una heredera romana que se enamoraron y construyeron esta villa sobre el mar. No tuvieron hijos, de manera que treinta años más tarde la propiedad se vendió a un rico italiano que la convirtió en un hotel. A Malvina eso le pareció romántico, tal como había imaginado Nicolas. Malvina tenía una gran fe en el romanticismo, un aspecto de su personalidad que él a menudo encontraba cautivador.

Bajo unos grandes parasoles cuadrados se ha servido un bufé para el desayuno. No se oye mucho ruido. Solo el zumbido de un aspersor, el gorjeo de un pájaro invisible y el apagado rumor de un avión, en lo alto del cielo sin nubes. A pesar de lo temprano de la hora, ya hay varios clientes desayunando. Instalan a Nicolas en una mesa que domina el paisaje y se sienta. Resplandece el mar, inmenso y turquesa, salpicado aquí y allá de yates, ferrys, cruceros. Le preguntan si prefiere té o café y él contesta que Lapsang Souchong. Al cabo de cinco minutos se lo sirven en una pesada tetera. Pasa junto a él un hombre de aspecto elegante, enfundado en un traje oscuro, que le asiente con la cabeza y pronuncia casi sin voz: «Que tenga un buen día, *signor*

Kolt». Nicolas le devuelve el saludo con la cabeza, preguntándose si será el director del hotel, el doctor Gheza, y si no debería haberle dicho algo, o al menos haberse puesto en pie. Da un sorbo de té, disfruta de su sabor a ceniza, saca su cuaderno del bolsillo y lo coloca sobre la mesa, delante de él, abriéndolo por la primera página. Lee sus últimas notas. Notas para el maldito libro que está intentando escribir. Notas que permitan dar la impresión, gracias a las cuales se pueda afirmar, con toda seriedad, sin lugar a dudas, que Nicolas Kolt está escribiendo su nueva novela, la que todos están esperando, la continuación, sí, ese libro. Notas que permitan que Alice Dor (su editora y agente francesa) y Dita Dallard (la agente de prensa) se sientan aliviadas. Notas para que Emma Duhamel, de soltera Van der Vleuten (su madre) se sienta aliviada. Notas para que Malvina Voss (su novia) se sienta aliviada. Notas para que Delphine Valette (su exnovia) y su hija (Gaïa Garnier), Elvire Duhamel y Roxane Van der Vleuten (sus tías) se sientan aliviadas. Notas para que Isabelle Pinson (banquera) y Corinne Beyer (asesora fiscal) se sientan aliviadas. Notas para que Agneta Sandström (editora sueca), Carla Marsh (editora americana), Ursula Berg (editora alemana), Lorenza Manfredi (editora italiana), Marije Gert (editora holandesa), Alina Vilallonga (editora española) etcétera, etcétera, y todas esas mujeres preocupadas que lo rodean, dentro y fuera del mundo editorial, se sientan aliviadas. Nicolas está escribiendo su nueva novela. Ved cómo garabatea sus notas, la expresión concentrada de su ceño fruncido, cómo su pluma se mueve febrilmente. Pero estas mujeres inquietas poco imaginan que su cuaderno está lleno de dibujitos y frases que no tienen sentido ni estructura, que son poco más que palabras enlazadas unas con otras, como las cuentas de un collar.

Nicolas recuerda el fluido proceso de escritura de *El sobre* y se siente culpable. Escribió su novela hace cuatro años, sobre la desvencijada mesa de la cocina de Delphine, en la rue Pernety, con Gaïa balbuceando a un lado, el hervidor silbando al otro y Delphine hablando por teléfono con su madre o con el padre de Gaïa. Nadie podía impedir que las palabras brotaran de él, que le salieran a borbotones con pasión, cólera, miedo y delectación. No hubo ni un momento en que su inspiración descansara. ¿Cuántas veces había contado su historia a los periodistas? Parecía que nunca se cansaban de oírla. ¿Es verdad que la idea de la novela se le ocurrió al ir a renovar el pasaporte?, le preguntaban, y le siguen preguntando. ¿Cómo podría contarles hoy Nicolas que no tiene ningún libro nuevo porque es incapaz de encontrar tiempo para escribirlo, porque lo que más le gusta es regodearse en la constante atención de los periodistas, en la constante adoración de sus lectores?

A la izquierda de Nicolas hay una pareja silenciosa y seria. Él los observa. Le gusta mirar a la gente, sus caras, su ropa, sus relojes. Desde temprana edad se ha fijado en los relojes. Pero ahora, con su reciente fama y la riqueza que la acompaña, también se fija en las marcas, los logos, las ropas, los zapatos, las gafas de sol, una

característica que le irritaba a su ex, Delphine. Durante los dolorosos momentos de su ruptura, ella no se cansaba de recordarle lo mucho que había cambiado. Lo engreído que se había vuelto.

El hombre está leyendo, la mujer se estudia las uñas. Franceses, diría. Cincuenta y pico. Él es un hombre esbelto, muy bronceado, con el pelo ya un poco ralo (cosa que sin duda le molesta). Lleva un reloj Bréguet. Una camisa azul marino con un cocodrilo verde. Madame exhibe esas mechas que tanto gustan a las mujeres que llegan a esa edad. Un rubio menopáusico. Un vestido camisero verde pálido. Se pregunta si habrán tenido relaciones sexuales recientemente. Con esa expresión tensa en torno a la boca no es probable que ella se corra a menudo. Y sin duda no con su marido, a juzgar por la manera en que aparta su cuerpo de él. El marido come cereales y bebe café. La mujer juguetea con una macedonia de frutas. Ha dejado de examinarse las uñas y contempla el mar. Una expresión nostálgica flota sobre su cara. Debió de ser una mujer guapa.

A su derecha, otra pareja. Más joven. Ella a lo mejor tiene treinta. Tipo mediterráneo, piel olivácea, hombros redondeados, pelo alborotado, imposible de peinar. Gafas oscuras, marca italiana. Él es de Oriente Próximo, rollizo, peludo, con un cigarrillo colgando del labio. Lleva un Rolex Daytona de esfera negra. Sobre la mesa se alinean tres teléfonos, como pistolas humeantes. Coge uno, habla en voz bien alta, mientras da caladas a un cigarrillo. La chica se levanta para admirar la vista. Tiene las piernas decepcionantemente cortas y gruesas, de tobillos robustos. Calza unos zapatos de plataforma con relucientes correas. Probablemente los guarda junto a la cama y se los pone incluso para ir a mear.

Nicolas escoge el desayuno. La profusión de comida le hace la boca agua. Escoge *birchermüesli*, melón y yogur. Los franceses se han marchado. Se dice que ojalá él nunca acabe así, paseando esa amargura. Se acuerda de Emma, su madre. Le inunda un sentimiento de culpa. Hace tiempo que no va a verla. Toma nota mental de que ha de llamarla. Cuando hunde la cucharilla en el muesli, imagina a su madre en el piso de la tranquila y empedrada rue Rollin, donde él creció. Hileras de libros forraban el pasillo, los periódicos se amontonaban en el estudio, el lejano fragor de la concurrida rue Monge llegaba a través de las ventanas abiertas, la literatura y el saber permeaban las paredes. Su madre estaba inclinada sobre un montón de exámenes y blandía su pluma roja. Sus trazos eran rápidos y seguros sobre el papel. Hoy la llamará, tiene que llamarla hoy, charlar un rato, encontrar un día para comer con ella, entre el acto de Singapur y la gira escandinava: la llevará a ese restaurante griego que tanto le gusta a ella. Él se quedará escuchando sus lamentaciones, su complicada e intermitente relación con Renaud, un divorciado tristón, sus dificultades con sus estudiantes de filosofía del Collège Sévigné, y pensará, como siempre, que su madre no aparenta los cincuenta y dos años que tiene, que todavía es encantadora, con sus

empañados ojos grises y su piel pálida que se sonroja cuando se enfada, y con ese marcado acento belga que nunca ha perdido a pesar de los treinta años que lleva en París. Su madre, que vive sola desde la muerte de su padre, hace dieciocho años. Nicolas es su único hijo. Ha tenido montones de amantes y a veces novios desastrosos, pero sigue sola, a pesar de la fluctuante relación con Renaud. Sabe que durante el almuerzo, en el que comerán musaka, ella se quedará mirándolo con esos ojos neblinosos y le preguntará: «¿Supongo que todo esto no te ha cambiado demasiado?». Y cuando ella diga «todo esto» dibujará unos gestos vagos y delicados en el aire, como si trazara burbujas con los dedos. Nicolas sabe que a menudo ve a su ex, Delphine. Que esta va a almorzar o a tomar el té con ella acompañada de su hija Gaïa, que ahora tiene trece años, la misma pequeña Gaïa que él vio crecer durante cinco años, y sabe que las tres se sientan en la cocina de Emma y hablan de él. Y dicen que ha cambiado. Sí, «todo esto» le ha cambiado. ¿Y cómo podía ser de otro modo?

Malvina hace su inesperada aparición en la mesa del desayuno. Tiene la cara hinchada por haber dormido tanto y en las mejillas se dibujan las marcas de la sábana, unas arrugas en la piel que le hacen parecer mayor. Se la ve extrañamente pálida.

—Feliz cumpleaños —dice él—. ¡Veintidós!

Ella le sonríe, él le alborota el pelo. Nicolas le pregunta si quiere zumo de naranja, té, un bollo. Ella asiente. Él se dirige al bufé. El hombre peludo sigue hablando por teléfono, apuñalando el aire con su regordete dedo índice. La morena de piernas cortas ha desaparecido. Nicolas y Malvina desayunan en silencio en el Gallo Nero. No hablan, pero se cogen de la mano. A Nicolas le gusta que los ojos de Malvina sean del mismo color que el mar que hay detrás de ella. Tiene la piel suave. Frágil. La ternura protectora que él siente por ella le lleva a apretarla la muñeca, a agarrársela del mismo modo que los acróbatas se cogen de la muñeca en el aire.

El regalo de cumpleaños de Malvina está en la habitación, en su equipaje. Se lo dará por la noche, mientras cenan. Es un reloj. Ha sido complicado localizar el que quería. Lo encontró por Internet y se reunió con el vendedor, un serbio con mucha labia, en el Grand Hotel Intercontinental, rue Scribe. ¿Por qué adora los relojes? Ahora le formulaban esa pregunta en casi todas las entrevistas. Y sin embargo fue divertido contestar la primera vez, hace dos años. La periodista era una rubia voluptuosa con una mirada astuta. En el hotel Ambassade de Ámsterdam, en la Herengracht, tuvo un maratón de entrevistas, *De Telegraaf*, *Algemeen Dagblad*, *De Volkskrant*. Marije, su editora, de vez en cuando abría la puerta del salón privado para comprobar cómo aguantaba. *El sobre* había alcanzado unas ventas inesperadamente altas en Holanda, antes incluso de que se estrenara la película. La prensa estaba impaciente por averiguar más de ese joven escritor francés que había convulsionado

el mundo editorial con una primera novela acerca de un secreto familiar.

—En todas las fotografías lleva un reloj diferente —comentó la rubia—. Y a veces lleva uno en cada muñeca. ¿Por qué?

Y así fue cómo se lo explicó. Su primer reloj se lo había regalado su padre, un Hamilton Khaki, cuando cumplió diez años. Tenía la esfera negra, doble indicador, grandes números árabes, del uno al doce, un círculo interior de numerales más pequeños, una ventanita con la fecha a las tres, una correa de cuero oscura, caja de acero inoxidable y un estilo militar serio y austero. «Los soldados llevaban este reloj en Vietnam», le contó su padre mientras Nicolas abría la caja con un respeto reverencial. Su primer reloj.

—El primer reloj nunca se olvida —le dijo a la periodista.

Su padre murió poco después. El Hamilton Khaki se convirtió en una reliquia. Un talismán. Nicolas no se lo ponía nunca, pero jamás lo perdía de vista. Cuando viajaba, lo llevaba con él. Lo contemplaba a menudo, y solo el hecho de mirarlo o tenerlo en la palma de la mano evocaba, como la lámpara de Aladino, la imagen de Théodore Duhamel durante su último año, cuando tenía treinta y tres y un aire imponente, erguido en toda su estatura junto a la chimenea de la rue Rollin, con el puro de rigor entre sus dedos largos y delgados. Su padre poseía un DOXA SUB de esfera naranja que no se quitaba nunca. Nicolas pensaba a menudo en ese reloj, que no se encontró tras la muerte de Théodore Duhamel.

—A veces llevo dos porque soy incapaz de elegir. Cada reloj cuenta una historia —le explicó Nicolas a la rubia—. Quién te lo regaló, en qué ocasión, cuándo. O si lo compraste tú, dónde y cómo. No me interesan los modelos que están de moda, aunque los admiro. —Se acordó del Rolex que le regaló a su madre para su cincuenta cumpleaños, un Oyster Perpetual de 1971, que llevaba la inscripción «Tiffany and Co» y que compró en la rue de Sèvres, en una de sus tiendas preferidas. Pero no lo mencionó, pues había aprendido a ser cauto con la palabra «Rolex», sobre todo delante de una periodista que llevaba un Swatch—. Prefiero un modelo más raro, difícil de encontrar, que esté un poco gastado, que no brille, como si le hubieran pasado cosas.

La rubia asintió.

—Entiendo —dijo—. Igual que su heroína, Margaux Dansor. Una mujer que ha viajado, ha visto mundo, pero que todavía tiene algo por descubrir.

Una jugada inteligente, observó Nicolas, unir su pasión por los relojes antiguos con su heroína de mediana edad, Margaux. Un joven de veintiséis años inventa un ama de casa de cuarenta y ocho y sale bien parado de la empresa. La convierte en un personaje creíble. La transforma en una de esas heroínas irresistibles y pintorescas, seria y alocada al mismo tiempo. Hija, esposa, hermana, madre, una chica que podría ser nuestra vecina. Un carácter de ficción que le hizo famoso en todo el mundo y al

que posteriormente dio vida en la pantalla Robin Wright en la adaptación de Toby Bramfield, una interpretación que le valió el Oscar en 2010. ¿Le gustará el regalo a Malvina? Nicolas la estudia mientras ella se come el bollo. Malvina es de piel cetrina, delgada, de proporciones perfectas. Es una mezcla de sangres: madre polaca y padre galés. No habla mucho. Todos sus gestos son intensos. Llevan nueve meses juntos. La conoció en Londres, en un acto en la embajada francesa, situada en Knightsbridge. Ella era una prometedor estudiante en el Royal College of Arts. Había asistido a su conferencia y se le acercó para que le firmara el libro. Había algo sereno y amable en su cara, en su sonrisa. Nicolas todavía se enfrentaba a las turbulencias del final de su relación de cinco años con Delphine. Tras una sucesión de mujeres sin rostro, una aventura tras otra, esa criatura morena de ojos azules le cautivó. La convenció para que cenara con él en un restaurante chino de Brompton Road. Durante la cena, ella mostró un humor irónico que hizo las delicias de Nicolas. Rio con ganas, casi se ahogó con su rollito de primavera, y por primera vez desde su relación con Delphine sintió un atisbo de esperanza de que hubiera una luz al final del túnel, de que esa chica encantadora podría ser la que le ayudara a olvidar a Delphine, o al menos a pasar página por fin. La llevó al hotel Langham de Regent Street. Ella le abrazó tan fuerte durante el sexo que eso lo conmovió profundamente. Cuando se quedó dormida en sus brazos, se sintió inesperadamente a salvo con ella, más a salvo de lo que se había sentido con ninguna mujer, desde Delphine.

A Nicolas le gusta que no sea una parlanchina. No estaría con ella si lo fuera. Mientras Malvina se sirve otro café, Nicolas reflexiona acerca de lo que supuestamente está haciendo allí, en el Gallo Nero. Escribiendo su nuevo libro, desde luego, pero también tomándose un descanso, merecido tras el frenético año que ha pasado. ¿Cuántos viajes ha hecho? Es incapaz de contarlos. Tendría que mirar el calendario para estar seguro. Viajes cortos por el país para asistir a ferias de libros, a firmas, a encuentros con estudiantes, a presidir premios literarios, y luego el mismo programa en el extranjero, en una docena de países distintos para las ediciones internacionales de *El sobre*, y, finalmente, el entusiasmo adicional del estreno de la película, el Oscar a Robin Wright, los maratones de prensa en Estados Unidos, en Europa, y las ediciones que han coincidido con el estreno de la película, que han vuelto a colocar el libro en la lista de *best-sellers*. Nicolas se había permitido una serie de caprichos que su editora y agente francesa, Alice Dor, no había aprobado. Esos anuncios para revistas de un perfume masculino, cuyas fotos se habían tomado en la costa de Naxos, donde se le ve medio desnudo, lánguidamente reclinado en un yate. El anuncio en blanco y negro de un reloj, que parecía adornar todas las revistas que abría. «¿Era necesario?», le había reprendido Alice Dor. «No me digas que necesitas más dinero». No, con treinta millones de ejemplares vendidos en todo el mundo y una película ganadora de un Oscar, no necesitaba más dinero. De hecho,

Corinne Beyer, su asesora financiera, estaba trabajando en ello. Si el dinero seguía llegando como hasta entonces, le anunció, tendría que ir pensando en vivir en un país que no fuera Francia por culpa de los impuestos.

Malvina y él regresan a la habitación. Ella es una amante tierna y dulce. Tan ardiente que a veces le hace llorar, aunque él sabe perfectamente que no la ama. Al menos no de la manera en que amaba a Delphine. Ella se recuesta en la cama y le abre sus rodillas bronceadas. Más tarde se duchan, y los frágiles omóplatos de Malvina le hacen pensar en otra ducha, en la piel lechosa de Delphine; ve sus manos posadas en sus caderas, en el cuarto de baño de la rue Pernety, se pregunta consternado si alguna vez volverá a amar a una mujer como amó a Delphine. Han pasado dos años. ¿Llegará un momento en que su nombre le suene como el de cualquier otra mujer? ¿Cuándo dejará de preguntarse si se ducha con otros hombres y quién le acaricia esa piel blanca? Ir de vacaciones al Gallo Nero fue una manera de quitarse a Delphine de la cabeza. ¿Por qué piensa en ella, entonces?

—Vamos a nadar, Malve —dice, apartando de la mente a Delphine y sus duchas con ella.

Bajan a la playa privada utilizando el ascensor de película de James Bond. Todo el personal viste de negro. Un camarero anuncia el nombre y el número de la habitación de Nicolas, los acompaña hasta otro que les ofrece unas tumbonas —*signor* Kolt, ¿una sombrilla, una toalla, a la sombra, no quiere sombra, cerca del mar, sobre el acantilado?— y he aquí que aparece otro camarero: ¿querría una copa, algo fresco, quizá?, ¿un periódico, un cenicero? Deciden colocarse cerca del mar, con una sombrilla, té helado, una Coca-Cola para Malvina y el *Libération* (del día anterior) para él.

La playa no es realmente una playa. No hay arena. No es más que un grueso bloque de cemento que recubre la parte inferior del acantilado, del que asoman sombrillas, hamacas, escalerillas de piscina y un trampolín. Más y más huéspedes salen del ascensor a medida que el sol asciende por el cielo despejado de julio. Nicolas los oye hablar y adivina de dónde son. Una pareja suiza, especialmente fascinante. Imposible determinar su edad. Entre los cuarenta y los sesenta. Él es calvo como una bola de billar, alto, encorvado, huesudo pero en forma. Ella es aún más alta, de carnes firmes, hombros anchos, escaso pecho y unas piernas realmente largas. El pelo corto y plateado. Nicolas los observa mientras disponen meticulosamente su ropa, sus toallas, revistas, cremas solares. No hablan entre ellos, pero Nicolas percibe una gran camaradería. El hombre lleva un bañador apretado. Ella, un traje de baño estilo olímpico. De repente los dos se ponen en pie, como dos pájaros grandes y escuálidos a punto de despegar. Ella se coloca un gorro de baño y se ajusta unas gafas de nadar en los ojos. Los dos se ponen aletas en los pies y se dirigen al borde de la masa de cemento con peculiar elegancia, en perfecta armonía, y Nicolas intuye que es

algo que se ha repetido una y otra vez a lo largo de los años. Se zambullen en el mar y comienzan a nadar a crol sin ningún esfuerzo. Nadan sin pausa y alcanzan el arrecife marrón, que debe de encontrarse más o menos a media milla. Cuando regresan, se duchan en las casetas de baño que hay al lado y reaparecen con un bañador seco cada uno. Cuando pasan junto a él, Nicolas observa el Girard-Perregaux Sea Hawk en la muñeca del hombre. Se dan cuenta de que Nicolas los mira y sonrían. Pasan los siguientes diez minutos aplicándose crema solar, primero a sí mismos y luego entre ellos, con movimientos precisos y seria concentración.

Ahora aparece una familia belga. Nicolas distingue fácilmente a los belgas a causa de su madre. El padre y el hijo son recios, pelirrojos, de piel encarnada. El hijo es de la edad de Malvina y ya está engordando demasiado. Tiene la nariz quemada por el sol y pecosa. Lleva un bañador de una marca francesa de moda. El padre es una versión más vieja de él, con el mismo bañador (rojo) y un reloj Blancpain Fifty Fathoms. La madre es una de esas mujeres ágiles y musculosas y lleva un bikini verde que le sienta muy bien. Lee un libro de bolsillo. Nicolas entrecierra los ojos, pero ya sabe cuál es. *De Envelop*, la edición en flamenco que salió con la película, en cuya portada aparece Robin Wright. También se está acostumbrando a eso, a encontrarse con sus lectores allí donde va. La hija tiene un cuerpo tipo pera, pero resulta atractiva. Auriculares en los oídos. Lee una revista. Las uñas mordidas hasta la carne. No tiene ni la mitad de personalidad que su madre. El padre reparte billetes de veinte euros a los camareros de negro. Sus gestos son elegantes y displicentes. *Grazie, prego*. Gestos de una mano rolliza y sonrosada.

Nicolas se recuesta en su tumbona, la cara vuelta hacia el cielo como un ávido girasol que absorbe la luz dorada, y ensancha las fosas nasales para captar el peculiar aroma del viento, cálido y seco, salpicado con el perfume de los cipreses y los pinos, ese perfume a limón y sal. El verano de 2003 fue la última vez que disfrutó de esa fragancia, durante su viaje a Liguria con François. Nicolas ha regresado a Italia (Milán, Roma, Florencia) desde que Huracán Margaux dio un giro a su vida en 2008 (así es como ha descrito el libro a los periodistas). Pero no había vuelto a la costa italiana. Recuerda el polvoriento tren nocturno de París a Milán, y luego el tren más pequeño de Milán a Camogli. Se alojaron en una pensión sin pretensiones que llevaba una jovial pareja de cincuentones canadienses, Nancy y Bob. Cuando llegaron a San Rocco, descubrieron que tenían que ir caminando hasta la casa (no había taxis ni coches) y arrastraron sus maletas por unos senderos diminutos y empedrados.

Camogli es también adonde su heroína, Margaux Dansor, llegó toda despeinada una mañana, siguiendo una pista en su búsqueda del secreto familiar que estaba a punto de alterar su vida. Margaux también había arrastrado su maleta —pam, pam, pam— todo el camino hasta llegar a la casa de piedra blanca. Nicolas sonrío, pensando en lo «contentísimos» que se habían puesto Nancy y Bob al descubrir que

aparecían en *El sobre*. En la novela los había llamado Sally y Jake, pero resultaban fácilmente reconocibles: Bob con su desenfadada coleta y su parche en el ojo que le daba un aire a lo capitán Jack Sparrow, y el culo a lo Venus Hotentote de Nancy, que provocó comentarios lujuriosos en voz baja entre François y él. En el libro, Nicolas describía la residencia de Bob y Nancy exactamente como era. Las paredes de colores dispares, la terraza embaldosada y torcida donde cada noche se tomaba un *limoncello* tras otro hasta que le entraban unas migrañas que parecían destrozarle el cerebro, transformando la asombrosa vista de la bahía en una imagen borrosa, como de pesadilla. Los dormitorios pequeños y frescos de altos techos, pintados de azul y verde, las indecisas cañerías, la cocina y sus aromas, la pasta fresca, el reluciente pesto, la mozzarella y los tomates sobre un lecho de rúcula. Los demás huéspedes eran una esteticista de Los Ángeles, demacrada y bronceada como una tostada crujiente, y su hija, tímida y con sobrepeso, que leía a Emily Dickinson a la sombra. En la película de Toby Bramfield, todos acababan pareciendo exactamente como Nicolas los había imaginado.

Nicolas de repente se pregunta cómo está François. ¿Cuándo fue la última vez que hablaron, que se sentaron a comer? Ni siquiera se acuerda. Eso es lo que pasa cuando vives así, permanentemente en un tren, en un avión, horas en salas de espera, demasiados mensajes a los que contestar, demasiados correos electrónicos acumulados, demasiadas invitaciones, proposiciones, peticiones. No tienes tiempo para ver a los amigos, a la familia, a la gente que importa. De nuevo la punzada de culpa. Debería llamar a François. Han sido amigos desde la adolescencia, cuando él todavía era Nicolas Duhamel e iba a clase al prestigioso Lycée Louis-le-Grand, y luego durante el extenuante bachillerato para especializarse en humanidades, la Khâgne^[1], donde Nicolas repitió segundo, convirtiéndose en lo que en el argot estudiantil se denominaba un «*khube*». Mientras François subía cada vez más alto, Nicolas no dejaba de tropezar, para desesperación de su madre. Aunque era consciente de en qué lío se estaba metiendo, desde el principio se había visto superado por el volumen de trabajo, el nivel de estrés permanente y el sarcasmo de los profesores. Aquello era parte consustancial de la exigente leyenda de los prestigiosos cursos de preparación literaria que su madre había aprobado de manera brillante en su juventud. Además de las clases y los deberes, Nicolas pasaba varias horas semanales completando laboriosamente exámenes escritos y orales (los llamados «*khôlles*», del francés *colles*, para que parecieran una palabra griega, igual que *khâgneux*). Pero no había nada ni remotamente divertido en aquellos exámenes orales, que pronto se convertirían en la pesadilla de Nicolas. Una hora para preparar una breve disertación sobre un tema concreto. Y luego, en veinte atroces minutos, tenía que presentar oralmente su trabajo a un cáustico profesor. François sobresalía en los temidos *khôlles*, e incluso el profesor más severo tenía que inclinarse a

regañadientes ante tal supremacía. François jamás mostraba signos de desaliento o apatía, al contrario que Nicolas, que perdió peso, el sueño y el ánimo. Igual que un piloto de caza esquivando misiles, François se dirigía triunfante hacia el examen nacional tremendamente competitivo que le esperaba, el Santo Grial de un *concours* que solo una pequeña élite aprobaría. Desde el primer momento Nicolas supo que él no albergaba esa ambición. François sí, y era consciente de ser la pepita de oro que siempre buscaban con ahínco esas escuelas, la raza que acababa formando profesores, catedráticos y futuros ganadores del Premio Nobel. La primera vez que Nicolas suspendió el examen final, en el que ni siquiera se acercó a la tierra de nadie de la categoría de los «*sous-admissible*», aquellos a los que se concedía una segunda oportunidad, François ya formaba parte del firmamento de la *École Normale Supérieure* de París y le apodaban «Ulm» porque ésa era la calle en la que vivía.

El viaje a Italia había sido una manera de hacer las paces, de volver a encauzar su amistad tras la tensión del bachillerato y el fracaso de Nicolas. François ganaba un salario como orgulloso alumno de la *École Normale*, mientras que Nicolas seguía esforzándose cada vez con menos entusiasmo, aún vivía en casa de su madre y apenas conseguía llegar a fin de mes impartiendo clases de filosofía a alumnos que asistían de mala gana. François era el que había triunfado, aquel al que todo le resultaba fácil. Pero todo eso cambió tras la irrupción de Huracán Margaux, cinco años después. Exceptuando a François y a Lara, los únicos amigos del pasado que siguen formando parte de su vida, las nuevas amistades de Nicolas proceden todas del mundo editorial. Escritores, periodistas, editores, agentes de prensa, libreros. Se los encuentra en los actos literarios, en los programas de radio y televisión, en los cócteles, presentaciones de libros, clubes nocturnos. Tiene su dirección de correo electrónico, sus números de móvil, es amigo suyo en Facebook y seguidor en Twitter. Los abraza, les da una palmada en la espalda, les alborota el pelo, pero muy pocos son realmente íntimos. Se emborracha o se coloca con ellos, de vez en cuando se acuesta con una o dos de esas mujeres, pero ¿qué saben de él, aparte de lo que pueden espigar en los periódicos o en Twitter? No saben nada. Y a su vez él no sabe nada de ellos. Fugazmente se da cuenta de la vacuidad de su vida, del hecho cruel de que todo el mundo conoce su nombre pero que, en realidad, está solo.

Cada vez que Nicolas se acuerda de François, como ahora, mientras pasea la mirada por este mar espléndido y los huéspedes toman el sol y los camareros le sirven bebidas y fruta, se enfrenta a sus carencias como amigo. ¿Acaso no ha decepcionado a François? ¿Acaso no dejó de llamarlo, de tener intención de llamarlo, posponiéndolo siempre hasta el día siguiente y luego finalmente olvidándose? Sin embargo, François había sido el hermano que nunca tuvo, con quien iba a las clases de judo y de tenis, aquel en el que podía confiar cuando las chicas se convirtieron en una obsesión, el que le dio apoyo cuando su padre murió. François tenía la cara seria

y alargada y llevaba gafas, incluso de pequeño, y los adultos confiaban en él, cosa que había resultado útil cuando eran niños y se permitían diabólicas travesuras. El «incidente del queso», por ejemplo. El director, el odioso monsieur Roqueton, había castigado a Nicolas por no haber entregado otra vez sus deberes. Durante la pausa para el almuerzo de un sofocante día de verano, François se dirigió con aire inocente al despacho de monsieur Roqueton armado con un apestoso camembert. Hábilmente desenroscó el auricular del antiguo teléfono del director e introdujo trocitos de queso antes de volver a colocarlo. Unos días más tarde, el hedor era insoportable. No se podía utilizar el teléfono sin que te entraran arcadas. Nicolas sonríe y casi suelta una carcajada al recordarlo. Nunca les cogieron. Fue un triunfo.

Hay otro recuerdo que Nicolas ha conservado todos estos años. Granville, Normandía, verano de 1999. Nicolas y François tenían diecisiete años. Los padres de François poseían una casa blanca y marrón de entramado de madera, con un jardín en pendiente que llegaba hasta la playa. Cada verano, en agosto, Nicolas iba a pasar dos semanas con la familia Morin. Se sentía uno de ellos. François tenía dos hermanas pequeñas, Constance y Emmanuelle, y un hermano mayor, Victor. Sus padres, Michel y Odile, daban una fiesta de verano cada año mientras Nicolas estaba con ellos. Asistía un centenar de personas. Las chicas se ponían sus vestidos de verano más bonitos. Odile iba a la peluquería. Michel exhibía su bronceado, sus tejanos blancos preferidos y una camisa vaquera abierta hasta el ombligo. Victor, Nicolas y François llevaban unas camisetas limpias y pantalón corto. Un verano cayó un chaparrón y la fiesta se celebró en el interior de la casa, con la diversión añadida de estar todos apretujados. Pero aquel verano, el verano que Nicolas y François nunca olvidarían, Odile invitó a una nueva pareja del pueblo, Gérard y Véronique, que se presentaron con una amiga suya de París, Nathalie. Las mujeres tenían treinta y pocos años, el marido era un poco mayor. Véronique era regordeta y rubia. Nathalie era alta, esbelta y morena, con las piernas más largas que Nicolas había visto nunca. Las dos llevaban el mismo tipo de vestido ajustado en diferentes colores; negro el de Véronique y blanco el de Nathalie. Gérard se puso a hablar con los mayores, pero Véronique y Nathalie cogieron su copa y cruzaron el jardín para dirigirse a la playa, donde delicadamente se quitaron sus sandalias de tacón alto. El sol se ponía y teñía el mar de rojo. No había nadie en la playa. Las dos jóvenes hicieron un gesto con la mano a Nicolas y François, indicándoles que se acercaran. Durante un rato, los cuatro permanecieron en la arena charlando. Cuando se vaciaron las copas, Nicolas fue corriendo a la casa y trajo una botella de champán escondida bajo la camiseta. El sol desapareció y la oscuridad dibujó incitantes sombras a su alrededor. Nathalie, la morena de largas piernas, fumaba un cigarrillo, que sujetaba delicadamente entre sus dedos finos y dorados. Desde donde estaban sentados podían oír la música y las risas de la fiesta. Nathalie quiso saber si tenían novia. Aquello avergonzó a François, que

tenía menos éxito con las chicas que Nicolas. Véronique, la rubia, les preguntó a continuación, en voz baja e íntima, hasta dónde habían llegado sexualmente con las chicas. Nicolas observó lo cerca que estaban de ellos las dos mujeres, cómo los muslos bronceados de Nathalie rozaban su pantorrilla desnuda cada vez que se movía. En aquella luz azul y suave, el canalillo de Véronique era una hendidura profunda y lechosa. Él les contestó con franqueza que todas sus novias habían sido del *lycée*, chicas de su edad. Hasta entonces había hecho el amor con seis, en las fiestas, en el estupor de la borrachera, en el cuarto de baño o en algún dormitorio. Solo una de ellas había resultado una sorpresa agradable, dispuesta a intentarlo todo con la feroz energía de una estajanovista. Una vez pasó la novedad, Nicolas la encontró agotadora. Las dos mujeres que aquella noche estaban en la playa con ellos jugaban en otra liga. Exhalaban una sensualidad misteriosa y lánguida. «¿Tu novia te besa así?», murmuró Véronique, y antes de que François pudiera responder colocó sus labios en los suyos, al tiempo que el brazo sedoso de Nathalie se enroscaba en el cuello de Nicolas. A continuación también le besó, de una manera que en nada se parecía a como lo habían besado hasta entonces. ¿Podían verlos desde la casa?, se preguntó por un momento, mientras acariciaba la suave piel que había bajo el vestido de Nathalie, extasiado. De repente, era Véronique quien estaba en sus brazos, mientras que Nathalie había pasado a besar a François. Nicolas cedió a aquella nueva boca que se apretaba contra sus labios. No pudo resistirse a tocarle los pechos, y cuando ella le llevó sus labios a la plenitud de sus senos, Nicolas pensó que iba a desmayarse de éxtasis. Se preguntó qué habría pasado si el marido de Véronique no hubiera comenzado a llamarla desde el jardín. ¿Los había visto? Se levantaron todos rápidamente, sacudiéndose la arena de la ropa. Las mujeres se arreglaron el pelo con una risita. Nicolas estaba mareado y casi tropezó. François estaba blanco, los labios hinchados y rojos. Parecía a punto de desmayarse. Las mujeres, como si tal cosa, recogieron sus copas y sus zapatos y regresaron tranquilamente a la casa, del brazo, gritando alegremente a Gérard que iban de camino. François y Nicolas esperaron un poco antes de volver a la fiesta. Cuando aparecieron, nerviosos y sonrojados, Gérard, Véronique y Nathalie ya se habían marchado. Nicolas no volvió a verlas, pero supo que jamás olvidaría aquella noche. Durante años, solo tenía que susurrarle «Granville» a François con una sonrisa cómplice y el recuerdo de aquella velada regresaba intacto.

Nicolas se levanta para darse su primer baño. Ya le mandará un mensaje de texto a François más tarde. Contempla a Malvina, acurrucada bajo su sombrilla, como un animalillo, profundamente dormida. Se la ve todavía pálida. Nicolas se zambulle en el mar y cuando sale a la superficie para respirar, se da cuenta de que jadea con una mezcla de placer y alegría, el placer de la aterciopelada caricia en su piel, la alegría de experimentar de nuevo la mismísima sensación que había echado de menos desde

Camogli. Aquí el agua enseguida cubre. Es absolutamente transparente. Nicolas ve el lecho marino, pavimentado de piedras pálidas y ovaladas y de pececillos plateados que pasan veloces. Extiende los brazos y las piernas como una estrella de mar y flota en la superficie. Bajo el agua, sus oídos distinguen el tranquilo tartamudeo de una barca cercana.

Tres días. Tres dichosos días. Tres días solo para él. En este refugio hermoso y tranquilo. Ese azul. Nadie sabe dónde está. Ni siquiera lo ha contado en Twitter, y se ha reprimido de colocarlo en el muro de su Facebook. Si fuera necesario, podría hacerlo con su BlackBerry.

—Que tenga un buen relax, *signore* —dice el asistente que hay en la playa con una radiante sonrisa mientras le extiende la toalla sobre la tumbona. Tres días fingiendo que escribe su libro. Tres días de indolencia.

Malvina abre un ojo mientras él se seca.

—Deberías ir a nadar —dice.

Ella se encoge de hombros.

—No me encuentro demasiado bien.

—¿Puede que por algo que hayas comido?

—Puede.

Malvina vuelve acurrucarse en su tumbona.

Se acerca el mediodía. El sol cae a plomo. Llegan la morena de pelo crespo y el tipo peludo. Él sigue hablando por teléfono (¿alguna vez se lo despega de la oreja?) y ella avanza en un trotecillo sobre sus relucientes zapatos de plataforma. Cuando han decidido dónde sentarse y les han entregado las toallas blancas y negras en las que hay estampadas las letras GN, se pone en pie. De manera lenta y seductora, se quita la parte superior del biquini, igual que Rita Hayworth cuando se despojó del guante. Tiene los pechos redondeados y respingones, con unos pezones de un rojo oscuro. Sus pechos no son falsos, sino reales y espléndidos, de esos que siempre se bambolean un poco y que Nicolas se imagina metiéndose frenéticamente en la boca. La mujer comienza a untárselos con aceite solar y Nicolas apenas se puede creer que esté haciendo eso, ahí y entonces, con esos movimientos lentos y deliberados. Todos los hombres la miran. El personal parece petrificado, sudando bajo sus camisas negras. El belga se sonroja aún más, el suizo se ajusta las gafas de sol, el francés se queda mirándola con tanto descaro que su mujer le da un codazo en las costillas. Solo el acompañante de la chica parece inmune a la escena. Nicolas casi se deja los ojos justo antes de que Malvina se dé cuenta.

Nicolas ha aprendido a ser precavido delante de Malvina. El carácter apasionado de ella alberga unos celos intensos pero callados. Capta la señal más remota de lo que considera un peligro: una admiradora demasiado entregada, una lectora demasiado amistosa o simplemente una chica guapa. Cuando Malvina se fue de Londres hace

dos meses, abandonando sus estudios y todos sus amigos de allí para irse a vivir con él a París, a la rue du Laos, Nicolas descubrió que estaba enfermizamente obsesionada con su pasado, con su relación con Delphine. Se dio cuenta de que era imposible hacerle comprender a Malvina que Delphine y él habían sido amigos los últimos dos años, desde su ruptura, y que necesitaba ese vínculo especial con su ex. Malvina es incapaz de entender cómo puede ser «amigo» de Delphine. Está convencida de que Nicolas y Delphine siguen siendo amantes. Y de que cualquier mujer razonablemente atractiva supone una amenaza a su relación con Nicolas.

Como resultado, su BlackBerry ni suena ni vibra. Él se anda con mucho ojo. Renunció a su amado iPhone cuando comenzó a salir con Malvina en 2010. El iPhone 3GS, le dijo a un simpático periodista en Oslo, es un desdichado dispositivo si tienes a una pareja celosa que te espía. Los mensajes con foto aparecen inmediatamente en la pantalla, junto con el nombre de la persona que los envía, y también las llamadas perdidas. «Pásese a la BlackBerry si tiene secretos que guardar», le había contestado él con una risita. Malvina no había visto el artículo del noruego con esa cita literal y una foto de él esgrimiendo una BlackBerry sobre un chupito de Løiten Linie Akevitt. Un pequeño milagro, teniendo en cuenta que se pasaba horas siguiéndole la pista por Internet, comprobando todos los comentarios que colgaba en Facebook y Twitter y, peor aún, todos los comentarios que colgaban las mujeres como respuesta. Ciento cincuenta mil seguidores en Twitter y más de doscientos cincuenta mil en su página de admiradores de Facebook, con lo que Malvina estaba realmente ocupada.

La única señal que advierte de la entrada de un mensaje de texto o un email es una pequeña luz roja que parpadea. La pantalla permanece negra. En ella no aparece nada. Su BlackBerry está protegida por un código que él cambia constantemente. Sabe cómo echar un vistazo al teléfono rápidamente, cuando Malvina está ocupada con otra cosa. Es una batalla diaria y arriesgada. Sabe cómo colar a escondidas la BlackBerry en el lavabo, metida dentro de la manga como si fuera un alijo de drogas. En la intimidad del retrete sabe cómo examinar sus correos electrónicos, sus mensajes, comprobar su página de Facebook, examinar los tuits. Esta mañana, mientras Malvina va al lavabo (cosa que le concede entre cuatro y cinco minutos), rápidamente se da cuenta de que hay nuevos correos en su cuenta privada: uno de Alice Dor, su editora francesa, otro de Dita Dallard, su agente de prensa, y uno de Bertrand Chalais, un periodista francés que es amigo suyo. Y otro de un amigo escritor, Patrick Treboc, con el que a veces se va de juerga. Y en su otra cuenta de correo, la que utiliza para su página web, hay unos cincuenta mensajes de los lectores, procedentes de todo el mundo. Al principio, cuando el libro acababa de salir y no figuraba entre los más vendidos ni había sido traducido a tantos idiomas, solía contestarlos todos. Cuando empezó a recibir correos, resultaban una gratificante sorpresa. Pero cuando los mensajes comenzaron a llegar en tropel, a medida que el

libro se publicaba en más y más países, alcanzaba más listas de ventas y, sobre todo, cuando se estrenó la película, comprendió que no daba abasto. «Contrata a un ayudante que conteste por ti», le sugirió otro amigo escritor, pero a Nicolas eso no le pareció bien. «Simplemente léelos y no contestes», le dijo otro. Y eso fue lo que acabó haciendo.

Esta mañana, el elemento más importante de la BlackBerry de Nicolas es el logo azul con manchas de la pantalla. Un mensaje. Sabe que es de Sabina. Ahora no tendrá tiempo de contestar, pero lo lee deprisa (con el corazón acelerado) y lo borra de inmediato. *Estoy desnuda, hace calor en mi habitación y pienso en ti. ¿Quieres que te diga lo que estoy haciendo ahora mismo, Nicolas?* Tiene que borrar todos los mensajes de Sabina en cuanto los lee. No hay otra opción.

El pasado abril. En Berlín. Una firma de libros en la Dussmann das KulturKaufhaus de la Friedrichstrasse. Ella llevaba un buen rato haciendo cola pacientemente. Le había entregado su ejemplar de *Der Umschlag* (la edición alemana, con la cubierta color sepia y tipo postal de Camogli en los años cincuenta, el mar entrevisto, la aldea junto al acantilado, el verde tinta de los cipreses). Él le había dicho, de manera desabrida: «¿Su nombre, por favor?», como hacía siempre, y ella había contestado: «No es para mí, es para mi marido. Se llama Hans». Había algo en sus ojos. Era una rubia cenicienta enfundada en una gabardina. Quince años mayor que él, intuyó. Guapa, de rasgos felinos, sonrisa menuda. Le recordaba a Charlotte Rampling en *El portero de noche*. Le había firmado el libro. Cuando se dio la vuelta, la mujer rápidamente le colocó un papelito en la mano. Entonces desapareció, y el siguiente lector ya le estaba entregando su libro. No tuvo tiempo de leer el papelito hasta veinte minutos más tarde, cuando su editora alemana, Ursula, consiguió llevárselo de la serpenteante cola de lectores para tomarse un breve descanso. Lo único que había escrito en el papelito era una serie de números que inmediatamente reconoció. Un PIN de BlackBerry. BBM, mensajes instantáneos.

Aquella misma noche, tras una interminable velada en el Institut Français de Kurfürstendamm con un periodista pelmazo que le formulaba las preguntas más evidentes, las que ya no soportaba contestar, pero no le quedaba otro remedio (¿Hasta qué punto lo que aparece en el libro está basado en su vida? ¿Alguna vez ha encontrado una carta así en la vida real? ¿El personaje de Margaux Dansor se basa en su madre? ¿Cómo reaccionó su familia cuando se publicó el libro? ¿Toby Bramfield compró los derechos la misma semana en que se publicó? ¿Es cierto que tiene usted un cameo en la película? ¿De qué va su segundo libro?), por fin pudo regresar, muy tarde, a la refinada intimidad de su suite del Ritz-Carlton de la Potsdamer Platz. Se quitó los zapatos de una patada, puso en marcha la televisión, recorrió los canales de noticias de madrugada y los pornográficos, hurgó en el minibar en busca de champán y se despatarró en el sofá, apartando cajas de bombones, tarjetas de bienvenida,

cestos llenos de exquisiteces y libros para firmar para el equipo de vendedores. Era demasiado tarde para llamar a Malvina. Lo haría por la mañana. Sacó el papelito del bolsillo y se quedó mirándolo un rato. En la pantalla del televisor había un trío frenético que se lo montaba con entusiasmo. Quitó el sonido, dio un sorbo de champán y los observó otro rato. A continuación tecleó el PIN del BBM en su teléfono.

Sabía que no debía hacer eso. Esa mujer felina de ojos verdes solo auguraba problemas.

Los periodistas parecían fascinados, de una manera casi mórbida, por la muerte de su padre en 1993, como si ese episodio representara el núcleo de su personalidad, su esencia. Anhelaban saber todos los detalles del día en que perdió la vida, o, mejor dicho, el horror del preciso momento en que su padre desapareció, cuando comprendieron que no regresaría, y cómo Nicolas, que por entonces solo tenía once años, había vivido ese trauma. Antes de Huracán Margaux, Nicolas no había comentado la muerte de Théodore Duhamel con nadie, ni siquiera con su ex, Delphine. Le resultaba difícil escoger las palabras adecuadas, era una extraña sensación notarlas en la boca por primera vez, como si fuera un plato desconocido que su paladar rechazaba. Pero entonces descubrió, con una suerte de secreto placer, que cuantas más entrevistas daba, más adquiría Théodore Duhamel una existencia nueva y virtual, un inesperado renacimiento. Sus palabras resucitaron a su padre, le dotaron de carne, apartaron el polvo del desolado manto de rigidez que se había posado con el paso del tiempo, exhibiendo la imagen triunfante y verdadera de lo que había sido Théodore Duhamel. «Mi padre era mi Gatsby», le confió una vez a uno de sus primeros entrevistadores, y Dios sabe cuántas veces esa frase ha sido citada, copiada y tuiteada. Cuando le pidieron que describiera a Théodore Duhamel, Nicolas no supo qué decir. ¿Cómo describirlo? Mencionar su estatura, el fuego de sus ojos azules, su barbilla cuadrada, sus brazos y piernas largos y desgarrados no era suficiente. Incluso las fotografías de Théodore Duhamel posando con Nicolas, cuando este tenía seis años, delante del abollado pero elegante Jaguar Type E color plateado, con un puro brotando de la blancura de su sonrisa, o a horcajadas en su catamarán negro Hobie Cat, en la playa de Miramar de Biarritz, no era suficiente. Describir la manera en que las mujeres observaban a su padre, en que todas las mujeres, jóvenes y maduras, se quedaban mirándolo. Nicolas sospechaba que los periodistas nunca comprenderían la complejidad de la personalidad aparentemente risueña de Théodore Duhamel, simplemente porque nadie, ni siquiera su mujer o su hijo, la había comprendido. Théodore Duhamel era un centelleante cometa que atravesó con su fuego el frágil lienzo de la infancia de su hijo, un Alpha y un Omega de interrogación y perplejidad, una atractiva esfera de incertidumbre, una tierra de nadie en el claroscuro donde la leyenda y la realidad se entrelazaban. «¿Es cierto que su padre no tiene tumba?», era la pregunta que más le formulaban. Y Nicolas respondía de manera invariable: «Bueno, su nombre figura en la lápida de mis abuelos del cementerio de Père-Lachaise, pero su cuerpo nunca fue encontrado, con lo que, técnicamente, sí, el cuerpo de mi padre no está enterrado en ninguna parte».

El primer recuerdo que Nicolas tenía de su padre era su voz. Una voz nasal, sonora, a veces irritante, que resonaba en su oído como el vivo repicar de una campana. ¡Y su risa! Aguda, sensual, a veces reducida a un breve aullido o bufido.

Pillaba a la gente por sorpresa. Théodore Duhamel la utilizaba como arma. Nicolas descubrió que la esgrimía con astucia en situaciones delicadas, con profesores que estaban de los nervios, dependientes descorteses, fríos banqueros. Casi siempre funcionaba. Pero ese ardid enfurecía a su madre y a su abuela. A ellas no las engañaba. Cuando Théodore Duhamel le guiñaba el ojo a su hijo en la mesa, poniendo una burlona mueca de tristeza, como para indicar: «¡Mujeres!», Nicolas temblaba de orgullo; sí, los dos formaban un equipo, el equipo secreto que componían solo él y su padre, como Paul Newman y Robert Redford en *Dos hombres y un destino*, la película preferida de su padre. Él era Sundance, su padre era Cassidy.

¿A qué se dedicaba su padre? Desde el principio, Nicolas comprendió poco a poco hasta qué punto el trabajo de su padre estaba envuelto en el misterio. Su padre no salía de casa cada mañana vestido de traje y corbata y portando un maletín, como el de François, ni se despedía de su mujer en la entrada con un beso. Era la madre de Nicolas, Emma, la que salía de casa cuando aún era de noche, con un trozo de cruasán desmigajándose entre sus dedos, apresurándose para no llegar tarde a sus clases. Théodore Duhamel no aparecía hasta las diez, y los ojos hinchados que exhibía por las mañanas era otro de los primeros recuerdos de Nicolas. «¿A qué se dedica papá?», le preguntó a su madre cuando tenía ocho o nueve años, pues nunca sabía qué poner en la casilla de los impresos escolares donde había que anotar la profesión del padre. «Mmm», reflexionaba su madre, «¿por qué no se lo preguntas a él?». (Nicolas podría haberse imaginado cualquier cosa, pero ¿no había siempre una sonrisa en los labios de su madre?). De manera que, obediente, Nicolas se lo preguntó directamente a su padre mientras este veía las noticias con un vaso de whisky en la mano, y le contestó, sin despegar los ojos de la pantalla: «No te puedo explicar a qué me dedico. No se puede reducir a una palabra». Nicolas sintió un nudo en la garganta. ¿Qué iba a decir en la escuela? ¿No podía dejar esa casilla en blanco y escribir simplemente: «Profesión de la madre: Profesora»? ¿Realmente necesitaban saber cómo se ganaba la vida su padre? Al final Théodore Duhamel le lanzó una mirada a su hijo, observó su angustia y apuró su whisky saboreándolo. «Simplemente pon empresario, Sundance. Eso bastará». Nicolas asintió. «¿Cómo se escribe?». Su padre se lo deletreó lentamente. Nicolas no tenía ni idea de qué significaba. Preguntó, vacilante: «¿Qué es un empresario?». Su padre se sirvió otro whisky e hizo caso omiso de la pregunta. Tras un momento de silencio, contestó: «Si alguien te pregunta, dile que no puedes dar detalles porque es demasiado peligroso». Bajó la voz hasta que no fue más que un susurro. Nicolas sintió un estremecimiento en la espina dorsal y asintió. Posteriormente buscó «empresario» en el diccionario: «Persona que organiza y gestiona una empresa comercial, sobre todo la que incluye un riesgo comercial». La definición dejó a Nicolas aún más desconcertado. Su padre no tenía oficina. El comedor era su guarida. Se pasaba horas allí sentado, mirando la

televisión aunque estuviera apagada y fumando un puro.

Invariablemente, ese olor amargo le hacía pensar enseguida en su padre. Théodore Duhamel era muy exigente en cuestión de puros. Solo los compraba en la tienda Davidoff de la avenida Victor Hugo, donde se pasaba horas escogiendo entre un Monte Cristo N°2 Obus, un Upmann Sir Winston o un Hoyo de Monterrey Magnum 50. A Théodore Duhamel no le gustaba que le interrumpieran mientras escogía. Solo el vendedor o alguna mujer hermosa. Nicolas observó que en la tienda a menudo había mujeres hermosas. Esperaban, aburridas y bellas, a que los caballeros generalmente bajitos, calvos y feos que las acompañaban ultimaran su elección también lenta. Nicolas había observado a menudo a su padre charlar con esas mujeres. Con toda ingenuidad, le entregaba una mano a la mujer, y a veces esta lo acariciaba de una manera lenta y extraña, se decía Nicolas. A menudo, su padre le entregaba su tarjeta a algunas mujeres, siempre a escondidas del hombre gordo y calvo. La tarjeta de su padre era elegantísima. Las letras eran rojas, en negrita: *Théodore Duhamel, Empresario Internacional*. Nicolas con frecuencia le oía al teléfono mientras Emma estaba fuera; utilizaba una voz melosa y susurrante y palabras como «hermosura», «preciosidad», y había visto cómo su padre miraba a las mujeres por la calle, el repaso que les echaba, la sonrisa en sus labios. ¿Su madre lo sabía? ¿Le importaba?

Théodore Duhamel tenía un acólito comercial, un tipo al que Nicolas había visto por su casa desde que era pequeño. Se llamaba Albert Brisabois, pero su padre le llamaba siempre Brisabois a secas. Era un tipo bajito y recio de barba aborregada y pelirroja, con barriguita. Cuando Nicolas volvía a casa del colegio, Brisabois y su padre generalmente estaban encerrados en el comedor. Salía humo por debajo de la puerta cerrada. De vez en cuando, por encima del suave murmullo de las voces se oía el sonoro bufido de su padre. Y al llegar su madre le echaba una mirada a la puerta cerrada, enarcaba las cejas y decía: «Mmmm... Tu padre está trabajando. No hagas ruido». (Nicolas podría haberse vuelto a imaginar cualquier cosa, pero ¿no era eso otra discreta sonrisa?). Compartía una silenciosa cena con su madre en la cocina, los dos solos, cosa que le gustaba bastante, mientras Théodore Duhamel y Brisabois proseguían su conversación. «¿De qué hablan?», le preguntó una vez a su madre cuando la sonora carcajada de su padre resonó por el pasillo. «De negocios», le soltó ella sin pensar mientras tomaban una sopa de puerro y patata. Y Nicolas se quedó cavilando acerca de qué quería decir realmente eso de «negocios».

Un sábado, Nicolas y su padre caminaban por los Campos Elíseos camino de Pizza Pino. Théodore Duhamel de repente soltó un grito ahogado y una terrible palidez le cubrió la cara. Empujó a su hijo a un lado y se escondió. «Sundance, acabo de divisar a un enemigo. Tenemos que ocultarnos». Al principio Nicolas pensó que su padre estaba bromeando, pero en su cara había una expresión de auténtico espanto y

estaba tan pálido que se asustó. Su padre lo empujó al interior de la tienda más cercana y fingió examinar unos pañuelos de seda para el cuello con gran interés. Nicolas lo imitó. Con un gesto de la mano, le indicó a la obsequiosa dependienta que no necesitaba ayuda. «Haz lo que quieras, pero no te vuelvas». La voz de su padre era normal, un pelín apagada, pero su lividez resultaba aterradora. Nicolas se quedó mirando los pañuelos (años más tarde todavía puede recordar el estampado rosa y morado, algo que su madre jamás se habría puesto) y le pareció que permanecieron allí horas, petrificados. Finalmente, tras una eternidad, su padre murmuró: «No hay moros en la costa. Larguémonos de aquí». Abandonaron la tienda de la mano, la vista humillada, el cuello del abrigo de su padre subido, como un escudo. El color de la tez de Théodore Duhamel volvía a ser normal y Nicolas se sentía aliviado. Théodore Duhamel entró apresuradamente en Fouquet's, bajó un tramo de escaleras arrastrando a Nicolas y dejó a su hijo en una butaca. «Espérame aquí. No tardaré mucho». Su padre se metió en una cabina telefónica. Nicolas oyó su voz con toda claridad. «Brisabois. Soy yo. Lo he visto en los Campos Elíseos». Un largo silencio. «¿Qué cojones vas a hacer? ¿Has pensado en las consecuencias? ¿Las has pensado de verdad? ¿Tienes la menor idea de lo que...?». Otro largo silencio. «Pido a Dios que tengas razón». Entonces colgó con gran estrépito, como para transmitirle su enorme irritación a Brisabois al otro lado de la línea. Tras ingerir su pizza Regina de rigor, mientras volvían a casa en metro (Théodore Duhamel rara vez conducía el abollado pero elegante Jaguar por la ciudad, solo cuando salía de ella), Nicolas preguntó tímidamente a su padre a quién había visto. Este le sonrió y le dijo: «Todo está bajo control. No te preocupes». Pero Nicolas estaba preocupado. Cuando llegó a casa, no le dijo ni una palabra a su madre de lo que había pasado, aunque se moría de ganas.

Otro misterio era la relación de su padre con su madre. Tras la muerte de su marido, Emma Duhamel había afirmado (y Nicolas se lo había oído decir) que Théodore Duhamel había sido el amor de su vida. Pero de los once años que Nicolas convivió con su padre conservaba pocos recuerdos de un matrimonio cariñoso y apasionado. Con el tiempo comprendió que su padre había tenido aventuras que su madre desconocía. ¿Había sufrido Emma? ¿Había tenido ella también aventuras, de manera más discreta? Cuando se conocieron, en 1980, Emma tenía veintiún años y era una brillante alumna de filosofía. Theo tenía veinte y trabajaba en el departamento de fotografía de la revista *Paris Match*. Se conocieron en un club nocturno de la rue Princesse, el Castel, y enseguida se enamoraron (a pesar de que Emma salía con un belga al que había conocido en el Lycée Louis-Le-Grand y a pesar de que Theo salía con una modelo noruega llamada Janicke que había aparecido en la portada de *Elle*). Se casaron porque su madre estaba embarazada de Nicolas. A Nicolas le parecía que su madre «tenía mucha paciencia» con su padre, que lo trataba como a un niño propenso a tener rabietas. Emma solo tenía treinta y cuatro años

cuando su marido desapareció. Hubo otros hombres, pero ninguno lo bastante importante como para que volviera a pensar en casarse.

Lo que Nicolas echaba de menos de su padre era su audacia juvenil, su simpática locura. «Tu padre era el Sombrerero Loco», admitió más de una vez Emma. «Gracias a Dios, tú eres una persona seria, como yo». Su padre no podía resistir la tentación de las bromas pesadas. Algunas eran totalmente idiotas. Otras imponían el máximo respeto, como derramar litros de jabón de espuma en la fuente de la plaza Victor Hugo en el momento en que un «enemigo» salía recién casado de la iglesia. Toda la plaza quedó repentinamente invadida por montañas de espuma, igual que en la película de Peter Sellers *El guateque*. En otra ocasión sacó cincuenta ratones blancos de su jaula en un cóctel de gente famosa (al que no estaba invitado). Pero lo que Nicolas echaba más de menos eran los cuentos que le contaba a la hora de acostarse. En una entrevista por televisión afirmó: «Creo que la fértil imaginación de mi padre, las estrafalarias historias que me susurraba antes de apagar la luz de alguna manera modelaron al escritor en que me he convertido». A Nicolas le gustaba evocar esos momentos con su padre, en su dormitorio de la rue Rollin, la habitación donde creció, forrada de sus libros de Tintín, Astérix y Picsou y de sus pósteres de Harrison Ford caracterizado de Indiana Jones o Han Solo. Su madre rara vez lo llevaba a la cama. Era algo que dejaba en manos de su padre, quien se lo tomaba muy en serio. Nicolas se acostaba con las sábanas bien remetidas y la cabeza apoyada en el pecho de su padre, mientras le llegaba el aroma a Eau Savage y a humo de puro que parecía envolver la persona de Théodore Duhamel, aun cuando hubiera apagado el Monte Cristo horas antes.

La historia favorita de Nicolas era la que trataba de lord McRashley. Era morbosa y aterradora, como un cuento de Edgar Allan Poe. Lord McRashley (¿de dónde sacó ese nombre Théodore Duhamel? Sin duda de una antigua película de Louis de Funès titulada *Fantômas contra Scotland Yard* que Nicolas había visto una y otra vez con su padre) vivía solo en un gélido castillo, muy lejos, donde soplaba el viento del norte, que aullaba como los espíritus necrófagos en la profundidad de la noche. La cena de lord McRashley se la servía cada noche su fiel mayordomo, Jarvis. Seguidamente lord McRashley, iluminándose con una parpadeante vela clavada en una pesada palmatoria de plata y seguido por un ejército de murciélagos negros, subía a sus aposentos, situados en lo alto de la torre más elevada del castillo. Iba subiendo por aquella escalera de caracol de piedra, muy lentamente, encorvado por el peso de los años, jadeando y estornudando, y cada noche tardaba más, pues la edad se iba acumulando en su cuerpo. El severo retrato de la difunta lady McRashley —todo ángulos y huesos— lo observaba mientras subía por las escaleras. Había un estrecho descansillo con una silla en el que siempre se paraba a descansar un momento. Allí permanecía respirando de manera entrecortada, hasta que se sentía lo bastante fuerte

como para reemprender el ascenso. El descansillo era largo y estrecho, tan mal iluminado como el resto de las escaleras, y estaba cubierto de espejos antiguos y medio desazogados, y lord McRashley podía ver, en docenas de reflejos, cómo se iba haciendo cada vez más pequeño. Una noche observó una mota negra en la parte de atrás de su último reflejo. Se dijo que no era más que una mancha en el espejo. Pero noche tras noche, ante su creciente consternación, la oscura mácula parecía hacerse más grande y se le acercaba espejo tras espejo, sigilosamente, y ya tenía miedo de subir las escaleras, temía ver la forma negra, mayor cada noche. Consumido por la angustia, una noche le pidió a Jarvis que subiera con él y casi se desmayó cuando el mayordomo aseveró que no veía nada, nada en absoluto, y mientras tanto la espantosa silueta, o lo que fuera (y cómo temblaba Nicolas al oír esas palabras), se había acercado aún más. No había otras escaleras que condujeran a sus aposentos de la torre superior, y lord McRashley las subía trémulamente, con miedo en su corazón, hasta que una noche aciaga vio que ese detestable espanto solo estaba a un reflejo de distancia. Ahora podía verla con toda claridad, una imagen de la abominación, un espectro que merodeaba, una especie de momia siniestra y con una mueca en la cara, envuelta en una capa negra. ¿Un hombre?, ¿una mujer? En ese momento, generalmente su madre irrumpía en la habitación y exclamaba en tono de burla: «Theo, ¿te parece una historia apropiada para un niño de seis años que está a punto de dormirse?». Théodore Duhamel esperaba a que su madre se marchara y entonces le dirigía ese gesto de tristeza burlona («¡Mujeres!») y ponía los ojos en blanco y decía: «Bueno, Nicolas, ¿quieres que te cuente el final de la historia?». Nicolas agarraba con fuerza su conejo de peluche, Tambor (el personaje de *Bambi*), y daba saltos en la cama mientras chillaba: «Claro que quiero, ¿qué te has creído?». Aun cuando Nicolas se sabía la historia de memoria, aun cuando la había oído docenas de veces, seguía implorando que se la contaran otra vez. Y así era como volvía a oír que lord McRashley subía las escaleras cada vez más lentamente, mientras la cera le goteaba en la temblorosa muñeca y ni siquiera el ejército silencioso de murciélagos negros osaba subir con él, como si lo supieran. Cuando lord McRashley llegaba al descansillo, descubría que no tenía valor para mirar al espejo, le temblaban las rodillas, que casi ya no le sostenían, y su viejo corazón palpitaba con dolor mientras el sudor le caía por la ajada frente. Finalmente reunía fuerzas para alzar la cara al espejo, gimoteando como un niño, y apenas había tenido tiempo de pronunciar un gemido ahogado, ¡zas!, una sombra negra saltaba del espejo y engullía al pobre viejo de un bocado (y al decirlo la delgada mano de su padre agarraba a Nicolas por el cuello del pijama). Y ése era el final de lord McRashley.

«Tu padre es un héroe para ti, ¿por eso convertiste al padre de Margaux Dansor, Lucca Zeccherio, también en un héroe?». A menudo le hacían esta pregunta a Nicolas. Su padre no era ningún héroe, les decía a los periodistas una y otra vez.

Nacido en 1960, Théodore Duhamel no había combatido en ninguna guerra, no se había opuesto a nada, no había resistido ante ningún peligro, ni defendido ningún territorio. No había luchado contra el cáncer ni ninguna otra enfermedad, no había escrito ninguna tesis que cambiara el mundo, ni había inventado ninguna revolucionaria fórmula matemática. No era artista, ni escritor, ni pintor, ni músico, ni director de cine, ni cantante, ni atleta. «La escena de *El sobre* en la que Margaux va en avión con su padre y un rayo choca contra el aparato ¿le ocurrió realmente a tu padre?», preguntaban invariablemente los periodistas. Sí, era cierto, cuando tenía diez años iba en un avión con su padre y un rayo impactó en el aparato, pero lo convirtió en una escena distinta, la escribió de otra manera, pues era la historia de Margaux, no la suya. Se había acostumbrado a que los periodistas se obstinaran en encontrar semejanzas, por mínimas que fueran, entre el libro y su vida, en busca de un patrón que él ya no podía descifrar y que no le interesaba lo más mínimo. «¿Por qué había escrito *El sobre*?». A esa reiterada pregunta él siempre contestaba: «Porque tenía esa historia que contar».

Nicolas ha soñado con el episodio de la tormenta eléctrica una y otra vez desde que murió su padre. Cada vez que sube a un avión la recuerda. Todavía ve la larga espalda de su padre, cubierta por un abrigo de loden verde, y los relucientes rizos de su pelo castaño derramándose sobre el cuello del abrigo. Su padre le dijo que se sentara junto a la ventanilla. «Verás mejor y yo necesito el asiento del pasillo para estirar las piernas». Esas largas piernas, con qué viveza las recuerda Nicolas, enfundadas en unos pantalones de pana beis o unos vaqueros, y los mocasines de cuero (de Florencia) que recubrían sus pies delgados y estrechos. No era la primera vez que volaba solo con su padre. Su madre se había quedado en París porque tenía que dar clase y a Nicolas lo habían despachado a Basilea con su padre, que tenía que verse con un cliente. Un cliente que nunca apareció. Acabaron comprando chocolates suizos y tomando un copioso almuerzo en el hotel Trois Rois. («No hace falta que le digas a tu madre que el cliente no ha aparecido»). Nicolas asintió mirando a su padre, en un gesto viril. Pero se preguntó por qué su madre no debería saberlo).

El avión no paró de dar saltos. Nicolas nunca había hecho un viaje como ese y comenzaba a sentirse mareado. Pensar en el *rösti* y el *strudel* que se agitaban en su barriga no era agradable. El avión subía y bajaba de manera vertiginosa, como si estuvieran en unos frenéticos coches de choque. Nicolas no se atrevía a cogerle la mano a su padre, aunque se moría de ganas. Ahora tenía náuseas y estaba asustado. Miró la cara de su padre. Théodore Duhamel parecía dormir profundamente. Nicolas observó su boca grande y plena, la mandíbula cuadrada, las tupidas cejas. Todavía faltaba otra media hora para llegar a París. ¿Cómo podía dormir su padre en medio de esas turbulencias? Los demás pasajeros estaban temblando. Ojalá su madre estuviera allí. Se habría agarrado a ella como si se tratara de la propia vida. Echaba de menos

su tacto, su perfume, su voz tranquilizadora. Mientras Nicolas veía por la ventanilla la aglomeración de nubes negras y llamaba a su madre en susurros, se oyó un trueno aterrador, como si mil bombillas explotaran a la vez, y una neblina azul se abalanzó directamente contra la cara de Nicolas. El avión dio un bandazo. Se oyeron gritos de terror. Él se quedó sentado allí, con los ojos muy abiertos, sin habla, convencido de que le había llegado la hora, de que todos iban a morir en ese mismo momento, de que el avión iba a caer a tierra, donde chocaría y todos perecerían. A su alrededor oía el preocupado balbuceo de las voces, los pasos de las azafatas yendo y viniendo por el pasillo, el llanto de un bebé, y vislumbró un mar de caras volviéndose hacia él, hacia donde la luz azul brillaba con tanta intensidad. «¿Te encuentras bien?», preguntó el hombre sentado al otro lado del pasillo. «Pobrecillo», susurró una rolliza señora delante de él. «¡Qué valiente es!». Al final la mano delgada y bronceada de su padre rodeó la suya. «¡Esto es extraordinario!», exclamó Théodore Duhamel con voz entrecortada, al tiempo que zarandeaba la mano inerte de Nicolas con entusiasmo. «Nicolas, el extraordinario». Nicolas estaba boquiabierto. ¿De qué estaba hablando su padre? ¿Es que no se daba cuenta de lo asustado que estaba su hijo? El tono grave del comandante podía oírse por encima del barullo. Todo el mundo se quedó callado. «Señoras y señores, por favor, mantengan la calma. Ha ocurrido algo singular. Un rayo ha impactado contra el avión. No ha sufrido ningún daño, y me han comentado el caso del joven caballero que está sentado en la fila quince. En breve aterrizaremos en París, por favor, vuelvan a sus asientos». Nicolas parpadeó. ¿Golpeado por un rayo? Apenas podía creer lo que oía. El corazón le golpeaba el pecho como un tamborcito. «¿Y te das cuenta», le preguntó su padre sin aliento, «de que el rayo ha golpeado tu ventanilla, Nicolas? El rayo te ha elegido a ti. De todos los pasajeros sentados en el avión, el rayo te ha elegido a ti». Nicolas levantó la mirada hacia su padre. «¿Y eso qué significa?». Théodore Duhamel le lanzó una radiante sonrisa. «Significa que eres excepcional. Ahora bien, quiero que hagas algo por mí, Nicolas. Escúchame atentamente. Quiero que lo anotes ahora mismo. Quiero que escribas exactamente cómo te has sentido cuando la luz azul te ha explotado en la cara. ¿Lo entiendes? Tienes que captar este momento antes de que desaparezca para siempre, como si hiciéramos una foto, pero con palabras. ¿Lo comprendes?». Théodore Duhamel apretó el timbre para llamar a la azafata, que parecía aturullada y agitada por aquel acontecimiento. «¡Vaya, pero si es ese chico tan valiente que acaba de mencionar el comandante! Me alegro de que te encuentres bien». Nicolas disfrutó de aquella inesperada atención. «Necesitamos una hoja de papel, por favor, mi hijo tiene algo importante que escribir», dijo Théodore Duhamel con su voz de mando. Le entregó su pluma a Nicolas y la azafata le trajo enseguida una hoja. Nicolas recuerda el tacto de la pluma en sus dedos infantiles; todavía conservaba el calor del bolsillo interior del abrigo de su padre, donde este la guardaba normalmente, junto a su

pitillera. La pluma de Théodore Duhamel era una Montblanc antigua, en la que había grabado las iniciales TD. La encontró extrañamente pesada, de un negro sedoso y reluciente, y, cuando desenroscó el capuchón, vio que la plumilla dorada tenía motas de tinta azul.

¿Qué se suponía que tenía que escribir? Se le cayó el alma a los pies. El acto de escribir no le producía ningún placer. Era una lata, algo que se hacía en el cole y evocaba la frente arrugada de monsieur Roqueton, el director, siempre dispuesto a saltar a la menor falta de ortografía. ¿Por qué le pedía eso su padre? Nunca le había obligado a hacer los deberes. Ésa era tarea de su madre, que, después de todo, era profesora. Pero no quería decepcionar a su padre. ¿No acababa de decir Théodore Duhamel que Nicolas era extraordinario? No, no podía decepcionarle. Mientras el avión describía un círculo en dirección al aeropuerto de Orly en medio de unas oscuras nubes de lluvia, aunque esta vez se deslizaba suavemente, Nicolas se puso a escribir. La pluma, al no estar acostumbrada a la redondeada letra infantil, comenzó a escupir tinta, pero Nicolas consiguió dominarla, apretando la lengua contra los dientes, y las palabras llegaron, entrelazadas unas con otras, fluyendo hacia el papel, unas dichas criaturas por fin liberadas que le proporcionaron el placer más inesperado. Llenó toda una página, que entregó ansioso a su padre mientras el avión aterrizaba. Los ojos de su padre pasaban de una palabra a otra, hasta que gritó: «¡Sí!», provocando un sobresalto a su hijo. «¡Eso es! ¡Absolutamente! ¡Qué inteligente has sido al comparar la neblina azul con la esfera de cristal de Rascar Capac!». Nicolas tenía miedo de que relacionar el incidente con la aventura de Tintín en la que aparece una aterradora momia (una de sus lecturas favoritas) provocara el desdén de su padre. Por el contrario, eso le entusiasmó aún más a Théodore Duhamel. Le dio una palmada a Nicolas en la espalda tan fuerte que el chaval casi se ahogó. «¡Brillante! ¡Sabía que podías hacerlo!». Cuando llegaron a casa, su padre le leyó aquella página a su madre, quien escuchó en silencio y asintió con la cabeza. Le gustó, pero no pareció tan entusiasmada como su padre.

Hasta catorce años más tarde, cuando Nicolas se sentó a escribir las primeras páginas de *El sobre*, con la misma Montblanc que escupía tinta, no experimentó de nuevo aquel placer dichoso y exaltado. Exactamente el mismo, el que había sentido en el avión cuando era niño, el que le había arrastrado a un mundo secreto en el que él era el único soberano. Un placer tan intenso, tan puro que sonríe para sí, recordando a Rascar Capac y la neblina azul.

Voy a subir a la habitación —murmura Malvina. Tiene la cara cenicienta, paliducha.

—¿Quieres que vaya contigo? —pregunta Nicolas con desgana, sin hacer ademán de levantarse, incapaz de renunciar al tacto dorado del sol en su piel.

—No —dice ella al tiempo que se pone en pie con esfuerzo—. Te mando un mensaje si me siento peor.

—¿No quieres comer nada? —pregunta Nicolas. Está impaciente por subir a comer junto a la piscina.

Malvina hace una mueca y se marcha. Nicolas la observa caminar laboriosamente hasta el ascensor. Luego ya subirá a ver cómo está. En cuanto desaparece, su mano va directamente a la BlackBerry, igual que un niño glotón se lanza a por el tarro de galletas en cuanto su madre le ha dado la espalda. Ahora cuenta con un inesperado intervalo para entregarse a una de sus actividades favoritas. Lee sus correos electrónicos personales, dejando a Sabina para el final. Dita desea que le conteste tres preguntas (ninguna de las cuales le entusiasma, y él mismo se extraña; ¿cómo y cuándo se volvió reacio a encontrarse con alumnos de secundaria, a contestar entrevistas por correo electrónico o a posar para revistas femeninas?).

Alice Dor le pregunta dónde está y por qué no ha contestado a sus emails. Nicolas sabe que le preocupa que le venda su próximo libro a otro editor. Tanta es su inquietud que le ha ofrecido a Nicolas el contrato más caro que jamás se ha propuesto a un escritor (una auténtica locura, se dijo Nicolas cuando estampó su firma al pie de la página, junto a la de ella; ¿cómo podía pagarle tanto dinero por un libro que ni siquiera había escrito, que ni siquiera tenía en la cabeza? Nicolas no había tenido el valor de confesarle en ese mismo momento que no, que todavía no había empezado escribir, porque le parecía mucho más interesante viajar por el mundo y conocer a todas esas personas que lo admiraban). Alice estaba aterrada —sí, ésa era la palabra, aterrada— ante la perspectiva de que Nicolas cayera en las fauces de todos esos otros editores que nadaban a su alrededor como tiburones hambrientos, sobre todo desde el Oscar. Alice sabía que ya habían comenzado a cortejar a Nicolas, mandando a sus lugartenientes para que lo invitaran a almorzar en La Méditerranée, en la place de l'Odéon, en la Closerie des Lilas o a tomar una copa en el bar del Hôtel Lutetia a las seis. Pronto atacarían en persona, lo llamarían personalmente. Nicolas los ha rechazado educadamente. Por el momento. Alice confía en Nicolas, pero ¿hasta dónde están dispuestos a llegar esos editores? Alice se da cuenta de que subirán la apuesta inicial, de que las cifras pueden volverse obscenas, y ¿cómo va a resistirse Nicolas? Nicolas evoca los ojos dorados e inteligentes de Alice, su voz profunda, sus manos sorprendentemente delicadas. La mujer que cambió su vida. La mujer que vendió su primera novela a cuarenta y cinco países y a Hollywood. La mujer que

comercializó a Huracán Margaux.

Alice era amiga de Delphine, de su misma edad, nueve años mayor que Nicolas. La hija de Delphine, Gaïa, y la hija de Alice, Fleur, asistían a la misma escuela primaria de la rue de l'Ouest. Fue Delphine quien sugirió que le enseñara el manuscrito de *El sobre* a Alice en 2007. Había fundado una editorial independiente unos años atrás y le iba bastante bien. Para ello había abandonado una editorial mucho más grande, llevándose a todos «sus autores». En ese grupo había una escritora vasca de gran éxito, Marixu Irigoyen, y la sensación literaria de la República de Mauricio, el joven Sarodj Ramgoolan, de quien tanto se había hablado en la última Feria de Fráncfort.

«Estoy bien», le escribe Nicolas a Alice, con los pulgares revoloteando sobre la BlackBerry, «solo me estoy tomando un descanso. Vuelvo el domingo». Como es su obligación, llama a su madre. Nadie contesta en el piso de la rue Rollin. La llama al móvil y enseguida le salta el buzón de voz. Nicolas farfulla: «Hola, soy yo, solo quería saber cómo estabas. Estoy con Malvina en Italia, nos hemos tomado un fin de semana largo. Espero que estés bien. Un beso grande». ¿Dónde podía estar su madre un viernes por la mañana en pleno julio? A lo mejor debería haberse llevado a su madre al Gallo Nero en lugar de a Malvina. A lo mejor, por una vez, debería comenzar a pensar en su madre. La última vez que la vio parecía cansada, harta de sus alumnos, de Renaud y sus dudas, y daba gracias de que el año escolar por fin se acabara. Había mencionado que pensaba ir a Bruselas en julio y quedarse en casa de su hermana, Roxane. Tal vez ahora estaba allí, en aquella casa tan alta de la rue Van Eyck, llena de los adolescentes desgarrados de Roxane, y luego se irían todos a almorzar a Tervuren, donde vivía la simpática y acogedora Béatrice, su abuela materna. Nicolas se convence de que su madre se encuentra con su familia y no sola en París. Moralmente se siente más cómodo, y sin embargo se desprecia por ello.

El siguiente en la lista de su complejo de culpa: François. Nicolas le manda un mensaje de texto, escogiendo esa salida cobarde en lugar de llamarlo directamente. «¿Qué hay, colega? ¿Cómo estás? ¡Te echo de menos! Estoy en un lugar secreto escribiendo mi nuevo libro que ya casi he terminado. Cuéntame algo de ti. Khube». Sabía, y eso le afligía, que François no contestaría a su mensaje de texto. Aun cuando firmara «Khube», su apodo de cuando iba a la Khâgne, eso no ablandaría a François. El silencio seguía. Y lo haría hasta que Nicolas telefonara a François como es debido y le propusiera una fecha concreta para ir a almorzar o a tomar una copa. Pero ¿se presentaría François?

El silencio de François nacía de la cólera, los celos, la amargura. Había visto los artículos en las revistas (¿cómo no?), las fotos con Robin Wright, las cuatro páginas dedicadas a su nuevo dúplex de la rue du Laos, los anuncios de relojes y colonia; también se había topado con los artículos más serios aparecidos en el *Figaro*

Littéraire, en el *Monde des Livres*, en el *New York Review of Books*, en los que se analizaba el meteórico éxito de un joven francés desconocido que había conmovido tantos corazones. François no podía entrar en una librería francesa, europea o estadounidense sin que le asaltaran los carteles de Nicolas, los expositores de *El sobre* en todos los idiomas. «Naturalmente que François está celoso de ti», se burló Lara durante un almuerzo reciente. Era la mejor amiga de Nicolas (amiga en el verdadero sentido de la palabra, no una chica con la que se hubiera acostado, sino una chica con la que tenía amistad desde sus años en la Khâgne). «¿Cómo no va a estar celoso? Todo el mundo te envidia, a veces incluso yo». Soltó una risita al ver la expresión escandalizada de Nicolas y dio otro bocado a su quiche Lorraine. «Vamos, Nicolas, durante años fuiste un inútil papanatas encantador y sin remedio, que suspendía los exámenes, vivía de su madre, por entonces una mujer ya mayor, y de repente pierdes el pasaporte ¡y pam! Escribes esta novela que lee todo el mundo, desde los niños de doce años que no leen nunca hasta las abuelas, pasando por las amas de casa y los hombres de negocios, las primeras damas y los actores. Te seguimos queriendo, pero estamos celosos. Y el pobre François es incapaz de decírtelo a la cara».

Nicolas comienza a mandarle un mensaje a Sabina. Una sola voz femenina se oye sobre su cabeza. Levanta la mirada y entrecierra los ojos por el sol, irritado por la interrupción.

—Perdón, usted es Nicolas Kolt, ¿verdad? —El acento es puro italiano. Debe de rondar la cuarentena, lleva un sombrero flexible, gafas oscuras. Nicolas asiente una vez—. Quiero darle las gracias por su libro... Debe de haber mucha gente que le diga lo mismo, pero... Solo quería decírselo... Es un libro maravilloso... Me ha ayudado durante un momento muy negro de mi vida... Yo también tengo un secreto familiar, y leer la historia de Margaux me... ha ayudado mucho.

Nicolas asiente otra vez.

—Gracias.

—Alessandra —dice ella con una sonrisita.

—Gracias, Alessandra.

Nicolas sonrío, pero es una sonrisa tensa, la que utiliza cuando quiere que lo dejen en paz, cuando no desea contestar más preguntas (sobre todo esta: ¿en qué está trabajando ahora?), y todo ello mientras procura no herir los sentimientos de la otra persona. La mujer se marcha y él suspira aliviado. Al principio era emocionante que lo reconocieran. Cuando iba en metro, la mirada de la gente se demoraba en él más de lo necesario y los veía susurrar: «¿Ése no es el escritor?». Todo ocurrió de repente, después de que apareciera un reportaje fotográfico en *Paris Match*, después de los programas de televisión en horario de máxima audiencia y después de que se le viera en grandes carteles en las librerías. Súbitamente, todo el mundo conocía su cara. Sus

ojos grises, sus largas patillas, su mandíbula cuadrada, su sonrisa infantil. Y comenzó a ocurrir fuera de Francia. La única manera de seguir de incógnito era taparse la cabeza con una gorra de béisbol. ¿No había sido innecesariamente desconsiderado con esa admiradora? A lo mejor, en un futuro próximo, si no aparecía ningún libro nuevo, llegaría un día en que ya no le reconocieran. Para apartar de su mente lo desagradable de ese pensamiento, Nicolas le manda a Sabina un mensaje de texto. «Dime qué estás haciendo. Exactamente». Es consciente del peligro, de su insensatez, pero le da igual. No ha visto a Sabina desde la primera vez que le echó la vista encima, el pasado abril en Berlín, pero desde entonces ha intercambiado con ella innumerables mensajes. Al principio todo era cordial, relajado. Y una noche de mayo, mientras estaba en Alsacia en una feria del libro, los mensajes adquirieron un nuevo tono. Todavía cordial, pero decididamente sexual. Desde entonces, cuando Malvina está cerca Nicolas es cauto en su intercambio de mensajes con Sabina, quien le contesta inmediatamente, siempre, como si no hiciera otra cosa que esperar a que contacte con ella. Cuando lee en la pantalla «Sabina está escribiendo un mensaje», se le acelera el pulso y siente una erección bajo el bañador.

«Nicolas Kolt siente “debilidad” por las mujeres mayores», escribió el año pasado la revista francesa *Elle* en un largo artículo. Él no se lo negó a la periodista, una criatura de piel de melocotón de veintipocos años. Sí, siempre le han atraído las mujeres maduras; sí, mantuvo una larga relación con una mujer que era nueve años mayor que él; sí, Margaux Dansor era su idea de la perfección a los cuarenta y ocho; sí, Robin Wright la interpretó de manera brillante. No le habló a la periodista de Granville, pero sabía perfectamente que lo ocurrido en la playa con Véronique y Nathalie cuando tenía diecisiete años sin duda había agudizado esa inclinación.

Llega la respuesta de Sabina. «Te lo diré exactamente: quiero ponérmela en la boca y chupártela». El corazón se le desboca.

Nicolas decide ir a nadar enseguida, antes de que la erección sea demasiado visible. El tacto satinado del agua en su espalda es delicioso. Está solo en el mar, y disfruta de ese privilegio. Ahora hace un calor tremendo, el agua brilla en la calina. Casi todos los huéspedes han subido al restaurante que hay junto a la piscina. Nicolas nada hasta que le duelen los hombros y las piernas, hasta que se queda sin aliento. Permanece sentado un rato en el borde del cemento, sintiendo cómo el sol evapora el agua salada de su cuerpo. Piensa en el mensaje de Sabina y no puede evitar sonreír. Bueno, tampoco está haciendo daño a nadie, ¿verdad? Ni a ella. Nadie sale perjudicado.

En el Gallo Nero hay unas lanchas que, a la hora del almuerzo, van a buscar a los pasajeros de los impresionantes yates y veleros anclados en la bahía; los recogen y luego los devuelven a su barco. Nicolas los observa llegar. Una familia patricia desembarca. Probablemente son romanos o florentinos adinerados. Abuelos de buena

familia, padres elegantes, una tribu de niños acicalados y pulcros, niñas con vestidos floreados de canesú, niños con camisas perfectamente planchadas y bermudas. Parecen estar posando para *Vanity Fair*. Un poco más tarde, otro bote trae a dos hermanas de una belleza que corta la respiración; una lleva una bolsa de ese azul distintivo de una famosa joyería neoyorquina, la otra sujeta la correa de un labrador torpón y jovial que casi se cae al mar (Nicolas suelta una risita). Las dos hermanas llevan enormes gafas de sol y el pelo recogido en un moño estudiadamente desarreglado. Sus caras pequeñas y cuadradas le recuerdan a Natalie Portman. Saltan a la orilla, ágiles y garbosas, mientras se ríen de las payasadas del perro.

Nicolas abandona la ensimismada contemplación de las encantadoras hermanas y regresa a su habitación. Van a dar las dos. En la fresca penumbra, Malvina está tendida en la cama, durmiendo profundamente. Con cuidado, Nicolas le toca la frente con una mano. Esta húmeda, pero no caliente. Lo único que puede hacer es ir a almorzar.

Se acomoda en la misma mesa donde ha desayunado y observa que los franceses están otra vez a su izquierda. El marido come con buen apetito, devorando un plato de pasta. Ha estado jugando al tenis y no se ha cambiado. Tiene la cara roja y sudorosa y las axilas de su polo blanco están sudadas. Madame, con la cabeza envuelta torpemente en un turbante, acomete su *prosciutto* con golpes diestros y letales, sin dejar de mover la mandíbula. No cruzan una palabra. A la derecha de Nicolas, la morena de espléndido pecho come su *bruschetta* sola. La familia belga, sociable y alegre, ha pedido más vino blanco helado. La pareja suiza picotea su ensalada y le saluda con la cabeza cuando mira en dirección a ellos. Nicolas devuelve el saludo. Desde donde está sentado ve perfectamente toda la terraza, aunque él queda parcialmente oculto tras un parasol. Alessandra, su admiradora, almuerza con una versión mayor de sí misma, sin duda su madre. Da gracias de que no pueda verlo. La familia digna de *Vanity Fair*, al menos diez de ellos, parecen exageradamente afectuosos unos con otros. Comen, beben y se besan de manera sonora durante toda la comida. Él los observa mientras come su sándwich de dos pisos de *granceola*. Pero cuando llegan las hermanas que se parecen a Natalie Portman, tiene que dejar el sándwich en el plato, pues le resultan fascinantes. Deben de ser gemelas, pues son idénticas incluso en sus relojes Cape Cod Hermès. El perro labrador se sienta a sus pies, jadeando. Un camarero les trae un poco de agua, que vierte ruidosamente. Nicolas se esfuerza por adivinar en qué idioma están conversando.

—Si sigues inclinándote así, te caerás de la silla, amigo —dice una voz nasal masculina.

Sobresaltado, Nicolas se da media vuelta. Un hombre encorvado que roza ya los cincuenta se encuentra de pie a su lado. Viste una camiseta arrugada y unos vaqueros descoloridos y en la mano lleva un vaso de rosado. Le resulta decididamente familiar

y Nicolas, consternado, comprende que se trata de Nelson Novézan, el novelista francobritánico, ganador del premio Goncourt. Se han encontrado varias veces, en programas de televisión o actos literarios. A Nicolas le sorprende que Novézan lo haya saludado. Es famoso por su hosquedad.

—¿Cómo te va, amigo? —Novézan habla arrastrando las palabras. Se tambalea hasta la silla vacía que hay delante de Nicolas y se deja caer. Parece borracho. Se enciende un cigarrillo y lo sostiene entre el dedo corazón y el anular, en un gesto característico.

—Bien —dice Nicolas, divertido. De cerca, observa que Novézan tiene la piel llena de manchas y su aspecto no es muy saludable. El pelo le reluce de grasa, como si no se hubiera lavado en semanas.

—¿Estás de vacaciones, amigo?

—No, estoy escribiendo un libro —responde Nicolas.

—¿De verdad? Yo también —dice Novézan con un bostezo que deja entrever unos dientes amarillos muy poco atractivos—. Escribiendo en el regazo del lujo. Estoy muy contento con mi obra. Está saliendo estupendamente. Es de lejos mi mejor novela. Saldrá el año que viene. Ya verás, será una bomba. Mi editor está entusiasmado. Yo también. —Chasquea los dedos cuando pasa un camarero y con un gesto pide más rosado—. ¿Habías estado aquí antes, amigo?

—No, es la primera vez.

Le enseña sus dientes amarillos.

—Ya me lo imaginaba. Es un lugar maravilloso. Otto es amigo mío. El director, ya sabes. Año tras año me da la misma habitación. La que tiene mejor vista. Espléndida. Esa es la parte buena de cojones de ser un escritor de éxito, ¿no te parece?

Nicolas asiente con la misma tensa sonrisa que le ha mostrado a Alessandra.

Llega el rosado.

—Siempre me miran mal porque no pido algún carísimo vino italiano. — Novézan se sirve una copa con mano temblorosa—. ¿Cuántos años tienes, amigo?

—Veintinueve —contesta Nicolas.

Un breve gruñido.

—¿Y qué demonios sabes de la vida a los veintinueve?

—¿Cuántos años tienes tú? —replica Nicolas, a quemarropa, con ganas de darle una patada en esos dientes manchados.

Novézan se encoge de hombros.

—Los suficientes para saber más que tú.

Fuma en silencio mientras Nicolas lo examina. En los últimos diez años, ese hombre ha publicado cuatro libros. Los dos últimos fueron grandes éxitos en Europa y Estados Unidos. Nicolas los ha leído todos. Durante sus esforzados años del

bachillerato, Novézan le fascinaba. Era una arrogante leyenda literaria. Cuanto más famoso era, más grosero se mostraba con periodistas y lectores. Sus novelas eran misóginas, crudas, y estaban hermosamente escritas. La gente adoraba o detestaba su obra. Nadie quedaba indiferente. No hacía mucho Nicolas lo había visto en la Feria del Libro de Suiza, donde, de un humor de perros, había insultado públicamente a su ayudante porque el taxi que había pedido llegaba tarde. Nicolas recordaba lo serena que había permanecido la mujer, pese a temblar de pies a cabeza mientras Novézan despotricaba a grito pelado y le lanzaba un insulto tras otro para que todos lo oyeran.

—Una jugada inteligente, ese librito tuyo —farfulla Novézan mientras sorbe ruidosamente su rosado.

—¿A qué te refieres?

Otro bostezo.

—Bueno, recurrir a esa anécdota del pasaporte. Quiero decir que la idea estaba ahí, justo delante de nuestras narices. Mírame a mí, de padre francés nacido en el extranjero, madre inglesa, yo nací en París... Podría haberme pasado a mí. —Nicolas no dice nada, lo que el hombre insinúa le repugna—. Quiero decir que la semilla estaba ahí, amigo, para todos los ciudadanos franceses que tienen que demostrar su nacionalidad por culpa de esa nueva ley absurda. Y tú fuiste y lo escribiste. Una jugada inteligente. ¿Al final se vende bien, tu librito?

—Razonablemente bien —dice Nicolas sin inmutarse, comprendiendo que por fin él lleva la iniciativa, aunque por dentro se retuerce cada vez que Novézan dice «tu librito».

—¿Como cuánto? —pregunta Novézan con despreocupación, mordiendo el anzuelo.

Nicolas hace una pausa antes del golpe de gracia. Sus ojos se demoran en las preciosas hermanas y luego se alzan hasta la casa color ocre donde duerme Malvina.

—Treinta millones en todo el mundo —dice fríamente.

Eso deja callado a Novézan durante unos minutos. Nicolas siente cómo ese triunfo se marchita rápidamente. Qué despreciable esgrimir sus cifras de ventas. ¿A quién intenta impresionar? ¿Al escritor avejentado, fatigado y engreído que está sentado frente a él?

—¿Has venido solo? —pregunta educadamente a Novézan.

—No puedo escribir si no tengo a una mujer en mi habitación. Así que le mando un mensaje y ella viene corriendo. —Novézan realiza un gesto explícito y vulgar con la boca y las manos. Nicolas no puede evitar sonreír. Se pone en pie y se cala de nuevo la gorra—. Voy a nadar. ¿Quieres venir?

Novézan rechaza la idea con la mano.

—No, gracias, tengo que volver al trabajo, amigo. Me queda mucho por escribir. ¡Qué lugar tan inspirador! Me siento en plena forma. ¿Y tú?

Nicolas hace caso omiso de esa última pregunta. Novézan también se pone en pie, tambaleándose sobre sus piernas escuálidas. Se separan, dándose una palmadita en la espalda como viejos camaradas. Antes de entrar en el ascensor, Nicolas le echa un vistazo a su BlackBerry. Para su sorpresa e irritación, hay una foto de él colgada en su página de Facebook. Una foto tomada esta misma mañana desde arriba, cerca de la piscina. El nombre de su admirador es Alex Brunel. La foto de su perfil es una manzana Granny Smith, con lo cual no tiene ni la menor idea de qué aspecto tiene ni de si es hombre o mujer. La página de Alex Brunel es privada, no se puede acceder. Por suerte, no se menciona dónde se ha tomado esa foto. Cuatrocientas cuarenta y cinco personas ya han escrito «me gusta». Es algo que ya le ha ocurrido. Los admiradores lo ven en el autobús, en el metro, que nunca ha dejado de usar a pesar de su fama reciente, discretamente le sacan una foto con el móvil y luego la publican en su muro como homenaje. Nunca le había importado hasta hoy. Mira la foto atentamente. Se ve un revelador parasol en blanco y negro; una persona que realmente quisiera averiguar dónde está podría sumar dos y dos. No se puede hacer nada. Le parece escuchar la voz de Delphine. Es el precio que tienes que pagar, Nicolas; y eso es lo que querías, ¿o no? Baja por la pantalla para leer los comentarios. «Mmm, sexi». «Maravilloso». «¡Eh, Nicolas, llévame contigo!». «¿Italia o Grecia?». «¡Enhorabuena!». Por suerte, nadie menciona el Gallo Nero. Podría eliminar la foto, pero Alex Brunel, quienquiera que sea, podría ofenderse. Incluso podría colgar otras fotos de él. Ha aprendido a andarse con ojo con sus admiradores. Nadie quiere a un admirador enfadado. Comprueba su Twitter. Ninguno de sus seguidores menciona su escapada italiana. Busca su propio nombre, para no correr riesgos. Nada. No es algo que haga a menudo, y tampoco busca ya nunca en Google «Nicolas Kolt». Al principio sí lo hacía. Le emocionaba descubrir todos esos blogs y páginas web que mencionaban su obra y luego la película. Pero por cada docena de comentarios positivos también había algunos negativos. De los que duelen. En una ocasión, un influyente periodista digital había escrito en Twitter: «Basta de decirnos que leamos esa asquerosa mierda de Nicolas Kolt. ¿Por qué ese tipo vende tantos libros?». Esas palabras habían sido retuiteadas centenares de veces.

Cuando baja a la playa ve que Malvina lo está esperando. Tiene las mejillas más sonrosadas. Él le pregunta cómo está. Ella contesta que ha vomitado, que durante un rato se ha sentido fatal, pero que ahora está bien. Probablemente es un virus intestinal. Nicolas se echa junto a ella y le coge la mano. Le cuenta lo de Nelson Novézan y su conversación. Imita la famosa expresión desdeñosa de Novézan, la ceja levantada, la manera de coger el cigarrillo.

—Deberías haber colgado eso en Twitter —dice ella sonriendo—. Con una foto de él.

—Estoy descansando un poco de Twitter —responde Nicolas. Y enseguida añade,

cruelmente—: Parece un perro viejo.

Malvina pregunta si ha visto la nueva foto que aparece en su página de Facebook. Ella la ha descubierto con su iPhone. Nicolas frunce el entrecejo y admite que le disgusta un poco. Anhela intimidad. Quiere un poco de tiempo para él, para los dos, tres días de paz. Tres días de sol.

—Me pregunto quién ha colgado la foto —susurra Malvina.

Nicolas le contesta en un murmullo:

—Me da igual. —Y le besa el pelo, reluciente.

Ahora hace menos calor. Las largas sombras de la tarde van cayendo sobre la playa de cemento. Les sirven té, *cantucci* y rodajas de melón. A su lado se instala una pareja oriental cincuentona. El hombre es calvo, estilo Buda, con un llamativo bañador naranja y un ostentoso Cartier Pasha. La mujer es pálida y el pelo le forma un perfecto casco negro. Lleva un largo quimono azul. Asienten y sonrían al personal, que a su vez asiente y sonrío. Nicolas escucha cómo murmuran «el señor Wong» al final de cada frase. El señor Wong debe de ser muy importante, pues desde luego le prestan mucha atención. La señora Wong no soporta que un solo rayo de sol le dé en la piel, de manera que los solícitos ayudantes han unido dos parasoles sobre ella y no dejan de repetir «señora Wong» hasta que un sonriente señor Wong niega con la cabeza mientras exclama: «¡No, no! ¡No señora Wong! ¡No, no! ¡Señorita Ming!». El señor Wong y la señorita Ming entonces sonrían y asienten a todos los que están a su lado, y también a Nicolas y Malvina, quienes les devuelven la sonrisa.

Nicolas se fija en que hay más recién llegados: dos jóvenes de su edad, aunque uno quizá sea un poco mayor y haya cumplido ya los treinta. Uno es largo y delgado, de aspecto un poco bobalicón, con el pelo rubio y corto y gafas a lo John Lennon, y está concentrado en su iPad. El otro tiene la piel tersa y bronceada, sin pelo. Los dos llevan el mismo modelo de reloj. ¿Gays? ¿Americanos? ¿Canadienses? Los dos le sonrían y asienten al señor Wong y a la señorita Ming; a continuación se miran el uno al otro y sueltan una risita. Malvina los encuentra monos. Un poco más allá, los suizos juegan al ajedrez. Los belgas han vuelto. Padre e hijo van a nadar, la madre sigue leyendo, la hija se broncea tenazmente, los ojos cerrados.

Nicolas observa que la madre belga ha llegado al final de su libro, probablemente a la parte en la que Margaux decide irse a San Rocco di Camogli para averiguar quién era su familia. Ella no sabía nada de ellos, solo el nombre, Zeccherio. A Nicolas le recuerda la sorpresa que experimentó cuando, en 2006, vio por primera vez el nombre verdadero de su padre. Había ido al ayuntamiento del distrito quinto con su *livret de famille* y su certificado de nacimiento porque su pasaporte había caducado. Cualquier ciudadano francés podía renovarlo de manera bastante rápida. Como mucho, un par de semanas. Pero le esperaba una sorpresa desagradable. La mujer que estaba al otro lado del mostrador le dijo:

—Me temo que no podemos renovarle el pasaporte, monsieur Duhamel. Su madre nació en Bélgica y su padre en Rusia.

Nicolas se quedó mirándola sin comprender.

—¿Y?

—Según las leyes del nuevo Gobierno, los ciudadanos franceses cuyos padres han nacido en otro país tienen que demostrar que son franceses.

Nicolas se quedó boquiabierto.

—¡Jamás había oído hablar de esta ley! Yo nací en Francia, madame, aquí mismo, en el hospital de Saint Vincent de Paul. Soy francés, y toda mi vida he sido francés.

—Me temo que haber nacido en Francia ya no le convierte automáticamente en francés, monsieur. —La mujer le entregó un papelito cuadrado—. En los últimos años, las leyes se han hecho más restrictivas en casos como el suyo, cuyos padres han nacido en el extranjero. No es usted el único en esta situación. Tiene que ir a esta dirección, el Pôle de la Nationalité Française, en el distrito trece. Allí estudiarán su expediente, y, si deciden que puede ser francés, le extenderán un certificado. Es el «certificado de nacionalidad francesa». Es la única manera de que usted pueda obtener un pasaporte. Puede que le lleve varios meses.

A Nicolas la boca se le abrió aún más.

—¿Cómo demonios he de probar que soy francés?

—Llame al Pôle y deles los datos que necesiten.

—Y si no soy francés, ¿qué soy, entonces?

—Apátrida, monsieur.

Nicolas abandonó el ayuntamiento estupefacto y se dirigió al apartamento de Delphine. Buscó en Internet las leyes gubernamentales referentes a los ciudadanos franceses cuyos padres habían nacido en el extranjero. Para su consternación descubrió que esas leyes se habían endurecido hacía poco. Miles de personas de todo el país soportaban el mismo trauma. ¿Es que no se había enterado? Fascinado, aterrado, leyó diversas entrevistas con escritores, cantantes y actores famosos que habían tenido que pasar por el trámite kafkiano y humillante de demostrar que eran franceses. Muchos habían denunciado todo el proceso y habían criticado fuertemente al Gobierno.

Nicolas finalmente hizo acopio de valor para llamar al temido Pôle de la Nationalité Française, donde le pusieron en espera, con la música de la Primavera de las *Cuatro estaciones* de Vivaldi, una y otra vez, hasta que se sintió asqueado. Al final se oyó una voz de mujer, indiferente y poco amable. Le dijo que se presentara en el Pôle al cabo de tres semanas, un martes por la mañana a las once, con el certificado de nacimiento de sus padres.

—¡Pero mis padres son ambos franceses, aunque hayan nacido en el extranjero!
—dijo Nicolas en tono quejumbroso.

La mujer chasqueó la lengua.

—Su nacionalidad presenta alguna duda, monsieur. Ahora tiene que demostrar que es francés.

Posteriormente Nicolas les dijo a François y Lara, mientras tomaban un vaso de vino, que todo ese asunto parecía un chiste sin gracia, como si Francia hubiera regresado a los años del gobierno de Vichy. Les habló de lo que había leído en Internet, mencionando abundantes artículos, y de la imagen negativa de Francia que esto proyectaba en todo el mundo. François le había preguntado por qué su padre había nacido en Rusia y Nicolas creía que era porque su abuelo había llevado a su abuela a un viaje por la Unión Soviética cuando estaba embarazada y que de manera inesperada esta había dado a luz a su padre en San Petersburgo.

¿Cómo iba a conseguir el certificado de nacimiento de sus padres si no habían nacido en Francia? La antipática mujer del Pôle le informó de que los ciudadanos franceses que estaban en esa situación obtenían sus certificados de nacimiento a través del servicio central del Registro Civil, en Nantes. Por suerte, era algo que se podía hacer por Internet. Nicolas rellenó los impresos, especificó que era el hijo del difunto Théodore Duhamel y de Emma Duhamel, de soltera Van der Vleuten, y explicó que necesitaba esos documentos para renovar el pasaporte.

Los certificados tardaron cuatro días en llegar por correo a la rue Pernety. Era un día de lluvia. Un día que Nicolas no olvidaría nunca.

«Emma Van der Vleuten, nacida el 18 de marzo de 1959, Clínica Edith Cavell, Uccle, Bélgica. Padre: Roland Van der Vleuten, nacido en Charleroi en 1937. Madre: Béatrice Tweelinckx, nacida en Lieja en 1938».

A continuación leyó: «Fiodor Koltchine, nacido *Улица Писарева*, Leningrado, Unión Soviética, el 12 de junio de 1960. Madre: Zinaïda Koltchine, nacida en Leningrado, Unión Soviética, en 1945. Padre: DESCONOCIDO. Fallecido el 7 de agosto de 1993, Guéthary, Francia. Al pie del certificado había una frase escrita con buena letra y un sello oficial: Adoptado por Lionel Duhamel en 1961; a partir de ahora conocido como Théodore Duhamel».

En algún lugar de su estómago se abrió un vacío. Nicolas se quedó allí sentado, incrédulo, paralizado, la vista clavada en el papel. No cogió el teléfono. Se fue directamente al piso de su madre en la rue Rollin. Llegó allí sin aliento, empapado y ansioso.

—Tienes que explicarme esto —dijo al tiempo que le colocaba el certificado de nacimiento debajo de la nariz. Sentada en la gran butaca junto a la chimenea, una sobresaltada Emma Duhamel se había quedado mirando el papel, y luego a su hijo con aquellos ojos empañados.

—¡Vaya! —dijo en un grito ahogado.

—¿Y bien? —gruñó él, aún sin aliento.

Silencio.

—Nicolas, es una larga historia —dijo por fin, mientras jugueteaba nerviosa con su collar de abalorios—. Por favor, siéntate.

Según Théodore Duhamel, el océano Atlántico era el rey de los mares. Poco imaginaba que un día se llevaría su vida. Nunca había disfrutado de las vacaciones en la Riviera, donde sus padres poseían una villa con vistas a Cannes. Para él, el Mediterráneo era una cloaca llena de septuagenarios impotentes que hacían alarde de sus bronceados, *liftings* y diamantes. Despreciaba el agua tersa y cristalina y la falta de mareas. Un verano, a finales de los sesenta, un compañero de clase lo invitó al País Vasco, donde quedó entusiasmado por las olas altas y espumosas, las verdes montañas, el viento húmedo y el impredecible clima. A primera vista no parecía un tipo curtido y aficionado a la vida al aire libre, pero era más atlético de lo que aparentaba. De niño había aprendido a hacer surf en Biarritz con un grupo de jóvenes surfistas locales, entre los que él era el más joven y probablemente el más entusiasta. Nicolas se recuerda sentado en una playa con su madre desde temprana edad, ella pálida y estoica, la nariz enterrada en un libro, mientras Théodore Duhamel se deslizaba sobre las olas con sus amigos surfistas. Permanecía en el agua durante horas seguidas, con un traje de neopreno negro que se le ceñía como la piel de una foca, y a final de verano sus rizos castaños se habían vuelto dorados, descoloridos por el sol y el mar. «La viuda surfista», la apodaban los amigos de Emma, que se burlaban de ella por sus interminables esperas en la arena con su hijo, sin sospechar que, un verano, ese afectuoso apodo acabaría siendo terriblemente cierto.

Durante los primeros veranos de la vida de Nicolas, sus padres alquilaron un diminuto apartamento que daba a la Côte des Basques. Tenía una espléndida vista del mar, completamente orientado al sur, y se veía España, que asomaba por la costa como un brazo extendido. Cada mañana, Théodore Duhamel se levantaba temprano y se quedaba mirando el mar como un viejo marinero. A Nicolas le encantaba verlo bajar por el largo y sinuoso sendero que llevaba a la playa con la tabla de surf bajo el brazo. Con los prismáticos, Nicolas observaba a su padre en la arena, encerando la tabla con movimientos seguros y precisos (todavía recuerda el olor de la cera y su nombre, Sex Wax, aunque no tenía nada que ver con el sexo, como descubrió un día).

Nicolas convirtió al padre de Margaux Dansor en esquiador. Pero en su mente ambos deportes iban unidos, los dos eran deportes de acción en los que uno se deslizaba sobre la naturaleza. Eran arriesgados, ibas en busca de la ola más alta, la ladera más empinada. En el verano de 1990, cuando Nicolas tenía ocho años, Théodore Duhamel compró un catamarán, un Hobie Cat 16 negro, que podía deslizarse sobre la cresta de las olas, igual que la tabla de surf. Théodore navegaba audazmente con su Hobie Cat, hasta el punto de que incluso su flemática esposa soltaba gritos ahogados de temor cuando alguna ola rompía cerca de la playa y casi volcaba la lustrosa embarcación.

Cada vez que Nicolas intentaba describir a su padre ante los periodistas, lo que

deseaba transmitir era el recuerdo de verle navegando con su Hobie Cat, enfundado en su traje de neopreno, el puro entre los dientes, el pelo flotando detrás de él, saludando a su mujer y a su hijo al pasar. «Ahí va tu hombre», decían los amigos de su madre. «¡Míralo, Emma, menudo príncipe!», y Nicolas le devolvía el saludo, sin aliento de lo orgulloso que estaba. El catamarán pasaba cerca de la costa, deslizándose sobre la ola como un surfista, y luego, de manera despreocupada, sin esfuerzo, daba la vuelta en el último momento y bajaba en picado sobre la espuma mientras la vela negra giraba en redondo y volvía a hincharse.

El Hobie Cat apareció en Hendaya arrastrado por la marea dos días después de la desaparición, con el mástil partido y la vela desgarrada. Pero el cuerpo de su padre nunca fue encontrado. Era un día bochornoso y húmedo de agosto de 1993. Las olas no eran más altas de lo habitual. Théodore Duhamel le dijo a su mujer que iba a navegar por Guéthary, a ver a sus amigos surfistas. Si el viento hubiera sido fuerte, como hoy, habría tardado una hora desde el Port des Pêcheurs, donde guardaba su embarcación. Nicolas no vio marcharse a su padre (aquella mañana tenía clase de tenis), pero cuando volvió para almorzar divisó la diminuta vela puntiaguda, que parecía la punta gótica de Villa Belza. Sabía que era imposible que su padre lo viera a tal distancia, pero de todos modos lo saludó. Aquella mañana había querido ir a Guéthary con él, pero Emma se había negado debido a su clase de tenis. Le molestaba tener que pagar clases a las que su hijo luego no asistía. Si Nicolas hubiera acompañado a su padre, ¿habría evitado su muerte? ¿Habrían muerto los dos? Dieciocho años después, aquellas preguntas seguían acosándole.

Nicolas recuerda la expresión angustiada del rostro de su madre cuando finalmente llamó a los amigos surfistas de Guéthary, cuando el sol ya se ponía. Théodore «los había visitado y se había ido», contestó su despreocupado colega de California, Murphy. «Estoy inquieta», admitió. Nicolas solo tenía once años, pero sentía que algo le reconcomía las entrañas. A continuación su madre dijo en voz baja: «Tengo que llamar a la policía». Él no pudo soportar escuchar lo que su madre tenía que decirle a la policía, de manera que abandonó la habitación y se fue al balcón, donde su padre se apostaba cada mañana para ver el paisaje. Colocó los pies donde su padre ponía los suyos y las manos en la barandilla, exactamente donde él las colocaba. Observó cómo la oscuridad de la noche iba cubriendo el cielo y la lenta y constante luz del faro que brillaba a través de la negrura, y tuvo miedo, más miedo del que nunca había experimentado, diez veces más miedo que cuando el rayo impactó en su avión. Su madre salió al balcón y lo abrazó. Él no se atrevía a mirarla. Se quedó contemplando la inmensidad del mar y pensó que su padre estaba allí, en alguna parte, y se echó a llorar.

Pasaron diez minutos interminables, terribles. Llegó la noche y comenzó a aparecer gente. Le dieron algo para beber y alguien preparó comida. El apartamento

pronto se llenó de amigos y a Nicolas lo abrazaron, lo besaron, lo animaron, pero no consiguieron que se sintiera mejor, y observó cómo la cara de su madre se volvía más pálida a medida que la noche iba avanzando. Finalmente se quedó dormido, agotado, en un rincón del sofá, mientras la gente hablaba, bebía y fumaba, y cuando despertó al alba, con los ojos hinchados, y vio que su madre lloraba en el cuarto de baño, supo que no habían encontrado a su padre.

«Cuando no hay cadáver», les dijo a los periodistas, «ni ataúd, ni funeraria, ni tumba, ni misa, ni necrológica, es difícil aceptar que alguien ha muerto. Cuando encontraron el Hobbie Cat, todos deseábamos que el cuerpo también estuviera. Pero no fue así. Y hasta el momento no se le ha encontrado», decía una y otra vez Nicolas en sus entrevistas. «Contra toda probabilidad, sigo esperando que mi padre entre un día por esa puerta. Ahora tendría cincuenta y un años. Sé que es imposible, sé que lo más probable es que mi padre se cayera del catamarán y se ahogara, pero todavía existe ese palpito, esa posibilidad de que siga vivo, en alguna parte, no sé cómo. Margaux Dansor, contrariamente a mí, averigua la verdad de lo que le ocurrió a su padre, pero su historia no es la mía. Digamos que inventé su historia a fin de intentar contestar las preguntas sin respuesta sobre mi propio padre». Los periodistas le preguntaban repetidamente: «¿Y su nombre? ¿Se cambió de nombre cuando escribió el libro? ¿Cómo se convirtió Nicolas Duhamel en Nicolas Kolt?». Nicolas intentaba contestarles cada vez con la misma paciencia. «Kolt es una contracción de Koltchine, el verdadero nombre de mi padre. Cuando me dijeron que el libro se iba a publicar, de repente Duhamel perdió todo su sentido.

Théodore Duhamel nunca leería *El sobre*. Pero el libro estaba dedicado a él.

A mi padre, Fiodor Koltchine (San Petersburgo, 12 de junio de 1960 - Guéthary, 7 de agosto de 1993).

El sol desciende lentamente tras una alta colina rocosa. No se pondrá en el mar, delante de ellos. Nicolas está decepcionado. Esperaba una espléndida puesta de sol rosácea. Casi todo el mundo ha dispuesto su silla para venerar los últimos rayos dorados, que son engullidos por la imponente colina. En secreto se siente orgulloso de que durante la última hora haya resistido la tentación de echarle un vistazo a la BlackBerry. El señor Wong y la señorita Ming juegan al Mah Jong. La pareja gay escucha el mismo iPod y mueve la cabeza al unísono. La familia belga se da el último chapuzón. Los suizos leen diligentemente los periódicos. Alessandra y su madre parecen dormir a pierna suelta. El hombre peludo fuma un cigarrillo, el teléfono incrustado en la oreja, ajeno al hecho de que su novia pechugona está charlando con el francés (cuya mujer sin duda está en el spa). Nelson Novézan, achispado y con la cara amoratada, hace una rápida aparición, una imagen lamentable enfundada en un descolorido bañador tipo *short* que le cuelga en torno a unas nalgas también colgantes. Mete un dedo en el agua, pega un grito y corretea de vuelta al ascensor.

Las lanchas regresan a los yates y traen más clientes exclusivos al Gallo Nero para que tomen una copa y cenén, y quizá para pasar la noche. Una vez más, Nicolas piensa en el libro que todos sus allegados creen que está escribiendo. Algún día, y pronto, tendrá que ser responsable y sentarse a escribir esta novela. Hay que hacerlo ya. No se puede seguir posponiendo. Basta de pereza. Pero ¿cómo? Ojalá la energía para escribir el libro pudiera llegarle con la misma fluidez con que esos huéspedes elegantes montan en sus Rivas negras. Se acuerda de que cuando comenzó *El sobre* era Margaux Dansor quien le llevaba de la mano y le hacía avanzar. Sentía su mano, su textura, tersa, un poco seca, cómo tiraba, cómo lo arrastraba. Veía perfectamente a Margaux Dansor, tan claramente como si la tuviera delante. La había creado sin esfuerzo. No se parecía en nada a Emma Duhamel, su madre. Tampoco tenía el pelo castaño rojizo de Delphine, ni su piel blanca ni sus ojos verdes. Margaux tenía la cara alargada, estilo Modigliani, ojos color avellana y un pelo tupido y plateado. Era profesora de piano. Vivía en la rue Daguerre con su marido, Arnaud Dansor, médico, y sus dos hijas, Rose y Angèle. Un día le tocaba renovarse el pasaporte y descubría que era una proeza imposible según las nuevas leyes, aun cuando hubiera nacido en el barrio chic de Neuilly-sur-Seine, cerca de París. Y todo porque su madre (Claire Nadelhoffer) había nacido en Landquart, Suiza, y su padre (Luc Zech, fallecido en una avalancha cuando ella era niña) en San Rocco di Camogli. En el Pôle de la Nationalité Française le decían a Margaux que aportara todos los documentos que pudiera conseguir referentes a la familia de su padre —certificado de nacimiento, de defunción y de matrimonio, remontándose hasta el bisabuelo, la libreta del servicio militar, declaraciones de Hacienda, tarjetas de la Seguridad Social— a fin de demostrar su nacionalidad francesa. Y al examinar todos esos documentos, mientras

escarbaba en el pasado, Margaux Dansor tropezaba con lo inimaginable.

Aquel lluvioso día de octubre de 2006, cuando Nicolas le presentó el certificado de nacimiento de su padre, Emma Duhamel, ante la mención del nombre «Koltchine», se aclaró la garganta. Tardó un rato en encontrar la manera de explicárselo a su hijo de forma fluida, y Nicolas comprendió que aquello le resultaba muy complicado.

Su madre medía a pasos la habitación. Las manos pasaban del collar al pelo, que se alisaba en un gesto sereno, aunque Nicolas viera que le temblaban.

—Supongo que se podría decir que todo comenzó con tu abuela —dijo por fin Emma, utilizando su voz de profesora de filosofía, un tono más agudo y más sonoro del habitual, que a Nicolas le desagradaba.

—¿La madre de papá? —inquirió Nicolas.

—Sí.

—¿Nina?

—Su verdadero nombre era Zinaïda Koltchine.

—¿Eso es ruso?

—Sí.

—¿Así que era rusa?

—Sí.

—¿No era francesa?

—Se convirtió en francesa al casarse con Lionel Duhamel.

Nicolas se quedó mirando a su madre.

—¿Qué intentas decirme?

Emma Duhamel aspiró profundamente.

—Tu abuela abandonó la Unión Soviética a principios de los sesenta. Con su hijo, Fiodor Koltchine.

—O sea, que estaba casada con un tipo llamado Koltchine...

—No. Koltchine era su nombre de soltera.

Nicolas miró el certificado de nacimiento. Nacido en Leningrado el 12 de junio de 1960.

—¿Qué edad tenía Nina cuando tuvo a papá?

—Creo que era muy joven.

—O sea, que Lionel Duhamel no es mi abuelo...

—No, técnicamente no lo es. Pero adoptó a tu padre, le dio su apellido y le educó como si fuera su hijo.

—Entonces, ¿quién es mi abuelo?

—Nadie lo sabe.

Nicolas digirió esas palabras en silencio.

—¿Por qué nunca me habías contado nada?

Emma tardó unos momentos en contestar. Parecía sin aliento, consternada.

—Cuando me casé con tu padre, tuvimos que hacer todo el papeleo. Fue entonces cuando vi el certificado de nacimiento y su verdadero nombre.

Hizo otra pausa.

—¿Y no le preguntaste?

—Sí. Pero tu padre se negó a contestar. Detecté que no quería hablar de eso conmigo. Nunca volvimos a mencionarlo. La única persona que sacó a colación su pasado ruso tras la muerte de tu abuela fue tu tía Elvire. Y solo en una ocasión. No te lo conté porque estaba esperando a que lo averiguaras por ti mismo y a que fueras lo bastante mayor para asimilarlo. Creo que ha llegado el momento.

Otro día de lluvia, en el Pôle de la Nationalité Française, Nicolas aguardó más de una hora en una sala abarrotada y estrecha. Un anciano que estaba sentado junto a él se secaba los ojos llorosos y enrojecidos con un pañuelo. No comprendía lo que estaba haciendo allí, le dijo a Nicolas con una voz digna y temblorosa. Le habían robado el pasaporte y la *carte d'identité*, de manera que había ido al ayuntamiento a que se los hicieran de nuevo. Le dijeron que como sus padres, fallecidos mucho tiempo atrás, habían nacido en el extranjero, ahora, a los noventa y dos años, tenía que demostrar que era francés, por culpa de la nueva ley. Era médico jubilado, pediatra, nacido en París, poseía la *Légion d'honneur*, había combatido con Francia durante la Segunda Guerra Mundial, y ahora ¿qué le hacía su país? Nicolas no sabía cómo consolarlo. Lo único que pudo hacer fue negar con la cabeza y darle unas palmaditas en la mano.

El tiempo iba pasando. La lluvia repiqueteaba contra los cristales. Los niños y los bebés gimoteaban. Adolescentes aburridos jugaban con sus móviles. Otros leían. Había quien dormía. Nicolas observó los papeles que había en la carpeta que descansaba sobre sus rodillas. Su pasado ruso. Zinaïda Koltchine había nacido en Leningrado en 1945. Su hijo Fiodor en 1960. Nicolas se quedó mirando las fechas. Había sido madre a los quince años. Estaba estupefacto. Cuando su abuela estaba viva, nunca se había parado a pensar en lo joven que era. Lionel Duhamel, su marido, ahora en un hospital geriátrico, era quince años mayor que ella. Nicolas tampoco había observado esa diferencia de edad. Ahora comprendía que Nina Duhamel solo tenía cuarenta y ocho años cuando murió su hijo. Qué extraño que nunca se hubiera fijado en esa diferencia. Pero también recordó que él era joven, muy joven, y todo el mundo que tenía más de treinta años le parecía una ruina. Madame Duhamel no tenía nada de exótico. Nada ruso, ni siquiera remotamente eslavo. Ni acento. Ni pómulos altos. No era más que una burguesa sofisticada y distinguida que fumaba sin parar, que llevaba su casa con mano de hierro y disfrutaba de sus elegantes veranos en la Riviera. Él nunca se había tratado demasiado con su abuela paterna, prefería el afecto maternal de su abuela belga. A Nina Duhamel le gustaba que sus hijos la llamaran

«mamita». Murió en el año 2000 de cáncer de pulmón, a los cincuenta y cinco años, siete después de la desaparición de su hijo. Los ojos de Nicolas se demoraron en la carpeta. Fiodor Koltchine, su padre. De padre desconocido. Fiodor Koltchine. Incluso el nombre le hacía estremecer, tan ominoso y poco familiar como el de Keyser Söze, el enigmático gánster de su película preferida, *Sospechosos habituales*.

Había surgido un interrogante en el convencional árbol genealógico de Nicolas Duhamel. Obtuvo su *certificat de nationalité française* con bastante facilidad, pues su abuela adquirió la nacionalidad francesa al casarse con Lionel Duhamel en 1961 y Nicolas tenía todos los documentos necesarios para demostrar ese acto oficial. Pero el interrogante permanecía, flotaba en su mente y se hacía cada vez más grande, zumbando como un irritante mosquito, incluso cuando le expidieron su nuevo pasaporte. ¿Quién era el padre del hijo de Zinaïda? ¿Y que sabía su padre, Théodore, de sus orígenes?

Interrogó a su tía Elvire Duhamel, la hija de Lionel y Nina, de cuarenta y seis años. Era una mujer enjuta, divorciada, que vivía en Montmartre con dos gatos. Sus hijos adolescentes, Alina y Carlos, primos de Nicolas, vivían en Barcelona con su exmarido, un español alcohólico. Su conversación telefónica fue breve e insatisfactoria. «En su lecho de muerte, mi madre me dijo que mi hermano tenía otro nombre, un nombre ruso, y que no era hijo de Lionel. ¿Por qué me lo contó? ¡Acababan de diagnosticarle cáncer de pulmón, Nicolas! Pensaba que iba a palmar en cualquier momento. Supongo que quería tener la conciencia tranquila. Acabó viviendo seis meses más, ya ves. Nunca volvió a mencionarlo. Y no se te ocurra ir a contárselo a mi padre. Ya está bastante chocho». Lionel Duhamel, a punto de cumplir los setenta y seis, sufría alzhéimer y vivía en un hospital geriátrico. Nicolas tenía que enfrentarse a la desagradable realidad de la demencia y la vejez cada vez que iba a visitar a su abuelo (que en realidad no era su abuelo, como ahora se complacía en recordarse, con un toque de angustia). Con la ayuda de Emma, Nicolas encontró el árbol genealógico que había dibujado de estudiante con tanto esmero en la escuela elemental de la rue Rollin. La rama belga a un lado, la francesa al otro. Los Duhamel y los Van der Vleuten. Durante la larga espera en el Pôle de la Nationalité Française se dio cuenta de que no tenía nada de francés. La ironía casi le hizo soltar una risita, pero los sollozos del hombre que tenía a su lado le hicieron reprimir su alegría. No era un Duhamel. Era ruso y belga. Era un Koltchine Van der Vleuten. Y probablemente nunca averiguaría quién fue su abuelo paterno. La mera idea abría un abismo bajo sus pies. La plácida y tranquila existencia de Nicolas Duhamel había tocado a su fin. Aquel día gris, durante las dos horas de espera en el Pôle, mientras contemplaba los papeles que tenía en el regazo, sintió que el mundo que lo rodeaba sufría un sutil cambio, como si unas manos desconocidas jugaran con su destino.

Aquél fue el día en que nació Nicolas Kolt, pero aún no lo sabía. Y también fue el

día en que Margaux Dansor pasó a formar parte de su existencia.

Nicolas tardó un año en escribir *El sobre*, y le irrita recordar la fluida rutina de su redacción, ahora que lo va dejando todo para mañana. Mientras sorbe su cóctel de frutas, recuerda que se levantaba al amanecer, con ilusión y entusiasmo, antes de que Delphine llevara a la escuela a su hija Gaïa; preparaba el té y se sentaba a la mesa de la cocina. Escribió la novela a mano, en cuadernos negros como el que tenía en el regazo (vacío); luego pasó el texto a su MacBook y todo fluyó de manera milagrosa. ¿Y si la cocina de Delphine fuera el único lugar en que puede escribir? La echa de menos. Echa de menos su vida con ella. La simplicidad, el ritmo de esa vida. Antes del Huracán Margaux, Delphine era la que ganaba los garbanzos. Trabajaba en una agencia inmobiliaria y se pasaba el día enseñando apartamentos a los clientes. Fue Delphine la que encontró el dúplex de la rue du Laos en el que vivían. O mejor dicho, en el que vivía él. Porque ella nunca acabó viviendo allí con Nicolas, pues la ruptura tuvo lugar la semana en que él se mudó. Ella y Gaïa se quedaron en el moderno edificio de la rue Pernety, justo encima de la oficina de correos, y Nicolas se fue a ese enorme dúplex.

Antes de embarcarse en la aventura de la novela, Nicolas se levantaba tarde, remoloneaba por la casa, daba sus clases de filosofía, iba a recoger a Gaïa a la escuela cuando era demasiado pequeña para volver sola. Hacía la compra en la rue Raymond Losserand y era el cliente preferido de la pescadera de pelo largo, la frutera argelina y la sonriente tintorera de Haití, Claudia. Él se encargaba de limpiar, cocinar y llevar la ropa a la lavandería. No le importaba ser un mantenido. Se emocionaba cuando oía la llave de Delphine en la puerta, y la cara de ella se iluminaba al verlo, encantada al observar la cena que había preparado y el vino que había elegido. Acostaban a Gaïa, le contaban un cuento y tenían toda la noche para ellos.

Cuando Delphine y Nicolas se conocieron, en 2004, él tenía veintidós años. No había ocurrido nada emocionante en su vida desde su viaje a Italia con François en 2003, tras la debacle de sus estudios. Todavía sentía el peso de la insatisfacción de su madre, aunque esta nunca la expresaba. Su convivencia en el piso de la rue Rollin era tensa. Emma quería que se marchara, pero no soportaba la idea de estar sola. Nicolas anhelaba libertad, pero sus clases particulares no le proporcionaban dinero suficiente para pagar un alquiler.

Una noche de otoño, Lara —que tampoco había aprobado el examen de la Khâgne, aunque no importaba, pues había conseguido un empleo en una prestigiosa revista— lo invitó a L'Entrepôt, un restaurante de moda en el distrito catorce. Después de que Lara se fuera, una mujer le preguntó cómo se encontraba. Estaba borracho, derrumbado sobre la barra, envuelto en un estupor entre el sueño y la náusea, pero lo bastante lúcido para apreciar que era una mujer atractiva, con la piel blanca y cremosa y el pelo castaño rojizo. Delphine lo llevó a su casa, que estaba a

cinco minutos, pero tardó media hora en conseguir que pudiera mantenerse en pie. Nicolas perdió el sentido nada más derrumbarse en el sofá y a la mañana siguiente abrió unos ojos perplejos, sin saber muy bien dónde se encontraba. Delphine estaba leyendo mientras tomaba una taza de café. Llevaba gafas, una camisa de hombre y no gran cosa debajo. Nicolas se enamoró de ella en ese mismo momento.

Fue después de la ruptura, en 2009, en el esplendor de su apartamento de la rue du Laos, cuando Nicolas comprendió que ya no tenía energía para escribir. Aachacó esa letargia a la marcha de Delphine. «No me gusta la persona en la que te has convertido, Nicolas», le dijo Delphine por teléfono en un tono amargo, durante esa última y terrible conversación. «No me gusta ese cabroncete arrogante y engreído que te gusta fingir que eres, y en el que quizá te has convertido». Nicolas intentó interrumpirla sin mucho empeño, pues sabía que era inútil. Una vez se ponía en marcha, Delphine era como un tren de mercancías. Nada podía pararla. Y se lo soltó todo. Nicolas se encontraba en la terraza de arriba del dúplex, con vistas al Campo de Marte y la Torre Eiffel. No tuvo más remedio que aguantarse y escuchar. «Naturalmente, todos sabemos que conseguir un éxito tan arrollador tiene sus riesgos. No estoy diciendo que me hayas sido infiel. Sé, espero, que no, y no estoy hablando de eso, estoy hablando de que antes te importaban los demás. Te importaban, Nicolas. Escuchabas. Estabas ahí. Ahora ya no. Ahora eres el chico de moda con el que todo el mundo quiere estar. Y lo peor es que ha acabado gustándote. No, no me interrumpas. Antes no eras vanidoso. Ahora siempre te estás mirando en los escaparates, por amor de Dios. Vayas donde vayas, aunque sea un supermercado, miras a ver si alguien te ha reconocido. Te pasas el día buscando tu nombre en Google. Te pasas horas leyendo lo que escriben en tu página de Facebook. Al parecer crees que seguir al Nicolas Kolt de Twitter es más importante que hablar conmigo, o con mi hija, o con tu pobre madre. ¿Dónde está el Nicolas Duhamel que fregaba los platos y contaba chistes cuando yo volvía a casa? Ahora o estás de gira presentando el libro o borracho en algún cóctel. Ésta no es la clase de vida que quiero compartir contigo. Me encanta, de verdad, que el libro te haya cambiado la vida y que el mundo esté a tus pies. No, no me interrumpas. Ese libro ha abierto la puerta de nuestro dormitorio a miles de personas. Y ya no lo soporto. Podría, si fueras una persona más madura. Pero no lo eres. Eres un chaval malcriado al que le han hecho demasiados regalos por su cumpleaños. Escúchame, Nicolas. Gaïa y yo no vamos a ir a vivir contigo. Vas a vivir solo en la rue du Laos. A lo mejor por fin te despertarás y te darás cuenta de lo que estás haciendo con tu vida. La vida no es solo una gran gira de presentación, Nicolas. La vida no es que te reconozcan por la calle unos lectores que te adoran. La vida no consiste en cuánta gente te sigue en Twitter y en cuántos amigos tienes en Facebook. Por favor, dile a Nicolas Kolt que a mí no me impresiona. Adiós». Colgó. Desde entonces (y han pasado dos años), Nicolas se ha tragado su orgullo y Delphine ya no

está tan resentida. No han vuelto juntos, aunque siguen siendo amigos.

Durante las dos primeras semanas, la rue du Laos fue como una gigantesca caja blanca. Nicolas se despertaba en mitad de la noche, desorientado, preguntándose dónde se encontraba y por qué Delphine no estaba en la cama con él. ¿Por qué aquel espacio le parecía tan enorme y él se veía tan insignificante? Cuando su madre iba a visitarle, decía con cierta reserva: «Mmm... Es grande, ¿verdad?». Al principio, organizaba fiestas salvajes y estridentes en las que la gente bailaba, chillaba, arrojaba botellas desde las ventanas hasta el amanecer, hasta que alguien llamaba a la policía. La junta de vecinos le informó de que si aquello seguía así, lo echarían.

Seis meses después de la ruptura, Nicolas sintió la necesidad de volver al libro. El que le obsesionaba, aunque no hubiera escrito ni una línea. ¿Por qué se había apagado su energía? ¿Qué le había pasado a Rascar Capac y la neblina azul? ¿Dónde estaba la llave de ese mundo secreto en el que solía desaparecer?

Nicolas hizo repintar la habitación rosa de Gaïa (que esta nunca había habitado) de un color azul sutil y relajante, compró una mesa larga y estrecha en Vitra, una nueva silla, una nueva lámpara y se sentó a escribir. Pero todo lo que veía en la pantalla de su MacBook era la cara de Delphine. Al cabo de veinte minutos de nada (y nada significaba unas pocas frases tecleadas a paso de tortuga y enseguida borradas), apartó el portátil y lo intentó con papel y pluma. ¿Dónde estaba la Montblanc de su padre? La buscó por todas partes. No la había visto desde la mudanza. Decidió que sin ella era imposible escribir el nuevo libro. No se atrevía a telefonar a Delphine, que probablemente estaba ocupada enseñando apartamentos a sus clientes y a la que no le gustaba que la molestaran, sobre todo si era él. Así que le envió un mensaje. «Hola. Lo siento. ¿No sabrás por casualidad dónde está la Montblanc de mi padre?». Y ella le contestó: «Ni idea. Buena suerte». Finalmente la encontró en una chaqueta que hacía tiempo que no se ponía.

Provisto de su Montblanc, Nicolas se sentó una vez más, la pluma flotando sobre el papel. Su nueva mujer de la limpieza iba por la casa sigilosa, procurando no interrumpir su concentración, y él se sentía tan avergonzado que de hecho fingía escribir. Le escribió una carta de amor a Delphine que supo que nunca le enviaría.

Pronto le quedó claro que no conseguiría escribir en el dúplex. De alguna manera, su grandiosidad encogía su creatividad y acentuaba su indolencia. Intentó escribir en un café cercano de la avenue de La Motte Piquet, pero le distraían los transeúntes.

Sin saber ya qué hacer, Nicolas decidió alquilar una habitación de siete metros cuadrados en lo alto de un edificio cercano de la avenue de Lowendal, a cinco minutos de su casa. Parecía la celda de un monje; en un rincón había un lavamanos agrietado y amarillento y en el otro un radiador con la pintura desconchada. Daba a un edificio burgués idéntico situado al otro lado del patio y parecía totalmente tranquilo. Nicolas estaba encantado. Eso era justo lo que necesitaba para poner en

marcha de nuevo el proceso de escribir y mantener a raya su pereza. Compró un viejo pupitre escolar en el mercado de las pulgas y una sencilla silla de madera en Ikea. El único lujo fue una lámpara delgada y fina de Costanza. Estupendo, se dijo, mientras se encaminaba lleno de energía y determinación a ese cuchitril que le hacía de oficina provisto de su Montblanc y su Moleskine. Canturreando, tomó el ruinoso y anticuado ascensor que producía ruidos alarmantes durante todo el camino y se aposentó en el escritorio. Extendió los brazos, abrió y cerró los puños y se puso a escribir. Y, de nuevo, le escribió a Delphine. Escribió una carta de amor larga y hermosa (él estaba convencido de que era hermosa). Se trataba de un magnífico comienzo, acabaría siendo una historia de amor tierna y conmovedora. En su mente se representaba el entusiasmo de Alice Dor, ya podía ver la portada del libro, ya se imaginaba hablando con los periodistas: «Después de la ruptura, estaba tan destrozado...». Mientras miraba por la ventana, captó un fugaz movimiento en el apartamento que tenía justo delante. Había tres ventanas cubiertas con cortinas verdes y azules. Volvió a ver el movimiento y, atónito, divisó a una joven desnuda que corría de una habitación a otra, o que, más que correr, hacía cabriolas, con los brazos extendidos y la cabeza alta, con la gracia de una bailarina. Sus pechos respingones subían y bajaban de manera tentadora y su pelo oscuro le caía ondulado por la espalda. Nicolas la veía perfectamente, su piel pálida y tersa, sus nalgas redondeadas, tensas y musculosas, su vientre plano y el delta de su vello púbico recortado. Intrigado y excitado, dejó la pluma y siguió mirándola. Impertérrita, la mujer siguió haciendo piruetas y Nicolas se preguntó cómo era posible que no tuviera ni idea de que la observaban. A lo mejor lo sabía y le gustaba. Era difícil apartar la mirada de la bailarina desnuda, volver a las frases sobre el papel. Y aún más cuando la mujer levantó la pierna sin esfuerzo y, cogiéndose el tobillo con la mano, le ofreció una vista extraordinaria de sus partes pudendas. Nicolas sintió una incómoda sequedad en la garganta. A este paso no iba a conseguir escribir nada. Tendría que forrar la ventana con papel.

Al día siguiente, con desgana y valor, apartó el escritorio de la ventana para no ver a la seductora bailarina. Consiguió recuperar cierta concentración. Cuando comenzaba a escribir felizmente, describiendo las caderas de Delphine bajo la ducha, se oyó un gruñido, tan fuerte y cercano que pensó que estaba justo detrás de él. Ahí estaba de nuevo, masculino, sordo y grave, y definitivamente sexual. Procedía de la habitación que había a su izquierda. Se le cayó el alma a los pies. Se quedó allí sentado, impotente, mientras los gruñidos cobraban intensidad y ritmo. ¿Cómo iba a conseguir escribir con una bailarina desnuda delante y una versión en audio del Kamasutra tras una de aquellas paredes de papel? Los gruñidos se convirtieron en gemidos y oyó hablar en un idioma extranjero. Un topetazo le hizo dar un respingo y luego se oyó un golpe seguido de alaridos que le helaron la sangre. Se acercó lentamente y abrió un dedo la puerta. Más golpes, gritos y topetazos. De la puerta de

al lado asomó una silueta que le sobresaltó. Resultó ser una persona tremendamente alta de género indeterminado y forma piramidal, con muslos carnosos envueltos en látex y zapatos de tacón de aguja. Apareció otra figura corpulenta e igualmente monstruosa tocada con una peluca estilo Luis XIV de rizos platinos que le caían en cascada, botas de cuero negro hasta las rodillas, medias de malla y un minivestido de plástico. Nicolas se quedó boquiabierto mientras aquellas criaturas avanzaban pesadamente hacia el ascensor haciendo estremecer las tablas del suelo y hablando en portugués. ¿Prostitutas? ¿Travestidos de Brasil? Fueran lo que fueran, solo podría escribir cuando no estuvieran en el apartamento.

Luego, cuando las cosas parecían haberse calmado un poco, un joven al que Nicolas nunca vio alquiló la habitación de la derecha. Se pasaba la vida allí, rasgueando lastimeramente una guitarra desafinada de la mañana a la noche y gimiendo la misma canción de James Blunt en un insoportable falsete. Nicolas quería asesinarlo. Una tarde se oyó una voz femenina acompañando los maullidos. Ésta era quizá aún peor que la del joven, porque desafinaba de una manera terrible. Nicolas comprendió, con gran desánimo, que su vecino se había comprado una máquina de karaoke. La pareja destrozó *Imagine* e hizo pedazos *Let It Be*. Luego vinieron *Summer Nights*, *All By Myself* y *My Way*. Era tan insoportable escucharlos que Nicolas se echó a reír. Rio hasta que se le saltaron las lágrimas. Incluso los grabó con el móvil mientras cantaban para poder hacérselo oír a sus amigos. Al día siguiente la pareja mantuvo una serie interminable de relaciones sexuales brutales y rápidas. Nicolas lo soportó todo. Los muelles de la cama crujían de una manera brutal. La respiración forzada. No le excitó lo más mínimo. Quizá era peor que el karaoke. El joven chillaba como un cerdo en el matadero y la joven permanecía estoicamente muda a excepción de un terrorífico graznido final que no parecía humano. Nicolas se vio incapaz de dar golpes en la pared para quejarse. ¿Y si uno de ellos era uno de esos admiradores que no te puedes quitar de encima? ¿De esos que llaman a la puerta cada diez minutos? No podía arriesgarse. De manera que en la farmacia de la avenue de Lowendal se compró tapones para los oídos. Se los incrustó todo lo que pudo para que los chillidos y los graznidos fueran más débiles. Ahora oía el ritmo regular de su propio corazón. Era un sonido extraño y desconcertante, pero infinitamente mejor que aquel terrible dúo.

Mientras Nicolas permanecía sentado en su escritorio día tras día, levantándose de vez en cuando para mirar por la ventana (siempre con la esperanza de poder vislumbrar a la bailarina), descubrió que su concentración era desastrosamente inconstante. Cualquier cosa lo distraía. Incluso la anciana del séptimo piso, una abuela centenaria, encorvada y de pelo blanco, resultaba algo interesante. La mujer se pasaba el día leyendo y descansando y luego salía a la terraza y le susurraba a las plantas, a los pájaros, al azul del cielo. En una ocasión se quedó dormida en su

tumbona, la cabeza inclinada a un lado, la falda levantada, revelando unas rodillas frágiles y huesudas, y durmió tanto rato que Nicolas temió que se hubiera muerto. Por suerte se despertó, se levantó y se alejó renqueando. Nicolas se sentía como James Stewart en *La ventana indiscreta*, disfrutando del permanente espectáculo de sus vecinos. En el cuarto piso, una madre joven jugaba con su hijo pequeño con paciencia y placer y él disfrutaba mirándola. En la quinta planta, una mujer que se parecía de manera asombrosa a una de las actrices de Pedro Almodóvar (¿tenía que ser ella! ¿Cómo no iba a serlo?) caminaba arriba y abajo, siempre al teléfono con un cigarrillo en los labios. Cuando la mujer se sentaba en su escritorio y abría el ordenador, Nicolas podía ver lo que estaba mirando si forzaba la vista.

Pero la puntilla fue una cuadrilla de trabajadores que aparecieron una mañana en su planta. Había que reformar una habitación. Apretando los dientes, Nicolas soportó los golpes, los martillazos, los chirridos y el taladro. El ruido era espantoso, incluso con tapones. Los trabajadores farfullaban de sol a sol, ponían una radio portátil a todo volumen, lo saludaban alegremente al pasar y le ofrecían un sándwich o algo de beber. Le preguntó a uno de ellos cuánto iba a tardar esa reforma y, consternado, se enteró de que iban a renovar cuatro habitaciones y que después instalarían un andamio y restaurarían todo el edificio. La restauración completa duraría al menos seis meses.

Nicolas comprendió lentamente que en aquella celda monacal no iba a escribir nada. Y, después de eso, comprendió algo más amargo: que no iba a escribir nada en ninguna parte. Que no habría libro.

Qué paz hay aquí, lejos del mundanal ruido, de las preocupantes noticias de una crisis global, de atentados sangrientos, del escándalo sexual en el que se han visto envueltos una camarera de pisos de un hotel de Nueva York y un político francés.

Nicolas se muere por mirar su BlackBerry, pero sabe que no es posible mientras Malvina esté sentada a su lado. Sobre todo con un nuevo mensaje de Sabina. A veces le asombra que esta mujer a la que solo ha visto una vez le mande mensajes tan íntimos. ¿Qué sabe realmente de ella? Muy poco. Al principio, cuando sus mensajes eran aún triviales, Sabina mencionó que estaba casada, que tenía dos hijas, no mucho mayores que él. Vivía en Berlín, en Prenzlauer Berg, con su marido. A Nicolas le gusta recordar el instante que estuvo delante de él mientras le firmaba el libro. Es capaz de evocar toda la escena, la gabardina que llevaba, el cinturón tan ceñido en torno a su estrecha cintura, la cuidada melena rubia cenicienta, la manera en que lo miraba. Las mujeres más jóvenes nunca tenían esa expresión. Eran demasiado coquetas, reían disimuladamente, hablaban con afectación o estaban borrachas y caminaban con un vulgar aire arrogante, como los hombres. Sabina se quedó mirándolo con una leve sonrisa y sus ojos felinos no parpadearon ni una vez, traslúcidos, como estanques de agua. Cuando ella le entregó el papel con el pin del BBM, sus dedos se tocaron, pero fue la única vez que sus pieles entraron en contacto. Para apartar de su mente los mensajes no leídos y la impaciencia por leerlos, Nicolas coge el Hamilton Khaki de su padre, guardado junto a su teléfono, en el bolsillo del albornoz. Lo contempla en silencio y lo inunda una cierta paz. Recuerda a su padre yendo a comprar el reloj para su décimo cumpleaños. ¿Sabía su padre qué reloj iba a comprar o le aconsejó algún dependiente? Se acuerda del Hamilton Khaki en la palma de la mano de su padre, el brillo de sus ojos azules mientras lo examinaba y, luego, sus dedos largos colocando la correa en torno a la muñeca de Nicolas. Todavía siente esos dedos paternos en su propia piel.

Llega una última lancha. Al principio Nicolas cree que es un espejismo provocado por el sol al ponerse, un brillo de la luz en el mar, un extraño reflejo. Esa cara en la lancha. Se quita el reloj, se quita las gafas de sol, coloca la mano en visera sobre la frente y mira otra vez. El pulso se le acelera. La cara se acerca lentamente dentro de la lancha. Vuelve a ponerse las gafas de sol, un poco demasiado rápido, en un gesto torpe, y vuelve a mirar. El cuaderno y la Montblanc caen al suelo con un golpe seco. La lancha ahora está cerca, cabecea mientras se acerca, sorteando la otra Riva atracada junto al embarcadero, al tiempo que remite el ronroneo del motor. Nicolas se inclina hacia delante, busca la gorra bajo su tumbona y se la cala en la cabeza.

—¿Qué ocurre? —pregunta Malvina, intrigada. Nicolas no contesta.

Hipnotizado, observa a la mujer que torpemente sale de la lancha, ayudada por un

empleado del hotel vestido de negro. La acompañan dos hombres, pero apenas se fija en ellos. Ella es la última en poner el pie en la playa de cemento. Una chilaba blanca rodea su figura corpulenta. Nicolas distingue la característica cola de caballo blanca como la nieve estilo Karl Lagerfeld que asoma bajo el sombrero panamá, la curva de la nariz, los labios finos y rojos. No la conoce personalmente, nunca la ha visto en carne y hueso, pero ha presenciado suficientes apariciones televisivas y leído bastantes artículos como para saber a ciencia cierta que es ella. Sube pesadamente los peldaños de piedra hacia el ascensor del complejo, agarrada del brazo del empleado del hotel. Se mueve lentamente, y Nicolas se da cuenta de que es una mujer grande y robusta, mucho más de lo que parece en las fotos, incluso se diría que enorme. Tiene la piel blanca como el alabastro, salpicada de pecas. Carece completamente de garbo, y sin embargo Nicolas no puede evitar pensar que posee una majestad dramática, como una reina medieval visitando su reino. Jamás baja la mirada. Mantiene bien alta la mandíbula cuadrada, lo que le otorga una feroz arrogancia acentuada por el gesto irónico de la boca. Desaparece dentro del ascensor.

Nicolas se recuesta en su tumbona. Malvina le pellizca el brazo y lo sobresalta.

—¡Nicolas! ¿Quién es esa mujer?

Nicolas respira.

—Dagmar Hunoldt.

El nombre no le dice nada a Malvina. Su único consuelo reside en el hecho de que Dagmar tiene más de sesenta años, sobrepeso y es tan atractiva como una ballena varada. Pero no comprende por qué Nicolas se ha quedado en silencio, rascándose la coronilla, cosa que hace cuando está confuso o alterado.

Malvina espera un poco antes de volver a hablar. Observa cómo los otros clientes recogen sus cosas y se marchan. El señor Wong y la señorita Ming son los últimos en irse, subiendo lentamente las escaleras. El sol ha desaparecido detrás de la colina.

—¿Quién es? —pregunta Malvina, incapaz de seguir reprimiendo su curiosidad.

Nicolas exhala un suspiro. Malvina no sabe decir si es de entusiasmo o de miedo.

—Dagmar Hunoldt es la editora más poderosa del mundo. —Ella no dice nada y se muerde el pulgar. Nicolas sigue hablando entre susurros, con lo que tiene que inclinarse para poder oírlo—. Y está aquí, en el Gallo Nero. Surgida de la nada.

Malvina pregunta:

—¿Es una buena noticia o una mala?

Nicolas tampoco contesta. Su mente va a gran velocidad. ¿Sabía esa mujer que él estaba en la isla? ¡La foto de Facebook! Uno de sus lugartenientes o cazatalentos debe de haberla visto en el muro de Nicolas. A lo mejor no estaba lejos, en el yate de un amigo, y ha decidido pasar unos días aquí. Pero a lo mejor ha venido a verlo. A lo mejor está ahí solo para verle a él.

Nicolas recuerda la primera vez que oyó el nombre de Dagmar Hunoldt y se lo

cuenta a Malvina. Fue hace dos años. Estaba almorzando con Alice Dor y su novio (ahora ya ex), Gustave, en el Orient Extreme, cerca de la rue Rennes, y observó cómo la cara de Alice cambió de repente. Ya no parecía escuchar lo que Gustave estaba diciendo. Nicolas se volvió para seguir su mirada, dirigida hacia la entrada del restaurante. Había un grupo de gente de pie, pero él no reconoció a nadie. Aunque, claro, ¿qué sabía él entonces del mundo editorial? Era un asunto nebuloso, un entramado complejo de nombres, lugares y logos que era incapaz de descifrar. Tardaría un tiempo en aprender.

—¡Caramba! —musitó Alice.

Gustave miró hacia Nicolas y se encogió de hombros.

—¿Qué? —preguntó por fin Gustave mientras Alice seguía mirando—. ¿O quién?

—Dagmar.

Fue la primera vez que Nicolas escuchó ese nombre. Dagmar. Lo encontró anticuado pero poderoso, exótico. El nombre evocaba a las vikingas, criaturas altas, pechugonas, de pelo rubísimo, tocadas con cascos alados y sujetadores de hierro. ¿Era esa tal Dagmar una escritora escandinava? ¿Una musa? ¿Una agente literaria? ¿Una librera? Fuera quien fuera, el sesgo alarmado de los ojos de Alice no sugería una relación cordial. El grupo de gente pasó junto a ellos y Nicolas no distinguió a nadie que pareciera vagamente llamarse Dagmar, o, más bien, que tuviera el aspecto que él asociaba a Dagmar. Alice permaneció un rato en silencio hasta que Gustave le dio un codacito y murmuró:

—¿Y bien? —Alice entrelazó las manos, que era lo que hacía cuando no sabía qué decir—. ¿Quién es Dagmar? —insistió Gustave. (Era banquero y no estaba familiarizado con el mundo editorial)—. Por la cara que has puesto, deduzco que no es tu mejor amiga.

Alice puso peor cara.

—Desde luego que no.

Nicolas y Gustave intercambiaron una mirada sobre el *maki* que comían.

—El suspense es insoportable —comentó Gustave.

Alice volvió el rostro una vez más hacia el grupo de personas sentadas al fondo del restaurante. Entonces, inclinándose hacia Gustave y Nicolas, dijo:

—Dagmar es la editora más temida, más respetada y más famosa de todas. Tiene al mundo editorial en la palma de la mano.

Cuando Nicolas repite esa misma frase a Malvina, esta exclama «¡Uau!» con una voz sobrecogida. A lo que añade, arrancando una hila de la toalla y bajando aún más la voz, aunque están solos:

—¿Ha venido aquí por ti?

Al Nicolas engreído le gustaría decir que sí, naturalmente que ha venido por mí, Malve, ¿qué te crees?, ya ha enviado a tres personas para tentarme de manera

indirecta a que abandone a Alice Dor. Suzanne Cruz, la hermosa y descarada agente de Los Ángeles de astuta sonrisa. Guillaume Bevernage, un editor francés conocido por sus audaces alianzas con Dagmar Hunoldt. Y, finalmente, Ebba Jakobson, la poderosa agente de Nueva York, conocida por su estrecha relación con Dagmar. Tres almuerzos en los restaurantes más exclusivos de París, Nueva York y Santa Mónica y tres educados «no» a los jugosos contratos, a los anticipos increíblemente altos. Nicolas recuerda haber leído hace poco en el *Newsweek Magazine* algo acerca de Dagmar Hunoldt, y evoca unas líneas que le divirtieron y le impresionaron: «Nadie tiene un instinto como Hunoldt a la hora de juzgar un libro o a un autor. Los que la rodean la consideran absolutamente implacable, extraordinariamente inteligente y totalmente perversa».

El Nicolas lúcido murmura:

—No estoy seguro. Puede que esté aquí de vacaciones. No hay manera de saberlo.

—¿Es la editora de Novézan? —pregunta Malvina.

Nicolas suelta una carcajada.

—¡No! Novézan no es tan importante en Estados Unidos. Yo soy más importante que él.

—¿Sabe Novézan que esta mujer está aquí?

Nicolas se queda mirando a Malvina y observa, de nuevo inquieto, lo pálida que está.

—Malve, Dagmar Hunoldt es la Virgen María del mundo editorial.

—Físicamente, no.

—Claro que físicamente no —contesta Nicolas en un bufido de desesperación—. Me refiero a que tiene poder. Es muy poderosa. ¿Lo entiendes?

Malvina asiente, sumisa. Nicolas siente una punzada de culpa y le aprieta la mano. Ahora hace un poco de fresco. Los empleados doblan las tumbonas, recogen las toallas y mesas y desmontan las sombrillas. Es hora de volver arriba y prepararse para la velada. Mientras suben en el ascensor de novela de James Bond, Nicolas no puede evitar pensar en Dagmar Hunoldt y en su presencia en el Gallo Nero. Se olvida del mensaje de Sabina, que todavía no ha leído. Se olvida de telefonar a su madre, que sigue sin devolverle las llamadas. Se olvida de ponerse en contacto con François. Incluso ha dejado de pensar en que Delphine se ducha con otros hombres. Entra en la habitación, acompañado de la silenciosa y pálida Malvina, y ni se fija en las flores y frutas frescas que le han traído esa mañana, la cama abierta, los bombones meticulosamente colocados sobre los almohadones junto con la previsión del tiempo para mañana (sol, treinta y dos grados); apenas echa un vistazo a la tarjeta del doctor Otto Gheza, el director del hotel, colocada en su escritorio, en la que le solicita que asista a un cóctel mañana por la noche. Lo que hace es abrir la terraza, mirar al mar y

pensar.

¿Cómo le dirá que no? ¿Se le puede decir no a Dagmar Hunoldt?

Se le ocurre un pensamiento peor, que le arredra. ¿Cómo le va a decir a Dagmar Hunoldt, si es que ha aparecido en el Gallo Nero por él, que no hay libro, que le ha estado mintiendo a su editora, a sí mismo, al mundo? ¿Tendrá que mentirle también a ella?

Los periodistas siempre le preguntaban por qué había decidido quedarse con Alice Dor a pesar de su impresionante éxito. Era de dominio público que todos los editores y agentes del planeta lo codiciaban. ¿Por qué seguía fiel, entonces, a una pequeña editorial independiente? Nicolas, infatigable, daba la misma respuesta: Alice Dor le cambió la vida cuando decidió decir que sí a *El sobre* aquel oscuro día de invierno de 2007. Alice leyó *El sobre* porque Delphine, amiga suya porque las dos llevaban a sus hijas al mismo colegio cada mañana y con la que compartía un café de vez en cuando, le había insistido en que la leyera. Alice intuía que Delphine tenía una relación con un hombre más joven que ella, porque había visto cómo Nicolas llevaba a Gaïa al colegio mientras ella dejaba a su hija Fleur y había sumado dos y dos. Ahora comprendía por qué Delphine tenía ese brillo en la mirada y ese paso juvenil. El joven, que se llamaba Nicolas, era un encanto, se decía Alice, aunque prefería a los hombres mayores que ella. Una mañana de primavera observó que Nicolas era alto y bien formado, pues los músculos se le marcaban bajo la camiseta negra. Tenía el pelo corto y oscuro, largas patillas y unos ojos color niebla. Y, naturalmente, la boca llamaba mucho la atención, grande y de labios carnosos, los dientes blancos. No solo era un hombre de aspecto agradable, sino también cordial, como pronto descubrió Alice. Educado, amable, de buenos modales. Y también hay que decir que cuando Delphine le entregó el manuscrito, una mañana mientras tomaban un café, Alice sintió una chispa de curiosidad.

Aquella semana tenía quince manuscritos para leer, todos ellos apilados sobre su escritorio. Alice se preparó una taza de café, se puso las gafas y comenzó a leer *El sobre*, decidida a escribirle una amable nota a Delphine, y al joven, explicándoles que para ser un primer intento resultaba un libro prometedor. Lo primero que le sorprendió fue el tono. ¿Qué sabía de Nicolas Duhamel? Solo lo que había visto (las patillas, la sonrisa cordial, los músculos bajo la camiseta) y lo que Delphine le había contado: un exalumno de la Khâgne que daba clases de filosofía y que vivía con su madre (era profesora) hasta que conoció a Delphine. Lo único que esta le había dicho había sido: «Tan solo léelo, Alice. Por favor». El tono del libro nada tenía que ver con el de un joven. La desconcertó tanto que incluso preguntó si Nicolas Duhamel era realmente el autor. Quien ahí hablaba era Margaux Dansor, una mujer de cuarenta y ocho años y pelo entrecano. No Nicolas Duhamel, de veinticinco. En la novela se filtraban los sentimientos íntimos de Margaux, sus miedos, su valor, su fragilidad, sus descubrimientos. Era Margaux la que averiguaba que su padre, fallecido mucho tiempo atrás, no era la persona que le habían hecho creer. Era Margaux la que descubría la verdad, garabateada en una hoja de papel, dentro de un sobre blanco, escondido en la vieja residencia familiar de Camogli, una pequeña aldea de Liguria. Una verdad que casi la destruye. Una verdad que finalmente acaba transformándola,

le da nuevas alas. Los demás personajes eran creíbles, atractivos y complejos. Arnaud Dansor, el marido de Margaux, que intentaba estar al corriente de la búsqueda de su mujer, comprenderla. Sus hijas, las adolescentes Rose y Angèle, preocupadas por esa indagación en la que su madre se había embarcado. Sèbastien Zech, el hermano de Margaux, furioso al descubrir que su hermana estaba «escarbando en el pasado», manchando el nombre de la familia. Alice admiró el poderoso retrato del padre ausente de Margaux, el convincente Luc Zech, alias Lucca Zeccherio.

Lo que más le gustaba del libro a Alice era la propia Margaux Dansor. Su sentido del humor, su ingenio, su audacia. Una profesora de piano que enseñaba Bach y Mozart pero que escuchaba música disco en su iPod. De hecho, su marido la llamaba «La Reina de la Discoteca», para bochorno de sus hijas. Margaux bailaba sola en su habitación, en la cocina, al son de *Stayin' Alive*, con los fluidos pasos de una Travolta femenina. Existía una frontera entre la seria profesora de piano y la mujer implacable e inquisitiva que seguía la pista de un perturbador secreto familiar. Alice disfrutaba con los divertidos detalles que Nicolas Duhamel le añadía a su heroína. Su miedo a conducir (había tenido un feo accidente a los dieciocho años, que le había dejado una larga cicatriz torcida en el muslo), lo mal que cocinaba (era su marido, Arnaud, el que sabía guisar), su obsesión con el color azul, que explicaba por qué Margaux compraba cualquier cosa que fuera de ese color, ya se tratara de una bolsa de agua caliente, un rodillo de amasar o un cenicero (aunque no fumaba), su incapacidad para sentarse junto a la ventanilla en un tren o un avión (la explicación es que tenía la vejiga floja, cosa que hizo reír a Alice), su escaso dominio de las matemáticas (una auténtica desventaja cuando apareció el euro en 1999) y su habilidad para imitar a la perfección a Céline Dion.

Tres horas más tarde Alice acabó la novela entre lágrimas. No esperaba un final tan dramático, lo opuesto a un final almibarado estilo Hollywood. Tuvo que quitarse las gafas, limpiarlas, sonarse la nariz, tomarse otro café y respirar. La historia de Margaux la había cautivado. ¿Cómo lo había conseguido alguien tan joven? ¿Dónde había plantado las raíces para dar forma a una heroína tan inolvidable?

Alice decidió llamarle. No tenía por qué esperar. No tenía por qué llamar primero a Delphine. Miró el reloj. Las cinco de la tarde de un frío día de diciembre. El móvil de Nicolas estaba escrito en la primera página del manuscrito. Y así fue como Alice Dor hizo la llamada telefónica que iba a cambiar las vidas de ambos.

—¿Eres Nicolas Duhamel? Hola. Soy Alice Dor. ¿Te molesto? ¿No? Bien. Voy a publicar tu libro.

Estaba acostumbrada a escuchar una brusca inhalación al otro lado de la línea. Le encantaba llamar a los autores para decirles que iba a publicar su libro, y le gustaba hacerlo con su brusquedad habitual.

Pero Nicolas Duhamel había permanecido extrañamente callado.

—¿Estás ahí? —preguntó con cierta vacilación.

—Sí —contestó Nicolas—. Sí. Gracias.

—¿Podrías venir a verme? Tenemos que discutir un par de cosas.

Y él se había presentado aquella misma tarde en su oficina de la rue de Rennes, en la esquina con el boulevard Raspail, y Alice todavía recordaba su manera de caminar, sus grandes zancadas, cómo le había tendido la mano, el calor que emanaba de ella. Era más alto y delgado de lo que recordaba. Había en él una seriedad que le gustó de inmediato. Sí, podía ver en él a Margaux Dansor, en alguna parte, oculta tras esa encantadora sonrisa, en la manera en que se sentaba, tranquilo, cruzando las piernas, inclinándose hacia ella con una distinguida expectación que le encantaba.

—Me ha gustado tu libro —dijo con una voz queda, con esa voz profunda y áspera que él acababa de descubrir. Pronto averiguaría que cuando Alice Dor decía «me ha gustado» lo que realmente quería decir era «me ha encantado». Era una mujer discreta, poco aficionada a los superlativos.

Nicolas se quedó allí sentado, sin habla, devorándola con esos ojos color niebla, quizá examinándola en detalle por primera vez. Naturalmente, sabía que a veces tomaba un café con Delphine, que era la madre de Fleur, una enérgica morena de cuarenta y pocos años que siempre parecía tener prisa. Y ahora esa mujer quería publicar su novela. Nicolas miró a su alrededor: en aquella oficina los libros y manuscritos se apilaban a peligrosa altura y había montones de plumas, papeles, un ordenador, la parafernalia habitual de un editor. Sobre el abarrotado escritorio de Alice Dor descansaban fotografías de su hija, de sus autores más famosos, junto a invitaciones a presentaciones de libros, premios literarios, contratos, carpetas, notas, tarjetas y unas delicadas orquídeas moradas que sobresalían regias entre esa confusión.

—No sé qué decir —farfulló finalmente Nicolas.

—¿Has telefoneado a Delphine? —le preguntó sonriente Alice.

—No, estaba esperando verte, comprobar si realmente era cierto.

—¡Pues llámala! Llámala ahora.

—¡Llámala tú! —dijo Nicolas, también sonriendo.

Alice telefoneó a Delphine, que gritó de alegría. Todos salieron a cenar a un bullicioso restaurante cerca de Saint Sulpice, donde el novio de Alice, Gustave, el jovial banquero, se reunió con ellos. Bebieron champán, rieron y lo celebraron, brindando por Margaux Dansor.

Ninguno tenía la menor idea de que el libro conmovería el corazón de tanta gente ni de que se convertiría en una película oscarizada. Ninguno de ellos sospechaba que Nicolas Duhamel se iría despojando de capas de su simpática aura para convertirse en Nicolas Kolt, alguien un poco más mundano, un poco menos inocente.

Pero, de algún modo, Nicolas intuyó que la mujer de ojos dorados sentada delante

de él le había salvado la vida. Creía en él.

—¿Por qué iba a dejar a Alice Dor? —les contestaba a los periodistas—. Vendió los derechos de mi libro en todo el mundo, incluso a Hollywood. ¿Por qué iba a querer estar en otra parte?

—Pero ¿no quieres más dinero, más glamur, más de todo? —le había insistido hacía poco su amiga Lara—. Todavía no has cumplido los treinta. ¿Por qué no fichas por una de esas grandes editoriales? Alice te dio una oportunidad, desde luego, pero ¿por qué quedarte con ella?

—Porque se lo debo —replicó Nicolas—. Porque se lo debo todo.

—Pareces uno de esos aburridos maridos fieles —se mofó Lara.

—Que te den.

Lara le hizo cosquillas en la barbilla para provocarlo.

—Menudo carácter... Y no entiendo por qué. Por cierto, ¿ya has comenzado tu nueva novela? ¿O has estado demasiado ocupado contestando a tus seguidores de Facebook?

Le entraron ganas de abofetear esa cara burlona. Todos parecían innecesariamente ansiosos de estar al corriente de su inminente libro. Cuando Alice intentaba sonsacarle, se mostraba razonable. No le presionaba, pero Nicolas captaba su ansiedad como si fuera un pararrayos. Sentía crecer su angustia como si fuera la ominosa mota negra en el espejo de lord McRashley, cada día más grande. ¿Cómo podía confesarle Nicolas a Alice Dor, ahora que ella le había contratado el nuevo libro por un adelanto tan exorbitante para que no sucumbiera a los cantos de sirena de las grandes editoriales, que no había libro alguno? ¿Cómo podía confesarle a Alice Dor que en los últimos seis meses, desde que firmaron el nuevo contrato con tanto entusiasmo, se había dormido en los laureles, había holgazaneado en la deliciosa veneración de sus admiradores, volando en primera clase, bebiendo champán, aceptando regalos, posando para las fotos y firmando autógrafos?

Alice Dor no había contratado nada.

Entre el silencioso lujo del cuarto de baño de mármol rosado, Nicolas se da una ducha. A través del ruido del agua oye la voz de Malvina en la habitación de al lado. Habla por teléfono con su madre, que vive en Varsovia. Nicolas escucha las complejas resonancias de un idioma del que no comprende ni una palabra. No conoce personalmente a la madre de Malvina, pero ha visto fotos. Esa mujer divorciada y muy emotiva de cuarenta y pico años tiene los mismos ojos verdes que su hija. Las conversaciones con su madre siempre duran un buen rato, de manera que Nicolas sabe que tiene tiempo para echarle un vistazo a su BlackBerry. El aparato está escondido debajo de la toalla que hay en el suelo.

Cuando Nicolas sale de la ducha, observa su reflejo en el espejo de cuerpo entero y atisba la primera fase de un prometedor bronceado. Se vuelve para admirarlo y la blancura de sus firmes nalgas contrasta con el tono bronceado de su espalda alargada y musculosa. Se inclina para recoger la BlackBerry con la mano húmeda. Todavía no ha leído el mensaje de Sabina. Pulsa el botón y se prepara para lo que sea. Las palabras son contundentes. «Quiero que te corras en mi boca». Un estremecimiento electrificante le recorre los muslos. Es como si Sabina estuviera allí, en ese mismo momento, arrodillada sobre el suelo de mármol, sus relucientes labios entreabiertos, alzando la vista hacia él, desafiante, lasciva. Cede a la erección inmediata. Con prisas se pregunta si tiene tiempo de masturbarse; sí, lo tiene, apenas es cuestión de minutos. Siente la boca aterciopelada de ella alrededor de su miembro, la fuerza de sus mejillas y su lengua. Puede ver su pelo rubio ceniciento cayéndole en cascada mientras se lo trabaja. Puede ver sus manos largas y elegantes, la manicura perfecta de sus uñas, el anillo de boda de oro. Oye los sonidos húmedos de su boca, su lengua cuando mueve la cabeza cada vez más rápido, sin dejar de mirarlo a la cara. Nicolas ve sus propias manos a ambos lados de su cabeza, los dedos curvándose para agarrar puñados de pelo sedoso, haciendo que su cabeza se mueva cada vez más deprisa. El orgasmo asciende, poderoso, y él se demora en los bordes antes de ceder.

—¿Vamos a ir a ese cóctel? —La voz de Malvina está peligrosamente cerca, al otro lado de la puerta del baño. Los ojos de Nicolas se abren de golpe. Suelta un grito ahogado al ver su imagen en el espejo. Ahí está, desnudo, con la mandíbula floja y una triunfante erección en la mano. Se ahoga. No ha oído el final de la conversación de Malvina con su madre.

—¡Podemos ir! —exclama con voz ronca al tiempo que empuja la BlackBerry detrás de una caja de kleenex y esconde su tumescencia con la toalla en un movimiento frenético.

Oye las sandalias de tacón alto de Malvina cuando ella entra en el baño. Luce un vestido turquesa que Nicolas nunca ha visto. Es ajustado, de escote abundante, y revela cada centímetro de su figura, pero no tiene nada de vulgar ni de barato. Lleva

el pelo peinado hacia atrás y sujeto con una cinta de terciopelo negro.

Malvina observa a su alrededor con suspicacia. Nicolas sigue secándose con la toalla, intentando aparentar despreocupación, normalidad, pero siente las mejillas enrojecidas por la culpa. Malvina prosigue su inspección. La BlackBerry no se ve por ninguna parte. Su erección disminuye por momentos. Por los pelos, piensa. Le lanza una sonrisa radiante.

—Estás guapísima —dice muy serio, y lo dice en serio.

—¿Por qué estás tan rojo, Nicolas?

—Me he quemado con el sol —contesta con una sonrisa inocente mientras acaricia la cinta de terciopelo con la punta de los dedos.

—¿La tal Dagmar estará en el cóctel?

—No tengo ni idea.

—¿Qué harás si está?

—Saludarla, supongo.

Nicolas entra en la habitación para vestirse, con el corazón acelerado y una acalorada pesadez en el lomo.

Más tarde, en el crepúsculo, bajan juntos hasta la terraza, de la mano. Nicolas lleva unos vaqueros negros, una camisa blanca y una americana verde oscuro nueva. Es consciente de que forman una pareja que llama la atención, y su elevada estatura contrasta con la gracia de sílfide de Malvina. No son los pensamientos que le venían a la cabeza cuando paseaba por la calle abrazado a Delphine. Entonces no le importaba su aspecto. Pero desde la aparición de Huracán Margaux, Nicolas no va a ninguna parte sin intentar descifrar cómo lo ven los demás.

Se da cuenta de que se ha olvidado la invitación del doctor Gheza en la habitación, pero tiene la impresión de que no la necesita, pues un sonriente camarero que lleva el traje negro habitual los acompaña hasta una zona privada cerca de la piscina.

—Bienvenida, *signorina*; *benvenuto*, *signor* Kolt.

Suena una música suave, no demasiado fuerte. La brisa es fresca, pero el calor del día sigue flotando en el aire, perdura como una caricia húmeda. Las velas parpadean indolentes. El mar es espléndido, de un azul tinta. Los invitados ríen, beben y charlan. Los camareros se pasean con las bandejas llenas de exquisiteces hermosamente presentadas. Nicolas y Malvina beben champán helado y contemplan el mar que se oscurece. Él disfruta del Ruinart, pero también experimenta la exquisita sensación de estar a salvo en una pacífica burbuja de suntuosidad. Momentos antes estaba viendo las noticias por televisión, plácidamente, con una Coca-Cola en la mano, y aunque lo que veía en la pantalla era perturbador, con su habitual cuota de derramamiento de sangre, crisis económica, conflictos políticos y escándalos sexuales, apagó la televisión y los dramas del día desaparecieron. Sabía que en la habitación de al lado,

y para todos aquellos que lo rodeaban ahora, había sido igual. ¿Acaso no era el Gallo Nero un refugio al que los ricos acudían para poder olvidar el torbellino del mundo exterior?

Nicolas comienza a descubrir, con una mezcla de respeto reverencial y cultura, que ahí el tiempo pasa más lento, a ritmo de tortuga. Nada hay más importante que el vino que se escoge para comer, qué pendientes te pones, qué puro saboreas. Nicolas ve que los invitados llevan unos *blazers* o esmóquines sin pajarita perfectamente planchados. Casi todas las mujeres (excepto la criatura que se agarra al brazo de Nelson Novézan) van exquisitamente arregladas. Nicolas estudia sus atuendos, cosa que no es nada fácil, pues Malvina está pendiente de cada uno de sus parpadeos. La mujer belga lleva un vestido de punto color melocotón con un favorecedor escote cruzado. La nadadora suiza, alta y delgada, está espectacular con un vestido verde esmeralda que llega hasta el suelo y le deja un hombro al descubierto. La voluptuosa morena de piernas cortas rezuma sexualidad dentro de un vestido de profundo escote redondeado bordado con relucientes lentejuelas. La esposa francesa rubia viste un glamuroso vestido suelto con garbo parisino.

Nicolas mira a su alrededor en busca de Dagmar Hunoldt, preguntándose nervioso qué debería decirle, cómo presentarse. Pero no se la ve por ninguna parte. El señor Wong y la señorita Ming, que visten unos quimonos a juego de seda blancos y negros, saludan majestuosamente con la cabeza. La pareja gay, elegantes con trajes blanco y negro, conversan con Alessandra, la empalagosa admiradora, y su madre, ambas cubiertas con chilabas enjoyadas.

Nelson Novézan, ya achispado, se inclina sobre la rubia un poco más que madurita, embutida en un traje pantalón de cuero. Debe de ser su reina sexual. Nicolas sonrío y levanta su copa en dirección a ellos. Novézan le devuelve una mirada lasciva, devorando con los ojos a Malvina y su vestido turquesa, repasándola de arriba abajo con una sonrisa lujuriosa. Malvina le da la espalda, disgustada.

Las gemelas que se parecen a Natalie Portman llegan con su perro labrador y son tan impresionantes que todo el mundo se vuelve para admirarlas. Nicolas lo hace discretamente, mientras Malvina pide un vaso de agua. Nicolas se fija en sus vaporosos vestidos de gasa rosa pálido, en sus delgados muslos dorados, en sus zapatos de suela roja vertiginosamente altos y en los mechones que caen de un moño falsamente despeinado. Justo antes de que la mirada de Malvina vuelva a posarse en él como un bumerán acusador, Nicolas baja los ojos hacia el labrador con una sonrisa benévola.

Un hombre medio calvo con gafas de concha y un *blazer* azul marino se presenta como el doctor Otto Gheza, el director del hotel. El hombre que está a su lado es un actor. Alto, rubio, americano, cincuentón. Nicolas no se acuerda de cómo se llama. Lo tiene en la punta de la lengua. Sonríe, inclina la cabeza y se siente un estúpido.

Por amor de Dios, ha visto bastantes películas de ese tipo, ¿cómo puede haber olvidado su nombre?

—¿Cuándo podemos esperar su nuevo libro, *signor* Kolt? —dice el doctor Gheza en tono jovial.

Nicolas le devuelve la sonrisa, una sonrisa fina y tensa. Tiene una respuesta para esa pregunta. Se la suelta.

—En cuanto lo acabe.

—A mi esposa le encantó *El sobre*, por cierto —dice el actor americano arrastrando las palabras y dando una calada a su cigarrillo—. Se pasó días llorando. Yo solo vi la película, no he llegado a leer la novela. Robin era una Margaux asombrosa, ¿verdad? Apuesto a que le encantó la película.

Nicolas asiente. Mientras el americano sigue perorando, se da cuenta de que casi todo el mundo que hay en la terraza parece saber quién es el actor y lo saludan con la cabeza y le sonrían. Y se da cuenta de que a él también lo han reconocido. La mujer belga, con un elevado nivel de champán, va directa hacia él, ignorando a Malvina, el doctor Gheza y el actor americano. Se llama Isabelle, y Nicolas no puede hacer ni decir nada para conseguir que se calle.

—Vaya, vaya, vaya —musita, pestañeando y agarrando sus perlas como si fueran a caérsele de su palpitante yugular. El calor le ha medio derretido el maquillaje, que comienza a dibujarle las arrugas de la cara—. ¡No me puedo creer que esté aquí, en esta isla perdida de la costa toscana, lejos del mundanal ruido, mientras yo estoy leyendo su libro! Espere a que se lo cuente a mi hermana y a mi madre, ellas lo leyeron antes que yo y no dejaban de decirme: «Isabelle, tienes que leer el libro de Nicolas Kolt, te va a encantar». Y hasta ahora no había podido leerlo. He estado muy ocupada, porque tengo una tienda en la avenida Louise de Bruselas, ¿conoce Bruselas? Claro que lo conoce, he leído en alguna parte que su madre es belga. Esto es increíble, va a cenar usted con nosotros, ¿verdad?, con mi marido, mi hijo y mi hija, divino, ¿qué le parece? Deje que le saque una foto para poder enviársela a mi hermana, se va a morir de envidia, no se mueva, nunca sé cómo funcionan estos teléfonos, dónde tengo que apretar...

La hija con forma de pera pronuncia una sola palabra, en voz bien alta, pero que devuelve a su madre a la realidad.

—*Madre*.

—Lo siento mucho, cariño, me he dejado llevar, lo único que quería era...

Nicolas, azorado, mira en dirección al mar mientras la hija se lleva a su madre con firmeza.

—Imagino que es el pan nuestro de cada día, ¿verdad? —dice sonriente el actor americano—. Diablos, me pasaba lo mismo en mis buenos tiempos.

—Vamos, vamos —replica burlón el doctor Gheza—. Estoy seguro de que las

mujeres siguen lanzándose a tus brazos, Chris.

Chris. Nicolas se devana los sesos. Un actor americano rubio cincuentón cuyo nombre de pila es Chris. La cara le suena mucho. Pero no le viene el apellido a la cabeza. De nuevo, inspecciona la terraza. No se ve ni rastro de la imponente silueta de Dagmar Hunoldt. ¿Realmente era ella? ¿Cómo podría averiguarlo? Podría preguntarle al recepcionista. Cuando baje a la piscina a la mañana siguiente, podría preguntar como quien no quiere la cosa: «Por cierto, ¿ya ha llegado Dagmar?».

Malvina habla con la pareja gay. Se la ve menos tímida, menos cohibida. Nicolas se siente aliviado. Le encanta estar sola. Su idea de una velada perfecta consiste en acurrucarse en el sofá delante de la televisión con los pies apretados contra el regazo. Nicolas la observa. Qué guapa, qué joven es. Cuando estaba con Delphine, ella lo cuidaba. Ahora es él quien hace de padre con Malvina. Es una sensación agradable, pero a veces le agobia. No es una persona fácil de manejar. Enfrentado a los largos silencios de Malvina, Nicolas nunca sabe qué actitud adoptar. A veces se impacienta. Le recuerda a la hija de Delphine, Gaïa, la campeona del puchero y la rabieta. Nicolas evita meticulosamente el contacto visual con la belga (ahora borracha, los dientes manchados de carmín) y también con Alessandra y su madre, que de manera lenta pero inflexible avanzan hacia él en una maniobra para acorralarlo. Nicolas asiente en dirección al señor Wong y la señorita Ming y emprende una rápida huida hacia el bar.

Ya se ha tomado tres copas de champán. Una cuarta quizá sería un error. Le pide al barman un agua con gas. Hace un calor sorprendente, a pesar de que ya es de noche. Mientras se la bebe, Nicolas piensa en Sabina. Es incapaz de reprimir una sonrisa. ¿Qué demonios está haciendo, de verdad? ¿Ligando con un ama de casa de Berlín a base de emails picantes? Más que emails son «sexmails». Una parte de él se siente ligeramente avergonzado. ¿Realmente necesita involucrarse en eso? ¿No le haría mucho daño a Malvina si esta se enterara? Nicolas esquivo el complejo de culpa. No ha hecho nada malo después de todo. Es algo virtual, no hay carne con carne, ningún intercambio de fluidos corporales, ni contacto. No es como si tuviera una aventura. Naturalmente, sería difícil explicárselo a Malvina, si es que alguna vez llega a leer un mensaje de Sabina. Pero eso no va a pasar. Nunca pierde de vista su BlackBerry, y si finalmente Malvina consiguiera apoderarse de su teléfono, necesitaría la contraseña.

—¿Algo más, *signore*? —pregunta el barman. Es un hombre robusto que frisa los cuarenta, con una cordial sonrisa. En la solapa lleva una etiqueta con el nombre: Giancarlo.

—No, estoy bien, gracias —dice Nicolas.

—Espero que esté disfrutando de su estancia en el Gallo Nero.

—Sí. Gracias, Giancarlo.

—Hace buen tiempo, ¿verdad? Si le gusta el calor, claro.

—Me gusta —dice Nicolas—. He venido aquí para tener tres días de sol.

—Es agradable ver gente de su edad. Casi todos los clientes son mayores. — Giancarlo prepara un cóctel con una energía que Nicolas observa con interés—. Hay veranos que es deprimente —añade el barman con una mueca, bajando la voz. Su acento italiano es encantador—. No debería decirlo estando cerca el doctor Gheza, pero, créame, a veces es como un asilo de ancianos. —Le guiña el ojo.

—Vamos, hombre —dice Nicolas con una risita.

—¡No, es cierto, *signore!* Me encanta ver sangre joven por aquí. No siempre es el caso, ¿sabe? Mañana, sin embargo, será un gran día para la sangre joven.

—¿Por qué? —pregunta Nicolas, intrigado.

—Hay una sesión de fotos para una famosa revista de moda. Van a traer a las modelos más guapas. —Giancarlo enarca una ceja—. ¿Su novia es celosa, *signore?*

Nicolas se queda mirándolo, sin expresión.

—Malvina es más que celosa.

—No creo que lo sea más que mi mujer.

—Ponme a prueba —dice Nicolas.

El barman comienza a preparar otro cóctel con el mismo ímpetu.

—Bueno —reflexiona Giancarlo mientras meneaba la coctelera—. Monica no soporta que mire en dirección a otra mujer. No he dicho «a», sino simplemente «en dirección a».

—Lo mismo digo —replica Nicolas.

—Entiendo. Hay más. Mónica está realmente obsesionada con mis exnovias. Está convencida de que sigo enamorado de ellas.

—Lo mismo digo.

—¿A ver qué le parece esto? Monica se pone como loca si miro el teléfono demasiado a menudo. Cree que tengo un lío con alguien.

Nicolas suelta una carcajada y dice:

—Da la impresión de que Monica podría ser la hermana de Malvina.

El barman también se ríe.

—Su novia mañana no lo pasará bien, *signore*. Demasiadas mujeres despampanantes paseándose por aquí. Quizá debería quedarse en su habitación todo el día. Lo digo en broma, claro. Tengo entendido que usted es escritor.

—Ajá.

—Lo siento, yo no leo nunca. —Nicolas ha oído esa frase tantas veces que se pregunta cómo es posible que haya vendido tantos libros—. Lo que quiero decir es que no leo libros —añade enseguida Giancarlo—. Naturalmente, sé leer.

—Naturalmente —dice Nicolas. Se da cuenta de que tiene calor, sed, y de que se muere por una copa. Y no de agua—. Me gustaría tomar un poco de champán, Giancarlo.

—Naturalmente, *signore*. Enseguida.

Le entrega una copa. Nicolas apura la mitad de un trago. A continuación se da la vuelta y echa un vistazo a la terraza. Ahora no hay ningún admirador que se le acerque. Malvina sigue hablando con la pareja gay. Ni rastro de Dagmar Hunoldt.

—¿Todo despejado? —susurra el barman.

—Todo despejado —contesta Nicolas sonriendo.

—¿De dónde saca la inspiración, *signore*?

Nicolas se pregunta si Giancarlo tiene la menor idea de cuántas veces le han formulado esa pregunta y de qué poca paciencia le queda, como una batería casi agotada a punto de soltar su última chispa. Apura el resto de champán y traza un amplio gesto con la mano que abarca la terraza, el mar, los yates.

—Ésta es mi inspiración —afirma con exagerada presunción.

—¿Quiere decir que todos vamos a acabar en su nuevo libro?

—Podrías acabar en él. —Y a continuación añade, con ironía—: En caso de que mi nuevo libro existiera.

Nicolas espera a que Giancarlo se abalance sobre esa inesperada y preciada información, que se aferre a ella de manera implacable, que exija explicaciones (¿A qué se refiere, *signore*? ¿No hay próximo libro?), y se pone en guardia, cierra los ojos y se prepara para la acometida, pero, extrañamente, el hombre no reacciona. Nicolas abre los ojos, casi decepcionado.

—¿Ve a esa señora? —susurra el barman—. ¿La que habla con el doctor Gheza?

Nicolas se vuelve y se encuentra con una mujer pelirroja alta y delgada, enfundada en un pasmoso vestido negro de cuero y encaje, abierto en los costados. Sus delicados zapatos de tacón alto llevan una especie de artilugio de cuero que sugieren sadomasoquismo y otras exquisiteces.

—¿Quién es? —pregunta Nicolas. La cara en forma de corazón de esa mujer le resulta vagamente familiar.

—Cassia Carper. Es la redactora jefe de esa famosa revista de moda de la que le he hablado. Es la que organiza la sesión fotográfica de mañana.

Se trata de una mujer de mediana edad, pero tiene una figura de jovencita. Nicolas le echa un repaso a las piernas, delgadas y torneadas.

—Ah, la *signora* Carper, qué mujer. Cada año viene con su hija y su marido. Cada verano hace una sesión de fotos. Ya lo verá. Es impresionante. Probablemente querrá ponerlo en su novela... Ah, buenas noches, *signorina*. ¿Quiere un poco de champán? Le estaba hablando al *signor* Kolt de los cruceros.

Como siempre, Malvina se ha acercado sigilosamente, como un gato, sin que nadie la viera, y ahora se halla de pie al lado de Nicolas. Dice con cierta frialdad:

—No, preferiría un poco de agua, por favor. Con hielo. ¿Qué decías de los cruceros?

Buena maniobra, Giancarlo, piensa maravillado Nicolas mientras todos se vuelven hacia el mar, en la mismísima dirección en que unos momentos atrás estaba estudiando las piernas de Cassia Carper. Un barco gigante se acerca poco a poco, con unas luces intensas que centellean como joyas sobre el mar azul oscuro.

—Ya ve, *signora*, pasan por aquí y saludan al Gallo Nero.

—¿Saludan? —repite Malvina.

—Sí, en italiano lo llamamos el «*saluto*». Quiere decir que el barco se acerca todo lo que puede y hace sonar la sirena. Generalmente pasan a unas cuatro o cinco millas de donde estamos, pero en verano se acercan hasta una milla. Aquí tiene su agua, *signorina*.

Observan el gigantesco crucero blanco mientras se acerca lentamente, engalanado de luces como si fuera una tarta nupcial flotante, desproporcionada y chabacana.

—Es el *Sagamor* —dice Giancarlo—. Uno de los más grandes. Se dirige a Civitavecchia, la última parada de un crucero de lujo de siete días.

Los huéspedes que lo rodean levantan sus copas en dirección al *Sagamor* y Nicolas y Malvina hacen lo mismo. Sobre las diversas cubiertas, Nicolas se imagina a grupos de personas apoyadas en la barandilla, diminutas hormigas negras que lo saludan, y le llega el apagado estruendo de la música, las carcajadas, los cánticos, la juerga, y la inmensa mole pasa lentamente junto a ellos. Piensa fugazmente en todas las historias que se podrían contar de esos pasajeros, quiénes son, de dónde vienen, qué será de ellos. Todo esto podría ser su inspiración, como acaba de declarar en broma, todo esto podría poner en marcha su nueva novela. ¿Por qué entonces no se deja de tanto Facebook, se da a sí mismo una patada en el culo, busca un camino hacia el material en bruto que tiene a su disposición, se lo conecta a una vena y lo deja fluir? Justo ahí, en las puntas de sus dedos, hay enormes posibilidades literarias. Pero en lo más profundo de su ser sabe que carece del impulso de escribir. Es mucho más fácil fingir que escribe, tomarse en serio, interpretar un papel. De todos modos, ¿cuándo dejará de mentir? Bueno, ya pensará en ello al final de su estancia. Por el momento, todavía tiene por delante dos días más de languidez, azul y oro. Dos días más de no hacer nada. *Far niente*, como lo llaman por aquí.

El grave bramido de una sirena atraviesa la noche tres veces.

—El *saluto* —dice Giancarlo.

El *Sagamor* deja una estela de espuma sobre el agua negra. Nicolas decide subir a cenar. Cuando se da la vuelta para marcharse, con Malvina del brazo, le dice adiós y le guiña discretamente a Giancarlo el ojo que Malvina no puede ver. Giancarlo asiente, cortés y con cara de póquer, pero Nicolas sabe que ha respondido a su guiño.

En el nivel superior de la terraza, acompañan a Nicolas y Malvina hasta una mesa que no es la mejor ni la que tiene mejor vista. Nicolas frunce el entrecejo. Furioso, exige la mejor. El camarero le contesta que no es posible, que está reservada para otro

huésped.

—¿Sabe quién soy? —pregunta fríamente Nicolas.

—Naturalmente, es usted el *signor* Kolt —tartamudea el camarero.

—Quiero esa mesa.

Lllaman al doctor Gheza. Aparece con una radiante sonrisa.

—¡*Signor* Kolt! La mesa es suya. Deberían habérsela ofrecido desde un principio.

Por favor, excúsenos.

Despacha al camarero, que queda desterrado de esa zona. Se sientan.

—¿Por qué has tenido que volver a hacer eso? —dice Malvina.

Nicolas no lo escucha y elimina la punzada de culpa que lo asalta, aunque solo por unos segundos. Se da cuenta de que casi todos los huéspedes miran hacia él y sonrían. Sí, le han reconocido. ¡*Mira, es el escritor! ¿Es él? Sí, realmente es él!* La familia digna del *Vanity Fair*, una imagen de la elegancia italiana, levanta sus copas en dirección a Nicolas. Él sonrío y devuelve el brindis.

Cassia Carper está en la mesa de al lado, con un atildado hombre de pelo blanco y una adolescente. Nicolas le echa otra mirada a sus piernas y sus zapatos mientras Malvina estudia la carta. Después inspecciona el restaurante. A Dagmar Hunoldt no se la ve por ninguna parte.

—¿Por qué arrugas la frente? —pregunta Malvina.

—Tengo calor, eso es todo.

Se quita la americana y la cuelga en el respaldo de la silla. No tiene calor, pero no hay otra manera de explicar por qué arruga la frente. Nicolas se muere de ganas de echar un vistazo a la BlackBerry que lleva en el bolsillo del pantalón, pero si osara tendría que enfrentarse a la ira de Malvina. Sigue sin noticias de su madre. Y François ni le ha llamado ni ha contestado su mensaje. Y Sabina... Su último mensaje... Está impaciente por leer el siguiente. ¿Y habrá colgado Alex Brunel una nueva foto en su muro?

Nicolas se pregunta, cediendo a otra acometida de remordimiento mientras mordisquea unos *grissini*, si alguna vez será capaz de desengancharse del teléfono, de los correos, de Facebook, de Twitter. ¿Alguna vez se curará de esta adicción? Quizá debería ir a algún lugar donde no haya cobertura para el móvil ni acceso a Internet. ¿Y si se enclaustrara en una de esas residencias para escritores, esos lugares monacales donde se manda a los autores recalcitrantes, se les encierra y se les obliga a escribir? Se imagina a sí mismo encorvado sobre pliegos de papel, con la Montblanc en la mano, engordando páginas y páginas en una habitación desnuda de techo alto que da a un magnífico paisaje. Dos veces al día una mujer adusta y escuálida vestida de negro, que recuerda a la señora Danvers de *Rebeca*, le trae una bandeja con té, pan y sopa sin decir ni una palabra.

La voz del camarero le devuelve al refinamiento del Gallo Nero. Malvina ha

pedido filete de lubina con crema de brócoli. Nicolas escoge el *risotto* de ostras y tartar de atún. Cuando les traen la comida, la ingieren en un silencio amigable. La comida es excelente, y también el Orvieto. El chef se acerca a visitar las mesas y le dice a Nicolas lo mucho que le gustó *El sobre*. Su familia es de Camogli y él sabe exactamente dónde está la casa blanca de Bob y Nancy. Nicolas le da las gracias al chef. Entonces llega la temida pregunta:

—¿Y de qué va su próximo libro, *signor* Kolt?

Nicolas suelta con desgana la respuesta habitual: «¡Tendrá que esperar para saberlo!», con la falsa sonrisa que suele acompañarla.

Al final de la comida, a Malvina no le apetece postre, de manera que vuelven a la piscina y piden otra copa. El aire es balsámico y dulce. El mar murmura a lo lejos. Se sientan en una tumbona y miran las aguas plateadas.

—Feliz cumpleaños —dice Nicolas en voz baja, y le entrega la cajita cuadrada.

Malvina lo abre. El Rolex brilla a la luz de la luna. Se coloca el reloj en la palma de la mano y lo observa.

—¿Te gusta? —pregunta Nicolas—. Me ha costado encontrarlo, pero he pensado que era perfecto para ti.

—Un Rolex... —murmura Malvina—. Bueno, sí, me gusta, pero...

Nicolas deja de sonreír.

—Pero ¿qué?

—Un Rolex, Nicolas. Es la clase de regalo que le haces a tu madre.

Nicolas suspira.

—Cristo, Malve. ¿Es que no puedes decir simplemente gracias?

—Gracias —murmura Malvina enseguida—. Es precioso. De verdad que sí. Gracias.

Torpemente, Nicolas intenta colocárselo en la muñeca. El Rolex queda colgando, como un trasto. Está terriblemente decepcionado. Con ese simple comentario, Malvina ha estropeado el momento. Sus palabras le molestan, aunque no puede explicar por qué, y también lo mal que le queda el reloj. Se acuerda de la alegría que sintió al comprarlo, estaba seguro de que lo llevaría con mucha elegancia.

—Estoy cansada —susurra Malvina. Su nuca se muestra delicada y frágil, y su piel más pálida que nunca. Parece a punto de desmayarse, como una flor mustia.

—¿Quieres volver a la habitación? —pregunta Nicolas, pero ella ya está de pie y no tiene más remedio que seguirla. Son solo las once. Nicolas no tiene sueño, y la idea de irse a la cama no le resulta atractiva. Oye la tentación de la música y las risas en el bar que hay detrás de ellos. Malvina avanza a grandes zancadas por delante de él, sorprendentemente veloz a pesar de sus tacones altos.

Mientras ellos estaban fuera, han preparado la habitación para la noche. Está fresca, serena, acogedora. Han quitado la colcha y sobre los almohadones han

colocado delicadamente una rosa blanca y una caja de bombones. Han corrido las cortinas y encendido las luces de las mesitas de noche. Ronronea el aire acondicionado, a una temperatura perfecta. En el cuarto de baño les esperan toallas limpias.

—Bésame —dice Malvina.

Nicolas la besa. Pero piensa en Sabina, a la que no ha besado nunca, y cuando toca los pechos blancos y respingones de Malvina piensa en la piel madura de Sabina, que nunca ha visto. Es la boca de Sabina la que siente, la que anhela.

SÁBADO

16 DE JULIO DE 2011

*«Eres tan engreído que probablemente piensas
que esta canción habla de ti».*

Carly Simon

Cada vez que Nicolas llegaba a un nuevo hotel, durante sus frecuentes giras promocionales, tenía que someterse a una rutina imprescindible y personal que le permitía dormir toda la noche. En su vida anterior, cuando era amante de Delphine y profesor particular de alumnos sin remedio, no había viajado mucho. Apenas había ido a Bruselas, para visitar a la familia de su madre, y de juerga por Italia con François. Su fama reciente le hacía recorrer el mundo. A los veintiséis años Nicolas descubrió lo que significaba realmente la palabra «*jetlag*». Entre 2008 y 2011 viajó a diecinueve países. Al principio disfrutaba con ganas de la novedad y la emoción, le encantaba descubrir nuevas ciudades, nuevas personas, nuevos retos. Dos años después, la intensidad de los viajes comenzaba a pasarle factura y se encontraba con que llegaba al hotel por la noche y, a pesar del agotamiento, no podía dormir. Aunque siempre lo alojaban en los mejores hoteles, había habitaciones, por muy elegantes que fueran y por mucho estilo que tuvieran, que llevaban la palabra «insomnio» estampada en ellas. Su amiga Lara insistió en que se trataba del *feng shui*, una antigua disciplina china que tenía que ver con si la cama daba al norte o al sur o con si algún espejo reflejaba malas vibraciones. Nicolas se había burlado de ella. Ahora sabía en cuanto había traspasado el umbral de una habitación si iba a dormir bien o no. Era como la primera impresión que produce la cara de una persona. Cuando Nicolas se encontraba en una habitación, nada más mirar a su alrededor y ver lo que había ya percibía que algo no funcionaba. A lo mejor tenía que ver con el *feng shui*, aunque nunca lo admitiría delante de Lara. La cama no se encontraba en la posición correcta, la mesa ocupaba demasiado espacio, la silla estaba mal colocada, había un cuadro en la pared que le irritaba, al doblar la colcha la habían dejado torcida (según él), la cortina estaba echada de una manera que le molestaba. Su rutina significaba que iba empujando los muebles hasta que se sentía cómodo. Lo que le perturbaba a veces era el color de las paredes. O el olor, sobre todo si la habitación estaba demasiado perfumada. A menudo iba a recepción para preguntar si podían cambiarlo de cuarto. Recordaba dos estancias memorables. Una fue en Venecia, donde se encontró en una habitación totalmente forrada de espejos y sin ventanas. No se había fijado en ese detalle al registrarse, impresionado por el vestíbulo, un universo mareante de carámbanos de plata y un suelo de mármol negro que parecía líquido, y por su habitación, una suite de un rosa titilante en la que su reflejo aparecía docenas de veces, como la escalera sepulcral de lord McRashley. Incluso el teléfono, una reluciente espiral de madreperla, era una obra de arte, al igual que la ducha, un artilugio centelleante de botones y tubos que apenas se atrevía a tocar.

Tras la firma de libros en la librería Toletta, en Dorsoduro, Nicolas regresó con un incipiente dolor de cabeza. Dejó de lado la complicada ducha, se tragó una aspirina y se fue directamente a la cama. En mitad de la noche, una mano de hielo le rodeó el

corazón. Se despertó con un sobresalto, buscó a tientas el interruptor, con la esperanza de encender tan solo la luz de la mesilla, pero acabó encendiéndolas todas, lo que provocó un brillo cegador que le hizo parpadear. Ya no podía respirar. Un peso monstruoso le aplastó el pecho, empujándolo contra el colchón. Mientras estaba allí tendido, los espejos le devolvieron su expresión de pánico y se quedó helado, jadeando como un pez fuera del agua. Tuvo la sensación de que lo enterraban vivo. Consiguió salir a rastras de la cama, como si las piernas le pesaran una tonelada, y luchó por ponerse en pie, con la intención de abrir una ventana en busca de alguna ráfaga de aire salvador. Pero en aquella inmensa habitación de color rosa no había ninguna ventana. Solo el zumbido del aire acondicionado y aquella extensión de un espejo tras otro. Nicolas fue al cuarto de baño y descubrió que allí tampoco había ninguna ventana. ¿Estaba sufriendo una pesadilla? Se pellizcó con fuerza. ¿Qué hora era? No le importaba. Si no conseguía salir de esa habitación, iba a morir, en ese mismo momento. Se derrumbaría boca arriba en toda su extensión sobre la alfombra rosada y fallecería. Ya se imaginaba los titulares del *Corriere della Sera*: «Famoso escritor encontrado muerto en un hotel de Venecia». Nicolas abrió la puerta de golpe y bajó tambaleándose. En el vestíbulo plateado y negro, la recepcionista se quedó mirándolo mientras pasaba como una bala. Se preguntó si aquel huésped estaría drogado. Hasta que el frío no le mordió la carne, Nicolas no se dio cuenta de que estaba en mitad de la noche prácticamente sin ropa. Pero respiraba. Estaba vivo. No le iba a pasar nada. Siempre y cuando no regresara a esa habitación sin ventanas.

La otra noche de insomnio tuvo lugar en Madrid. Era un hotel lujoso, con una piscina de jade verde y unas palmeras en un patio tranquilo. Se había ido a la cama pronto para lo que suele ser España, tras un acto multitudinario en la Casa del Libro. Su agente de prensa, Marta, le había informado con una sonrisa de disculpa de que tendría que levantarse «no muy tarde» para una entrevista crucial a la hora del desayuno con un importante periodista de *El País*. Nicolas se quedó dormido tras su rutina de empujar muebles hasta que estuvo cómodo. El aposento era espacioso, las paredes amarillo pálido resultaban relajantes y agradables y no había ruido, pues la habitación no daba a la bulliciosa calle, sino al patio.

En plena noche, unas risas diabólicas lo despertaron. ¿Quién había en la habitación? Sonaba como un grupo de gente. ¿Cómo habían entrado? ¿Qué diantres estaban haciendo? Nicolas encendió la luz y se puso en pie. No había nadie. Nadie en absoluto. Entonces hizo un descubrimiento desagradable. La puerta cerrada que había junto a su cama conectaba con otra suite. Nicolas comprendió que al otro lado de la puerta había una despedida de soltera en su máximo apogeo. Las mujeres comenzaron a bailar al compás de *Macarena*, aullando de alegría, como una manada de elefantes histéricos desbocados por la selva. Nicolas no conseguía compartir su alegría. Eran las cuatro de la mañana y había dicho que lo despertarían dos horas más

tarde. ¿Debía unirse a las mujeres, emborracharse y bailar? Acabó pidiendo en recepción que le subieran unos tapones. Cuando por la mañana lo llamaron para despertarlo, no se enteró y se perdió la crucial entrevista con el importante periodista.

Mientras Nicolas se dirige a la zona del desayuno envuelto en su albornoz blanco y esponjoso, provisto de su Montblanc y su Moleskine, se da cuenta de que en las dos noches que ha pasado en el Gallo Nero no ha necesitado su rutina de *feng shui*. Se ha sentido espontáneamente cómodo. Pero ¿no tendrá eso que ver con el lujo del lugar? Aquí todo parece pensado para el confort de los huéspedes, hasta el último detalle. La delicada manera en que el jabón se coloca cerca del lavamanos, las sábanas limpias y su fragancia a miel y limón, los cuencos de fruta fresca, la cordial recepción del personal, la amabilidad de los encargados. Hay una simplicidad en el Gallo Nero que lo convierte en único entre los hoteles de moda. Es, como se dijo Nicolas al llegar, igual que estar invitado en casa de un amigo. La belleza del Gallo Nero, el mar y su atractivo azul, el exuberante jardín, la suavidad de la vista contribuyen aún más a su encanto. Se imagina que el recuerdo de esa glamurosa heredera romana y ese gallardo piloto americano que habían construido esa villa cuarenta años atrás porque estaban enamorados, cuya historia había leído en la página web, de algún modo sigue perdurando. O, al menos, su espíritu. ¿No cabía la posibilidad de que aparecieran de la mano? Ella, alta y bronceada, una morena descalza de nariz patricia y vestida con una túnica de Pucci, y él con la cara curtida estilo Steve McQueen, enfundado en unos Levi's descoloridos y una camiseta blanca.

Acompañan a Nicolas a la misma mesa que ocupó el día anterior. No son ni las ocho de la mañana y no está cansado, aunque ha dormido poco. ¿Cómo ha sido capaz de levantarse tan temprano y tan animado? Se acuerda de la noche anterior, de los inesperados sucesos que tuvieron lugar, y sonríe, dándole gracias a su padre por esos robustos genes de los Koltchine. Los que le permiten enfrentarse a la mañana el día después. El sol brilla con esplendor italiano, soberbio y poderoso. Nicolas pide té y mira a su alrededor. Solo la pareja suiza está ya desayunando y lo saludan. Él les devuelve el saludo. Ni rastro de Dagmar Hunoldt. ¿Siempre come en su habitación? ¿Sigue allí? Nicolas prefiere pensar en lo ocurrido la noche anterior. Hay una imagen concreta que no se puede quitar de la cabeza. Vuelve a sonreír, una sonrisa lenta, sensual. La camarera que le sirve su Earl Grey se fija en lo atractivo que es. Nicolas levanta la mirada y le devuelve la sonrisa.

—*Grazie* —dice.

—*Prego* —contesta ella.

Malvina está arriba, todavía durmiendo. No tiene ni idea de lo que ocurrió después de que ella se acurrucara en esa gran cama blanca. En cuanto su respiración se hizo regular, Nicolas se retiró a la seguridad del cuarto de baño, donde, tras la puerta cerrada con pestillo, se sintió lo bastante seguro como para echarle un vistazo

a su BlackBerry. Primero miró la página de su Facebook. El esquivo Alex Brunel había colgado otra foto. Y era Nicolas, de manera inconfundible, sentado en la barra de cara a Giancarlo. Lo habían fotografiado desde atrás, desde la terraza superior, pero se le reconoce. Se veía una larga patilla negra y los hombros cuadrados dentro de su americana verde oscuro. Doscientos noventa y seis amigos ya habían manifestado «me gusta». Nicolas no leyó los comentarios. La foto le llenó de temor. No le gustaba que lo acecharan. El año pasado, una joven perturbada le había enviado por correo electrónico numerosas fotos de ella desnuda, con el cuerpo cubierto de docenas de ejemplares de su libro de distintas ediciones. Como él no respondió, ella consiguió su dirección, y la encontró merodeando por la rue du Laos. En la mirada airada que ella le lanzó desde lejos no había nada amistoso. Hacía poco, un hombre de mediana edad le escribió varias veces para declararle de manera educada que en la siguiente firma de libros le arrojaría ácido en la cara. Estos episodios aislados han quedado en manos de Alice Dor y la policía, pero han puesto nervioso a Nicolas. Estuvo a punto de borrar la foto de su cronología. Acarició la idea de bloquear a Alex Brunel, para que no pudiera seguir colgando nada en su muro. Pero por el momento este no había proferido ninguna amenaza. Nicolas regresó de puntillas al dormitorio. Todo estaba en silencio. Se asomó al balcón. Una hermosa noche. A lo mejor debería pedir un *limoncello*. Pero el servicio de habitaciones despertaría a Malvina. Antes de dormirse, esta no había querido hacer el amor. Le había explicado que se sentía mareada, que necesitaba dormir. ¿Y si hiciera una escapada al bar? Salió de la habitación, cerró la puerta en silencio y se fue corriendo al bar como alma que lleva el diablo. Giancarlo le dio la bienvenida con una amplia sonrisa y le entregó un chupito helado de *limoncello*. Nicolas lo engulló de un trago. Qué maravilla. Se tomó otro. Se sentía incluso mejor. El bar estaba vacío y solo había un grupo de gente más allá, junto a la piscina. Fumaban, reían y bailaban. Nicolas levantó la vista hacia la terraza del restaurante para ver si el misterioso Alex Brunel estaba esperando escondido en las sombras, blandiendo un smartphone para sacarle otra foto, pero no vio a nadie. Nicolas decidió telefonar a François, que no le había contestado al mensaje. Era medianoche y François ahora tenía familia, mujer e hijos (Nicolas nunca se acordaba de cómo se llamaban), pero ya no podía seguir posponiéndolo. Tras un par de tonos, se oyó la voz grabada de François, esa voz seria y decidida que Nicolas echaba de menos. «Ha llamado a François Morin. Por favor, deje un mensaje y le llamaremos. Gracias». El mensaje de Nicolas consistió en un prolijo y torpe monólogo. Intentó ser ingenioso, como en los viejos tiempos, y fracasó. Cuando colgó, se sentía muy desgraciado. Tras un tercer *limoncello*, se apoderó de él una temeraria desesperación y telefoneó al móvil de su madre por quinta vez aquel día. El contestador. Tampoco había nadie en la rue Rollin. ¿Por qué no estaba en casa si era casi la una de la mañana? ¿Por qué tenía el móvil apagado? Eso era impropio de su

madre. ¿Y si había ocurrido algo? Cuando al final apartó la mirada de su teléfono, el actor americano rubio estaba a su lado, tambaleándose.

—¿Qué hay? —dijo con su habla arrastrada al tiempo que le daba una palmadita en la espalda—. ¿Quieres otra, compañero?

Antes de que Nicolas tuviera tiempo de pedir nada, el actor ya le había pedido dos *caipiroskas* a Giancarlo. Aparte de beber, no había otra cosa que hacer. Nicolas no soportaba la idea de volver a la silenciosa habitación. La dormida Malvina. La velada había sido una decepción. El incidente del Rolex le había dejado mal sabor de boca. No había nada malo en tomar un par de copas. Todavía le quedaban dos días para disfrutar en el Gallo Nero, ¿por qué no pasar parte de la noche bebiendo? Nadie se lo iba a prohibir. ¿De qué se estaba quejando el actor? ¿De sus problemas matrimoniales? ¿De su carrera en declive? Fuera lo que fuera, le llegaba desde muy lejos, amortiguado, distorsionado, como al final de un túnel interminable. Nicolas asentía y bebía. El americano era casi el único que hablaba y el que más bebía. La noche avanzaba lentamente. Bajo la capa agri dulce del azúcar y el limón, Nicolas sentía cómo el vodka lo iba impregnando, cómo calentaba sus extremidades, suavizaba los bordes, dibujaba una borrosa telaraña sobre su visión. Contempló un grupo de gente que bailaba y cantaba mientras el americano seguía perorando. Parecía sonar una y otra vez la misma música. *Hotel California*, de The Eagles. Nicolas oyó una señal de advertencia en su cabeza cuando casi se cayó del taburete. La voz de Delphine resonó en su cabeza: «Nicolas, estás borracho. Otra vez». Hizo caso omiso de la señal y de la voz de Delphine y siguió bebiendo. El resto del episodio del bar era confuso, hasta que Cassia Carper había aparecido con sus electrizantes vestido y zapatos. Llevaba el teléfono pegado a la oreja. ¿Con quién podía estar hablando a esa hora de la noche en aquella voz tan baja y tan ronca? Pidió champán y se lo bebió sola, de pie en la barra, a su lado, sin dejar de hablar, pero Nicolas observó que lo miraba por el rabillo del ojo, pendiente de él una y otra vez. Cada vez que le miraba los zapatos, se estremecía. Entonces, no recordaba bien cómo, había sentido la mano de Cassia Carper sobre la pierna mientras ella se inclinaba para firmar la cuenta, su mano blanca y sus uñas rojas, extendida sobre su rodilla de manera deliberada, como una estrella de mar posesiva, y había sentido el calor de su palma y sus dedos filtrarse a través de los vaqueros. La cadena de acontecimientos se había vuelto confusa. El actor americano había desaparecido. De pronto Nicolas tenía una copa de champán en la mano y la lengua de Cassia Carper en la boca. No sabría decir cuánto duró esa situación. Cuando Nicolas regresó a su habitación eran las tres de la mañana. Era incapaz de ir recto. Su tarjeta magnética no funcionaba o se encontraba demasiado ebrio para utilizarla correctamente. Estuvo manipulando en la oscuridad durante unos momentos que se hicieron muy largos. Justo cuando estaba a punto de abandonar y quedarse dormido allí mismo, oyó el

chasquido de la puerta y se fue directamente al cuarto de baño, lo más silenciosamente posible, pero cada ruido resonaba de una manera tremenda, al menos en su cabeza. Se desnudó con dificultad, se metió bajo la ducha y abrió el chorro de agua fría al máximo. Se sintió mejor. Se secó y bebió ávidamente del grifo. A continuación miró su BlackBerry. Había una lucecita azul en la pantalla. Un mensaje. De Sabina. Echó el pestillo a la puerta. Era casi imposible que Malvina se despertara, pero no quería correr riesgos.

Se trataba de un mensaje sin palabras. Tan solo una foto. La foto era tan irreal que Nicolas tuvo que mirarla varias veces, incrédulo. ¿Se lo estaba imaginando? ¿Estaba ebrio? Se concentró todo lo que pudo. No, no eran imaginaciones suyas. Eran los muslos de Sabina, abiertos hasta mostrar aquel triángulo hipnótico, una maraña de zarcillos color miel, y los dedos hundidos en la dulce humedad sonrosada.

—¿Quiere un poco más de té, *signor* Kolt?

La camarera le sonrío otra vez. Nicolas asiente y observa cómo el líquido caliente llena la taza. Sabía que no podía guardar esa foto. Era demasiado peligrosa. Se había quedado mirándola mucho tiempo, acurrucado en el suelo de mármol del cuarto de baño. Si hubiera tenido su iPhone podría haberle aplicado un zoom y tener un sabroso primer plano, algo que la BlackBerry no conseguía con la misma calidad. La parpadeante luz roja había anunciado un nuevo mensaje de Sabina. «Te toca».

Nicolas descubrió, consternado, que el acto de fotografiarse los genitales con un resultado satisfactorio no era empresa fácil. Las *caipiroskas* y el champán tampoco habían ayudado. Al principio, Nicolas solo conseguía captar la cadera o el ombligo. Su pene parecía un perrito caliente crudo y poco apetitoso. Su escroto tenía el arrugado aspecto de una lombarda. No le iba a enviar esas fotos a Sabina. Al final, después de lo que parecieron horas, consiguió una foto de una erección menguante y se la mandó, convencido de que Sabina ya estaría durmiendo. Pero la respuesta llegó de inmediato. «Córrete. Yo haré lo mismo». No tardó mucho, y pensó en ella, y en la intimidad sonrosada que había en su BlackBerry, aunque el recuerdo de la lengua resbaladiza de Cassia Carper aceleró las cosas.

Nicolas termina de desayunar y baja al mar. Toda la zona de baño es para él y los empleados están encantados de recibir a su primer cliente. Tiene lugar el ballet de la tumbona, la sombrilla, la toalla, el periódico, el zumo de frutas. Se deja mimar. A continuación lo dejan solo, a excepción de un camarero a su entera disposición.

Nicolas observa la hermosa escena que lo rodea, la claridad del agua, los peces plateados, las lanchas que pasan veloces en el horizonte, a lo lejos. Se acerca al borde del agua, se quita el albornoz y se zambulle. Durante unos minutos nada con energía, moviendo velozmente las piernas. Ni rastro de resaca. Su mente es transparente como el cristal y en sus extremidades siente una cosquilleante energía. Qué pena que ninguna de esas dos cosas pueda ser útil para escribir el libro. Se da la vuelta, se

queda flotando y observa la villa ocre que remata la colina rocosa, el acantilado gris, la tranquila zona de playa. Nunca le ha dado miedo el mar, aunque su padre probablemente se ahogara en el océano Atlántico. Nicolas no ha vuelto a Biarritz desde la muerte de su padre, y eso, volver allí, sí que le da miedo. Ha declinado varias invitaciones para firmar libros en Biarritz y alrededores porque se siente incapaz de volver a mirar la Côte des Basques y Villa Belza, justo el lugar en el que vio la vela negra de su padre por última vez.

Nicolas regresa a la orilla nadando de espaldas. Proyecta los brazos hacia atrás, cortando el agua vigorosamente, moviendo las piernas. Su mano encuentra un montículo de carne y la coronilla choca contra algo blando. Se oye un grito ahogado. Se da la vuelta y se encuentra con un león marino provisto de gafas blancas de nadar y un gorro de plástico floreado. El león marino tiembla de indignación.

Dagmar Hunoldt.

A Nicolas casi se le para el corazón.

—Lo siento... —farfulla él. Siente que las mejillas le arden.

Dagmar Hunoldt tose, escupe algo y se ahoga durante unos momentos interminables. Nicolas hace ademán de agarrarle el antebrazo, pues el mar es profundo y los dos tienen que nadar para mantenerse en la superficie. La piel de alabastro de Dagmar Hunoldt resulta sorprendentemente firme al tocarla.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Nicolas.

—Muy bien, gracias —contesta ella resollando, con esa voz profunda que recuerda de las entrevistas en televisión y radio.

—¿Le gustaría descansar fuera del agua?

—No, no —dice Dagmar Hunoldt—. Estoy bien. Pero vigile por dónde nada, joven.

Tiene un leve acento que resulta imposible ubicar.

—Lo siento —farfulla de nuevo Nicolas—. Pensaba que estaba solo.

Dagmar Hunoldt parece haber recobrado la calma y le observa a través de sus gafas de nadar empañadas.

—Bueno, pues no está solo.

—Lo siento mucho.

Nicolas se ha disculpado tres veces y Dagmar Hunoldt no se ha dignado contestar. A lo mejor ahora debería exclamar, lleno de gozo: «¡Hola! ¡Qué alegría verla!», pero ella lo mira de una manera que hace que no se atreva. Dagmar Hunoldt no le ha reconocido. Quizá con el pelo mojado se le ve diferente.

Un camarero los llama desde la zona de la playa. Quiere saber si la *signora* se encuentra bien.

—*Va bene, grazie* —le contesta Dagmar Hunoldt, dirigiéndole su aterradora y blanca sonrisa.

Nicolas recuerda haber leído en alguna parte que habla siete idiomas. Sus orígenes son misteriosos. Tiene sangre danesa o noruega, pero también algo de húngara. Y algún ancestro austriaco. Ahora Dagmar Hunoldt se aleja nadando, con unas brazadas enérgicas que la llevan bien lejos. ¿Debería seguirla? ¿Salir del agua? Decide seguir nadando, manteniéndola en su línea de visión. Quizá más adelante, cuando se quite las gafas de nadar, Dagmar Hunoldt suelte una carcajada y diga: «¡Pero si es usted! ¡Nicolas Kolt!». Nicolas podría sugerir que tomaran un café juntos en la terraza. Entonces podrían hablar tranquilamente, los dos solos. No se atreve a pensar en Alice, en cómo estaría traicionándola por el mero hecho de escuchar a Dagmar Hunoldt. Solo se concentra en el momento, en esa asombrosa coincidencia (pero ¿de verdad es una coincidencia?) de estar aquí con ella, con Dagmar Hunoldt, la mujer más poderosa de la industria editorial.

Está nervioso, tiene que admitirlo. Dagmar Hunoldt produce ese efecto en los demás, y el hecho de que no lo haya reconocido empeora las cosas. Ha oído el rumor de que Dagmar tiene, o tenía, un problema con el alcohol, un hecho que generalmente no se divulga, pero ha oído contar que se ha desmayado en restaurantes y algún amigo fiel ha tenido que llevarla de vuelta a casa. También recuerda el escándalo que tuvo lugar en la Feria del Libro de Fráncfort cuando apareció en el bar Hessischer Hof, bien entrada ya la noche, con una joven del brazo. Una joven que podía ser su nieta, le contaron a Nicolas, pues él no presenció la escena, aunque la ha oído tantas veces que es como si hubiera estado presente. Una grácil belleza enfundada en un vestido de terciopelo negro. Aunque era bastante tarde, el bar estaba abarrotado de importantes figuras del mundo literario internacional. Durante un rato Dagmar Hunoldt había estado camelando a la joven, acariciándole el pelo, los codos desnudos, las manos, en lo que al principio se había confundido con una atención maternal, hasta que había acercado la cara de la joven a la suya y la había besado en la boca de una manera ávida e inequívoca que había electrizado a todo el local. Dagmar Hunoldt era conocida por ser una devoradora de hombres, hombres de todas las edades, hombres de todas las condiciones. Se decía que tenía dos maridos en dos países diferentes, que tenía un hijo ya cuarentón y una hija no mucho más joven, y que incluso tenía nietos en una gran ciudad europea a los que dedicaba gran parte de su tiempo. El episodio del Hessischer Hof dejó claro delante del mundo editorial que a Dagmar Hunoldt también le gustaban las mujeres.

Nicolas reflexiona sobre todo esto mientras nada detrás de ella, observando el balanceo de sus hombros blancos e inmensos debajo del agua. ¿Debería mostrarse relajado, jovial, natural? ¿O cortés, discreto, reservado? Le duele el estómago, siente los retortijones que generalmente le dan antes de las estresantes entrevistas televisivas, y que experimentó en su máxima expresión cuando tuvo que pronunciar unas palabras en directo en la CNN después de que Robin Wright obtuviera el Oscar;

allí estaba él, en la alfombra roja, rodeado de un bosque de micrófonos y, tras el ojo rojo de la cámara, el mundo entero.

Dagmar Hunoldt nada durante más de cuarenta y cinco minutos, es una nadadora rápida y segura. Él observa que está sorprendentemente en forma. Cuando finalmente sale del agua, Nicolas se siente aliviado y comienza a notarse cansado. Un camarero le entrega una toalla a Dagmar Hunoldt, con la que envuelve su gruesa cintura, y después se quita el gorro de plástico y las gafas de nadar. Tiene las piernas más delgadas de lo que Nicolas pensaba, y son firmes y musculosas. Puede ver una maraña de venas azules y moradas subiendo por los muslos. Tiene el pelo totalmente color platino. Se acerca a su tumbona y se sienta. Al parecer está sola. La pareja suiza ha bajado y está a punto de iniciar su sesión de natación diaria.

Nicolas se acerca a ella.

—¿Se encuentra bien? —No sabe si llamarla «señora Hunoldt» o «Dagmar», y como no se decide por cuál inclinarse, no añade nada más. Ella levanta una mirada sin expresión—. He chocado contra usted en el agua... —tartamudea Nicolas, señalando hacia el mar.

—¡Ah, sí! —Dagmar Hunoldt sonríe—. Es cierto. Estoy bien. Gracias.

Aparta la mirada.

Nicolas está desconcertado. No solo no lo ha reconocido, sino que lo ha despachado como si fuera un simple botones. ¿Cómo es posible que no sepa quién es? Ha sido ridículo. Surrealista.

Entonces se le ocurre otra posibilidad. A lo mejor lo hace a propósito. Tratarlo como al *vulgus pecum*. Tal vez es parte de su plan secreto. Dagmar Hunoldt no hace nada como los demás. No se parece a ninguna otra editora. Sigue sus propias reglas.

—¿Quiere beber algo? —pregunta Nicolas, de repente.

Dagmar Hunoldt frunce el entrecejo.

—¿Qué clase de bebida?

—Cualquiera. Un capuchino, un té, champán.

—¿Champán? ¿A estas horas?

—Sí —responde Nicolas, sonriendo—. A estas horas.

Por fin ella lo mira atentamente, de arriba abajo, su pecho y sus brazos musculosos todavía relucientes por el agua del mar, el vientre liso y bronceado, la parte inferior ensombrecida por diminutas espirales de vello.

—Bueno, ¿por qué no? —dice encogiéndose de hombros.

—¿Qué le gustaría?

—Lo que usted tome.

—¿Un Bellini?

Ella asiente, aprobando su elección. Nicolas pide dos copas de Bellini. Acerca una tumbona, la coloca junto a ella y se sienta. Ella se ha cubierto con un panamá. Se

parece a Glenn Close, la actriz. Tiene la piel pálida, la nariz ganchuda, los ojos hundidos. Nicolas se pregunta cómo debía de ser de joven. Demasiado grande para haber sido guapa alguna vez. Sin embargo tiene que admitir que Dagmar Hunoldt posee algún atractivo oculto.

Les traen los Bellinis.

—*Santé*—dice Nicolas, chocando su copa con la de ella.

Decide esperar a que sea ella quien hable. Después de todo, no hay prisa. Si ella ha venido aquí por él, es que sabe cómo abordar los negocios. Él siente curiosidad, está a la expectativa, pero no va a preguntar nada. Debe tener paciencia.

Nicolas Kolt y Dagmar Hunoldt beben sus Bellinis sin decir palabra. A su alrededor la zona de playa se llena. La pareja suiza se ha puesto sus bañadores nuevos. La familia belga (discreta, la madre tiene la cara hinchada) pide café y zumo de frutas. Alessandra y su madre toman el sol. La pareja gay examina su Kindle y su iPad.

Ninguno de sus huéspedes tienen ni idea de la importancia de lo que va a ocurrir, se dice Nicolas, que se maravilla ante la originalidad de la maniobra de Dagmar Hunoldt para abordarle. Es como una inmensa araña blanca, que teje su red desde un lejano rincón y lo va enredando lentamente, y eso que todavía no ha dicho ni una palabra. Él espera, tembloroso, casi se ha terminado su Bellini. Su copa está manchada de motas color melocotón. El alcohol se le ha subido a la cabeza, pero es una sensación placentera, mareante. Las piernas le tiemblan de excitación. Quiere prolongar ese momento. Disfrutar de la intensa presión del sol en la espalda, la brisa salada y la abrumadora presencia de Dagmar Hunoldt. No tiene más que bajar los ojos para poder ver su muñeca, gruesa y robusta, y una mano cuadrada y poderosa. Una mano fascinante. Lleva una sortija de oro en el dedo corazón. La mano que ha firmado contratos de libros que han transformado vidas. La mano que ha sacado a algunos autores del oscuro anonimato y los ha convertido en superestrellas rodeadas de una aureola dorada. La mano que dirige el mundo literario y lo doblega a su voluntad. ¿Cuáles serán sus primeras palabras? ¿Y si va directamente al grano, a la yugular? No, es demasiado sutil. No irá de frente. Cuantos más minutos pasan, más convencido está Nicolas de ello. Querrá prolongarlo, querrá disfrutar de la conversación, como una comida de gourmet.

Nicolas todavía no ha definido cuál debería ser su actitud. Desde luego, ella sabe que se resistirá. No capitulará, al menos no de inmediato. Quiere que ella lo seduzca. Espera la canción y el baile habituales, aunque desea que Dagmar Hunoldt le dedique su numerito más elaborado, solo para él. Un cortejo deslumbrante y literario. Mientras observa a hurtadillas la gruesa muñeca, es consciente de no ser más que otra propiedad, otro juego, otra estratagema. Sabe que Dagmar Hunoldt lo ha hecho muchas veces, ha convertido a muchos escritores en instrumentos, moldeándolos

según sus necesidades. Por un momento se acuerda de *Las amistades peligrosas*. ¿Hará ella de Merteuil y él de Valmont? Ha habido rumores acerca de las inimitables fiestas en su apartamento de Gramercy Park (aunque al parecer el año pasado se trasladó al Upper East Side), adonde invita a sus autores, los mezcla de manera experta con modelos, artistas, herederas, friquis, cantantes de ópera, jugadores de polo, actores o don nadies con buena planta que ha conocido en el metro. Recuerda otros rumores acerca de reuniones de negocios en su legendaria oficina blanca en el último piso del edificio Flatiron, donde se la fotografió para la revista *Vogue* y donde, sobre la impresionante vista de Broadway y la Quinta Avenida, se lanzaba en picado sobre su presa.

Se llevan sus copas vacías. Dagmar Hunoldt se recuesta en su tumbona y se aplica protección solar sobre la cara cincelada, el cuello y el escote. De cerca, su piel blanca es inmaculada, prácticamente no tiene arrugas. ¿Se ha hecho algún arreglo en el quirófano? No le dice nada, pero él no se siente rechazado. Están unidos en una burbuja de amigable silencio. Reza para que Malvina no baje ahora y eche a perder ese momento. Con suerte, Malvina, en caso de que aparezca, permanecerá en su habitual silencio.

Dagmar Hunoldt lanza unas palabras al horizonte, a los barcos, al mar. No a él.

—Mercurio está en movimiento retrógrado.

Nicolas aguza el oído. ¿Ha dicho «Mercurio está en movimiento retrógrado»? (El hashtag #PCQ, la abreviatura de «pero qué cojones», parpadea delante de sus ojos, pero no está en Twitter. Esto es la vida real, no Twitter). Si dice algo, sea lo que sea, sonará estúpido. Así que no dice nada. Pero quizá nada suene igual de estúpido.

—Mercurio en movimiento retrógrado —repite otra vez Dagmar Hunoldt, como en un ensueño, mirando al cielo y al agua, sin importarle que él no haya dicho palabra—. No hay nada que temer hasta agosto, pero hay que ser cauto.

Frenéticamente Nicolas desmenuza todo eso en su mente. Se siente como un concursante estúpido en un programa de televisión. El lento que todavía no ha apretado el botón. Qué cruel es esa mujer, jugando así con él, sometiéndole a sus incomprensibles charadas.

Dagmar Hunoldt se vuelve hacia él.

—¿Sabe algo de astrología? —pregunta.

—No —dice él con sinceridad.

—Tres veces al año, durante unas tres semanas, el planeta Mercurio va hacia atrás, es decir, en movimiento retrógrado. Durante esas tres semanas, todo queda en punto muerto.

Nicolas asiente, sin saber qué se espera que diga. La astrología no es su fuerte. Es la afición de su amiga Lara. Lara sabría exactamente de qué va eso del movimiento retrógrado de Mercurio. Es el tipo de persona que exclama durante el almuerzo: «Oh,

no, es Escorpio. Lo sabía. Bueno, pues no hay nada que hacer. Olvídalo». A Nicolas le divertía que la vida de Lara estuviera regida hasta ese punto por los signos del zodiaco. Él se metía implacablemente con ella. «Dime, ¿qué te han preparado para hoy los astros?», le decía en un mensaje. «¿Te permiten tomar una copa con un Aries a las seis?».

—¿Qué quiere decir con eso del punto muerto? —pregunta Nicolas con pies de plomo.

Dagmar Hunoldt se extiende más crema solar por la nariz.

—Bueno, que no es el momento de cerrar ningún trato importante, de firmar contratos, de comprar una casa, por ejemplo —dice—. Verá, durante estas tres semanas aparecen demoras. Surgen problemas. Mercurio es el planeta de las comunicaciones. Las cartas llegan, pero tarde. Los emails se pierden. Los mensajes no se escuchan. Este año, 2011, el movimiento retrógrado de Mercurio comienza el 2 de agosto. En esas fechas he de tomar importantes decisiones.

—Estoy más familiarizado con Hermes que con Mercurio —admite Nicolas, utilizando sus antiguos reflejos de la Khâgne. Se pregunta a qué se refiere al hablar de contratos. Editoriales, sin duda. ¿Es el primero de una serie de mensajes cifrados?

—¿El de las alas en los tobillos y el dedo índice levantado? —dice sonriendo Dagmar Hunoldt.

—El mismo. El mensajero de los dioses. Su equivalente romano es Mercurio.

—El hijo ladrón de Zeus, según creo.

—Precisamente. Su título exacto es: dios del comercio, los ladrones, los viajeros, los deportes y los atletas. También guiaba las almas de los muertos al inframundo.

—Parece que lo conoce bien.

Nicolas recuerda las tediosas clases particulares que daba a alumnos despistados que lo que más deseaban era permanecer lo más lejos posible del latín, el griego y la filosofía. Recuerda las largas horas delante de libros y exámenes, frente a aburridos adolescentes que suspiraban por su smartphone o por dar una calada rápida a su cigarrillo.

—El camino de Hermes se ha cruzado con el mío —dice.

Espera que ella le inquiera cómo, por qué, y ya está preguntándose cómo hacer que su respuesta suene más interesante, pero Dagmar Hunoldt le roza el brazo con un dedo y le susurra:

—¿Qué le parece si vamos a nadar otra vez, Hermes?

Y ya está en pie, colocándose el gorro y las gafas. Antes de que a él se le ocurra ninguna respuesta sagaz a su invitación, Dagmar Hunoldt se sumerge rápidamente en el agua y se aleja nadando con un magnífico estilo crol.

Nicolas se queda allí de pie, los brazos en jarras. Percibe la repentina presencia felina de Malvina a su lado.

—¿Qué ocurre? —pregunta esta. Él se queda mirando el gorro floreado que sube y baja, cada vez más pequeño—. ¿Ésa es Dagmar? —murmura. Él asiente—. ¿Qué te ha dicho?

Nicolas suspira y se rasca la cabeza.

—Finge no saber quién soy.

A Nicolas le parecía que había una pregunta que los periodistas le formulaban de manera invariable, escribieran para una prestigiosa revista o para un blog desconocido, ya fuera programa de radio o de televisión, cualquiera que fuera su nacionalidad. Al principio le divertía. En la actualidad le enfurecía. ¿Es que no habían visitado su página web, donde había colgado recortes de prensa en diferentes idiomas para que todos los vieran? ¿Es que no habían clicado la sección «Preguntas y respuestas habituales», donde se enumeraban las preguntas y respuestas más evidentes?

¿De dónde sacó la idea para este libro?

No había manera de escapar de esa pregunta concreta. Era tan inevitable como el paso del tiempo, como el sol que sale y se pone cada día. Ahora manejaba dos respuestas: una larga y una corta, según lo mucho o lo poco que conectara con el periodista. A menudo se encontraba soltando la versión corta con la seguridad de un actor displicente que recita unas líneas que se sabe al derecho y al revés. La versión larga, sin embargo, y especialmente prolija, se la había relatado a un afortunado periodista parisino, aunque Nicolas no lo había planeado. Simplemente ocurrió.

Una tarde, en el lujoso bar color carmesí del Hôtel Lutetia, en el boulevard Raspail, Nicolas fue entrevistado para una famosa emisora de radio francesa por un periodista llamado Bertrand Chalais. Fue durante el último repunte de las ventas del libro, los excitantes meses posteriores al Oscar, en 2010, cuando todo el mundo parecía querer saber quién era ese joven que se hallaba detrás de *El sobre*. Nicolas todavía no estaba harto de las atenciones que le prodigaban, de las entrevistas. Bertrand Chalais tenía unos rasgos enjutos y bronceados que al instante le gustaron; todavía era joven, pero se le veía un prematuro pelo gris, igual que la heroína de Nicolas, Margaux. Llevaba un reloj Lip T18, un Churchill Gold. Se sentaron en un acogedor sofá, en una zona tranquila, pues Chalais quería grabar la entrevista. Mientras Nicolas esperaba al periodista, que llegó diez minutos tarde, observó las constantes idas y venidas de todos los que pintaban algo en el mundo literario parisino. Jefes de prensa con sus autores ultimando publicaciones y lanzamientos de libros y editores cortejando a otros escritores. Era una mezcla incestuosa de caras conocidas a las que Nicolas se había acostumbrado. Era capaz de identificar a casi todos los que estaban sentados en aquella amplia sala, y también sabía, con un punto de orgullo, que a él también le habían identificado y que los demás lanzaban murmullos y miradas subrepticias en su dirección.

Bertrand Chalais explicó que la grabación duraría más de una hora y que él la editaría para su popular programa de quince minutos sobre libros y escritores. El resto se guardaría para una entrevista exclusiva *online*. Instaló un pequeño y sofisticado dispositivo de grabación y comenzó la entrevista. Cuando llegó a la

ineludible pregunta, Nicolas se embarcó en su bien engrasado monólogo acerca del Pôle de la Nationalité y el auténtico nombre de su padre. Pero había algo en los ojos de Chalais, en la manera en que lo miraba con ese iris color castaño tras sus gafas y la montura. Aquellos ojos que le sostenían la mirada eran bienintencionados, benévolo, pero también irónicos, un tanto curiosos, como si la respuesta realmente le importara y deseara saber de dónde había sacado Nicolas la idea de *El sobre*, como si no fuera el enésimo periodista en formularla. Poco a poco, la respuesta de Nicolas comenzó a diferir de la habitual. Se encontró describiendo lo que había ocurrido en el cementerio de Père-Lachaise, en 2003, y en 2006, poco después del incidente de la renovación del pasaporte. Mientras hablaba comprendió que nunca había contado esos episodios a ningún periodista, por no hablar de un amigo, y ni siquiera a un miembro de su familia.

El 7 de agosto de 2003, exactamente diez años después de que Théodore Duhamel desapareciera sin dejar rastro en algún lugar del océano Atlántico, frente a la costa de Guéthary, su viuda, Emma, añadió una mención a la tumba familiar de los Duhamel en la División 92 del cementerio. Se había celebrado una reunión para conmemorar ese evento modesto pero importante, y Nicolas recordaba las nuevas letras doradas del nombre de su padre, THÉODORE DUHAMEL, grabadas en la losa de granito, así como las fechas de la breve vida de su padre, 1960-1993. No había ido mucho al cementerio, solo para el funeral de su abuela, Nina Duhamel, en el año 2000, y en una visita posterior para enseñarle la tumba de Jim Morrison a un amigo de intercambio americano.

Justo después de la reunión familiar con su abuelo Lionel, su madre y su tía Elvire, Nicolas decidió quedarse un rato. Era una calurosa tarde de verano, el vasto cementerio compuesto de colinas estaba lleno de turistas. En un par de días Nicolas tenía que marcharse a Italia con François, tras su reciente fracaso en la Khâgne. Aquella tarde, lo que más deseaba era pasar un rato solo y no hablar de ello ni de su futuro, una cuestión sobre la que su madre seguía dándole la tabarra. Qué iba a hacer ahora, no dejaba de preguntarse. Solo tenía veintiún años, todavía podía matricularse en otro curso, tenía tiempo. Cuanto más insistía ella, más se encerraba Nicolas, como una ostra. Cómo echaba de menos a su padre en esos momentos. Théodore Duhamel habría animado a su hijo a seguir otro camino, el que fuera, y aunque no resultara un camino conservador, le habría dado algunas palmaditas en la espalda y llevado a almorzar a un restaurante abarrotado en el que el personal le conociera y le adorara.

Nicolas se quedó aliviado al ver que los demás por fin se alejaban. Durante una hora anduvo deambulando, deteniéndose en las tumbas de Edith Piaf, Modigliani, Jean de la Fontaine y Colette. La tumba de Oscar Wilde, cubierta de barras de labios, le divirtió. Regresó a la parcela de la familia Duhamel, encima de la cual había una de esas altas y estrechas capillas, como una cabina de teléfono gótica. Nicolas se

sentó dentro, a la sombra, apoyando la mejilla en la fría piedra. Sobre la tumba que había junto a la puerta yacían un par de coronas fúnebres que se marchitaban por el calor. «Para nuestro papá», rezaba una de ellas. «A mi querido hijo», decía otra. Nicolas salió de la capilla para descifrar el nombre de la lápida. FAMILLE TARANNE. Ya había unos cuantos enterrados. Se volvió hacia la tumba de los Duhamel. También había unos cuantos, que se remontaban a su tatarabuelo, Émile, al que, naturalmente, nunca conoció. Todos estaban allí, menos su padre.

Allí, a sus pies, se encontraban los restos de sus antepasados Duhamel. Pero no del hombre que lo había engendrado. Nunca se había sentido tan lejos de Théodore Duhamel como en ese día de agosto en el cementerio Père-Lachaise. Echaba de menos a su padre, y con tanta intensidad que casi lloró. Una extraña tristeza se agitaba en su interior. Quería penetrar el misterio de la muerte de su padre, aunque resultara difícil de soportar. De adolescente, una vez le había preguntado a su madre: «¿Y si papá siguiera vivo? ¿Y si solo se dio un golpe en la cabeza con la vela y se cayó al mar y lo salvó algún desconocido y perdió la memoria y es incapaz de recordar quién era?». Emma Duhamel había murmurado palabras consoladoras acerca de la imposibilidad de esa historia. Su padre se había ahogado. Había sido un terrible accidente, una tragedia. Su cuerpo no se había encontrado, pero estaba muerto. Nicolas se preguntaba cómo podía estar tan segura. ¿Era más cómodo creer que había muerto?

Detrás de un panteón oyó susurros y risas de chica. La curiosidad pudo con él. Se puso en pie y, con pasos sigilosos, se dirigió al comienzo de la División 92 y se escondió detrás de un mausoleo. Tres jóvenes se encontraban alrededor de una estatua de bronce de tamaño natural que representaba a un hombre recostado. Eran guapas, con largos vestidos floreados y el pelo ondulado. La estatua era realista, como si el hombre acabara de caerse unos momentos atrás, por el impacto de un golpe o una bala, la chaqueta flotando debajo de él y el sombrero de copa en el suelo, junto a su mano enguantada. Una de las jóvenes se había montado sobre la estatua de una manera sexualmente sugerente, mientras las otras reían disimuladamente y la animaban. Nicolas se quedó mirando, fascinado. La primera era una enérgica amazona montando ávidamente a su presa. La segunda era dulce y suave y meneaba las caderas formando una erótica figura en forma de ocho que dejó a Nicolas sin aliento. La tercera había rodeado la cabeza de la estatua con las manos y se había echado completamente encima de ella, ofreciendo su amplio pecho a sus labios bronceados. El episodio duró varios minutos, y Nicolas lo disfrutó. Se marcharon corriendo sin dejar de reír.

Nicolas se acercó a mirar la estatua. El hombre tenía la cara levantada, los ojos medio cerrados, representaba perfectamente la muerte. Sin duda había sido violenta. Victor Noir. Nacido en 1848 y muerto en 1870. No tenía ni veintidós años cuando

murió. Prácticamente su edad actual. Todos los detalles del bronce eran perfectos: las solapas de la chaqueta abierta, el chaleco, los zapatos. Mientras que toda la estatua era de un verde cobre, la zona que rodeaba la entrepierna había sido toqueteada tantas veces que lucía un color distinto. Un marrón lustroso y reluciente. Desde luego se veía una protuberancia en los pantalones ajustados de Victor Noir, y el botón de arriba estaba desabrochado. Nicolas se agachó y tocó el bulto de cobre, sonriendo al hacerlo. Cuando llegó a casa, buscó el nombre de Victor Noir en Internet y se enteró de que había sido un joven periodista fusilado por un Bonaparte. Pero Victor Noir se hizo más famoso por la estatua que había en su tumba, adonde acudían mujeres de todo el mundo a frotarse contra su pelvis, en busca de buena suerte, fertilidad o la oportunidad de encontrar marido ese año.

—¿Nunca había oído hablar de la tumba de Victor Noir? —preguntó Chalais, sonriendo. Nicolas dijo que no, y que había sido un descubrimiento agradable e interesante. Le contó a Chalais que no fue hasta 2006, tres años más tarde, cuando regresó al cementerio, unos días después de obtener su nuevo pasaporte. Llevaba en la mano el certificado de nacimiento de su padre. Aquella mañana el tiempo era espantoso y caía esa molesta lluvia de octubre. Nicolas estaba sentado en la estrecha capilla, temblando, con los pies mojados. Fiodor Koltchine. Lo pronunciaba una y otra vez en voz alta. Koltchine. Y ahora ¿qué? ¿Qué podía hacer a fin de intentar comprender quién era su padre y cuál era su origen?

Le contó a Chalais que la vez anterior que había estado en Père-Lachaise se había preguntado cómo había muerto su padre. Pero aquel día lo que a él le obsesionaba era su nacimiento. Se quedó allí sentado, desamparado, y sintió el inmenso anhelo de que su padre se hiciera cargo de él otra vez. El hecho de que no estuviera enterrado en ninguna parte, de que no hubiera cadáver, empeoraba las cosas. Se acordó de los cálidos brazos de Delphine, del consuelo que le habían ofrecido aquella noche, en la rue Pernety. Se acordó de su nuevo pasaporte, del certificado que demostraba que ahora era oficialmente francés. Pero ¿quién era Fiodor Koltchine? ¿Quién era el padre de su padre? ¿Qué había sabido su padre de todo eso? ¿Qué le había contado su madre, Zinaïda Koltchine?

Cuando Nicolas se marchaba, pasó por delante de la tumba de Victor Noir. El lugar estaba vacío. El tiempo era tan malo que ninguna mujer se había acercado a frotar sus genitales. Nicolas sentía la humedad calándole el cuello de la chaqueta. Se quedó allí de pie, con el certificado de su padre empapado en la mano, mirando la estatua. Se sentía completamente solo. La tristeza había desaparecido y su lugar lo ocupaba otra sensación distinta. La neblina de Rascar Capac parecía difundirse lentamente delante de sus ojos, entrelazando unos delicados filamentos azules con la cortina de lluvia que caía sobre la estatua de cobre. Nicolas sintió el anhelo de escribir, al igual que en el avión catorce años atrás, y el anhelo era poderoso, tentador,

y tan inesperado que dejó de importarle el frío. Nicolas se inclinó y tocó la húmeda protuberancia con unos dedos febriles. A continuación cogió el metro y recorrió el largo trayecto hasta su casa aturdido. Le contó a Chalais que lo primero que hizo fue coger el reloj Hamilton Khaki. Siempre lo guardaba junto a su cama. Acto seguido se sentó en la cocina con un cuaderno y la Montblanc de su padre. Se preparó un té. Se quedó mirando el reloj, de vez en cuando apretando su superficie tersa y vítrea contra los labios. Entonces, cuando se sintió preparado, abrió la Moleskine y la aplanó sobre la desvencijada mesa de la cocina.

Chalais sabía que aquel material era inédito. La entrevista había durado más de una hora, pero sospechaba que el joven tenía más cosas que contar. Pidieron vino blanco. Mientras bebían, Chalais le contó a Nicolas el sabroso relato de sus recientes vacaciones en una estación de esquí con su mujer y sus hijos. Nicolas escuchaba sonriente. No lejos de ellos había una periodista, una mujer que recordaba a un gorrión, con el pelo negro y largo. Nicolas se había cruzado con ella varias veces en ferias de libros y premios literarios. Laurence Taillefer. Era famosa por su causticidad. Sus retratos de escritores en el suplemento de fin de semana del periódico eran temidos y respetados. Nicolas se preguntó a quién estaba esperando. Vio que leía sus notas y mordía el extremo de un lápiz.

Ahora el bar estaba lleno y una bandada de camareros atendía las mesas. Un pianista interpretaba *Georgia On My Mind*. Se hacía difícil creer que aquella majestuosa sala *art déco*, donde el sofisticado círculo literario de París bebía champán, hubiera presenciado los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Nicolas sabía que, durante la ocupación, el Hôtel Lutetia fue requisado por los nazis. Cuando París fue liberado, en agosto de 1944, el hotel se utilizó como punto de encuentro para que los supervivientes de los campos de concentración encontraran a sus familiares.

«¿Por qué *El sobre* se narra a través de los ojos de Margaux y no de los suyos?», había preguntado Chalais. Nicolas también estaba preparado para esa cuestión. Sin embargo, no le importó contestársela a Chalais. Relató que Margaux ayudaba a mantener una distancia protectora entre su propia historia y la de ella. Sí, podría haber creado un personaje masculino de su edad, dijo, anticipándose a la siguiente pregunta, cosa que Chalais agradeció con una sonrisa. Pero decidió escoger un camino narrativo más intrincado. Una mujer de mediana edad. A continuación Chalais le inquirió por qué Camogli y no San Petersburgo. De haberla formulado cualquier otro periodista, la pregunta le habría irritado, porque la había oído muchas veces. Pero la compañía de Chalais era agradable. Nicolas estaba disfrutando de la entrevista, cosa que no le pasaba hacía mucho tiempo. A su espalda, Nicolas vio que el invitado de Laurence Taillefer había llegado. Una joven cuya cara no le decía nada. Sin duda alguna, una escritora a la que Taillefer haría picadillo.

Nicolas se inclinó hacia delante hasta que su cara quedó cerca de la de Chalais, hasta el punto de que pudo ver las puntas de sus pestañas detrás de las gafas. Comió de los cacahuets que el camarero les había servido. ¿Por qué Camogli, por qué iba a estar dispuesto a relatar los detalles concretos de esa química íntima, la compleja maquinaria que funcionaba en algún lugar recóndito de su mente? ¿Tenían que explicarse los escritores? ¿Por qué revelar su fórmula secreta?

Bertrand Chalais soltó una risita, pero de buen humor, y Nicolas tuvo la impresión de que no le estaba juzgando. Cuando unos días más tarde la grabación salió en antena, le resultó agradable escucharla, con el sonido de fondo del piano y el suave murmullo de los huéspedes del Hôtel Lutetia. Bertrand Chalais posteriormente publicó una larga entrevista con él en un popular semanario. Nicolas se había fotografiado sobre la tumba de Victor Noir, vestido con traje negro y corbata. Consiguió más seguidores en Twitter, más amigos en Facebook e incluso más lectores.

Mientras Malvina coge el ascensor hasta la terraza del hotel, Nicolas sube lentamente las escaleras de piedra, perplejo. Necesita tiempo para pensar. ¿Por qué Dagmar Hunoldt se trae este juego entre manos? Al principio estaba desconcertado. Ahora, indignado.

Cuando Nicolas llega a la terraza, todavía estupefacto, ve que toda la zona de la piscina ha quedado invadida por material de iluminación, telas, reflectores y grandes sombrillas plateadas. Un grupo de gente corretea de un lado a otro, chillándose entre ellos y a sus móviles. Otros teclean en sus portátiles y smartphones. La paz y la tranquilidad del Gallo Nero se ven hechos trizas, pero en el aire flota cierto glamur. Las mujeres llevan tacones altos y los hombres son sofisticados y corteses. Entonces se acuerda. La sesión de fotos organizada por Cassia Carper.

Decide comprobar su BlackBerry antes de que Malvina lo vea y la saca del bolsillo de su albornoz. Una llamada perdida. Pertenece a un número con prefijo belga. No ha dejado ningún mensaje. Cuando devuelve la llamada, reconoce la voz de su tía Roxane. Le explica que le había dejado un mensaje al no haber podido contactar con su madre.

Roxane es una versión más joven de Emma, con la misma espléndida tez y ojos neblinosos. También posee el mismo humor cáustico.

—¿Me estás diciendo que no tienes ni idea de dónde está tu madre? —dice Roxane.

—Exacto.

—Vaya —exhala—. Entonces es peor de lo que pensaba.

Nicolas no entiende adónde quiere llegar, pero no lo encuentra divertido.

—¿A qué te refieres? —pregunta.

Otro suspiro. Roxane dice:

—Mira, no sé cómo decírtelo, pero va a ser un duro golpe.

Nicolas siente una punzada de miedo. ¿Es este uno de esos momentos en que tu vida da un vuelco y no olvidas jamás? ¿Su madre está enferma? ¿Tiene cáncer o algo igualmente horrible? ¿Es posible que Emma no se atreviera a decírselo y que a él se le olvidara preguntar? Debe de ser eso. Ésta es la razón de que Roxane se comporte de manera extraña. Se le aflojan las piernas.

—Dímelo de una vez, ¿quieres? —le grita al teléfono.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Emma? —insiste Roxane.

—No me acuerdo —contesta Nicolas apesadumbrado—. Puede que el mes pasado. O en mayo. —Silencio.

—¿Y de repente te preocupas?

¿Adónde quiere llegar Roxane? Pregunta:

—¿Me estás criticando porque no la he llamado?

—Totalmente.

Nicolas se muerde el labio.

—Lo sé —murmura—. Es culpa mía. He estado ocupado. Tengo que escribir el nuevo libro. Y... todo lo demás —añade sin convicción.

—¿Estás tan ocupado que no puedes llamar a tu madre para preguntarle cómo está, invitarla a cenar o a comer o llevarla a alguna parte?

—Roxane. Por favor. Basta.

—No, no basta, Nicolas. Hace tiempo que no te veo. Quiero decir en la vida real, porque todos te vemos en las revistas, en la televisión, te oímos en la radio. —Nicolas tuerce el gesto ante ésa ironía que ella le lanza con aparente alegría—. Ojalá te lo pudiera decir a la cara, pero tendré que hacerlo por teléfono. Me alegro de tu maravilloso éxito, pero lo siento mucho por ti. Espero que algún día te despiertes y comprendas que te has convertido en una persona engreída y estúpida. Adiós.

Se corta la comunicación. Nicolas se queda allí, de pie, sembrado en aquel lugar, con el teléfono pegado a la oreja. Oye la voz de Roxane resonándole en la cabeza. Sus palabras hirientes. *Una persona engreída y estúpida*. ¡Cómo se atreve a hablarle así! ¿Quién se cree que es? Debería haberle dicho algo, debería haberla interrumpido, haberle parado los pies. Tras la superficie de irritación de orgullo herido asoma el temor. Todavía no sabe dónde está su madre, qué le ocurre. Debería haber pasado a verla, invitarla a comer. ¿Ya ha transcurrido un mes? Puede que incluso dos. Mientras observa desesperado el azul del agua, se da cuenta de que su madre siempre lo ha apoyado. Es algo que él en todo momento dio por sentado. Pero él nunca ha hecho nada por ella, aparte de comprarle un Rolex cuando cumplió cincuenta años. Qué decepción ha sido para Emma. Qué egoísta. Ahí está, regodeándose en la espiral de autosatisfacción de su éxito, más obsesionado con que le reconozcan cuando entra en un restaurante que preocupado por la salud de su madre. De repente se acuerda de un funeral al que asistió el año pasado. El de la madre de un amigo suyo. Al final de la misa, su amigo leyó una carta desgarradora a su difunta madre con un hilo de voz entrecortada. Explicaba que nunca se había molestado en conocer mejor a su madre y que ahora se daba cuenta de que las madres no eran inmortales, que no vivían para siempre para cuidar a sus hijos. Y que él nunca se había preocupado por ella. Nicolas recuerda las últimas frases de la carta, cuando su amigo, casi sollozando, describió su muerte como el último malentendido de su no relación y que él, extraviado y sin aliento, tenía la impresión de correr tras un tren que se la llevaba para siempre y de que ya era demasiado tarde. Nicolas se agarra a la barandilla con fuerza. Cierra los ojos. Tiene que hablar con Emma lo antes posible. Tiene que descubrir cómo está.

—¡Eh, tú! —chilla una voz infantil, sobresaltándolo—. ¿Qué te ocurre? ¿Vas a vomitar o qué?

Baja la mirada y ve a un niño de unos seis o siete años, aunque nunca ha sabido

calcular qué edad tienen los chavales. Va vestido de negro y tiene el pelo largo y dorado. Se le podría confundir con una niña de no ser por su mandíbula cuadrada y el cuello recio.

—No me pasa nada —dice Nicolas mientras mira a su alrededor en busca de los padres del crío. Aparte de los febriles ayudantes que preparan la sesión de fotos, no hay nadie que parezca el padre o la madre del niño.

El chaval tiene los ojos verde claro y unas pupilas diminutas. Se queda mirando fijamente a Nicolas.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta el niño con la misma voz chillona—. ¿Vas a echar la pota?

Nicolas no tiene mucha paciencia ni mucha experiencia con los niños. ¿Por qué la gente insiste en llevar a sus vástagos a lugares como ese, refugios de serenidad? Los niños deberían estar prohibidos en los hoteles de lujo.

—¿Cómo te llamas?

—No es asunto tuyo —gimotea el niño—. Eres antipático.

—¿Dónde está tu madre? —pregunta Nicolas mientras avanza hacia la terraza, donde ve que Malvina lo espera en una mesa.

—¡Deja de preguntar! —grita el niño, siguiéndolo como un irritante mosquito. Nicolas desea quitárselo de encima, pero no se atreve.

—Piérdete —le suelta.

Una mujer de aspecto poco agraciado aparece de la nada. Rubia, con dientes de caballo y la nariz quemada por el sol. Tiene unos cuarenta y cinco años.

—¿Damian le está molestando? Lo siento muchísimo. —Tiene un marcado acento británico.

Nicolas se encoge de hombros.

—No se me dan bien los niños.

—Lo entiendo —contesta de manera afable—. Damian puede llegar a ser bastante antipático.

El niño se ha ido corriendo al otro lado de la piscina, con los dos brazos levantados en un aterrador saludo. Deambula alrededor de los ayudantes de la sesión, dando saltitos y chillando, la cara roja. Todos se quedan mirándolo horrorizados.

—Dios mío —suspira la madre—. He de ir a rescatar a esa gente.

—Buena suerte —dice Nicolas. Imagina que es una madre soltera que tuvo el niño ya mayor y lo educa sola. Debería haberlo llevado a un lugar donde pudiera jugar con niños de su edad.

Malvina bebe té, absorta en su iPhone. Nicolas se sienta junto a ella. No sabe si contarle lo de Roxane y Dagmar, las dos cosas que le preocupan en ese momento, pero decide que no. ¿Cómo podría ayudarle Malvina? De ninguna manera. La terraza está llena de huéspedes que observan el discurrir de la sesión fotográfica. El doctor

Gheza, que está tomando un café en el bar, los saluda con un gesto breve y rápido de la mano, que Nicolas devuelve. La familia belga está disfrutando de un piscobis. ¿Se pasan el día comiendo? La pareja gay está jugando al *backgammon*. Alexandra y su madre escriben postales. Nicolas mira si Dagmar Hunoldt está sentada a una mesa del fondo, pero no. El señor Wong y la señorita Ming, resplandecientes en sus quimonos de seda color rosa, saludan con la cabeza a todo el mundo. La pareja suiza probablemente se encuentra en el agua. La pareja francesa sin duda ha ido a jugar al tenis y luego al spa. La morena pechugona quizá esté aún en la cama. ¿Nelson Novézan ya se ha marchado? Hay caras nuevas que no ha visto antes. Un grupo de americanos, algunos italianos y una elegante pareja alemana en la mesa de al lado. Malvina pone una expresión desencantada acompañada de un silencio impenetrable, que augura problemas.

—¿Todo bien? —pregunta Nicolas.

Ella frunce el entrecejo.

—No. Pero estás demasiado ocupado como para que te importe.

Nicolas se esfuerza por permanecer calmado; se muerde el labio y aprieta las mandíbulas. Merece el mismo tratamiento que Damian. Se da cuenta de que, un poco más allá, el niño es reprendido por su madre. Antes de que Malvina diga nada que, sabe Nicolas, puede ser tan desagradable como la diatriba de Roxane, se oyen murmullos y susurros. Han aparecido tres modelos en ropa interior y tacones altos, acompañadas de una nube de peluqueros y maquilladores. Tienen las piernas largas, el pelo largo y, observa Nicolas con satisfacción, no son demasiado flacas. Hay dos morenas y una rubia. Ríen y bromean con los ayudantes y el equipo de maquillaje, al parecer sin darse cuenta de que hay demasiados ojos mirándolas, regalándose la vista con su juventud, desnudez y belleza. Nicolas se pregunta de dónde sacan a estas chicas. ¿De alguna pequeña y aletargada población de Oklahoma? ¿De alguna remota isla escandinava?

—Al menos cierra la boca. Estás babeando —le suelta Malvina.

—¿Qué te ocurre?

La joven suspira.

—No me he encontrado bien desde que llegamos.

—A lo mejor deberías ir al médico —contesta Nicolas, esforzándose por no mirar a una de las morenas, cuyo tanga de encaje apenas le cubre la pelvis.

—Es posible —murmura Malvina—. Y, por cierto, ha aparecido en tu muro otra foto tuya tomada por Alex Brunel.

—¿Qué? —exclama Nicolas.

Malvina le entrega su iPhone. La foto fue tomada esta mañana a primera hora, mientras él desayunaba a solas. Centenares de personas han añadido «me gusta».

—Mierda —susurra Nicolas.

¿Quién es ese Alex Brunel? Durante el desayuno solo vio a su lado a la pareja suiza. ¿Quizá Alex Brunel es uno de ellos? También estaba la sonriente y amistosa camarera. Una música atronadora sobresalta a todos los presentes: una canción antigua de Sheryl Crow con una estruendosa guitarra. Las modelos se ponen a bailar, moviendo sus caderas imposiblemente delgadas, barriendo la espalda con su pelo sedoso, levantando los brazos hacia el cielo azul, hacia el resplandor del sol. Nicolas observa que en medio de ellas hay un joven con una cámara. Lo había confundido con un ayudante, o con un peluquero, pero ahora se da cuenta de que es el fotógrafo. Un fotógrafo de su edad, no más de treinta años. Lleva unos vaqueros gastados y caídos y una camiseta sin mangas. Nicolas no puede verle la cara por culpa de la cámara, pero distingue una mata corta de pelo negrísimo. Cuando el fotógrafo deja la cámara, Nicolas descubre que ese joven escuálido es una mujer. Eso le hace reír. Un antiguo éxito de Madonna suena a todo trapo. Las tres modelos bailan como si estuvieran en un club nocturno. Se agitan como flores frágiles al viento, doblándose hacia atrás y hacia adelante, haciendo un mohín, los ojos medio cerrados, como si estuvieran colocadas. Incluso Damian, el niño, las observa en silencio, paralizado. Son hermosas. La joven fotógrafa no para de sacarles fotos, con las piernas dobladas y una sonrisita de suficiencia mientras trabaja. Nicolas ve a Cassia Carper, de pie detrás de uno de los estilistas, contemplando la escena con una expresión atenta, mientras uno de sus pies, enfundado en otra de esas sandalias que cortan la respiración, se agita al ritmo de la música. Nicolas ya sabe lo fabulosas que serán esas fotos en el papel satinado de la revista. Cassia Carper mira hacia la cámara para comprobar las instantáneas con la joven fotógrafa. Observa todos los aspectos de la sesión con una mirada de lince. Lleva un vestido corto y blanco que le deja la espalda desnuda. Tiene la boca sonrosada y reluciente. No le ha dirigido la mirada ni una vez. ¿De verdad que lo besó ayer por la noche? ¿O todo fue parte de un sueño? No, ella lo besó. Todavía siente su lengua en la boca con sorprendente claridad.

—¿Conoces a esa pelirroja? —pregunta Malvina de manera brusca.

Nicolas se encoge de hombros.

—Creo que la conocí en un cóctel, en París. No estoy seguro.

Pide un poco de té antes de que Malvina siga interrogándolo. Comienza a preguntarse si estas vacaciones no han sido un error. A pesar de lo maravilloso del entorno, el lastre de ese libro inexistente le pesa como una losa. ¿De verdad cree que va a empezar así un libro? ¿A quién está engañando?

—Tengo que encontrar a mi madre —explica Nicolas para que Malvina no se sulfure cuando le vea manipular la BlackBerry—. No sé dónde está. Estoy preocupado.

El número de su jefa de prensa aparece en la pantalla. ¿Por qué le llama Dita Dallard en sábado, en mitad de sus vacaciones? Ya sabe que es mejor mandarle un

correo electrónico. Sabe que a Nicolas no le gusta que lo molesten. Si lo llama es porque se trata de algo importante. Le encanta trabajar con Dita, una mujer inteligente de treinta y pocos años con una sonrisa pícaro, un cuerpo lleno de curvas y un fino sentido del humor. Cuando empezó a trabajar con Nicolas, ninguno de los dos se imaginaba que *El sobre* se publicaría en todo el mundo y que, como resultado, todo el mundo lo aclamaría. Dita comenzó su carrera en Alice Dor Publications como ayudante cuatro años atrás, pero cuando el Huracán Margaux comenzó a soplar, su iniciativa, ideas y energía acabaron convirtiéndola en la jefa de prensa personal de Nicolas Kolt.

En cuanto oye su voz, Nicolas sabe que no son buenas noticias. Dita nunca se anda por las ramas, y eso le gusta. Solo tiene que decir las palabras:

—Laurence Taillefer.

—Cuéntame.

—No creo que debas leer su artículo.

—¿Tan horrible es?

—Sí.

—¿Lo ha leído Alice?

—Sí. Quiere que la llames.

Nicolas puede ver la página con claridad, como si el artículo se extendiera sobre la mesa delante de él. Una página completa en un periódico que toda Francia lee el fin de semana.

—Mándamelo —dice.

—No creo que sea una buena idea.

—Tengo que aprender a enfrentarme a estas cosas, Dita —afirma.

Dita titubea antes de decir:

—Muy bien. Ahora te lo mando. Llámame si me necesitas. Llama a Alice o se preocupará. Y recuerda: Laurence Taillefer nunca te ha apreciado. No es ninguna sorpresa.

Nicolas farfulla unas palabras de despedida.

—¿Qué ocurre? —pregunta Malvina.

Trata de sonreír.

—Un artículo que me deja mal.

Recuerda la última vez que sus ojos se posaron sobre la temible Laurence Taillefer, con su pelo negro como un cuervo, durante su entrevista con Bertrand Chalais, el año pasado en el Hôtel Lutetia. Se enteró de que casi nunca entrevistaba a los autores. Sus críticas descodificaban los libros, los escritores y los fenómenos editoriales. Era capaz de promocionar a un autor a la gloria o de catapultar a otros a las llamas.

—¿A quién le importa que un artículo te deje mal si tienes millones de lectores en

todo el mundo? —dice Malvina dándole unas palmaditas en la mano.

Naturalmente, tiene razón. Ni siquiera debería leerlo. ¿A quién le importa cuando tanta gente adora su libro y se vende tan bien? Pero en ese momento frágil y delicado de su vida tiene la impresión de que ha de saberlo.

Dita le manda su artículo por correo electrónico y todo lo que tiene que hacer es clicar encima.

«El síndrome “Nicolas Kolt” y otras vanidades, por Laurence Taillefer».

Baja la mirada hacia su BlackBerry, protegiéndola del sol con la mano. Ya no oye la música, ni ve a las modelos, ni a la joven fotógrafa, ni a Cassia Carper con su vestido blanco, ni a los huéspedes sentados en torno a él, como si estuvieran en un teatro, contemplando un espectáculo. Ya solo tiene ojos para las palabras que están a punto de asaltarle con su veneno, y de las que no sabe cómo protegerse. Quizá la única protección consiste en no leer el artículo, se dice, al tiempo que levanta los ojos hacia el azul del mar y los baja de nuevo. Pero es demasiado tarde. Ya ha empezado.

Al principio las palabras no tienen sentido. No son más que un revoltijo incoherente, y tiene que volver al principio y asimilarlo lentamente.

Nicolas Duhamel perdió su pasaporte en 2006. Como sus padres habían nacido en el extranjero, según las nuevas leyes del Gobierno tenía que demostrar su nacionalidad francesa, aun cuando hubiera nacido en Francia. Eso le dio la idea para escribir *El sobre*, como todo el mundo sabe ya. En esos días menos gloriosos antes de que fuera una estrella editorial, Nicolas Duhamel era un profesor particular que pasaba apuros para salir adelante. Nos lo imaginamos explicando a Platón o Nietzsche a unas adolescentes, sin duda boquiabiertas por su tenebrosa belleza. Éste es el problema de «Nicolas Kolt»: que es muy fácil mirarlo y muy fácil leerle. ¿Demasiado fácil? *El sobre* está en boca de todos, todo el mundo lo lleva en la mano. ¿Por qué? ¿Acaso no se debe a la ingeniosa y machacona campaña de marketing orquestada por sus astutos editores en todo el mundo más que a su talento? «Nicolas Kolt» se ha convertido en una marca ineludible e inevitable. Sus rasgos duros de chico malo ocupan las portadas de las revistas, aparecen en etiquetas de frascos de colonia, anuncian relojes y gafas de sol. A «Nicolas Kolt» se le ve espléndido por televisión. Interpretó un cameo en la película basada en su libro y sus innumerables admiradores le adoran. (Si no me creen, solo tienen que mirar su página de Facebook). «Nicolas Kolt» se ha convertido en un escritor de culto de la famosa generación Y, una raza que prospera a base de cortar, copiar y pegar, navegar por Internet, las redes sociales, los *e-books* y smartphones, los «me gusta», «retuitea» y «compartir», los amigos, admiradores y seguidores, a base de vacuidad y vanidad. *El sobre* es una novela que está por debajo de la media para ser un debut. No es terriblemente buena ni mala. Sabe cómo abordar el tema de un oscuro secreto familiar. Pulsa las teclas adecuadas. Es una eficaz historia lacrimógena que le encantará a tu abuelita y que a lo mejor también le gustará a tu sobrinito. ¿Por qué todavía soportamos su éxito, tres años después? ¿Tiene que ver con el Oscar a Robin Wright? ¿De qué trata *El sobre* para conseguir que tanta gente lo lea? La respuesta es que «Nicolas Kolt» es una apuesta fácil. «Nicolas Kolt» es un éxito solo porque sus editores han decidido que sea un éxito, y las masas dóciles le siguen. «Nicolas Kolt», el autor de un *best-seller* internacional, leído desde Estocolmo a Seattle, adorado por millones de seguidores en todo el mundo. No es un escritor. Es un producto.

En ese momento, Nicolas levanta de nuevo la mirada hacia el mar.

—¿Estás bien? —pregunta Malvina.

Nicolas no contesta. Se acuerda de Alice Dor, que está esperando su llamada. Ella encontraría las palabras para consolarlo, de una manera u otra, pero en este momento no quiere hablar con ella. Piensa en toda la gente que conoce que esta mañana está leyendo este periódico mientras desayuna. Piensa en toda la gente que sonreirá o se carcajeará. Piensa en aquellos que se entristecerán. Piensa en los admiradores, en lo que le escribirán en el muro de su Facebook, en Twitter, por correo electrónico. Piensa en aquellos a quienes les dará igual, y anhela ser como ellos. No soporta leer el resto. Decide saltarse un buen trozo, haciéndolo resbalar por la BlackBerry hasta que llega al final.

Nicolas Duhamel debería distanciarse de las frenéticas redes sociales a las que es tan aficionado. A lo mejor debería dejar de tuitear de una vez por todas. La pregunta es: ¿volverá «Nicolas Kolt» a escribir otra novela? ¿Seguirá haciendo surf para siempre sobre la ola del éxito de *El sobre*, alimentado por ávidos editores que sacan unos buenos beneficios, hasta que su belleza se marchite y le sustituya otro escritor-producto? «Nicolas Kolt» no escribirá ningún otro libro. Está demasiado ocupado pavoneándose en los centenares de espejos que le ponen delante.

Nicolas se pone en pie, mareado. Se da cuenta de que es incapaz de hablar. En ese artículo hay una cruda verdad que no se puede rebatir, aun cuando Laurence Taillefer la haya exagerado. Se siente débil. Tiene la boca seca. Nota un vacío en el estómago. Se acerca hacia el lateral de la terraza que da al mar, sin oír la música, a las modelos ni la cháchara. Malvina le sigue, con una mano en su espalda. Se queda un rato ahí, en silencio, mirando el azul. Piensa en el texto de Laurence Taillefer. Se la imagina en su oficina, esté donde esté, inclinada sobre su ordenador, escogiendo las palabras más crueles, las que más duelen. ¿Sonríe mientras escribe sus artículos? ¿Cuando escribió este? Debería colgarlo en Twitter, en Facebook, para anticiparse a las reacciones. Lo último que desea es la compasión de sus lectores. Nicolas tiene calor con el albornoz puesto y anhela meterse en el agua fría. Nadar podría reavivarle el ánimo. Pero ¿y si vuelve a tropezarse con Dagmar Hunoldt? En su actual estado, no podría soportar que volviera a repudiarlo.

—Has dicho que querías llamar a tu madre —sugiere Malvina amablemente.

Tiene razón. Es lo que debería hacer. Localizar a Emma. Telefonarle hasta que oiga su voz. Se aleja un poco de Malvina para poder estar solo. Todavía se encuentra aturdido, como si alguien le hubiera dado un golpe en la cabeza. Llama al móvil de su madre. Espera que le salte el buzón de voz y se sobresalta al oír una voz de hombre.

—¿Hola? —dice Nicolas.

—¿Sí? —replica el desconocido.

—Creo que me he equivocado... Estoy buscando a Emma Duhamel.

—Éste es su teléfono —contesta educadamente el desconocido.

¿Quién es este tipo?, se pregunta Nicolas. ¿Por qué contesta al móvil de mi madre? El corazón le da un vuelco. ¿Y si Emma está en el hospital y ese hombre es un médico? Eso sería una mala noticia.

Nicolas tartamudea:

—¿Está..., está Emma Duhamel?

El desconocido se aclara la voz.

—¿Quién es usted?

—Soy su hijo.

—¿Su hijo?

—Exacto. —Hay un silencio. Nicolas oye música, muy a lo lejos—. ¿Hola?

—Sigo aquí —dice el desconocido.

—¿Mi madre está bien?

—Está bien, sí, perfectamente.

¿Nicolas se lo imagina o el hombre está de guasa?

—¿Quién es usted? —pregunta—. ¿Su médico?

—¿Su médico? ¡No!

—Bueno, entonces ¿quién es?

Silencio.

—Soy Ed. —Nicolas no dice nada. ¿Quién demonios es Ed? ¿Un amigo? ¿Un alumno?—. Tu madre todavía duerme.

¿Su madre todavía duerme a mediodía? ¿Ella, que siempre era el primer gallo que cantaba?

—Entiendo —responde por decir algo.

—Le diré que la has llamado.

—Gracias, Ed. ¿Dónde estáis, si no te importa que te lo pregunte?

—En absoluto. Estamos en Saint-Tropez.

A Nicolas casi se le cae el teléfono.

—¿En Saint-Tropez? —repite.

—Sí. En el barco de unos amigos.

—Entiendo —dice otra vez Nicolas, perplejo—. ¿En un barco?

—Exacto —responde Ed—. Un barco muy bonito.

Ed tiene una voz joven y cordial.

—¿Eres... amigo de mi madre? —pregunta tímidamente Nicolas.

Otro silencio. Se oye una música de fondo y el murmullo de otras voces. Emma durmiendo hasta mediodía. Una imagen perturbadora se abre paso en su mente. Una cama sin hacer, unas sábanas arrugadas, una piel desnuda, una intimidad que no

quiere ver.

Ed suelta una carcajada; su risa no es desagradable, pero chirría en los oídos de Nicolas. A continuación dice, simplemente:

—Soy..., mmm..., su novio.

E*l sobre* fue leído por personas de todas las edades, de todas las nacionalidades y de todos los orígenes. Gente que no tenía nada en común, excepto el libro. Nicolas comenzó a encontrarse con sus lectores y a conocerlos mientras viajaba, pero también los conocía de manera virtual a través de Facebook y Twitter. Le parecía más rápido, más práctico, interactuar con ellos a través de las redes sociales. Pero tenía que admitir que eso consumía mucho tiempo. Todo ello le absorbía. Parecía estar siempre hablando por teléfono. Incluso dormía con él sobre la almohada, cosa que irritaba a sus más íntimos. Su madre le preguntaba a menudo, con un suspiro de hastío, si tenía que seguirlo en Twitter para conseguir que le contestara. Alice Dor se quejaba de que incluso cuando estaban juntos tenía que mirar su teléfono. Lara se metía con él por la cantidad de tuits que colgaba cada día. «No me extraña que no hayas acabado el libro», decía para provocarle. Nicolas tenía que admitir que estaba enganchado, hasta tal punto que cada vez que intentaba escribir desconectaba Internet y dejaba el teléfono en otra habitación. Pero eso no duraba mucho. Inevitablemente volvía a conectarse, igual que un alcohólico que se sirve otra copa y se odia por ello. Necesitaba curarse de esa adicción. Sabía que existían programas para ayudar a la gente a superarla. En esa época todo el mundo parecía pendiente de sus mensajes, sus correos electrónicos, sus páginas de Facebook o sus cuentas de Twitter. Había parejas que cenaban en un restaurante y comían en silencio, cara a cara, cada uno absorto en su teléfono. Incluso durante los funerales, las bodas, en el cine, Nicolas observaba que la gente estaba pendiente del teléfono. Aquellos que deliberadamente no tenían móvil ni ordenador le resultaban un misterio. ¿Acaso vivían en la Edad Media? Pero ahora, a medida que se enfrentaba al abismo cada vez más preocupante de su inercia intelectual, comenzaba a preguntarse si quizá esas personas hacían bien al apartarse de la permanente e hipnótica atracción de estar conectado a Internet. ¿Afectaba al cerebro un uso excesivo de Internet? ¿Quizá el suyo había quedado afectado? Nicolas había abierto una página de Facebook antes de ser famoso, cuando aún era Nicolas Duhamel, pero había tenido que cerrarla cuando comenzó a soplar el Huracán Margaux, simplemente porque Nicolas Duhamel ya no existía. La nueva página de seguidores de Nicolas Kolt inmediatamente atrajo la atención de miles de lectores.

Sus lectores le preparaban sorpresas *online*. Un día se quedó extasiado al descubrir que «Margaux Dansor» quería ser amiga suya en Facebook. Quienquiera que hubiera creado ese perfil conocía a su personaje tan bien como él. Ahí estaba Margaux, tal como la había escrito en la novela. Nunca descubrió quién había imaginado a la Margaux *online*, y no le importó. Disfrutaba interactuando con su heroína. Muchos lectores creían que Margaux existía de verdad y que Nicolas la había incluido en su libro después de conocerla. Dejó que algunos lo creyeran. Le divertía.

Nicolas utilizaba las redes sociales porque le gustaba compartir, les decía a los periodistas. Le gustaba comunicarse y disfrutaba con ese *feedback*, no simplemente porque a menudo le prodigaban elogios, sino también porque era un reto. Sus tuits nunca eran inanes. Se lo pensaba meticulosamente antes de escribir uno, confeccionando esos ciento cuarenta caracteres a la perfección y utilizando una ironía de la que sus lectores siempre estaban ávidos. Retuiteaba primicias, satisfecho de ser el primero en darlas, el primero que atrapaba la información en su paso fugaz y la transmitía. Contestaba a las preguntas de sus lectores lo mejor que podía. Algunos de esos diálogos se hicieron famosos y los periodistas los mencionaban al entrevistarlo.

A menudo se citaba el episodio de Assen. La editora holandesa de Nicolas, Marije Gert, prácticamente lo había obligado, a pesar de su agotamiento, a que aceptara participar en un acto en una población llamada Assen, cerca de Ámsterdam. Le había asegurado que el trayecto duraría menos de dos horas, que tomaría una buena comida, que en su conjunto no duraría demasiado, a pesar de que sus numerosos seguidores le esperaban con gran impaciencia, y que, sobre todo, estaría de vuelta en el hotel Ambassade antes de medianoche, pues a la mañana siguiente tenía que coger el avión de las ocho a Oslo para seguir con su gira de promoción. Nicolas había aceptado. Pero el trayecto supuestamente rápido a Assen resultó algo muy distinto. Quedaron atrapados en los atascos de la hora punta y de unas obras en la carretera, mientras una lluvia monzónica caía del cielo negro. Marije, que era quien conducía, apenas se atrevía a mirar al autor, despatarrado en el asiento de su derecha y concentrado en su BlackBerry. Avanzaban en silencio y a paso de tortuga por la autopista húmeda y llena de coches. Tardaron cuatro horas en llegar. Lo que Marije no sabía entonces era que Nicolas lo estaba tuiteando todo. Tuiteó su fatiga, la manera cautelosa de conducir de ella (la barbilla pegada al volante), el lentísimo tráfico, la lluvia, su vejiga dolorosamente llena, su barriga tronando de hambre, cómo iba perdiendo las ganas de asistir a ese acto. Tuiteó descripciones de los objetos que los hijos y el marido de Marije habían dejado en el coche (un monopatín, una corbata, un mapa, una muñeca Barbie). Tuiteó su exasperación, su impaciencia, su desamparo. Un tuit en particular creó un increíble alboroto: «Es como cuando sabes que el orgasmo de tu pareja no va a ocurrir en mucho, mucho tiempo. #rumboassen». Cuando por fin llegaron, el acto se había cancelado. Todo el mundo se había ido a casa. Nicolas estaba demasiado cansado para sentirse enfadado o decepcionado. Durmió todo el camino de vuelta a Ámsterdam.

Hubo otro episodio en la vida de Nicolas que fue todo un éxito en Twitter. Volvía a París tras la ceremonia de los Oscar en Los Ángeles. Aparecía en todas las revistas y las páginas web posando con Robin Wright, ella con un vestido escarlata y él con un esmoquin negro. Nicolas subió al avión con un billete de *business*, pero cuando se supo que estaba a bordo, lo ascendieron a primera clase, donde se encontró

completamente solo. Nunca había volado en primera y le maravilló la atención y el lujo. El avión salió con retraso, y mientras Nicolas estaba sentado en el solitario lujo de la cabina de primera clase, se puso a tuitear. Al parecer, cada cinco minutos una azafata le ofrecía algo de beber, comida, una revista, bombones, una toallita perfumada para lavarse las manos. Fue mandando tuits y colgando fotos de las exquisiteces que le llevaban. Durante la larga espera antes del despegue, le proporcionaron un elegante pijama gris, zapatillas y un neceser. Le preguntó a la azafata dónde estaba el lavabo y esta le acompañó hasta una puerta situada cerca de la parte delantera del avión. Una vez dentro del pequeño espacio cuadrado, Nicolas no podía encontrar el retrete. Había un banco con un cojín de plástico, del que tiró y en el que hurgó en vano. Miró por encima y por debajo del lavabo, dio golpecitos a los paneles del espejo, con la esperanza de que algún dispositivo secreto hiciera aparecer el retrete. No ocurrió nada. Apretó todos los botones que vio. Mientras tanto, tuiteó su desdicha, consiguiendo que miles de seguidores en todo el mundo se partieran de risa. «En el retrete de primera clase del avión. El problema es que no se ve el retrete. #ayuda». Dio vueltas por el cubículo, sonrojado y preguntándose qué hacer. «¿Voy a tener que orinar en el lavabo o qué? #pqc. #pesadillaprimeraclase». Cuando salió de allí, derrotado, y le dijo a la azafata que no había sido capaz de encontrar el retrete, fue esta la que se partió de risa. Ésa era la cabina para cambiarse, le explicó sonriendo; el retrete estaba a la izquierda. Había abierto la puerta equivocada.

Y luego, naturalmente, estaba el almuerzo presidencial. El año pasado, después de los Oscar, Nicolas fue invitado al palacio del Elíseo por la primera dama. Cuando Dita le telefoneó para comunicarle la invitación, al principio Nicolas pensó que se trataba de una broma. Dita insistió en que no era ninguna broma. La secretaria personal de la primera dama le había llamado, y eso era real. ¿Y bien? ¿Pensaba ir o no? Nicolas era muy cauto con cualquier maniobra política. No le gustaba que lo etiquetaran ni revelar ninguna tendencia política. Una opinión política era un asunto privado. Prudentemente le pidió a Dita que averiguara quién más estaba invitado. Una hora más tarde ella le telefoneó para anunciarle que otros dos escritores habían sido invitados a un «almuerzo literario informal con la primera dama». Le dio los nombres. Un hombre y una mujer. Los conocía a los dos, pero no mucho. Se habían visto en ferias de libros y programas de televisión. Él era el más joven. La curiosidad le pudo. Nicolas le comunicó a Dita que asistiría. Nunca había estado en el palacio del Elíseo. Quizá esa oferta no volviera a repetirse. El día señalado se presentó con sus habituales vaqueros negros y su camiseta negra. Mientras cruzaban la rue du Fauburg Saint Honoré, dos guardias que estaban apostados delante del palacio le hicieron una seña con la palma de la mano para que se detuviera y le ordenaron que no cruzara la calle. Nicolas Kolt esgrimió su sonrisa más seductora y, sin palabras, les entregó una versión impresa de la confirmación por correo electrónico que había

recibido del secretario de la primera dama. Los guardias se disculparon y le acompañaron a la entrada. Un hombre que llevaba un uniforme impresionante, guantes blancos y un complicado collar de oro le entregó ceremoniosamente una bandeja de plata. Nicolas comprendió que era para que colocara su carné de identidad. Lo dejó en la bandeja. La bandeja desapareció. Hacía poco que le habían dado ese carné y en él aparecía con el nombre de Nicolas Duhamel, también conocido como «Nicolas Kolt». Otro hombre enfundado en un traje gris hizo acto de presencia y le devolvió el carné con una sonrisa radiante. «Monsieur Kolt, es un placer conocerle. A mi esposa le encanta su libro. Está impaciente por leer el siguiente». Nicolas lo siguió al interior de un gran patio cuadrado, donde había unas escaleras por las que, a lo largo de su vida, había visto por televisión subir y bajar a los presidentes para saludar a otros presidentes. Su mano estaba impaciente por sacar la BlackBerry, pero sabía que no podía fotografiar nada ni tuitear, pues se consideraría grosero e inapropiado. No le mencionó ese almuerzo a nadie, a excepción de Alice Dor, que se quedó impresionada y sonrió.

Cuando entró, los otros dos autores ya habían llegado. La mujer, cincuentona, escribía novelas policiacas populares que habían sido adaptadas a la televisión. Llevaba un vestido de seda color fucsia y demasiado carmín. El escritor número dos, cuarentón, tenía el pelo color platino y era un buscarruidos muy de moda que escribía libros nihilistas sobre sexo, literatura, drogas y él mismo. Llevaba gafas de leer estilo Harry Potter demasiado grandes y una americana de terciopelo color ciruela sobre la que se iba formando poco a poco una capa de caspa. Lo saludaron con fingido afecto y una sonrisa prefabricada. Por las ventanas, Nicolas podía ver el verde césped de los famosos jardines privados. Al cabo de una breve espera apareció la primera dama, todo sonrisas y cordialidad. Nicolas no la conocía personalmente. Era más baja de lo que había imaginado, pese a sus tacones altos. Su pelo lustrado estaba perfectamente peinado. El almuerzo fue extrañamente silencioso. Los camareros traían los platos en un fluido ballet. La única que habló fue la primera dama. Era como si conversara consigo misma. Fucsia y Caspa asintieron y sonrieron, pero ninguno dijo nada. ¿Estaban demasiado impresionados? Se moría de ganas de sacar fotos de la plata, la cubertería, las copas de cristal con un monograma, los hermosos platos de porcelana de Limoges, en los que habían comido incontables presidentes y sus ilustres invitados. Cuando sirvieron el postre, una delicada macedonia con merengue y una salsa de frambuesa de color rojo en la que Nicolas se concentró para no manchar el immaculado mantel bordado ni a sí mismo, percibió movimiento y levantó la mirada. Caspa y Fucsia ya estaban en pie, la cara sonrosada. Nicolas comprendió estupefacto que el presidente acababa de entrar en el comedor. Se levantó enseguida, y era mucho más alto que el presidente, un hombre bajo y fornido. Antes de que pudiera decir nada, el presidente le estrechaba la mano y pedía a todos que se volvieran a sentar.

Fue un momento surrealista. Nicolas tuvo que obligarse a dejar de mirar al presidente, al que nunca había visto en carne y hueso. Se fijó en su traje, en su camisa blanca con las iniciales, sus gemelos de oro, su corbata azul, su reloj (un Scuderia Ventidue). Sirvieron el café y el presidente no dejó de hablar ni un momento. Su mujer asentía a cada palabra. El monólogo era político, pues al año siguiente había elecciones presidenciales. Caspa lanzó un par de comentarios brillantes, con ganas de destacar. Al final de su diálogo, el presidente comenzó a hablar de las redes sociales, con una expresión de desdén que despertó el interés de Nicolas. Reveló, con una cruel risotada, que hacía poco había conocido al presidente de Twitter y al de Facebook. «Unos chavales simpáticos —los llamó con una desdeñosa sonrisa, contrayendo el labio superior—, unos chavales simpáticos en vaqueros y camiseta —olvidando que uno de sus invitados vestía exactamente así—, unos chavales simpáticos que se creen los reyes del mundo. Pero, en serio —añadió el presidente con una mueca—, Twitter es Mickey Mouse saludando al Pato Donald y Facebook es el Pato Donald devolviendo el saludo a Mickey Mouse, ¿o no?». Todo el mundo se tronchó de risa. Nicolas también rio, porque le parecía que estaba obligado, porque era lo que había que hacer dadas las circunstancias, pero cuando se apagó el alborozo, lamentó haberlo hecho. La frase sobre Mickey Mouse y el Pato Donald permanecía en su cabeza y no podía dejar de pensar en ella. En cuanto salieron del Elíseo, tuiteó la frase, citándola con las muy reconocibles iniciales del presidente. Inmediatamente llamó la atención. Creció el alboroto en Twitter. Los periodistas le escribieron, le telefonaron o llamaron a Dita, que se vio superada. Todo el mundo quería saber más. ¿Cómo había acuñado Nicolas esa frase? ¿En qué circunstancias? ¿Había conocido al presidente? Mientras la cita fue retuiteada cientos de veces a ambos lados del Atlántico. Alice temía una llamada del Elíseo pidiendo explicaciones, pero el Elíseo permaneció callado. «*Los presidentes nunca deberían invitar a almorzar a los escritores, le dijo Mickey Mouse al Pato Donald*» fue el último y popular tuit de Nicolas sobre el asunto.

Nicolas nunca tuiteaba acerca del libro que fingía escribir, pero era muy locuaz respecto a *El sobre*. Había querido tuitear acerca del orgullo y la incredulidad de ver su nombre por primera vez sobre la página impresa. Había corregido las galeradas con ayuda de una belleza con ojos de lince llamada Rebecca, de la que, se enteró, todos los autores de Alice Dor Publications estaban enamorados, porque era discreta y profesional, entregada a su trabajo y estaba preciosa cuando se inclinaba sobre la página, lápiz rojo en mano, con su pelo castaño derramándose en cascada sobre su espalda y a veces revelando un cuello pálido. Luego lo habían invitado a participar en la elección de la portada con Alice Dor y su talentosa diseñadora, Marie-Anne, a la que, descubriría pronto Nicolas, Alice adoraba. Marie-Anne había creado el logo distintivo que simbolizaba la editorial: unas cerezas entrelazadas. Había varias

posibilidades para la portada y Nicolas ahora pensó que quizá podría habérselas enseñado a sus seguidores. Y por fin se sintió obligado a describir el día inolvidable en que vio por primera vez su novela de debut en una librería, la alegría absoluta de verla ahí para que todos la leyeran, a disposición de todo el mundo, llena de promesas. Pero finalmente decidió no mencionarlo en ningún tuit. Aquella alegría era solo suya, y de nadie más. Era una alegría pasada, y no tenía sentido volver a ella. Se acordó de que entraba en las librerías en una especie de trance, solo para echar un vistazo a su libro entre todos los demás. Si una persona lo cogía y leía la contraportada, sentía un intenso entusiasmo. Si acababa comprándolo, no cabía en sí de gozo. En ese punto, cuando la prensa todavía no había pensado en escribir acerca de él, aún podía pasearse por las librerías sin que lo reconocieran. Pasaba mucho tiempo en ellas, fingiendo interesarse por las otras novedades, espiando a los futuros lectores. Si su libro no estaba muy bien colocado, subrepticamente lo ponía en los montones más a la vista. Pero a medida que *El sobre* iba consiguiendo lectores e iba llamando la atención de manera lenta pero segura, Nicolas descubrió que ya no necesitaba cambiar su libro de sitio. Siempre estaba allí, a la vista, enormes montones. Y no tenía por qué tuitear acerca de esas triunfantes pilas de libros. Sus miles de seguidores lo hacían por él.

Es hora de comer en el Gallo Nero. Los huéspedes se sientan en el restaurante que hay junto a la centelleante piscina, protegidos del poderoso sol por unas sombrillas color beis claro. Los camareros sirven la comida con su eficaz rutina habitual. Nicolas se da cuenta de que hay nuevos clientes. Dos mujeres americanas, de una edad inconcreta entre cuarenta y sesenta, con los rasgos hinchados y tensos a causa de una cirugía plástica reciente y el exceso de uso de Botox. Ríen con el ronco relincho de las hienas. «¡Oh, Dios mío!», grita una de ellas una y otra vez. «Tiene que ser una broma», se carcajea la otra. Detrás de ellas, una familia italiana, una versión idéntica de la tribu de *Vanity Fair* del día anterior, el mismo encanto, el mismo glamur. La sesión de fotos se ha interrumpido. El grupo está tomando un tentempié junto al bar, porque la sesión no volverá a emprenderse hasta última hora de la tarde, cuando el calor es menos opresivo. Nelson Novézan almuerza con su novia, encorvado sobre su plato, y pide más vino. Esta mañana tiene la cara especialmente abotargada.

Nicolas se sienta a «su» mesa con Malvina. Mira a su alrededor y se pregunta por qué hoy están ahí todos los huéspedes. Al parecer ningún suceso, por horrendo, escandaloso o atroz que sea, puede llegar a alterar la suprema e insolente tranquilidad del Gallo Nero. Ahí el sol impera, amo y señor, secundado por el mar y el cielo, en todo su esplendor azul.

Nicolas le cuenta a Malvina la llamada a su madre y que un tal Ed ha contestado al teléfono de Emma. Intenta describir la incomodidad de la situación, el alivio al enterarse de que su madre no estaba enferma, y todo el rato se da cuenta de que lleva tanto tiempo sin contactar con ella que no sabe nada de su vida. Le explica que Ed le ha parecido inquietantemente joven, aunque naturalmente podría equivocarse, pues solo han hablado por teléfono y es difícil juzgar la edad de una persona solo por su voz. Malvina sonrío. A Nicolas le molesta su sonrisa. Lo que esperaba era empatía.

Junto a ellos, el señor Wong y la señorita Ming parecen impacientes por iniciar una conversación en su titubeante inglés. Eso es lo último que Nicolas desea. ¿Por qué toda esa gente no se calla y lo deja en paz? Si mencionan el nuevo libro, es capaz de tirarse por el acantilado. Todavía está atónito por lo ocurrido esa mañana. Por su surrealista conversación con Dagmar Hunoldt. La molesta severidad de su tía. La sorprendente noticia de que su madre tiene un amante joven y de que está con él en un barco en Saint-Tropez. Las secuelas del abominable artículo de Laurence Taillefer, igual que si hubiera recibido un puñetazo en el estómago.

Las americanas operadas siguen partiéndose de risa. Nicolas siente ganas de estrangularlas.

—Ustedes viven en París, ¿verdad? —grita la señorita Ming, con una cara oronda cual luna llena que se bambolea mientras mueve la cabeza arriba y abajo. Es imposible adivinar la edad de la señorita Ming. Parece de porcelana.

—Sí, vivimos en París —responde Malvina tras comprender que Nicolas está demasiado preocupado o poco interesado en contestar.

—Ah, París —chilla el señor Wong—, ¡muy, muy bonito París, sí!

Más asentimientos de sus cabezas morenas y relucientes.

—¿Y ustedes viven en...? —pregunta Malvina, cortés.

La señorita Ming pronuncia unas palabras ininteligibles. Malvina le lanza una mirada a Nicolas en busca de ayuda, pero este se encuentra en otro mundo, en el que ella sabe que no podrá entrar. Es inútil hablar con él ahora. Sin que Malvina lo sepa, la cabeza de Nicolas está llena de mujeres. Las mujeres de hoy. Las esperanzas de Alice. El desaire de Dagmar. La causticidad de Roxane. Los secretos de Emma. El desprecio de Laurence. Las mujeres de la noche anterior. El sueño apacible de Malvina. Los mensajes de Sabina. La lengua de Cassia. Quiere estar en cualquier otro lugar de la Tierra que no sea ese, atrapado en ese lujo azul y perfecto, con todos esos otros huéspedes ricos y consentidos a los que se mima y atiende con suma diligencia. Quizá lo único que le conforte ahora sea pensar en Sabina. Sabina, que le pone a cien con sus mensajes y sus fotos. Sabina es el único solaz que puede tener en esos momentos, al menos mentalmente. Pensar en ella, aunque solo sea en su triángulo rosáceo y dorado, le proporciona un placer secreto.

Llega el camarero para tomar nota. Malvina escoge verduras salteadas servidas con las hierbas y las flores del jardín del Gallo Nero y mozzarella de búfala, mientras que Nicolas se inclina por el salmonete envuelto en flores de calabacín acompañado de arroz negro cremoso con alcachofas. Nicolas observa cómo Novézan no para de beber vino rosado, y se dice que ojalá pudiera sentarse con él y beber juntos, sin decir nada, sin explicaciones, simplemente beber hasta caer redondos. Comienza a experimentar las primeras fases del agotamiento, pues sin duda los excesos de la noche anterior finalmente se hacen sentir. Experimenta una reveladora sequedad en la garganta y le pican los párpados, como si estuvieran cubiertos de arena. Malvina hace lo que puede para comprender lo que la señorita Ming explica por señas con sus manos regordetas. El señor Wong intenta ayudarla dando saltitos en su silla y profiriendo otra serie de sonidos incomprensibles.

—Quieren saber, creo, si has estado en China —susurra Malvina.

—¿A quién le importa? —suspira Nicolas. Malvina se queda mirándolo. Con un esfuerzo, Nicolas dice que sí, que ha estado en Shanghái, Beijing y Hong Kong. Intenta describir la promoción de su libro en China, pero pronto se da cuenta de que la señorita Ming y el señor Wong, a pesar de sus sonrisas entusiastas y sus continuos asentimientos, no le comprenden. De manera que habla más despacio, como si se dirigiera a un obtuso niño de cinco años, y al parecer eso funciona. Les traen la comida y comen en silencio hasta que la señorita Ming, con su papada temblando de impaciencia, comienza a gesticular otra vez.

—No lo aguanto —le farfulla Nicolas a Malvina.

—Sé amable —dice Malvina apenas moviendo los labios.

Los dos se concentran en la señorita Ming. No deja de señalar a Nicolas. No entienden qué diantres quiere decirles. El señor Wong no para de resoplar, como si fuera un motor a vapor, e intenta ayudar a su manera, pero solo consigue empeorar las cosas. Se oye un grito desgarrador. Todo el mundo se vuelve hacia la mujer inglesa, que se lleva de manera estoica a su hijo, el cual no deja de aullar y dar patadas. En cuanto termina ese alboroto, la señorita Ming, ahora con la cara sonrosada, sigue señalando con el dedo a Nicolas y mueve las manos como si fuera una rolliza gallina que cloquea.

En la pantalla de la BlackBerry que está sobre la mesa aparece el número de François. ¡François, su salvador! Nicolas lo coge aliviado.

—Tengo que contestar esta llamada, lo siento. —Se pone en pie sin mirar a Malvina (imagina sus quejas: «Me has dejado sola con esos dos chinos mortalmente aburridos para contestar el teléfono...») y se va corriendo a la terraza. Por fin François le devuelve la llamada. El bueno de François. Sabía que podía confiar en él. Siempre está ahí cuando se le necesita. François nunca decepciona. Siempre está ahí, apoyándolo. François es su único amigo. Su único y verdadero amigo—. ¡Eh, colega! —contesta utilizando la grave y exageradamente viril voz de su adolescencia, esperando que François le replique con un «¡Eh, Khube!».

Pero del otro lado del teléfono le llega un ominoso silencio, como ese momento vacío después del rayo, justo antes de que suene el trueno.

—¿Hola? —dice Nicolas—. ¿Estás ahí?

La voz de François le llega fuerte y clara.

—¿Quién cojones te crees que eres? —Nicolas se da cuenta de que ya no puede decir nada. François sigue hablando con una voz fría—: Me llamas ayer por la noche, borracho, a la una de la mañana, dejando un mensaje patético. Sabes que me levanto temprano para ir a trabajar incluso en sábado, sabes que tengo un niño pequeño y una mujer cuyos nombres ni siquiera recuerdas, porque lo único que te interesa es ser Nicolas Kolt. Me ha encantado oír que estás escribiendo tu futuro *best-seller* en una isla paradisíaca, mientras el resto de los mortales seguimos con nuestras vidas monótonas y rutinarias. No entiendo a la persona que eres ahora. Ni me interesa. No vuelvas a llamarme. No te molestes.

—¡Espera! —gimotea Nicolas, consiguiendo hablar por fin—. ¡No cuelgues!

—Todavía no he terminado —dice François con su voz gélida—. Colgaré cuando lo haya hecho. He leído el artículo de Laurence Tailfefer de esta mañana, como casi todos los franceses. Tiene razón. Eres flor de un día. Te has convertido en un producto. Lo veía venir. Aparte de mí, Delphine es la única que también lo veía venir. La verdad es que ni siquiera eres capaz de escribir un nuevo libro. No posees lo que

se necesita para ser escritor. Para ser escritor tienes que sufrir, ya lo sabes. Debes tener en tu interior esa herida oculta. Necesitas sangrar. Tú no sufres. Tú no sangras. Antes sí. Sangraste cuando suspendiste el examen. Sufriste cuando averiguaste quién era realmente tu padre y cuando comprendiste cómo podía haber muerto. Escribiste tu libro con lágrimas y sangre. Y ahora vives de tu éxito mundial. Se te ha subido a la cabeza. Todo te da igual. Gastas. Viajas. Te dejas ver. Sales en las revistas femeninas. Eres el rey de Twitter. La verdad es, Nicolas, que nunca volverás a escribir nada.

Silencio. François ya ha colgado. Nicolas se queda mirando la belleza azul del Mediterráneo. ¿Cómo es posible que aquello que está mirando parezca calmo, sereno, mientras él soporta un infierno interior? Navegan los botes, el sol brilla, los huéspedes comen y ríen, las gaviotas vuelan. Una vista perfecta. Aún no son las tres. Ahora está convencido de que el resto de su vida será una serie de desastres. ¿Qué le espera a continuación? Le da miedo pensarlo. Vuelve lentamente a la mesa, las piernas casi no le sostienen. Le tiemblan las manos y por poco se le cae el teléfono. Ve que ya le han servido el plato. Pero ya no tiene hambre.

—Por fin he comprendido lo que la señorita Ming intentaba explicar —sonríe Malvina triunfante, sin advertir la expresión de su cara—. Quiere saber a qué te dedicas.

Nicolas se siente más abatido que nunca. Creía que la señorita Ming sabía quién era. Su libro se vendió bien en China. Se sienta y, en una especie de estupor, imita con desgana el gesto de escribir y luego un libro, pasando páginas imaginarias con la mano. La señorita Ming le observa con gran atención y aparece un brillo en sus ojos negros. Se queda entusiasmada cuando por fin comprende que Nicolas es escritor. Y lo mismo le ocurre al señor Wong. Aplauden y asienten con la cabeza. Nunca habían conocido a un escritor. ¡Qué emocionante! ¡Qué excitante! Le piden su nombre y el título del libro. Con un gesto cansino, Nicolas escribe ambas cosas en una servilleta de papel. Lo descifran lentamente. Asienten y sonríen. Malvina también sonríe.

Entonces el señor Wong le da unos golpecitos en el hombro, como para animarlo. Y con una amplia sonrisa, dice en voz bien alta:

—¡A lo mejor un día será famoso! ¡Buena suerte, señor!

En agosto de 1993, cuando Théodore Duhamel desapareció delante de la costa de Guéthary y después de que dos días más tarde se encontrara cerca de Hendaya el Hobie Cat negro, su familia se quedó esperando. Esperando la confirmación de su muerte. Esperando que encontraran el cadáver. Durante el resto de ese desolado verano, Emma y Nicolas esperaron. No iban a la playa. No salían. Se quedaban en el pequeño apartamento y esperaban. Nicolas se preguntaba cómo les darían la noticia. ¿Una llamada telefónica? ¿Una carta? ¿Un policía en la puerta? No se atrevía a preguntárselo a su madre. Ella parecía en otro mundo.

Los mismos amigos que vinieron la noche de la desaparición de su padre aparecían cada día. Cocinaban para él y su madre, hacían la compra, limpiaban la cocina y el baño y les hacían la cama. Lo abrazaban, lo besaban y lo llamaban «muchacho». Roxane, la hermana de Emma, llegó de Bélgica con su marido. Se alojaron en un hotel que estaba en la esquina. Nina, Lionel y Elvire Duhamel llegaron de la Riviera y se alojaron en el hotel du Palais. Nina no dejaba de decir: «Théo ha tenido un accidente. No le habrá pasado nada. Estará en algún hospital, recuperándose. Pronto volveremos a tener noticias de él». Cómo podía estar tan segura, se preguntaba Nicolas, al tiempo que observaba a su enérgica abuela caminar por la sala arriba y abajo, cigarrillo en mano, mientras Emma permanecía sentada junto al teléfono con una expresión aturdida. Cada vez que sonaba, Emma pegaba un brinco. Cogía el auricular temblando, su cara era una máscara blanca. Nicolas recordaba su hilo de voz, que murmuraba una y otra vez: «No, no hay noticias. Te llamaré. Adiós. Gracias. Adiós...».

Cada noche, Nicolas lloraba hasta quedarse dormido, agarrando el Hamilton Khaki con todas sus fuerzas. Los amigos y familiares se quedaban hasta tarde o toda la noche. De la habitación de al lado llegaban voces y humo de cigarrillos hasta el amanecer. A veces la puerta de su cuarto se abría emitiendo un crujido y sentía la tierna mano de su madre en la frente. Luego se alejaba deslizándose. El haz regular del faro recorría las paredes. El faro siempre le había fascinado, desde niño. Su poderosa luz ayudaba a los botes a alcanzar la orilla sin peligro, incluso cuando el tiempo era peor y con las corrientes más traicioneras. Había visto las cruces que había en el Rocher de la Vierge, cerca de la Grande Plage, donde los desventurados botes habían quedado hechos añicos contra las rocas por culpa de las poderosas olas. ¿Por qué el faro no había podido ayudar a su padre a llegar a la orilla? ¿Regresaría alguna vez?

A final de agosto llegó el momento de regresar a París. Emma tenía que empezar las clases en el Collège Sévigné y Nicolas debía volver a la escuela. Pero Emma se negaba a irse de Biarritz. No habían encontrado el cuerpo de su marido, lo que significaba que quizá no estaba muerto. Todavía había esperanza. Se lo repetía a la

policía. Estos eran amables con ella, intentaban explicarle que casi con toda seguridad Théodore Duhamel se había ahogado, pero ella no quería saber nada. El Collège le concedió dos semanas extra de vacaciones para que se quedara en Biarritz. Pero Nicolas tuvo que volver a París con sus abuelos para empezar el curso. Se quedó con ellos en su apartamento del boulevard Saint Germain, donde el tráfico era tan intenso que el ruido atravesaba las ventanas dobles. Una noche, ya tarde, Nicolas no podía dormir y escuchó una extraña conversación. Nina hablaba en un tono vehemente.

—¿De qué estás hablando, Lionel? —decía—. ¿Has perdido la cabeza? ¿Cómo te atreves a sugerir algo así?

Su abuelo contestó en tono sumiso:

—Era solo una idea.

—Una idea muy estúpida —le contestó ella.

—Lo siento, querida. Sé que detestas que mencione Leningrado.

—Cállate, Lionel. Por amor de Dios, cállate.

Nicolas había vuelto sigilosamente a su habitación. ¿Por qué discutían? ¿Por Leningrado? ¿A qué se refería su abuelo?

Cuando Emma regresó a París a mediados de septiembre, Nicolas volvió a la rue Rollin para estar con su madre. Se la veía más pálida y frágil que nunca. Sin su padre, el piso se había convertido en una tierra desolada llena de recuerdos. Seguía exudando la personalidad de Théodore. El olor al humo de sus puros permanecía en el comedor. El aroma de Eau Savage perduraba en el cuarto de baño, en su dormitorio. Su armario estaba a reventar de pantalones, bermudas, vaqueros, sus jerséis de cachemira, sus corbatas, zapatos, palos de golf, anoraks de esquí, guantes, bastones, camisas, gemelos. Su estilográfica Montblanc. Pero no su reloj DOXA SUB, que llevaba en la muñeca el día que desapareció.

Emma y Nicolas descubrieron que continuaban esperando, al igual que habían hecho todo el verano. Los dos seguían con sus vidas, iban a la escuela, comían, pero lo único que importaba era la espera. Resultaba agotadora e insoportable. Emma había ido a ver a los profesores de Nicolas para explicarles la situación. En clase, todo el mundo era amable con él. Los demás alumnos se quedaban mirándolo y susurraban a su espalda: «Su padre se ahogó. Pero todavía no han encontrado el cuerpo». La única persona en la que podía confiar era François. Los padres de François, Odile y Michel, y sus otros hijos, Victor, Constance y Emmanuelle, se convirtieron en el único consuelo de su vida a los once años. Cada tarde, después de la escuela, iba a su casa en la avenue Duquesne y se sentía parte de una familia normal. Durante un par de horas, mantenía alejado de su mente el terrible pensamiento de la muerte de su padre. Cada vez que volvía a casa con la nueva *au pair* que su madre había contratado y giraba la llave en la cerradura, durante una

fracción de segundo sentía asomar la infundada esperanza de que su padre hubiera vuelto por fin a casa. Théodore Duhamel estaba herido, o incluso mutilado, había perdido un ojo, pero ahí estaba, triunfante, a salvo. Pero no olía a humo de puro. Ni había risas. Ni padre. Solo silencio.

Justo antes de la Navidad de 1993 vino a visitarles Brisabois. Tenía los ojos enrojecidos y se pasó una hora llorando en el hombro de Emma. ¿Cómo podía haber desaparecido un hombre tan maravilloso? ¿Cómo podía ser tan cruel la vida? Emma no dijo nada y dio unas palmaditas en aquellos hombros redondeados y temblorosos. Nicolas apartó la mirada, avergonzado. Pero la escena se volvió aún más vergonzosa cuando Brisabois le pidió dinero a su madre, afirmando que Théodore Duhamel le debía una gran suma. Sin decir palabra, Emma se puso en pie para coger su chequera. La misma escena tuvo lugar al año siguiente. Luego no se volvió a saber nada más de Brisabois.

Poco a poco, Nicolas aprendió a afrontar las preguntas de los demás. Aprendió a decir que sí, que su padre se había ahogado, y que no, que no habían encontrado el cuerpo. Pronunciaba las palabras con desapego. Eso no significaba que no le importara. La distancia que ponía entre él y sus palabras era la única manera de protegerse. Cuatro años más tarde, en 1997, después de que la princesa Diana muriera en un accidente de coche en París a finales de agosto, Nicolas contempló el funeral en televisión y vio a los dos hijos de Diana caminando detrás del féretro de su madre durante el cortejo. El príncipe Guillermo era de su edad. Quince años. Mientras todo el mundo sollozaba por la princesa difunta, Nicolas no sentía más que resentimiento. El príncipe Guillermo sabía que su madre había muerto. Quizá incluso había visto el cadáver. El príncipe Guillermo era perfectamente consciente de que su madre estaba en el ataúd que transportaban a través de las calles de Londres, con rosas blancas sobre la tapa y una tarjeta en la que su hermano Enrique había escrito «mamá» con una inconsolable letra infantil. Guillermo y Enrique podrían llorarla. Nicolas no había podido llorar a su padre. Emma y él seguían esperando a que Théodore Duhamel entrara por la puerta de su casa de la rue Rollin o que sonara el teléfono con la noticia de que se había encontrado un cadáver en la costa de Hendaya que podía ser el suyo.

Pasaron los años y persistió la espera. La espera se convirtió en su cárcel. Emma seguía siendo incapaz de vaciar los armarios de su marido. Durante cinco o seis años, la ropa de Théodore Duhamel continuó en el apartamento. De vez en cuando Nicolas abría el armario y se quedaba mirándola. Olía a humo de puro rancio. Finalmente, ya no olía a nada más que a polvo. ¿Qué haría su madre con todo ello? Nunca lo supo y no preguntó. Le entregaron la estilográfica Montblanc, que se convirtió en su bien máspreciado. Pero lo que habría querido tener sobre todo era el reloj DOXA SUB color naranja.

El 12 de junio era el cumpleaños de su padre. Nicolas sabía que cada año su

madre también pensaba en él, en cuántos años tendría si estuviera vivo. Y también su abuela, hasta que murió. Y cada 7 de agosto, el día en que vieron a su padre por última vez, Nicolas siempre se despertaba con una sensación de temor. Se veía como un niño asustado, de pie en el balcón, mirando al mar. Y la pregunta seguía siendo la misma que la de aquel día aciago: ¿qué le había pasado a su padre? ¿Por qué nunca encontraron el cuerpo?

En 2001, un par de años antes del viaje a Italia y antes de conocer a Delphine, mantuvo una breve pero intensa relación amorosa con una chica mayor, inteligente y mandona, llamada Aurélie. Estudiaba medicina. La relación no duró porque ella tenía muchísimo trabajo, o al menos esa fue la razón que le dio cuando decidió romper con él. Una tarde de primeros de septiembre, mientras estaban cenando en casa de ella, cerca de la République, Aurélie le preguntó por su padre. Sus preguntas fueron bastante inocentes al principio, pero poco a poco se volvieron más intencionadas y Nicolas le inquirió cauteloso adónde quería llegar. Aurélie dijo que le sorprendía que su madre y él no se hubieran planteado más preguntas. Como qué, masculló Nicolas. (A menudo pensaba en esa escena. Recordaba el techo de vigas vistas y la pintoresca panorámica sobre los techos de París, y que Aurélie llevaba un vestido camisero color cereza que se le pegaba a sus pechos rotundos. Posteriormente la escena acabó formando parte de *El sobre*, aunque de forma diferente: Margaux almorzaba con un exnovio y este sacaba a colación todas las preguntas tabú acerca de la desaparición de Luc Zech en la avalancha). Aurélie le había servido otro vaso de Chablis y le había preguntado: «Lo que quiero decir es: ¿nunca te has preguntado por qué el cuerpo de tu padre no se encontró? ¿De verdad crees que se ahogó? Me has dicho que era empresario. ¿Y si alguien lo quería ver muerto? ¿Y si alguien pagó para que el asunto quedara oculto? Y esta otra: ¿tu padre era realmente feliz? ¿Todo iba bien en su vida? ¿Crees que pudo suicidarse?».

Al principio, Nicolas había desdeñado agriamente esos interrogantes. Nunca había contemplado tales posibilidades. Pero luego recordó la cara espantosamente pálida de Théodore Duhamel aquella tarde, delante de Pizza Pino. Su extraña conversación telefónica con Brisabois en Fouquet's. «Brisabois. Lo he visto en los Campos Elíseos. ¿Qué cojones vas a hacer? ¿Has pensado en las consecuencias? ¿Las has pensado de verdad?». Posteriormente recordó aquellas veladas en las que su padre parecía preocupado, y también Emma, cuando iban cortos de dinero, cuando solo había sopa para cenar, y de repente se firmaba un «contrato» y el dinero volvía a correr, y Brisabois aparecía con una botella de champán Ruinart y su padre se iba a Petrossian a comprar caviar para celebrarlo, hasta que llegara el siguiente «periodo de sopa».

Aquella noche de septiembre de 2001, Aurélie sembró la primera duda en su mente. La primera insinuación de que a lo mejor la muerte de su padre no había sido

un accidente.

Hola —dice una voz femenina, joven.

Nicolas levanta la mirada de su cuaderno (en el que no ha escrito nada, como siempre) y ve a una de las modelos de la sesión fotográfica. Lleva el pelo recogido en un moño extravagante y retorcido, pero va sin maquillar. Es extraordinariamente guapa. Diecinueve años, veinte. Malvina duerme a la sombra, un poco más allá. El calor es insoportable. Es el momento más caluroso de la tarde. También el más tranquilo.

—Hola —contesta él, sonriendo.

—¿Tienes un cigarrillo?

La chica tiene acento americano.

—Lo siento, no fumo.

Ella se encoge de hombros.

—¿Te diviertes? —pregunta.

Lleva un bikini azul. Su piel es de una perfección pardusca.

—¿Y tú?

La chica vuelve a encogerse de hombros.

—No es más que otro trabajo aburrido. Esa tal Carper es una nazi.

—¿De dónde eres?

—De Nueva York, señor. ¿Es agente de policía o algo así? —Él se ríe. Ella lo mira de soslayo, con aire pícaro—. Tú eres el escritor, ¿no?

—Ese soy yo.

—*El sobre.*

La chica enarca una ceja y sonrío, enseñando los dientes blancos y pequeños.

—¿Cómo te llamas?

—Savannah. —Pone los ojos en blanco—. Sin comentarios. —Con la barbilla señala hacia Malvina, aún en plena siesta—. ¿Es tu novia?

—Sí.

—Siempre duerme.

—¿Nos has estado espiando?

Savannah aparta la mirada.

—Más o menos.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Nos vamos mañana, cuando esto acabe. Vamos a París a otra sesión de fotos.

—¿Cuánto hace que eres modelo?

—Empecé a los trece años. Un cazatalentos me vio en Central Park. Una historia aburrida. Un trabajo aburrido.

—¿Por qué lo haces si te parece tan aburrido?

—Mi padre murió cuando yo era una niña y mi madre está sola y tiene cáncer.

Con lo que gano puede estar en el mejor hospital, con los mejores cuidados.

—¿Está mejorando?

—No. Tiene cuarenta años y va a morir. No me mires así, señor Escritor. ¿Vas a sacarme en una novela o qué?

Nicolas suelta una risita. La chica es irresistible.

—¿Estás escribiendo un nuevo libro?

Nicolas vacila. Normalmente habría contestado que sí, naturalmente, con una expresión seria.

Pero ahora dice:

—Finjo que lo escribo.

Savannah se le acerca un poco más. Huele a sal marina y canela.

—¿Cómo es eso?

Tiene una voz suave, cordial. Juega con un mechón de pelo que se le ha escapado del moño.

—Todo el mundo cree que estoy escribiendo un libro y la verdad es que no. No hago más que retrasarlo.

—¿Estás bloqueado? ¿No estás inspirado?

—No. Es solo que soy perezoso. Me he vuelto terriblemente perezoso.

—¿Y qué vas a hacer?

—Cuando vuelva a París, tendré que contar la verdad a mi editora. Decirle que el nuevo libro es una gran mentira. Se pondrá furiosa.

Piensa en Alice Dor, que ya le ha dejado dos mensajes. Quería saber cómo estaba después de leer el artículo de Taillefer. Todavía no le ha devuelto la llamada. Alice Dor confía en él. Espera su novela, paciente, amablemente. ¿Durante cuánto tiempo?

Aparece una camarera. Nicolas pide *acqua gassata* con limón. Savannah ahora está peligrosamente cerca, su hombro a pocos centímetros de él. La terraza está desierta, aparte de la dormida Malvina, oculta por un sofá grande de colores vivos con cojines y las sombrillas. Casi todos los huéspedes se han retirado a su habitación con aire acondicionado para echarse la siesta o han bajado al mar a darse un chapuzón. Hace tanto calor que Nicolas siente cómo le nacen gotas de sudor en el labio superior. Qué fácil sería inclinarse y besar esa boca carnosa. Ella comparte el mismo pensamiento; lo ve pasar fugaz por sus ojos verdes. La promesa de un beso. Se aparta a regañadientes, muy poco.

Les traen el agua. Nicolas sirve un vaso para ella y otro para él.

La chica dice:

—Mi autor favorito, aparte de ti, es Salinger, ¿sabes?

—Me siento honrado.

Ella vuelve a acercarse un poco más.

—Salinger odiaba las entrevistas, los periódicos, la radio y la televisión. Era un

recluso. Vivía en una casa apartada a varios kilómetros de la ciudad, cultivaba sus propias verduras y escribía para él.

Nicolas sonríe con ironía.

—A lo mejor yo también debería intentarlo. Pero me encanta la compañía. No soy ningún ermitaño. Me gusta sentir el pulso del mundo. Me gusta conocer a gente nueva. Si viviera en una cueva, ¿de qué escribiría? Si me encerrara en mí mismo, ¿cómo descubriría lo que ocurre a mi alrededor?

—Bien visto —responde ella.

El dedo de Savannah, largo y delgado, recorre la extensión del vaso. Nicolas aparta su mirada de ella. Se da perfecta cuenta de que en cualquier momento Malvina podría despertarse, abrir los ojos y verlo con una muchacha tremendamente hermosa. Recuerda la advertencia del barman.

Vuelve a alejarse un poco más.

—Relájate —dice ella, burlona—. Ya sé que tienes una novia celosa. Lo he visto por la manera en que te mira.

—¿Y tú? ¿Tienes novio?

—Tengo tres —replica muy seria al tiempo que se estudia las uñas—. De todos modos, tú prefieres las mujeres «maduras». Sale en todas las entrevistas que te hacen. Las mujeres mayores y los relojes. ¡Menudo rollo! —Vuelve a poner los ojos en blanco. Un hombre la llama desde la terraza superior—. ¡Ya voy! —contesta con un suspiro—. Se acabó la diversión. Tengo que volver a pintarme la cara para Kapo Carper. Ha sido un placer hablar contigo, señor Escritor. Nos vemos luego. —Él la observa marcharse, admirando el meneo desenfadado de sus delgadas caderas.

—¿Otra de tus admiradoras? —dice la voz cansada de Malvina detrás de él.

Nicolas se da la vuelta para mirarla, preparándose para la batalla habitual. La ve tan pálida que suelta un grito ahogado.

—Malve, ¿estás bien?

—No —gimotea ella—. Vuelvo a encontrarme mal.

Despacio, la acompaña de vuelta a la habitación. Malvina apenas se tiene en pie. Nicolas la acuesta lentamente, corre la cortina y le da un poco de agua embotellada.

—Voy a llamar al médico —dice con firmeza—. Esto no puede seguir así. Estás mal desde que hemos llegado.

—Debe de ser algo que he comido —murmura Malvina—. O el calor.

Nicolas llama a recepción. Le informan de que el médico irá a primera hora de la tarde.

—Ahora descansa —dice mientras le acaricia suavemente el pelo. Tiene la frente fría—. Cierra los ojos, respira, enseguida vendrá el médico y te dará algún medicamento para que te pongas bien.

—Quédate conmigo —le suplica Malvina—. No me dejes, por favor. —Él se

acuesta a su lado. La ve más frágil que nunca, como un polluelo palpitante con las alas blandas y tiernas—. Dime que me amas. Dime que me amas solo a mí.

—Eres la única —dice dulcemente Nicolas. Es incapaz de utilizar la palabra «amar». La única mujer a la que ha amado es Delphine.

—Dime que nunca me dejarás.

Le acaricia el pelo para calmarla.

—Estoy aquí, Malve. Justo a tu lado.

—Prométeme que nunca me tratarás como lo hacía Justin.

—Nunca lo haré, ya lo sabes, Malve.

Justin era el novio anterior de Malvina, un sujeto tirano y arrogante que citaba a Yeats y hablaba como Hugh Grant. Estuvieron tres años juntos. Él la abandonó sin más ceremonias después de descubrir que ella había entablado una sencilla amistad con un compañero de clase. Se negó a volver a dirigirle la palabra y le mandó por correo electrónico fotos de él quemando sus cartas sin abrir. A continuación llenó su página de Facebook de fotos de él y su nueva novia. Jamás se molestó en preguntar cómo le iba a Malvina después de la ruptura. Fue como si esta nunca hubiera existido. Cuando Nicolas conoció a Malvina, nueve meses después, todavía estaba superando lo de Justin.

—Esa chica, ¿qué quería?

Sabe que se refiere a Savannah, pero aun así pregunta:

—¿Qué chica?

—Esa con la que hablabas cuando me desperté.

—No era más que una chica que me ha saludado.

—Una de esas modelos...

—¿Y?

—Dime que soy más guapa que ella. Dímelo.

Él le besa la mejilla.

—Eres la más guapa. Y ahora, por favor, descansa.

Malvina se queda dormida a los pocos minutos. De no ser porque Malvina se encuentra mal, él estaría fuera, nadando y tomando el sol. Le encanta esa hora espléndida en la que la luz pasa a un dorado suave y el calor remite. Qué mala suerte tener que estar encerrado en la habitación con su novia enferma. Y pensar que mañana es su último día... La respiración de Malvina es regular, pero Nicolas sabe que resulta demasiado arriesgado mirar ahora su BlackBerry. Hace un rato, mientras Malvina descansaba junto a la piscina y antes de que Savannah se pusiera a hablar con él, aprovechó ese momento de calma para ponerse al día con su correo electrónico y con las redes sociales.

No había más mensajes de Sabina, y no había podido evitar sentirse decepcionado. ¿Se había acabado la diversión? ¿Quizá ella se había cansado de sus

intercambios digitales? El artículo de Taillefer había enfurecido a sus admiradores. Le había tranquilizado descubrir los mensajes de consuelo colgados en su muro. Los había leído todos, extasiado, mientras sentía que el escozor de la herida se había curado milagrosamente. Pero al ver otra foto de él tomada por Alex Brunel, su rabia y exasperación se habían reavivado. Se le veía durante la sesión fotográfica, mirando a las modelos con una sonrisa rapiñadora. Había comprobado que era una foto tomada desde muy cerca, por lo que Alex Brunel debía de estar sentado junto a él, cosa que le había enfurecido aún más. A sus admiradores les había encantado la foto y habían colgado centenares de «me gusta». Había decidido no hacer ningún comentario. En su cuenta de Twitter había algunas referencias al artículo de Taillefer, pero había ido pasando los tuits sin querer leerlos en profundidad. Tampoco había tuiteado nada. De hecho, no había tuiteado desde su llegada. A muchos de sus seguidores les resultaba sorprendente.

Había echado un vistazo a los correos de sus seguidores. Había un email de un tal «S. Kurz» con un archivo adjunto. Tema: «MUY MUY PERSONAL». Había clikeado. Era de Sabina. «Mi BlackBerry está kaput», había escrito en tono gracioso. «Así que he encontrado tu email en tu página web y te escribo desde mi ordenador. Y ya sabes que no puedo dejar de escribir, Nicolas. Necesito saber que estás leyendo mis palabras y que te excitan. El mero hecho de pensar que estás esperando mis palabras es erótico. Hoy llevo un vestido que se abrocha por delante. Te mando una foto del vestido. Es bonito, ¿verdad? Se puede abrir muy rápidamente arrancando los botones. Debajo no llevo nada, como verás en la segunda. Y ahora dime, Nicolas Kolt, qué me harás en cuanto hayas abierto ese vestido. Quiero saberlo con exactitud».

La primera fotografía la mostraba ya de pie delante de un espejo de cuerpo entero, enfundada en un recatado vestido naranja cerrado desde el escote hasta las rodillas. Detrás de ella divisaba una cama doble con una colcha azul pálido y dos campanitas negras. No podía verle la cara, solo el pelo rubio ceniciento hasta los hombros y el cuello. El corazón había comenzado a latirle más deprisa. Quizá era más seguro ir al servicio de caballeros. Había comprobado que Malvina seguía durmiendo y se había marchado, respirando agitadamente y con la palma de la mano sudada en torno a la BlackBerry.

No había nadie en el servicio. Había clikeado la segunda foto. El vestido naranja estaba completamente abierto y sus manos separaban las solapas, exhibiendo todo el cuerpo. Ahora podía verle la cara. Tenía la misma expresión, esa que le excitaba tanto, la misma que el día que se conocieron. La leve sonrisa. La mirada intensa. La barbilla levantada. Los pechos blancos proyectándose hacia él, como si ansiaran su tacto. Estaba con las piernas ligeramente separadas, de manera que podía ver fácilmente sus muslos desnudos, el vientre y la entrepierna. Le había contestado desde su cuenta personal de correo, no desde la de los seguidores, tecleando lo más

deprisa que había podido: «¿Qué te haría, hermosa Sabina? Me arrodillaría delante de ti, te besaría los tobillos y luego las pantorrillas, muy lentamente, y después los muslos, con una boca muy caliente y muy húmeda, subiendo despacio hasta tu coño...». Lo había interrumpido alguien que entraba en los servicios. Se le habían quedado los dedos paralizados. Había esperado unos interminables minutos. Esa persona por fin se había marchado. Había proseguido con su correo, febrilmente. «Cuando llegue a tu coño con la lengua, me demoraré hasta que te corras, no sabes cómo lo deseo, Sabina, casi siento tu sabor en la boca. Te escribo esto escondido en los servicios del Gallo Nero e imagino que mi lengua dentro de ti es insoportablemente excitante». Ella había contestado a los pocos segundos. «Mándame una foto tuya en los servicios, enséñame lo empalmado que estás». Ahora había sido capaz de fotografiar su marmórea erección sin ninguna dificultad. Se la había mandado y a continuación se había corrido rápidamente. Había sido cuestión de segundos.

Mientras salía del servicio de caballeros, el corazón latiéndole con fuerza, había leído apresuradamente el último correo de ella: «Danke, ha sido tan maravilloso, tan ardiente... Algún día quiero verte en la vida real, Nicolas Kolt, y quiero hacer que te corras de una manera que nunca me olvides. Puede que en París, o si vuelves a Berlín. Mañana te mandaré otra foto».

Tumbado en la cama junto a Malvina, Nicolas cierra los ojos y se imagina que se encuentra con Sabina en Berlín. Se imagina la habitación del hotel, a ella llamando a la puerta. Piensa en su olor y en el tacto de su piel. Antes de que se dé cuenta, el cansancio puede con él, sin duda por lo poco que ha dormido la noche anterior.

Comienza a oírse un sonoro timbre y tarda unos momentos en comprender que alguien llama a la puerta con insistencia. Tiene la visión borrosa y la boca pastosa. ¿Qué hora es? ¿Dónde está? Ha tenido un sueño de lo más extraño. Su padre y él, bajo la lluvia, se hallaban al pie de la tumba de Victor Noir. La voz de su padre, increíblemente clara, permanece en sus oídos. Su padre estaba exactamente igual que la última vez que lo vio, el verano de su desaparición. Notaba la mano de su padre en el hombro, su peso.

Nicolas se pone en pie con dificultad para abrir la puerta. Ve a un hombre con un maletín.

—¿Sí? —dice Nicolas, perplejo.

—Soy el *dottore* Scaretti.

—Claro, entre.

El médico examina en silencio a Malvina, le toma la presión sanguínea, le ausculta el corazón, le mira la garganta, las orejas, le palpa el vientre con unos dedos cuidadosos y expertos. No habla inglés ni francés. Nicolas consigue explicarle que Malvina no se encuentra bien desde que llegó, que ha vomitado varias veces. ¿Algo

le ha sentado mal? ¿O se trata de una gripe intestinal? El médico no dice nada. Cuando acaba su examen, entra en el cuarto de baño para lavarse las manos. Regresa, se sienta en el borde de la cama y escribe algo en un papelito. Le da la factura a Nicolas. A continuación hurga en su maletín y también le entrega una cajita. Es una prueba de embarazo. Nicolas se queda mirándola y luego al médico. Señala la caja, luego a Malvina. El médico dice un par de frases en italiano, pero habla demasiado deprisa. Nicolas le pide que vaya más despacio. El médico dice «*Incinta*» varias veces. Y ahueca las manos delante de la barriga. El gesto es inequívoco.

Acto seguido se marcha. Malvina se pone en pie y coge la caja. Está muy callada. Se encierra en el cuarto de baño. Nicolas espera, la cabeza entre las manos. No quiere pensar. Deja la mente en blanco. Su mirada recorre la habitación, las paredes color crema, la gran cama sin hacer, la fruta sin comer. Entonces, sin saber por qué, se acuerda de su sueño, de su padre y él en la lluvia, delante de la tumba de Victor Noir.

Malvina sale del cuarto de baño con una sonrisa radiante. En la mano lleva un objeto de plástico sobre el que se ve una cruz azul.

—Nicolas —dice sin aliento—. Amor mío. Voy a tener un hijo tuyo.

DOMINGO

17 DE JULIO DE 2011

«Vanitas Vanitatum et Omnia Vanitas».

Todo el mundo sabía que Nicolas Kolt coleccionaba relojes antiguos. No era una afición reciente. Era el primer detalle en el que se fijaba Nicolas cuando veía a alguien, después del color y la forma de los ojos. En el dúplex de la rue du Laos había una pequeña caja fuerte empotrada en el fondo de un armario, donde guardaba sus relojes más preciados. Había un reloj del que nunca hablaba. Un reloj que no tenía, un reloj que le obsesionaba y en el que pensaba casi cada día. El DOXA SUB de esfera naranja de su padre. El reloj del capitán Cousteau. El que llevaba Robert Redford en *Los tres días del cóndor*. El DOXA SUB era famoso por su robustez. Seguía funcionando incluso en las zonas más profundas del océano, donde la presión era máxima. Théodore Duhamel nunca se quitaba el suyo. Lo llevaba hasta para dormir. Cuando Nicolas era pequeño y su padre lo cogía en brazos, oía dos cosas: el latido del corazón de su padre y el tictac del reloj. Si su padre se había ahogado, teoría en la que parecían coincidir sus allegados, entonces Théodore Duhamel se había hundido en un vacío acuático llevando ese reloj. ¿Seguiría funcionando incluso después de que su padre hubiera muerto, con los pulmones llenos de agua salada? ¿Todavía estaría allí el reloj, una reliquia salada incrustada en la arena de un arrecife, mientras el cuerpo de su padre ya se había desintegrado devorado por las criaturas marinas? Nicolas no compartía sus pensamientos mórbidos con nadie. Los albergaba desde el 7 de agosto de 1993. En los primeros años de la Khâgne, cuando leía *La tempestad* de Shakespeare, los primeros versos de la canción de Ariel eran dolorosamente evocativos.

*A cinco brazos de profundidad yace tu padre;
sus huesos en coral se han convertido;
perlas son lo que fueron sus ojos:
nada de él desaparece.*

Durante una de sus búsquedas de relojes se topó con un modelo idéntico. Ocurrió en 1999, antes del Huracán Margaux. El reloj estaba expuesto en una tienda de la rue de Béarn que le gustaba visitar, aunque solo fuera para mirar el escaparate. Se parecía tanto al de su padre que se sintió obligado a entrar y mirarlo de cerca. Sacaron el reloj de la vitrina y lo colocaron sobre una bandeja de fieltro. Se quedó mirándolo estupefacto y pasaron minutos antes de que se atreviera a cogerlo y ponérselo. La misma esfera naranja, el mismo tictac, el mismo cierre. ¿Debería comprarlo? Era caro, pero podría conseguir que sus abuelos, su madre y sus tías participaran. Si conseguía aprobar el bachillerato al año siguiente, cosa que parecía probable, sería un regalo ideal, y se podría considerar también su regalo de cumpleaños. Se lo pensó un rato. Quizá resultaría desconcertante y moralmente incómodo enfrentarse a la esfera

naranja cada vez que mirara el reloj. A lo mejor le haría pensar más en su padre. Se lo quitó y lo depositó cuidadosamente en la bandeja. Salió de la tienda luchando contra la abrumadora vacuidad que sentía siempre que pensaba en su padre y en su desaparición.

Esos años de «espera», entre 1993 y 2003, hasta que Théodore Duhamel fue declarado oficialmente muerto, entre los once y los veintiún años de la vida de Nicolas, resultaron difíciles para el muchacho que había sido y el joven en que se había convertido. Creció a la sombra perpetua de su padre, y sin embargo su padre no estaba. Cuando se encontraba con amigos de la familia, siempre había una pausa incómoda y la inevitable exclamación: «¡Hay que ver cómo se parece cada vez más a su padre!». Era consciente de que había heredado la estatura de su progenitor, sus brazos y piernas largas, la forma de la cara, la boca y la nariz. Solo sus ojos color niebla eran de Emma, distintos de los azules de su padre.

Su madre había guardado los recortes de prensa desde el verano de 1993, cuando *Sud Ouest*, el periódico local, publicó un par de artículos acerca de la desaparición de Théodore Duhamel. Los conservaba en una caja de cartón azul marino en su escritorio, y Nicolas sabía exactamente dónde se encontraba la caja. Los artículos estaban amarillos y descoloridos, y se planteó por qué su madre había decidido no tirarlos. ¿Para quién los guardaba? Se lo preguntó. «Un día», contestó su madre, «querrás saber más acerca de tu padre. Puede que eso ocurra cuando tú también seas padre, o incluso antes. Así que lo guardo todo. Sus cartas, sus fotos, sus pertenencias. Puedes mirarlo siempre que quieras».

Pero Nicolas nunca lo miró. Durante más de diez años se mantuvo apartado de la caja, como si el solo hecho de mirarla pudiera hacerle daño y revivir el dolor apagado, vacío. Cuando Aurélie, que era su novia en septiembre de 2001, planteó las primeras preguntas y dudas referentes a las causas de la muerte de su padre, tuvo la tentación de hurgar en la caja. Pero no se sintió preparado.

Cinco años más tarde, cuando descubrió que el verdadero nombre de su padre era Fiodor Koltchine, Nicolas volvió a sentir la tentación de mirarla. En aquella época ya no vivía en la rue Rollin con su madre, sino en la rue Pernety con Delphine, desde 2004. Emma y él se habían sentido aliviados cuando, a los veintidós años, abandonó el nido familiar. Cuando hubo recogido todas sus pertenencias y su madre lo despidió en la puerta de la casa, se marchó con una mezcla de euforia y nostalgia. Su madre le había permitido conservar las llaves de la rue Rollin. Cada vez que regresaba al hogar de su infancia, tenía la prudencia de llamar al timbre, consciente de que su madre tenía su propia vida, y no quería encontrarla haciendo nada que resultara desagradable para cualquiera de los dos. Su madre era discreta con sus amantes. A veces los mencionaba, pero su hijo casi nunca los veía. Al cabo del tiempo, Nicolas se olvidó de preguntar. Posteriormente, con su vertiginoso ascenso a la fama, la vida

amorosa de su madre dejó de interesarle lo suficiente como para indagar sobre ella.

En octubre de 2006, esa misma semana lluviosa posterior a la conversación con su madre acerca del verdadero nombre de Théodore Duhamel, regresó a la rue Rollin a la hora de comer y llamó al timbre. Necesitaba rebuscar en la caja azul marino. Su madre no estaba. Sin duda andaba trabajando, en el Collège Sévigné. Entró y se quitó los zapatos húmedos junto a la puerta. La caja se encontraba en su lugar habitual, en el escritorio de Emma. Se la llevó a la cocina, se preparó un té y se sentó. En su interior todavía se estaba recuperando de la impresión de haber visto el nombre de «Fiodor Koltchine» en el certificado de nacimiento e intentaba encajar las piezas del rompecabezas de la vida de su padre. No estaba seguro de por qué lo hacía, ni para qué, pero sabía que tenía que mirar en la caja, que no descansaría ni viviría en paz hasta que no obtuviera algunas respuestas.

Un rato antes había compartido un café con Lara en la avenue du Maine, cerca de la redacción de la revista donde ella trabajaba, y le había enseñado el certificado de nacimiento. Lara se había quedado estupefacta. Lo había bombardeado a preguntas. ¿Por qué se lo había ocultado su madre? Emma podría habérselo dicho en 1993, cuando desapareció su padre. Nicolas le dijo que su madre pensaba que, a los once años, era demasiado joven para saberlo. Y al final había esperado hasta que él lo averiguara por su cuenta, que es lo que había ocurrido. Su padre nunca había querido hablar de eso con ella. ¿Por qué tanto secreto?, insistía Lara. ¿Qué se estaba intentando ocultar? ¿Y a quién? «Aquí hay un elemento de vergüenza, de culpa», añadió Lara, encarnada de excitación mientras la lluvia seguía golpeando las cristaleras del café. «Es el típico secreto familiar», susurró, «ese secreto que todo el mundo intenta mantener oculto durante años y que acaba regresando como un bumerán». Nicolas colocó con cautela la palma de su mano sobre el brazo de Lara. ¿De qué estaba hablando? ¿No se estaba dejando llevar? No era más que la historia banal de una joven que se queda embarazada y que rápidamente se casa con otro hombre para darle un apellido a su hijo sin padre. Lara se quedó mirándolo. «¿Sin padre?», había susurrado Lara. «Todos los hijos tienen padre, Nicolas. Excepto el de la Virgen María, claro. Pero aquí no estamos hablando de ninguna inmaculada concepción. Estamos hablando de quién se acostó con tu abuela cuando esta tenía quince años, en Leningrado, Unión Soviética, 1960. No era una época fácil para los adolescentes. No te podías ir a bailar al bar de la esquina y encontrar novio». Nicolas se quedó de piedra. Nunca lo había pensado. Le había resultado más cómodo olvidar la guerra fría y el comunismo. Más tarde, en la rue Rollin, abrió la caja azul marino con aprensión. Recordó que no había nada en ella de lo que su madre no le hubiera hablado. Pero pronto comprendió que lo que más temía era la intensidad de sus sentimientos. Le daba miedo el poder de las emociones que le embargarían en cuanto escarbara en el pasado de su padre. Durante trece años había aprendido a enterrar

todo lo que se refería a su padre, a esquivarlo, a mantener a raya ese vacío y esa nostalgia. Había aprendido a vivir sin su padre. Mientras miraba la caja, ahora calculaba hasta qué punto echaba de menos a Théodore Duhamel. Fiodor Koltchine. Había echado de menos a su padre durante casi toda su vida. Su padre, ese hermoso desconocido.

Su madre había archivado todo lo que había en la caja. Se podían ver diversas etiquetas: «Artículos», «Fotos», «Papeles importantes», «Cartas», «Notas». Empezó con los artículos, los amarillentos del *Sud Ouest*. «El empresario parisino Théodore Duhamel, de treinta y tres años, se hizo a la mar hace dos días en el Port des Pêcheurs de Biarritz rumbo a Guéthary en su catamarán, un Hobie Cat 16. Llegó a Guéthary aproximadamente a las diez de la mañana del 7 de agosto y pasó una hora con unos amigos: el campeón de surf australiano Murphy Nash, que reside en Guéthary, y su esposa. Pero Théodore Duhamel zarpó de vuelta a Biarritz y nunca llegó a casa. Su esposa, Emma Duhamel, y su hijo, Nicolas, de once años, lo esperan ansiosos desde entonces. La policía ha buscado en la costa desde Anglet hasta Hendaya sin resultado». Era un artículo sin fotografía, pero el siguiente estaba ilustrado con una imagen en blanco y negro con mucho grano de su padre, tomada en París en una cena. Llevaba traje y corbata y en la mano sujetaba una copa de champán. «Catamarán encontrado en la playa de Hendaya. El Hobie Cat 16 negro perteneciente al empresario parisino Théodore Duhamel (33), desaparecido desde el 7 de agosto, se halló ayer, parcialmente destrozado, en la playa de Hendaya. Fue formalmente identificado por su mujer, Emma Duhamel (34). La gendarmería ha afirmado que el cuerpo todavía no se ha encontrado. Théodore Duhamel, según otros navegantes, era un marinero y surfista experto, perfectamente acostumbrado a las zonas de peligro de esa costa. Ese 7 de agosto las condiciones climáticas eran buenas y la corriente no era fuerte. El empresario parisino y su familia acudían a Biarritz cada verano y alquilaban un apartamento con vistas a la Côte des Basques. Era popular entre los de la localidad, sobre todo entre la comunidad surfista. Según sus amigos surfistas, el matrimonio Duhamel, padres de un hijo de once años, Nicolas, era feliz. Su esposa ha afirmado que no había ninguna razón por la que su marido quisiera quitarse la vida».

Nicolas leyó la necrológica del *Figaro*, publicada en el *Carnet du Jour* del 7 de agosto de 2003.

Hace diez años, el 7 de agosto de 1993, Théodore Duhamel desapareció en el mar, ante la costa de Guéthary. Hoy su nombre se añadirá a la tumba de la familia en el cementerio de Père-Lachaise, en la División 92.

*Señor Lionel Duhamel y señora, sus padres
Señora de Théodore Duhamel, su esposa
Nicolas Duhamel, su hijo
Señora Elvire Duhamel, su hermana*

Nicolas pasó a las notas y cartas. Ver otra vez la letra inclinada de su padre fue como un bofetón en la cara. No la había visto desde hacía años, y ahí estaba, como si su padre hubiera escrito aquellas frases unos momentos antes con su Montblanc. Nicolas se quedó maravillado ante el poder íntimo de aquella letra, de lo personal y lo atractiva que resultaba. ¿Cómo era que aquella letra todavía estaba allí, en el papel que tenía delante, mientras su padre había desaparecido sin dejar rastro?

Descubrió listas incomprensibles de nombres, lugares y fechas. Párrafos enteros que se habían tachado y reescrito. Nicolas los examinó atentamente, esperando encontrar un detalle, una pista. Pero nada. Su madre había atado una cinta roja alrededor de una docena de cartas en las que figuraba su nombre de soltera y una dirección del distrito sexto. Imaginó que eran las primeras cartas de amor que su padre le había escrito. No quería leerlas. Se sentía como si levantara el telón que protegía la intimidad de su pasado. En el siguiente montón había facturas y cuentas. En algunas figuraban cantidades sorprendentemente grandes. Los documentos de Hacienda también mostraban cifras que asustaron a Nicolas. No tenía ni idea de que su padre ganaba tanto dinero. También descubrió que a menudo su padre se retrasaba con la declaración de Hacienda. Leyó varias interminables cartas dirigidas al funcionario de Hacienda en las que explicaba con todo detalle las complicadas razones por las que no había podido pagar a tiempo. Las cartas estaban impecablemente escritas, con una gramática y una ortografía perfectas, algo que no era el punto fuerte de su padre. Nicolas comprendió que probablemente su padre se las había dictado a su madre.

Siguió con la carpeta de las fotos. La primera que sacó era de sus padres; en el reverso figuraba una fecha, «1980», y la había tomado una tal Maxime Villanova. Era una foto grande en blanco y negro, en papel satinado, y se les veía sobre un fondo blanco; sin duda había sido tomada en los estudios del *Paris Match*, la revista para la que trabajaba su padre cuando conoció a Emma. Nicolas no la había visto antes. Emma y Théodore Duhamel a los veinte años, más jóvenes de lo que era él en ese momento, espléndidos. Vestían pantalones de cuero negro, botas y camisas abiertas hasta el ombligo. Llevaban el pelo largo y alborotado y tenían una cara pálida y perfecta. Parecían estrellas de rock, una versión ochentera de Patti Smith y Robert Mapplethorpe.

La siguiente foto pertenecía a una serie que Nicolas había visto a menudo. Su padre y él posaban delante del Jaguar; el padre fumaba un puro y tenía una mano posada sobre el hombro del pequeño. Luego, otra que no conocía. Nicolas tenía cinco o seis años. Un verano habían asistido a una boda en Arcangues y llegaron tarde. Nicolas sonrió al recordar todas aquellas caras que se volvieron para mirarlos mientras entraban en la iglesia, su padre erguido en toda su estatura, como un rey coronado, con una americana salmón y pantalones, sin camisa. Su pecho desnudo y

bronceado provocó expresiones de admiración en los demás invitados, sobre todo en las mujeres. Nicolas iba vestido con un traje de marinero azul y blanco. Emma no salía en la foto. ¿Quizá la había tomado ella? Había varias instantáneas más, que miró mientras se le aceleraba el corazón. El malhadado Hobie Cat delante del Hotel du Palais, en la Grande Plage de Biarritz. Emma y su hermana Roxane en un elegante baile de disfraces. Su tía Elvire el día de su boda con Pablo, en Sevilla. Nicolas de bebé, en un cochecito en el Jardin des Plantes.

Y luego una vieja foto en blanco y negro de una joven rolliza y morena con un niño pequeño en brazos. No tenía ni idea de quién podía ser. La chica no se parecía a nadie que conociera. Nicolas le dio la vuelta. Reconoció la letra de su abuelo. «Théodore. París, 1961». La adolescente de cara redondeada era Zinaïda Koltchine y el pequeño, su hijo ilegítimo. Ella contemplaba al bebé con evidente orgullo, pero también, se dijo Nicolas, con una expresión de curiosidad mezclada con recelo. Era muy distinta de la persona que sería luego, una burguesa esbelta y sofisticada. Nicolas se preguntó cómo podía haberse transformado hasta ese punto. Solo podía haber llegado tan lejos porque lo deseaba desesperadamente. Al parecer, cuando abandonó la Unión Soviética para siempre, en 1961, para convertirse en Nina Duhamel en París, también dejó atrás su vida anterior. Nicolas se metió la foto en la cartera.

En la carpeta de «Papeles importantes» Nicolas se topó con una copia del certificado de nacimiento de Zinaïda. Leyó que sus bisabuelos se llamaban Natacha Levkin (nacida en Petrogrado en 1925) y Vladimir Koltchine (nacido en Petrogrado en 1921). ¿Todavía vivían? ¿Sabían quién era el padre del bebé? ¿Cómo había conocido Zinaïda a Lionel Duhamel, un empresario joven y rico que era quince años mayor que ella? ¿Qué sabía Lionel del pasado de su esposa adolescente?

Nicolas cogió el certificado de nacimiento y se lo guardó en el bolsillo. Mientras estaba allí sentado, en la cocina de su madre, recordó, por primera vez en trece años, la conversación que oyó en el apartamento de sus abuelos del boulevard Saint Germain justo después de la desaparición de su padre. El tono de disculpa de Lionel: «Sé que detestas que mencione Leningrado». ¿Alguna vez le preguntó Théodore Duhamel a su madre? Y esta ¿qué le contestó? No había respuestas. Pero esos interrogantes se convirtieron en el punto de arranque, sin que él lo supiera aún, de la novela que iba a escribir. Fueron los cimientos que lentamente fue colocando, sin darse cuenta, para la historia de Margaux Dansor.

Tras volver a colocar la caja en el escritorio de su madre y mientras se ponía los zapatos mojados junto a la puerta, Nicolas comenzó a comprender lentamente qué tenía que hacer para entender quién era su padre y cuál era el origen de Fiodor Koltchine.

Nicolas sale silenciosamente de la habitación al amanecer, cuando el sol comienza a esparcir sus rayos dorados a través de las cortinas. No ha dormido, ni siquiera unos minutos. Le duele todo el cuerpo y siente una palpitante jaqueca. Pensar en el embarazo de Malvina lo desasosiega hasta tal punto que es como si tuviera resaca, que no es el caso, aun cuando ha pasado casi toda la noche en el bar. Estaba demasiado consternado para ponerse a beber. ¿Cómo se había metido en esa situación? Nicolas tenía ganas de darse con la cabeza contra la pared. Estaba convencido de que Malvina tomaba la píldora. Él había visto cómo la tomaba por las noches, antes de acostarse. El año pasado, al principio de su relación, le había preguntado si la tomaba, porque él detestaba utilizar condones, y ella le había contestado que sí. No había dudado de su palabra. ¿Se le había olvidado tomarla? ¿Acaso había deseado quedarse embarazada? ¿Lo había hecho para retenerlo? Recuerda el brillo extraño que había visto en sus ojos al decirle, extasiada, con la prueba de embarazo en la mano, que iba a tener un hijo suyo. Un hijo de él.

Baja hasta la zona de playa. No se ve a nadie. Es demasiado temprano. No hay tumbonas ni sombrillas. Se sienta en el borde del cemento, los pies colgándole dentro del agua, y se queda mirando al mar. Es imposible que ella tenga ese hijo. Destrozaría la vida de los dos. Destrozaría la vida del propio hijo.

Con la cabeza entre las manos, repasa lo ocurrido la noche anterior. Cuando el médico se hubo marchado, Malvina lloró de alegría y lo abrazó con todas sus fuerzas. Él estaba demasiado estupefacto para decir palabra. Ella telefoneó a su madre y él se quedó junto a la ventana, temblando. La conversación no acababa nunca. Malvina hablaba eufórica y reía. Y él estaba allí como una estatua, rígido y horrorizado. Por fin Malvina colgó el teléfono.

—Mi amor —susurró ella, suplicante—, acércate.

Él dijo con firmeza:

—Malvina, tenemos que hablar.

Ella arrugó la frente.

—No eches a perder este delicioso momento.

—Tenemos que hablar, ahora —insistió temblando y escuchando como la cólera le distorsionaba la voz—. Esto no puede esperar.

Ella se levantó de la cama y le echó los brazos por el cuello.

—Hablaremos por la mañana, ¿de acuerdo? No tenemos por qué hablar ahora, ¿verdad?

Nicolas suspiró exasperado.

—Tenemos que hablar ahora mismo, Malvina. Esto no puede continuar. No voy a quedarme aquí sentado sin decir nada.

Nicolas intentó desentrelazar los brazos de su cuello. Ella retrocedió y se quedó

mirándolo. Estrechó los ojos.

—¿Por qué estás tan furioso? ¡Es una noticia estupenda!

—¿Una noticia estupenda? —Nicolas casi chilló—. Pero qué coño dices.

—Este bebé es lo mejor que te ha pasado, Nicolas Kolt.

Y tras esas palabras desapareció en el cuarto de baño. Nicolas oyó correr el agua.

—¡Malvina! —gritó, zarandeando la puerta. Malvina la había cerrado con llave.

Estalló en cólera. No podía pasar otro minuto con ella, en esa habitación. Cogió la BlackBerry, algo de dinero y, por alguna razón inexplicable, el Hamilton Khaki y se marchó dando un portazo. Estaba tan encendido que no respondió al saludo de la pareja gay ni al de la pareja suiza, que se dirigían al bar para tomar una copa antes de cenar. No los vio. No vio nada, solo que le habían engañado. Se quedó de pie en la terraza, cerca de la piscina. Por suerte, había poca gente. Se sentó en una silla y sintió cómo le temblaban los muslos. ¿Qué era? ¿Miedo? ¿Rabia? A lo mejor ambas cosas. Un camarero se le acercó para preguntarle si quería beber algo y él negó con la cabeza. Solo había una persona que podía comprenderlo y escucharlo: Delphine. Apretó la tecla de marcado rápido vinculada a su nombre y comenzó a dar señal. Se imaginó a Delphine, mirando el teléfono y viendo su nombre en la pantalla. No lo cogió. En el buzón oyó su voz y eso le aceleró el corazón. No dejó ningún mensaje.

Nicolas se quedó allí sentado, temblando de desesperación. Entonces se iluminó la pantalla y apareció el nombre de Delphine. Le devolvía la llamada. Nervioso, apretó el botón para responder.

—Lo siento, Nicolas. ¡Tenía el teléfono en el fondo del bolso, como siempre!

Nicolas estaba tan contento de oírla que casi se ahogó.

—Delphine...

—Esta mañana he leído el artículo de Taillefer. Uau.

—Sí. He leído algunas partes, no todo.

—No lo lees entero. ¿Dónde estás?

—En Italia. ¿Y tú?

—En Normandía. Con un amigo. ¿Cómo va el libro?

Nicolas tardó en contestar.

—No va.

Delphine esperó a que él hablara. Sabía hacerlo. Sabía cuándo hablar y cuándo callar, algo que Nicolas echaba de menos.

—Malvina está embarazada.

—¿Lo habíais planeado? —dijo ella con mucho tacto.

—¡No! —gritó Nicolas—. ¡No, claro que no!

—¿Qué vas a hacer?

—¡No lo sé! —Casi lloraba—. Ella está contentísima. Lo deseaba. Me ha engañado. Soy un idiota rematado.

—Tienes que hablar con ella.

—¡No me escucha! ¡Cree que es lo mejor que le ha pasado! ¡Está contenta de cojones!

Delphine mantuvo la calma.

—Debes de sentirte muy desgraciado. Pero deja que te pregunte una cosa. No te va a gustar, pero te la voy a preguntar de todos modos.

—Adelante —dijo Nicolas.

—¿Estás seguro de que el hijo es tuyo?

Se quedó de una pieza.

—Bueno, no hay manera de saberlo, claro, pero creo que sí. Ella es fiel, al menos eso creo.

—Quizá deberías pensar en hacerte una prueba de paternidad.

Nicolas soltó una carcajada sin alegría.

—Delphine, no lo entiendes, yo no quiero tener ese hijo. No voy a esperar a que el niño nazca para comprobar si es mío.

—¿Así que no quieres ese hijo de ninguna manera?

—¡No! —chilló, fuera de sí de cólera—. No quiero ese hijo. ¡De ninguna de las maneras!

Se dio cuenta de que había un grupo de gente detrás de él que lo estaba mirando. Apartó la cara de ellos.

—¿Por qué? —Delphine hablaba en un tono sereno, sin levantar la voz.

—¿Por qué? —repitió, bajando la voz. ¿Cómo podía explicarse? ¿Lo encontraría Delphine todavía más patético? Naturalmente que iba a encontrarlo patético. Es que era totalmente patético. Se preguntó si Delphine estaría acompañada por un hombre, alguien que estuviera escuchando la conversación. Al final, este interrogaría a Delphine y ella suspiraría y contestaría: «Era mi ex, el escritor». Normandía, había dicho. Se imaginó uno de esos encantadores hoteles antiguos de Trouville o Cabourg, una habitación anticuada con un balcón desde el que se ve el mar azul grisáceo. A esa hora, todos se estarían preparando para tomar una copa abajo y Delphine llevaría ese vestido verde que tanto le gustaba, el que realzaba su pelo color caoba y su piel blanca...

Y como él todavía no había contestado, Delphine añadió en un tono amable:

—¿Amas a Malvina, Nicolas?

—No —respondió él de inmediato—. No, no la amo. —Y se moría de ganas de añadir: «Te amo a ti. A ti. A ti. Nunca he dejado de amarte, Delphine. No he dejado de pensar en ti. Te echo tanto de menos que me muero». No dijo esas palabras, pero de todos modos tuvo la impresión de haberlas pronunciado y de que de algún modo ella las había oído mientras flotaban, tácitas y omnipresentes, en el silencio que había entre ellos.

—Entonces tienes que decírselo —contestó Delphine—. Debes decirle que no hay futuro con ella y este hijo. Debes decírselo ahora.

Mientras mira el mar, Nicolas piensa en las palabras de Delphine. Decírselo a Malvina. Es domingo por la mañana y se van esta tarde, a las seis. Un coche los recogerá para llevarlos al aeropuerto. Tiene todo el día, su último día, para hablar con ella. Después de su conversación de la noche pasada con Delphine, Nicolas había medido a pasos la terraza, con los puños cerrados. Regresar al cuarto era algo que ni se planteaba. Y tampoco cenar con Malvina. ¿Adónde podía ir? Estaba encerrado en la jaula de oro de una prisión de lujo, con elegantes huéspedes que ahora llegaban al bar, en otra profusión de joyas y vestidos de diseño. No quería saludar a ninguno de ellos, así que dirigió la mirada al mar, a la libertad. Le daba igual que Dagmar Hunoldt estuviera allí, en algún lugar detrás de él. Aquella noche no tenía nada que decirle. Aquella noche no tenía paciencia. El doctor Gheza, en un resplandeciente *blazer* blanco, le preguntó si todo iba bien y si la *signorina* Voss se encontraba mejor. Después anunció, con una sonrisa como la del gato de Cheshire, que aquélla era la Noche de Samba, un concierto exclusivo para esos pocos afortunados que eran sus huéspedes por parte de un grupo brasileño. Esperaba de corazón que el *signor* Kolt y la *signorina* Voss se unieran a la diversión. Antes de que el doctor Gheza pudiera añadir otra palabra, Nicolas había carraspeado y, tras murmurar «Perdone», se había alejado del lugar a paso vivo, para consternación de Alessandra y su madre. Estuvo deambulando por el vestíbulo, buscando hacia dónde dirigir sus pasos, y al final se dejó caer abatido en uno de los sofás, cogió una revista y se puso a hojearla sin ver nada. ¿Qué iba a hacer consigo mismo esa noche? La última persona que quería ver y con la que quería hablar era Malvina. Y, sin embargo, ¿cómo podía alejarse de ella un par de horas? Se encontraban en una isla. Estaba atrapado. Ni siquiera le apetecía comprobar su BlackBerry, que llevaba en el bolsillo, ignorada. La mujer que estaba en recepción le sonrió. Llevaba una etiqueta con su nombre: «Serafina». A Nicolas se le ocurrió una idea. Se puso en pie de un salto y le preguntó a Serafina si sería posible cenar en algún lugar que no fuera el Gallo Nero. Serafina, sin dejar de sonreír, le dijo que naturalmente que era posible. Una barca podía llevarle a cualquier lugar de la costa de la isla que deseara. Al otro lado había algunos restaurantes estupendos, apenas a treinta minutos. ¿Quería que le hiciera una reserva? No, no, respondió él, encantado de oírlo. Nada de reservas. ¿Cuándo estaba libre el barquero? Serafina le dijo que Davide estaba a su disposición cuando él lo deseara. Nicolas no cabía en sí de alegría. ¿Dónde podía encontrar a Davide? En el pontón, contestó ella, mientras pensaba que el señor Kolt tenía una sonrisa espléndida. Él le dio las gracias y se dirigió directamente al ascensor de película de James Bond. Oyó cómo el grupo brasileño comenzaba a tocar *Más que nada*. ¿A quién le importaba? Estaba huyendo. Soltó una risita de alegría. En el embarcadero aguardaba un joven alto de su edad con

una chaqueta negra.

—*Buona sera, signor Kolt* —dijo el joven, saludando educadamente con la cabeza—. *Sono Davide.*

Nicolas le devolvió la sonrisa, entusiasmado, y en cuanto subió a la reluciente Riva negra sintió cómo recobraba el ánimo. La embarcación se hizo a la mar mientras el motor emitía un ronco crescendo. Nicolas estaba sentado al lado de Davide, hombro con hombro. El viento le alborotaba el pelo y el agua del mar le salpicaba la cara. Se volvió en dirección al Gallo Nero, a las relucientes luces de la terraza que brillaban en dirección a ellos, y se sintió como un pájaro que acaban de liberar, respirando las embriagadoras bocanadas de aire marino. Davide le preguntó adónde quería ir, gritando para que le oyera, y Nicolas le contestó que no tenía ni idea, que escogiera por él un lugar sencillo donde comer y beber. «Un sitio sin complicaciones», chilló. «Cualquier sitio que no sea ese», dijo señalando el Gallo Nero, cada vez más pequeño a su espalda. Davide asintió y Nicolas percibió la camaradería entre ellos, sintió que de algún modo Davide comprendía su necesidad de escapar, aun cuando no tuviera ni idea de qué estaba huyendo: de una novia embarazada y una sobredosis de lujo. Le alegraba no haber tenido tiempo de cambiarse para cenar, de llevar todavía el bañador bajo las bermudas, su camiseta negra Gap y sus zapatillas Converse. Parecía un joven cualquiera de veintinueve años en una noche de verano.

La embarcación iba deprisa, dando saltos, y a veces se posaba en el agua con un fuerte golpe, lo que hacía a Nicolas inclinarse hacia Davide y agarrarse para no perder el equilibrio, y los dos sonreían, compartiendo esa complicidad tácita y juvenil que reconfortó a Nicolas. Luego Davide le dejó coger el timón y Nicolas sintió las estimulantes vibraciones del motor filtrándose a través de la palma de sus manos. A su alrededor crecían las sombras a medida que el sol se ocultaba detrás de la colina y el agua adquiría un azul negruzco, mientras que en el aire cálido de repente se entrelazaban corrientes más frías. Davide disminuyó la velocidad y se aproximó a un pueblecito en el que se veía un círculo de casas descoloridas azules y rosas. Nicolas distinguió una villa grande y pintoresca con una fachada que se caía a pedazos, un jardín frondoso y una pérgola con mesas y sillas debajo. Davide la señaló. «Villa Stella», dijo. «Muy bonita. Le gustará». A continuación le entregó una tarjeta con un número de teléfono. Nicolas tenía que llamarlo cuando deseara regresar al hotel. Le dio las gracias y antes de llegar a la reja de hierro forjado le mandó un mensaje a Malvina. «De verdad que tenemos que hablar. Me he ido a otro sitio a pensar. Volveré más tarde». A continuación se metió en el bolsillo la tarjeta de Davide con el teléfono. Ahora estaba sentado bajo la pérgola, en una mesa grande con otros clientes. Era un grupo ruidoso y alegre, con niños pequeños, pero aquella noche no le molestaban. Las familias eran italianas. No eran turistas. Una chica adolescente que

hablaba un poco de francés e inglés le sonrió tímidamente al ofrecerle una copa de vino blanco. Le explicó que había un menú fijo. Ñoquis para empezar y luego pescado. No sabía decirle qué pescado era, pero le aseguró que estaba muy bueno. Nicolas estaba encantado. Se recostó, probó el vino, seco y helado, tal como le gustaba, y miró a su alrededor. Una gran higuera le enviaba su delicioso perfume. A través de su verde exuberancia, pudo entrever una luna plateada. Contempló a las familias italianas, que se reían y se divertían. Observó cómo la chica servía los platos con esmero, con unos gestos torpes que la hacían aún más conmovedora. La cena que tomó en Villa Stella fue una de las mejores de su vida. Comida rústica sencilla, preparada con cariño por alguna *mamma* pechugona que llevaba un delantal descolorido en torno a sus amplias caderas y el pelo teñido de negro y recogido en un moño. Le recordó su verano en Liguria en compañía de François. Le encantó el hecho de que la mesa estuviera un poco grasienta, que todavía hubiera migas del anterior comensal, que el ruido fuera ensordecedor. Ésa era la Italia que le gustaba, la Italia de verdad, nada que ver con la antiséptica perfección del Gallo Nero. Mientras estuvo allí sentado no se sintió solo, y a cada bocado experimentaba un auténtico placer sensual. No pensaba en Malvina ni en el bebé. No pensaba en el artículo de Laurence Taillefer, ni en su madre, ni en Ed, ni en Dagmar Hunoldt. No pensaba en Delphine ni en Alice Dor. No pensaba en la novela no existente acerca de la cual había mentido durante tanto tiempo.

Colocó el Hamilton Khaki sobre la mesa, delante de él, y pensó en su padre, Fiodor Koltchine, en que habría hecho cualquier cosa que estuviera en su poder, habría invocado a cualquier Dios, habría sucumbido a cualquier vudú, se habría arriesgado a cualquier pacto oculto a fin de que su padre estuviera con él aquella noche, en su mesa en Villa Stella.

Mientras pasaba los días encorvado delante de su ordenador sin escribir, navegando incansablemente, sin ninguna idea clara y letárgico, Nicolas se obsesionó con el proceso de escritura de otros autores, autores vivos, autores muertos, autores de éxito, otros menos conocidos, franceses, británicos, indios, españoles, italianos, canadienses, turcos, americanos, de donde fueran. Recorrió Internet en busca de detalles de cómo escribían. Al parecer, muchos se inspiraban en hechos, conversaciones o en otros libros. Y en cuanto la idea tomaba forma, ¿cómo escribían las novelas? Nicolas estaba ávido de información. ¿Cuánto tardaban en acabar el libro? ¿Tomaban notas? ¿Investigaban? ¿Hacían un esquema? ¿Era detallado? ¿O simplemente se sentaban y escribían, tal como había hecho él con *El sobre*? Nicolas se enteró de que a Russell Banks no le gustaba escribir narrativa en su ordenador, pues no le salía fluida. Escribía una primera versión a mano, con un esquema aproximado para guiarse. Nelson Novézan admitía que escribir era algo tan angustioso que necesitaba alcohol, drogas y sexo para seguir adelante y encerrarse en habitaciones de hoteles de cinco estrellas. Margaret Atwood, que tuiteaba tanto como Nicolas, imprimía los capítulos y los amontonaba en el suelo, cambiándolos de orden si hacía falta. Cuando se le ocurría la idea para una novela, tenía que anotarla en el primer trozo de papel que pudiera encontrar, aunque fuera una servilleta de papel. Descubrió que Orhan Pamuk también escribía a mano, siguiendo un plan estructurado al que se atenía estrictamente. Michael Ondaatje literalmente sujetaba con clips y pegaba párrafos enteros en cuadernos de múltiples capas. Kazuo Ishiguro corregía de manera implacable, eliminando partes de más de un centenar de páginas. Jean d'Ormesson hacía lo mismo, y un verano salvó apenas tres páginas de las trescientas que había escrito. Katherine Pancol llevaba una pluma en torno al cuello para anotar sus ideas y comía chocolate y bebía té mientras trabajaba. William Faulkner bebía whisky. F. Scott Fitzgerald bebía demasiado. W. H. Auden tomaba Benzadrina. Charles Baudelaire tenía que envolverse la cabeza dolorida en tiras de tela mojadas en agua sedativa. Émile Zola escribía mejor en Médan, su tierra natal junto al Sena. Daphne du Maurier encontraba su inspiración en Menabilly, su finca de Cornualles, donde escribía en un cobertizo de jardinero bajo los árboles para estar lejos de sus hijos. Ernest Hemingway producía quinientas palabras al día, cada día. Ian McEwan, mil. Tom Wolfe, mil ochocientas. Stephen King, dos mil. James Joyce necesitaba un día entero solo para producir un par de frases. Georges Simenon escribía una novela cada cuatro meses y encontraba los nombres de sus personajes en la guía telefónica. Vladimir Nabokov escribía en fichas. Virginia Woolf, Victor Hugo y Philip Roth escribían de pie. Truman Capote tenía que estar echado, con un café y un cigarrillo al lado. Roald Dahl se metía en un saco de dormir antes de sentarse en su silla. Salman Rushdie escribía a primera hora de la mañana, sentado en su escritorio en pijama.

Marcel Proust, en la cama, ya entrada la noche. Al igual que Mark Twain. Haruki Murakami empezaba a escribir a las cuatro de la mañana. También Amélie Nothomb, con un bolígrafo azul. Anthony Trollope escribía desde las 5:30 a las 8:30. Amos Oz se daba un paseo de cuarenta y cinco minutos a las seis de la mañana y se ponía a escribir. Joyce Carol Oates prefería escribir antes de desayunar. Toni Morrison lo hacía al alba, para ver nacer la luz. John Steinbeck fumaba en pipa. Guillaume Musso escuchaba jazz. Dorothy Parker tecleaba con dos dedos. Serge Joncour se ponía tapones en los oídos y levantaba pesas. Simone de Beauvoir escribía ocho horas al día y paraba para almorzar. Paul Auster, seis horas. Emily Dickinson trabajaba en un escritorio diminuto. Joanne Harris, en un cobertizo de piedra construido por su marido. Marc Levy en una mesa hecha con una vieja puerta sobre caballetes. Las hermanas Brontë en el comedor. Nathalie Sarraute e Ismael Kadaré en cafés. P. D. James en la cocina. Jane Austen en una habitación cuya puerta chirriaba, lo que le advertía si llegaba alguien. Gustave Flaubert reescribía sus frases una y otra vez. Gabriel García Márquez solo podía trabajar en un entorno conocido y nunca en hoteles ni con una máquina de escribir prestada. Annie Proulx comenzaba sus relatos escribiendo primero el final. Delphine de Vigan necesitaba un largo descanso entre novela y novela. Maupassant necesitaba mujeres; Cocteau, opio. Nicolas dejó de investigar. Toda la información que había reunido acabó deprimiéndolo. La sensación de incompetencia se incrementó por diez.

Mientras estaba sentado disfrutando de su comida en Villa Stella, Nicolas intentó analizar las razones por las que era incapaz de reunir la energía suficiente para escribir. ¿Era solo porque se había visto atraído por la pegajosa e inexplicable trampa de Internet y las redes sociales? ¿No sería que tres años de gira promocional sin parar lo habían dejado vacío? A lo mejor era cierto que la fama lo había transformado en la persona engreída y sin interés que Roxane y François estaban convencidos que era ahora. ¿O era porque en realidad no era un escritor, sino solo un producto, tal como el artículo de Taillefer había apuntado con tanta dureza? El *limoncello* sabía a limón dulce. Deseó que esa noche estrellada bajo la higuera durara para siempre. Una de las familias italianas celebraba un cumpleaños y él se quedó mirándolos: la tarta, las velas, las caras reunidas en torno al homenajeado, las canciones, los vítores, los abrazos, la apertura de los regalos. Podría describir la escena con gran facilidad: los abuelos, majestuosos y benévolos; la tormenta de niños bulliciosos; el padre entrecano; la madre radiante de orgullo; el joven que cumplía quince años y, aunque todavía no era un hombre, prometía ya arrogancia y estilo. Observó cómo el padre extendía la mano y le revolvía el pelo a su hijo, y Nicolas volvió a añorar a su padre y se acordó de todo lo que le debía a Fiodor Koltchine. De no haber visto el auténtico nombre de su padre en el certificado de nacimiento, jamás habría escrito *El sobre*. Se quedó un rato reflexionando. Si no hubiera escrito ese libro, ¿no estaría viviendo aún

con Delphine y Gaïa sobre la oficina de correos de la rue Pernety? ¿No seguiría siendo profesor particular? Le parecía imposible volver a su antigua vida, aunque hubiera aspectos de ella que le parecían deliciosos. Huracán Margaux lo había echado a perder. Ahora estaba acostumbrado al lujo, a volar en clase *business*, a los mejores hoteles. No tenía ni idea del camino extraño e inesperado que estaba a punto de emprender cuando se publicó el libro, de cómo un libro podía cambiar una vida.

La verdad es que era un holgazán de primera, se dijo incómodo mientras contemplaba cómo la familia italiana se iba del restaurante. Eso no podía seguir así. Debía obligarse, aplicarse una disciplina, dejar de ser tan indolente. Todo estaba ahí, en las puntas de sus dedos. ¡Solo le faltaba la energía para poder hacerlo! Podía escribir acerca de un hotel de lujo junto a la costa y sus elegantes huéspedes, podía escribir sobre una famosa editora y su inesperada aparición y lo que eso provocaba, podía escribir acerca de un autor sin inspiración, podía escribir acerca de su ex, sus caderas en la ducha, que siempre sabía cuándo hablar y cuándo callar, de cómo la seguía amando, podía escribir sobre el perfecto cretino que había quedado atrapado al dejar embarazada a su novia, podía escribir acerca de una sensual ama de casa berlinesa, podía escribir sobre la misteriosa vida amorosa de su madre, podía escribir acerca de cualquier cosa, podía escribir acerca de todo. Ya lo había hecho una vez. Podía volver a hacerlo, si conseguía organizarse. En lugar de pensar tanto, tenía que empezar a actuar. Físicamente. Hacerlo. Escribirlo. La neblina azul de Rascar Capac estaba ahí fuera, en alguna parte. Solo tenía que localizarla y ponerse a trabajar.

Cuando Nicolas telefoneó a Davide para que lo llevara de vuelta al Gallo Nero, ya era tarde. Navegaron a través de la oscuridad, deslizándose sobre las aguas negras. Esta vez Nicolas se quedó sentado en la parte de atrás y observó el cielo sin nubes, las estrellas. Cuando llegaron, le dio las gracias a Davide con unas palmaditas en la espalda. No le quedaba dinero para darle propina, pues le había dejado una propina exagerada a la camarera joven y ruborizada de Villa Stella, pero a Davide no pareció importarle. Dijo que si quería ir otro día en barca, solo tenía que llamarlo. Nicolas se dirigió al bar. La fiesta brasileña había terminado, pero el bar todavía estaba lleno. Observó caras nuevas que no había visto antes. Unos sofisticados españoles: una mujer guapa y tres hombres. Su marido, su hermano y su padre, intuyó. Una familia francesa, la imagen de la elegancia refinada. La madre era una mujer menuda, ágil y bronceada, de pelo negro con mechones plateados, y el padre, medio calvo pero apuesto, llevaba una camisa rosa y pantalón beis; los hijos eran dos jóvenes pulcros de veintipocos años. Las hermosas hermanas que se parecían a Natalie Portman habían vuelto y cada una llevaba un pretendiente del brazo. El sábado por la noche había mucho ajeteo en el Gallo Nero. ¿O ya era domingo? Nicolas miró su reloj. Ya era domingo. No tenía intención de volver a la habitación y enfrentarse a Malvina. Le pidió un agua con gas a Giancarlo, que intuitivamente comprendió que aquella noche

no estaba de buenas. Las americanas rubias estaban sentadas no muy lejos; iban muy maquilladas y llevaban el cuello cubierto de joyería y sendos Martinis en la mano. No pudo evitar escuchar su conversación. Hablaban tan alto que todo el mundo las escuchaba, o se veía obligado a ello. ¿De verdad hablaban del salón de belleza donde habían ido a teñirse el vello púbico? Tenía que asegurarse. Pues sí. Cuando vieron que Nicolas se había vuelto hacia ellas, soltaron una carcajada y le lanzaron un beso. Al momento siguiente, Giancarlo le servía un Martini.

—De parte de las señoras americanas —murmuró Giancarlo—. Creo que les gusta.

Nicolas se giró de nuevo hacia ellas y les sonrió. A continuación tomó su copa y fue a sentarse con ellas. Le brindaron una cordial bienvenida. Se llamaban Sherry y Mimi. Sherry era de Palm Springs y Mimi de Houston. Eran amigas y viudas. Salpicaban cada frase con una risita y lanzando dos veces la melena hacia atrás, como si fueran el líder de una banda de rock duro. Eso al principio confundía a Nicolas. Luego comprendió que lo hacían a fin de transmitir emoción, pues tenían la piel tan tensa sobre las mejillas que casi les resultaba imposible cerrar los ojos, igual que Alex DeLarge en *La naranja mecánica*, lo que les otorgaba una expresión vítrea e inmutable de momias reseca.

—Naturalmente que sabemos quién eres —dijo muy efusiva Sherry, exhibiendo su impecable dentadura blanca—, y nos encantas, nos encantas, nos encantas y te adoramos completamente, pero no vamos a molestarte con eso...

—Ya tienes aquí muchos admiradores —añadió Mimi, moviendo sus manos de uñas carmesíes—, toda esta gente que ha leído tu libro...

—¡Y todos los que han visto tu película! —exclamó Sherry.

—No es *mi* película —corrigió Nicolas, como hacía siempre—. La película es de Toby Bramfield. Él es el director.

—Dios mío, estabas tan mono en la película —dijo Mimi con gran entusiasmo al tiempo que se llevaba a sus pechos inflados las manos llenas de anillos—, y esa escena en la que Robin Wright ve por primera vez el nombre verdadero de su padre, y tú estás detrás de ella, ¿no?

Nicolas asintió, paciente. ¿Cuántas veces había oído esa frase? Imposible contarlas.

—Mimi, cariño, no sigas agobiando a este pobre, ¿vale? —susurró Sherry dándole un golpecito en el hombro a su amiga—. Está de vacaciones, no lo olvides. ¡Ha venido a relajarse!

—¿A relajarme? —repitió irónicamente Nicolas—. Ojalá pudiera.

Las dos lanzaron la melena hacia atrás con violencia para transmitir su preocupación.

—¿Por qué? —preguntaron lúgubrementemente al unísono—. ¿Qué ha pasado?

—Olvidadlo —respondió, y dio un sorbo de Martini—. Contadme algo de vosotras. ¿Cuándo habéis llegado? ¿Os gusta estar aquí?

Fue como apretar un botón. Se recostó y escuchó. Les encantaba estar allí, ¿cómo no iba a gustarles? Les encantaba el spa, el bar, las habitaciones, la vista, la comida, el servicio, les encantaba todo. Mientras seguían parlotando, Nicolas recordó su primera gira promocional por Estados Unidos en 2009, cuando *El sobre* alcanzó la lista de los más vendidos del *New York Times*. Nunca había estado en Estados Unidos. Su primera parada fue en Nueva York, luego Washington, Atlanta, Miami, Los Ángeles y San Francisco. Alice Dor le acompañó y estuvo con él durante las dos semanas de la gira. Acababa de romper con Delphine, o, mejor dicho, ella acababa de romper con él, y se subió al avión como aletargado, con los ojos enrojecidos. Tuvo una aventura en cada ciudad, discretamente, desde luego, pues Alice nunca andaba lejos y no quería que pensara que era un mujeriego sin corazón. Alice, amiga de Delphine, sabía lo de la separación y que había sido decisión de esta última. De las aventuras amorosas que tuvo en Estados Unidos, la preferida de Nicolas fue Norma, en Nueva York. Se conocieron en una fiesta ofrecida por su editora americana, Carla Marsh, en la terraza del flamante hotel Standard, en el distrito de Meatpacking. Conoció a su traductor y al equipo que había diseñado la portada, así como a todo el personal de marketing. Norma era fotógrafa y cubría la presentación para una revista. Era un par de años mayor que él, una morena esbelta de zancada muy decidida. Le había estado sacando fotos toda la noche, hasta que Nicolas pidió clemencia. Pasaron el resto de la velada caminando por el centro, deambulando por el Village, parándose en algunos bares a tomar una copa, achispándose poco a poco, y cuando por fin llegaron en taxi a su casa en Brooklyn Heights, ya muy tarde, él tenía demasiado *jetlag* y estaba demasiado borracho como para conseguir besarla o incluso abrazarla, aunque lo deseaba muchísimo. Cuando a la mañana siguiente se despertó, se encontró con la vista más fabulosa de Nueva York que había imaginado. La familia de Norma había vivido allí durante cuarenta años, pero ninguno de ellos, ni sus abuelos ni sus padres ni su hermano ni su hermana, había esperado presenciar algo como lo que vieron el 11 de septiembre de 2001. «Fue como ser un espectador impotente, sentado en la mejor localidad, del espectáculo más horripilante, fascinante y pérfido del mundo», explicó Norma mientras Nicolas se incorporaba en la cama, frotándose los ojos, y contemplaba sin palabras el brillo de la ciudad en su esplendor plateado. «Al principio me veía incapaz de fotografiar lo que estaba viendo. Era horrendo. Lo vimos todo, desde el impacto del primer avión a las 8:46 de la mañana hasta el derrumbe de la segunda torre. Permanecemos todos aquí, atónitos, y luego chillando como locos. Todavía puedo percibir los olores que traía el viento, a ceniza quemada, humo, enormes nubes de polvo gris. Entonces me decidí a coger la cámara y a sacar fotos. Tenía que hacerlo. Lloraba mientras las sacaba, pero tenía que hacerlo. Mi

madre me chillaba, horrorizada, y me decía que cómo podía hacer eso, que la gente estaba muriendo, y mi padre le contestó que me dejara sacar fotos, que era lo que yo sabía hacer, lo que hacía, que me dejara». Norma le enseñó las fotos. Estaban en un gran álbum negro. Eran hermosas, y horribles. Al mirarlas, se echó a llorar. Nicolas le cogió la mano y se la acarició mientras lloraba. Al cabo de un rato Norma sonreía a través de las lágrimas. «Eres una monada, franchute». Le besó en la boca, largamente. «Y ahora, por favor, haz lo que has venido a hacer». Los Estados Unidos le adoraron. Al franchute. A ese parisino alto y moreno con aquel acento encantador. Le adoraron a él, a su libro, su imagen. Su gira por seis ciudades fue un éxito absoluto. Los lectores hacían cola durante horas para que les firmara el libro, le entregaban cartas, fotos, tarjetas, flores. Pero de ese primer viaje triunfal a Estados Unidos lo que más recordaba, en lo que más le gustaba pensar era en Norma, la fotógrafa de largas piernas de Brooklyn Heights. Sus lágrimas, su sensibilidad. Pero, por encima de todo, la visión imponente y combinada de la gran ciudad y de la sinuosa espalda de Norma, de sus caderas redondeadas, mientras la tomaba por detrás delante de esa vista.

Mimi y Sherry eran infatigables. Pidieron más Martinis, que él no probó, y no pararon de cotorrear en toda la noche. Nicolas escuchó, o fingió escuchar, pero su mente viajaba a la habitación donde dormía Malvina. La embarazada Malvina. Lo invadió una horrenda sensación de temor. El bar se vació lentamente y las americanas fueron las últimas en marcharse, tras besarle afectuosamente y darle unas palmaditas en la mejilla, como si fuera su nieto. Solo se quedaron los españoles, fumando. La mujer española era muy hermosa. Tenía un pelo brillante, unos rasgos perfectos y bronceados, unos ojos encendidos. Nicolas la miraba a través del humo, incapaz de regresar a su habitación. Al final la mujer se marchó con los tres hombres. Giancarlo cerró el bar y le dio las buenas noches.

Nicolas deambuló por la terraza. Eran casi las tres de la mañana. Todo el mundo dormía en el Gallo Nero. No se veía ningún barco en el mar. Era demasiado tarde. Se quedó de pie junto a la escalinata de piedra que conducía a la zona de playa. Una brisa fresca y perfumada le alborotaba el pelo. El agua lo llamaba, lo atraía. Apresuradamente se quitó las zapatillas, la camiseta, las bermudas y, en un impulso, el bañador y dejó la ropa formando un pequeño fardo. Después de todo, no había nadie. En su cuerpo desnudo, el agua era una delicia satinada. ¿Cuándo había sido la última vez que se había bañado desnudo a medianoche? Ni se acordaba. Probablemente con Delphine. Estuvo nadando un rato. Luego salió del agua y se secó con la camiseta. Tiritaba. Agradeció aquel frescor. Se puso el bañador y las bermudas. Cuando tuvo las manos completamente secas, miró la BlackBerry. Había un mensaje de su madre: «¡Hola! Llámame. Un beso». Pensó en ella y en Ed. Se imaginó el barco, el mar, el puerto, la muchedumbre, tomar una copa al atardecer, su

madre con uno de sus vestidos largos de hilo que llevaba en verano. Se preguntó qué edad tendría Ed. ¿Por qué le importaba tanto, teniendo en cuenta que a él le gustaban las mujeres mayores? ¿Se sentiría menos incómodo si su madre saliera con un hombre de su edad o mayor? Había un correo electrónico de Alice Dor. «Nicolas, no me has devuelto las llamadas. Por favor, hazme saber que todo va bien. Estoy preocupada. Esa Taillefer es conocida por esa clase de artículos. No dejes que te afecte ni te desanime. Por favor, llámame y lo hablamos. ¿Disfrutas de tu estancia en el Gallo Nero? ¿Cómo va el libro? Me encantaría que lo comentáramos. Me parece que te he concedido tiempo más que de sobra para ponerte manos a la obra. Por favor, dime algo. Besos, Alice». Suspiró al leer el mensaje. Esperaba esa reacción, pero el hecho de que la hubiera visto venir no facilitaba la situación. Sabía que no podía posponer por más tiempo esa conversación con Alice. Era la primera vez que ella mencionaba el libro directamente. No podía seguir demorándolo. Tenía que confesárselo. Tenía que decirle la verdad. Pero la sola idea le hacía tener ganas de acurrucarse y desaparecer. ¿Qué iba a pensar Alice Dor de su mentira? Odiaba decepcionarla. No podía soportar desilusionarla. Pero eso era exactamente lo que había estado haciendo, decepcionarla a sus espaldas. Hacerle creer que había libro. Dejarle que le pagara esa enorme suma por nada. Acarició la idea de contestar a su correo. No, lo haría al día siguiente. Había tantas cosas que hacer al día siguiente... Enfrentarse a Malvina. Enfrentarse a Alice Dor. El domingo maldito, se dijo, poniéndole una mueca a la oscuridad.

Un email reciente de Lara: «Hey, tío, ¿cómo te va? Acabo de ver en Facebook que te pegas la gran vida en un elegante escondite. ¿Cómo va el libro? ¿Cuándo vuelves? Yo no puedo salir de París y me estoy volviendo loca. En esta mierda de revista de lo único que habla la gente es de lo que le hizo DSK a esa camarera del hotel. Lo que quiero decir es: ¿y qué!? Llámame o mándame un mensaje. Te echo de menos. L». Alarmado por la referencia a Facebook, Nicolas se fue directamente a su página. Se quedó horrorizado al ver dos nuevas fotos colgadas por Alex Brunel. En una de ellas él y Davide se alejaban en la lancha motora. Ya había cosechado centenares de «me gusta». En la otra, colgada no hacía ni una hora, aparecía en el bar justo después de que Mimi y Sherry se marcharan, mirando con nostalgia en dirección a la hermosa mujer española. ¿Por qué todavía no había descubierto a Alex Brunel? Repasó mentalmente lo ocurrido aquella noche, pero el bar estaba lleno y no se había fijado en nadie en especial..., ¿y por qué iba a hacerlo, después de todo? Le habían llamado la atención los recién llegados. La familia francesa. Los españoles. ¿Quién más había? Se puso a pensar. Quizá la pareja alemana. Quizá Alexandra y su madre. No se acordaba. En Twitter había más reacciones al artículo de Taillefer, pero no tuvo la curiosidad ni el valor de leerlas. A continuación parpadeó la luz roja, indicando que tenía un nuevo correo. Su cuenta personal. Era de Sabina. Antes de

abrirlo, se aseguró a conciencia de estar solo. Recorrió la playa rápidamente, utilizando la BlackBerry como linterna. La oscuridad era completa. No había nadie. Alex Brunel no le estaba espiando. Se hallaba completamente solo. Se hallaba a salvo.

Nicolas fue a sentarse a la otra punta de la zona de cemento, cerca del acantilado. Allí no se le podía ver, ni siquiera desde arriba. Le sonrió a la oscuridad. La BlackBerry brillaba en su mano como una extraña gema. Abrió el correo de Sabina con la mano temblorosa. Era una foto de ella en una gran cama doble. La misma cama que aparecía en la foto anterior, en la que llevaba el vestido naranja. Sabina estaba desnuda, el pelo alborotado, la espalda arqueada, a cuatro patas sobre la cama. No sabía quién había tomado la foto (¿su marido?, ¿un amante?) ni si se trataba de una foto antigua o reciente. No le importó, el efecto fue instantáneo. Escribió suplicante: «Más. Por favor. Ahora». Enseguida entró otro correo. La misma cama, la misma colcha azul. Pero esta vez Sabina yacía boca arriba. No dejaba nada a la imaginación. Estaba todo allí, expuesto en su lascivo esplendor rosáceo. Y estas palabras: «Y ahora dime, Nicolas Kolt, exactamente qué me harías en este momento si estuvieras aquí. Y, por favor, déjate de lirismos». ¿Qué qué le haría? Comenzó a tocarse al tiempo que miraba la foto brillando en la oscuridad y enseguida supo exactamente qué le haría. La destrozaría. Tan simple como eso. No habría tiernas caricias, no habría jugueteo. Le daría igual que estuviera preparada o no. No le importaría ir demasiado deprisa, ni hacerle daño, ni ponerse condón. Haría exactamente lo que quisiera en su mundo soñado. El orgasmo fue tan rápido, tan poderoso que casi soltó el teléfono. Lo dejó unos segundos sin aliento. Tuvo que volver al agua para limpiarse. A continuación le escribió a Sabina, todavía con la respiración entrecortada, y describió con frases rápidas y furiosas lo que le había inspirado la foto. No lo suavizó. Lo escribió tal como lo sentía. No corrigió la ortografía. Aun cuando fueran palabras obscenas, no las evitó. Nada de lirismos, había dicho ella. Nicolas no temía su reacción. Nicolas Kolt nunca había escrito nada tan pornográfico, tan apasionado, a una mujer. Al final del correo escribió: «¿Puedes llamarme? ¿Pronto? Quiero oír tu voz. Quiero oír cómo te corres. Llámame». Y añadió su número.

Cuando regresó a la habitación, muy tarde o muy temprano, encontró una nota sobre el almohadón. Malvina dormía profundamente. Se llevó la nota al cuarto de baño y la leyó. «Soy tan feliz. Nuestro bebé. ¡Nuestro bebé! Te quiero. Malve».

Hola, Hermes. —El suave murmullo de una voz inconfundible.

Nicolas, sobresaltado, levanta la vista. Dagmar Hunoldt, enfundada en un bañador blanco, gafas y gorro de baño, le sonríe desde lo alto, una forma pálida y montañosa que se recorta contra el cielo azul.

—¿Quieres darte un baño? —dice.

Sin quedarse a averiguar si Nicolas la acompaña o no, baja la escalerilla y se lanza al agua. Se aleja con enérgicas brazadas. Nicolas se quita el albornoz, se sumerge y la sigue. La zona de playa aún está desierta. Son los únicos que nadan. Esta mañana el agua está fría, vivificante y más picada de lo habitual. A Nicolas le cuesta seguir el ritmo de Dagmar Hunoldt, que parece poseer una secreta fuerza interior que la impulsa hacia delante. Nicolas reconoce que ha dormido poco, pero le irrita el hecho de tener que nadar con tanta energía para no quedarse atrás. Esa mujer tiene más de sesenta años. ¿Cómo lo consigue? Se dirige al gran arrecife, que se encuentra al menos a media milla de distancia. Nicolas aprieta los dientes por el esfuerzo. Sería demasiado humillante tener que volver a la orilla. Ahora están lejos del Gallo Nero. ¿Tan estúpido y orgulloso puede llegar a ser? Esto es ridículo. Querer seguir el ritmo de la gran, la única, la incomparable Dagmar Hunoldt. Todo esto para impresionarla. ¿Cuánto tiempo podrá mantener ese ritmo? Y lo que es peor: cada brazada mar adentro significa otra brazada para volver. Ya está pensando en dar media vuelta. Se siente exhausto. Levanta la mirada y ve con alivio que el arrecife está ahí delante, cada vez más cerca. Dagmar Hunoldt sale del agua y trepa por la orilla con la torpe fuerza de un oso polar. Los dedos de Nicolas finalmente alcanzan la áspera superficie del gran arrecife rocoso y él casi grita de alegría.

—Venga, sube, Hermes —lo llama ella al tiempo que se quita el gorro de baño y se alisa el pelo blanco.

Nicolas intenta serenar su respiración irregular y trepa por el arrecife, hasta arriba, donde ella está sentada. Se acurruca junto a ella y se dice que ojalá los labios y las manos le dejaran de temblar.

—¿Te ha gustado? —pregunta la mujer al cabo de unos minutos.

—Sí —contesta Nicolas, aún sin aliento—. Pero eres una buena nadadora. No es fácil seguirte el ritmo.

Una carcajada lenta, sensual.

—Soy una nadadora nata. Mi madre siempre decía que aprendí a nadar antes que a andar o a hablar.

Los dos vuelven la vista hacia el Gallo Nero, una mancha ocre sobre el acantilado gris. Nicolas se pregunta si conseguirá regresar a nado. Preferiría aprovechar el descanso que ahora comparten. Pero ¿y si de repente Dagmar quiere ponerse en marcha? Tendrá que retenerla. Hacerle preguntas. Impedir que se levante y se marche

nadando.

—¿Dónde aprendiste a nadar? —pregunta Nicolas.

—En el norte. Donde nací.

—¿El agua allí no está muy fría?

—Lo está. Pero te acostumbras. ¿Y tú? ¿Dónde aprendiste?

Si Dagmar Hunoldt supiera algo de él, también sabría eso. Sabría, como sabe todo el mundo, que Nicolas Kolt pasaba los veranos de su infancia en Biarritz, donde aprendió a nadar en el Port Vieux con su padre. Sabría, al igual que millones de lectores, que su padre se ahogó en el verano de 1993. Es evidente que sigue con su jueguito. Finge no conocerlo. Bueno, él también podría jugar. Podría fingir que no tiene ni idea de quién es ella. ¿Por qué no se le ha ocurrido antes? Casi suelta una carcajada triunfal.

—Aprendí a nadar con mi padre —replica—. Tenía seis o siete años. En el sur de Francia.

—¿Eres francés? —pregunta Dagmar, todavía mirando en dirección al Gallo Nero.

—Sí —contesta Nicolas.

Naturalmente que Dagmar sabe que es francés. Sabe que tuvo que demostrar que era francés en 2006, porque su padre había nacido en Rusia y su madre en Bélgica. Así es como se le ocurrió la idea del libro. Esa mujer astuta y artera lo sabe.

—¿Y vives en París? —prosigue Dagmar.

—Sí. ¿Y tú?

Una gaviota da vueltas sobre sus cabezas y ambos levantan la mirada mientras vuela a su alrededor, antes de lanzarse en picado.

—Oh, aquí y allá —dice ella en tono evasivo. Se recuesta sobre la parte plana del arrecife, cierra los ojos y disfruta del sol. Él quiere hacer lo mismo, pero no hay ninguna otra zona plana en la que recostarse. Así que permanece donde está, sentado junto a ella. Mira su cuerpo gigantesco. Incluso desde cerca no hay nada fofo en Dagmar Hunoldt. Su piel reluce de protector solar, que le da un tono lechoso y translúcido. Nicolas siente curiosidad por su vida amorosa. En estos momentos, ¿está con un hombre o con una mujer? ¿Cuándo fue la última vez que hizo el amor? ¿Quién fue la última persona que se deslizó entre esos muslos gruesos y separados? ¿Cómo es en la cama? ¿Qué es lo que hace mejor? Las tripas le rugen con fuerza y recuerda que no ha desayunado. Vuelve a pensar en Malvina, en lo desagradable de la escena que tendrá lugar más tarde. ¿Cómo le dices a una mujer que no la amas y que no quieres tener el hijo que está esperando? Ya se imagina la cara en forma de corazón de Malvina arrugándose de dolor.

—¿Es la primera vez que vienes al Gallo Nero? —inquire Dagmar Hunoldt.

Esa pregunta hace que deje de pensar en Malvina. Da gracias.

—Sí —contesta—. ¿Y tú?

—Vine hace mucho tiempo, con un amigo. No ha cambiado. Posee una perfección intemporal. El lugar ideal para una epicúrea como yo.

—No creo que el viejo Epicuro hubiera disfrutado aquí.

Dagmar se incorpora y se vuelve hacia él al tiempo que se desliza del hombro las tiras del bañador. Nicolas observa la perfecta blancura de su piel.

—¿De verdad? ¿Por qué? —pregunta Dagmar.

—El Gallo Nero es claramente demasiado lujoso para Epicuro —dice Nicolas—. Él prefería la frugalidad. Preferiría un vaso de agua fría para saciar la sed que un celestial Château d'Yquem.

—¿Estás diciendo que nos hemos desviado del significado original de lo que es el epicureísmo?

—Ya lo creo que sí —contesta Nicolas mientras pasa el dedo por la rasposa superficie del arrecife—. Hoy en día un epicúreo es un gordinflón con un puro que ronca en una hamaca después de una comida de seis platos acompañada de litros de vino.

Tras una carcajada, Dagmar dice:

—Bueno, lo decía en serio. Soy una epicúrea absoluta cuando vengo aquí. En el sentido noble de la palabra, no como el gordinflón de la hamaca. No me refiero a la comida, por buena que sea, ni al servicio, que es extraordinario. Me refiero a que cuando estoy aquí me olvido de las turbulencias del mundo exterior, de la tragedia y el caos que imperan en nuestras ciudades. Cuando estoy aquí, atesoro estos raros momentos de maravillosa serenidad.

Dagmar Hunoldt hace una pausa y vuelve hacia él sus ojos azules grisáceos. Él le sostiene la mirada. ¿Cómo puede confiarle que él siente precisamente lo mismo? Sería hacerle la pelota, humillarse. Pero sus palabras le tocan la fibra sensible. Anhela decírselo, pero a lo mejor es lo que ella está buscando. Tal vez es su manera de seducirlo. De ganárselo. De hacer que abandone a Alice Dor por ella. ¿Cómo puede asegurarse? Es imposible. Lo único que puede hacer es quedarse allí sentado y escuchar. La voz de Dagmar es suave y etérea. Podría pasarse horas escuchándola.

—Cuando nado aquí, cuando estoy en el agua, siento una especie de comunión con la naturaleza. Incluso cuando nado de prisa, incluso cuando fuerzo mi cuerpo, soy una con el mar. Me encanta nadar, nado cada día, allí donde estoy, incluso en piscinas que apestan a cloro y a axilas sudadas. Nadar aquí es como regresar a mi infancia. El placer que siento cuando salgo del mar, cuando me recuesto a descansar, cuando todos mis miembros piden clemencia, es extraordinario. Disfruto del sol, como ahora, y no hay nada más exquisito. Si tuviera que describírtelo, Hermes, te diría lo siguiente: el placer que siento en el Gallo Nero es como una deliciosa y soñolienta tarde de verano después de hacer el amor de manera salvaje y violenta.

Se incorpora, y Nicolas sabe que está a punto de volver a zambullirse. Extiende el brazo para tocarle la mano.

—No, espera —dice. Los dedos de ella se demoran en los suyos, apenas un momento—. Quiero saber más. De ti y Epicuro.

Solo en parte es mentira. Aunque teme el largo trayecto de vuelta, quiere que ella siga hablando. Quiere que ese momento en el arrecife se prolongue, aunque sea solo unos minutos más. ¿Está cayendo bajo su hechizo? ¿No es esto lo que Dagmar Hunoldt hace con los escritores? No se comporta como ningún otro editor. Ella es única. ¿Cuál fue la frase que leyó en aquella revista? «Absolutamente implacable, extraordinariamente inteligente y totalmente perversa».

Nicolas se incorpora a su lado. Sopla la brisa, salobre y fresca. Ella está casi hermosa a la pálida luz de la mañana. Su nítido perfil y sus rasgos cincelados poseen una majestuosa pureza. Estar cerca de Dagmar Hunoldt es como ser absorbido por la órbita de otro planeta. Una atracción aterradora e irresistible. Nicolas está ahora tan cerca de ella que la piel blanca de sus brazos le roza el pecho. No siente el cosquilleo de la atracción sexual, sino otra cosa, una extraña ósmosis, una inesperada comunión que le desconcierta.

—Olvídate del gordinflón de la hamaca —susurra Dagmar Hunoldt, y Nicolas se inclina un poco más hacia ella para no perderse ni una palabra—. ¿Qué sabe él de Epicuro? Nada. Es como esos romanos ricos que vomitaban para poder seguir engullendo. De lo que disfrutaba Epicuro, y tú eso lo sabes, Hermes, no era del placer de comer, sino de la satisfacción de haber comido lo suficiente. —Hace una pausa. A continuación vuelve a ponerse el gorro y las gafas y Nicolas la sigue, haciendo acopio de fuerzas. Pero ahora ya nada más lentamente, y él da gracias al descubrir que puede seguir su ritmo. Le pide que le preste las gafas. Ella accede. Nicolas se sumerge en el mundo submarino color turquesa, admirando los bancos de peces redondeados y de franjas azules, las rocas irregulares moteadas de sol y tachonadas de erizos negros. Cuando llegan a la zona de playa, ya han colocado las sillas y las sombrillas. Un camarero sonriente les ofrece una toalla. Nicolas mira a su alrededor en busca del albornoz que dejó sobre la zona de cemento antes de meterse en el agua. El camarero corre a buscárselo. Su BlackBerry y la llave de la habitación aún están en el bolsillo, junto con la Moleskine y la Montblanc.

—¿Quieres desayunar, Hermes? —pregunta Dagmar Hunoldt. Antes de que pueda contestar, le dice que desayunarán allí abajo y no en el bufé—. ¿Prefieres café, té? —inquire en un tono enérgico.

Él contesta que prefiere té, al tiempo que se pregunta si alguna vez ella permite que alguien tome alguna decisión. Se da cuenta de que está acostumbrada a dar órdenes. En un abrir y cerrar de ojos les preparan la mesa y se sientan. Los suizos lo saludan con la mano de camino a la playa. La pareja gay, con la cabeza jovialmente.

Otro día en el Gallo Nero. Su último día. Solo que hoy está desayunando con Dagmar Hunoldt. Los dos solos. Nicolas comienza a estar nervioso otra vez. ¿Qué va a hacer si ella sigue fingiendo que no tiene ni idea de quién es? ¿Y si se inclinara hacia delante, pegara tal manotazo en la mesa que la sobresaltara y dijera: «Muy bien, Dagmar, basta ya de Epicuro, Hermes y el movimiento retrógrado de Mercurio. Sabes perfectamente quién soy. Basta de chorradas»? A lo mejor le gusta que los hombres adopten esa actitud, que actúen *à la Hussarde*, sin irse por las ramas, sin cháchara inocua, incluso con una pizca de vulgaridad viril; quizá es lo que espera de él, que tenga pelotas, que vaya a la yugular, al meollo, que sea eficiente, concreto. Mientras les traen el café y el té, junto con los periódicos de la mañana en francés, italiano, alemán e inglés, Nicolas siente que su valor se esfuma como un balón que se desinfla. Su angustia aumenta cuando observa que la elección de periódicos incluye el francés en el que aparecía el desastroso artículo de Taillefer. Sería horrible que empezara a leerlo bajo las mismas narices de Nicolas. La fotografía era grande y muy reconocible. Se encoge de temor mientras ella recorre el montón de periódicos. Elige *The Times*. Nicolas suspira de alivio.

Dagmar Hunoldt hojea el periódico con despreocupación. Lee un largo artículo acerca del político francés y la camarera de hotel. Se bebe el café y mordisquea un cruasán. De vez en cuando levanta la mirada hacia Nicolas y le sonrío, y es como un clon de Glenn Close. El pelo blanco tiene un brillo platino bajo el sol, cada vez más alto. Dagmar ni siquiera le ha preguntado cómo se llama. Y tampoco le ha dicho su nombre. Qué supremacía. Qué arrogancia. Le provoca admiración y resentimiento a la vez. Le hace sentir como un don nadie. Sin embargo ella sonrío a ese don nadie, le hace sentir que es su amigo, que disfruta de su compañía, de nadar con él, de desayunar con él, y que eso es un privilegio. Nicolas se pregunta cómo consigue hacerlo de una manera tan magistral, ignorando su identidad por un lado y haciendo que se sienta especial y escogido por el otro. ¿Ha leído el artículo de Taillefer? Probablemente. Todo el mundo de la industria editorial lo habrá leído. Se pregunta cómo es con sus autores. ¿Actúa de manera maternal? ¿Es autoritaria o paciente? ¿Se acuesta con ellos? Se da cuenta de que Dagmar no va a pronunciar ni una sola palabra durante todo el desayuno. No va a hablarle. Pero cada cinco minutos le lanza una mirada y le sonrío. Le brillan los ojos. Nicolas siente que una burbuja de camaradería los rodea, como el día anterior por la mañana, cuando compartieron el Bellini después de nadar. No hacen falta palabras. Estar juntos es suficiente. Compartir ese momento indefinible. Dagmar Hunoldt lo sabe perfectamente. Es una maestra en eso.

La zona de playa ahora está llena. El señor Wong y la señorita Ming saludan con la cabeza y sonrío. Aparece la mujer española con un biquini rosa intenso. Tiene un cuerpo apetecible, delicadamente carnoso y suave. Mimi y Sherry, que rezuman maquillaje y perfume, le mandan besos aéreos.

Nicolas sabe que ya va siendo hora de que vuelva a la habitación con pies de plomo para enfrentarse a Malvina.

—Tengo que irme —murmura.

Dagmar Hunoldt levanta la mirada del periódico.

—Gracias por pasar la mañana conmigo, Hermes —dice, y hay una delicadeza en su voz que le reconforta, aun cuando se muera de ganas de decirle: «Me llamo Nicolas Kolt, ya lo sabes».

Dagmar pide papel y bolígrafo. Nicolas se pregunta por qué. La ve escribir. ¿Su número de teléfono? ¿Su correo electrónico? El estómago se le revuelve otra vez y tuerce el gesto. ¡Oh! Ahí está. Ahí está su oferta. Sobre un trozo de papel. No verbalmente. Por escrito. Palabras escritas. Números escritos. Nicolas se agarra al borde de la mesa para no caerse. Desde luego, no lo había visto venir. La mano que ha firmado tantos contratos. La mano que cambió el rostro del mundo editorial. Dagmar Hunoldt le está haciendo una oferta. Y no de la manera habitual, porque no es una persona corriente. Y todas esas personas que están allí con ellos, aplicándose crema solar, metiendo los pies en el agua, escuchando música o leyendo un libro, ni de lejos pueden imaginarse que la editora más famosa y el autor más comentado del momento están entrando en negociaciones durante el desayuno, en albornoz, después de nadar, en un hotel de lujo de la costa toscana.

Dagmar Hunoldt le entrega el papel a Nicolas y le dirige una breve sonrisa. Él sabe que es una despedida. Murmura unas palabras de adiós y se marcha. Cuando se mete en el ascensor de película de James Bond, el corazón le late con fuerza, le tiemblan los dedos y baja la mirada al papel.

No hay ningún nombre. Ni correo. Ni número de teléfono. Ni sumas de dinero. Solo tres frases:

El olor de la hierba recién cortada tras una agotadora hora segando el césped.

Abrir las contraventanas a una mañana dorada tras una maravillosa noche de sexo y sueño.

A la tormenta del orgasmo, Epicúreo prefería con mucho la plácida dulzura de después.

Cuando en 2008 Nicolas conoció a Toby Bramfield, el director afroamericano que adaptó *El sobre* a la pantalla, se cayeron bien enseguida. Toby era quizá ocho años mayor que él, un tipo alto y anguloso, con el pelo a lo rastafari y algo de Jimi Hendrix. Quería ser fiel al libro, les dijo a Nicolas y a Alice mientras tomaban una copa en el hotel de la rue des Beaux Arts (donde Oscar Wilde había muerto en el año 1900, un hecho que Nicolas encontraba morbosamente fascinante). Ya le había propuesto el papel principal a Robin Wright a través de su agente y tenía muchas esperanzas de que dijera que sí. Era un papel ideal para ella, les dijo a Nicolas y Alice, uno de esos a los que no podía decir que no. Nicolas escuchó embelesado. En 2008, el libro acababa de comenzar su carrera mundial y no tenía ni idea, ni tampoco Alice, de lo rápida que sería esa carrera ni hasta dónde llegaría. El hecho de que un director hubiera comprado los derechos tan poco tiempo después de su publicación, de que su novela fuera a convertirse en una película, había resultado una sorpresa maravillosa e inesperada. Toby Bramfield no era un director famoso, pero ni a Nicolas ni a Alice les importaba. Había hecho un par de películas buenas con actores relativamente conocidos que habían despertado una moderada atención. Todas eran adaptaciones de novelas. El propio Bramfield tampoco tenía ni idea de cómo Huracán Margaux iba a transformar su propia vida para siempre. Él mismo escribió el guion, en contacto permanente con Nicolas, asegurándose de que este conociera y aprobara lo que estaba haciendo. Nicolas se lo agradecía. Había oído hablar de numerosos casos lamentables en los que al autor se le vetaba en el proceso de rodaje y no formaba parte en absoluto de la nueva aventura. Era frecuente que la película no le gustara al escritor. Toby Bramfield, en cambio, parecía avanzar con el *feedback* de Nicolas, como si eso lo alimentara, como si le diera energía.

La primera vez que Nicolas leyó el guion se quedó desconcertado. Cayó en la cuenta de que había tenido que leerlo visualizando las escenas y la interpretación en su cabeza. En cuanto hubo superado esa primera impresión, comprendió lo que Toby Bramfield estaba haciendo, cómo estaba extrayendo una película de su libro. Pero la auténtica sorpresa vino posteriormente, cuando Nicolas acudió al rodaje en París por primera vez, durante las escenas de la rue Daguerre, rodadas en estudio y en la misma calle. Lo recibieron cordialmente, pues todos habían leído la novela y les había encantado. Se sentó detrás del director, sobrecogido por la complejidad de la instalación eléctrica, la iluminación, lo intrincado de la grabación del sonido, los minuciosos detalles del decorado, el vestuario, el maquillaje, el hecho de que todas y cada una de las personas que había tratado jugaran un papel preciso e importante a la hora de hacer posible la película. Cuando Nicolas vio salir a Robin Wright de la sala de vestuario, con el pelo teñido color plata, exactamente igual que el de Margaux Dansor, con sus zapatillas de tenis azules, una camisa azul y unos vaqueros blancos,

se quedó boquiabierto. Su heroína, su Margaux, la profesora de piano a la que le encantaba la música disco, había cobrado vida. Estaba tan impresionado que casi no podía hablar, y apenas consiguió estrecharle la mano a Robin Wright. Toby Bramfield le dejó interpretar un cameo en la escena del Pôle de la Nationalité, también rodada en estudio. Había más de cincuenta extras, una mezcla de gente que se parecía a todos aquellos con los que se había cruzado aquel día de octubre de 2006 durante su larga espera. Lo colocaron al lado de Robin Wright mientras esta se quedaba sentada mirando el certificado de nacimiento de su padre, hipnotizada por ese nombre que nunca había visto, Lucca Zeccherio, en lugar de Luc Zech. Le había impresionado la manera en que los actores recogen el torbellino interior de una persona y lo transforman en el suyo propio. Eran como las esponjas, capaces de absorber una ingente cantidad de emociones. Cuando se lo expresó a Robin Wright entre toma y toma, ella le contestó riendo: «Si los actores somos esponjas, ¿qué sois los escritores, entonces? Esponjas aún más grandes. No olvides que todos estamos aquí por ti, Nicolas Kolt. Por lo que has escrito». Esas palabras significaron mucho para él. Y todavía hoy lo hacían.

Nicolas vio la película por primera vez en 2010, justo antes de que la estrenaran, en una sala de proyección privada de Nueva York. Alice estaba con él, así como su editora americana, Carla Marsh. Toby Bramfield tenía que reunirse con ellos después de la proyección. En los primeros momentos, Nicolas fue incapaz de reaccionar ante la película, como si le hubieran dado un portazo en la cara. ¿Había sido una estupidez confiar en Toby Bramfield? Entonces la película comenzó a tejer su magia y Nicolas se olvidó del libro. Solo vio la idea que tenía Toby de *El sobre* y fue capaz de identificarse con ella. Le encantó la banda sonora, compuesta por un joven músico austriaco que había conseguido crear un tema recurrente que evocaba perfectamente a Margaux y sus contrastes, con unos solos de piano que le conmovieron profundamente. Se rio durante los ingeniosos diálogos entre Margaux y sus hijas adolescentes, Rose y Angèle, interpretadas por dos excelentes jóvenes actrices. Se agarró al borde del asiento durante los desagradables enfrentamientos entre Margaux y Sébastian, su hermano pequeño. Le conmovió la perfección de las interpretaciones de Robin Wright y el actor que interpretaba a su marido, Arnaud. Lo que más le gustó fue contemplar a Robin Wright bailar música disco sola en la cocina y luego en el club nocturno de Génova, con Silvio, su aliado italiano. La película resultaba convincente, fluía, no había nada artificioso ni falso en ella. Se le saltaron las lágrimas durante los *flashbacks* en los que se narraba el pasado de Lucca Zeccherio, su carisma, su exuberancia, su trágica muerte, el cadáver que nunca se encontró, arrastrado por una avalancha en los Alpes suizos. Desde las escenas filmadas en Camogli hasta el mismísimo final, cuando Margaux descubría el secreto de su padre y se preguntaba cómo suavizarlo para que no le destruyera la vida, Nicolas estuvo

llorando en voz baja, avergonzado de derramar aquellas lágrimas mientras estaba sentado entre Carla y Alice, hasta que se dio cuenta de que ellas también lloraban, se sonaban la nariz y se secaban los ojos. Cuando se encendieron las luces, todos se abrazaron, con los ojos enrojecidos y sin decir palabra, y así fue como los encontró Toby Bramfield cuando entró en la sala. Levantó sus manos huesudas y gritó: «¡Aleluya! ¡Están llorando! ¡Están llorando!». Después, cuando estrenaron la película, Nicolas vio por televisión una entrevista con Toby Bramfield en la que este decía: «El libro y la película tienen el mismo ADN, me gusta pensar que son hermanos». También recordó esa frase. Y Nicolas comenzó a pensar en el ADN íntimo del libro, en cómo lo había engendrado. En cómo había decidido descartar una escena clave que había vivido en octubre de 2006, justo después de rebuscar en la caja azul marino del escritorio de su madre. La escena, ocurrida en el hospital geriátrico con Lionel Duhamel, había constituido un momento decisivo en su vida y también en su imaginación. Ahora se daba cuenta, con la distancia que le proporcionaba el paso del tiempo, de que la escena había formado parte del proceso de escritura, de que había estado en el núcleo de la novela, y ahora sabía lo mucho que le debía, lo horrible que había sido soportarla. La impresión había abierto un nuevo y oscuro sendero en los recovecos de su mente. Una luz brillante iluminaba ese sendero y, aunque desconocía adónde le llevaba, sí sabía que tenía que tomarlo, que tenía que escribir acerca de ese sendero, pero no acerca de la luz que se lo había revelado. Jamás hablaría de esa escena con ningún periodista, ni con otro escritor, ni siquiera con nadie de su círculo más íntimo. La guardaría para sí mismo. Tenía la impresión de que, al igual que un fotógrafo encuadra una foto y comprende de manera instintiva qué incluir en ella y qué dejar fuera, como escritor era consciente de lo que quería mostrar en su libro y de lo que quería dejar oculto para siempre.

Lionel Duhamel falleció en 2007 a los setenta y siete años. No presenció la triunfal metamorfosis de su nieto, de Nicolas Duhamel a Nicolas Kolt. Lo hospitalizaron en 2004, cuando resultó evidente para su hija Elvire que ya no podía seguir residiendo en su piso del boulevard Saint Germain, donde había vivido solo desde la muerte de su mujer, Nina, en el año 2000. Se había vuelto muy olvidadizo, se dejaba el gas encendido, no se acordaba de su nombre y cuando salía era incapaz de volver a casa. Se volvió agresivo con su familia, sus vecinos y las jóvenes enfermeras que iban a cuidarlo cada día. Los médicos le diagnosticaron alzhéimer. No quería abandonar su piso, pero no tuvo elección. El hospital estaba situado cerca de la rue de Vaugirard, no muy lejos de la rue Pernety. Hacía mucho que Nicolas no visitaba a su abuelo. No era una experiencia agradable. Lionel estaba casi siempre medicado, sedado y apagado y la visita iba bien. Pero el ambiente del hospital, su hedor, ver a aquellos ancianos dementes que estaban allí confinados, siempre era insoportable.

Aquella noche de octubre de 2006, que iba a transformar muchos aspectos de su vida, Nicolas compró un ramo de flores cerca de la estación de metro de la rue Raymond Losserand y se dirigió al hospital. Se hacía de noche y en el aire flotaba una humedad gélida. Era hora punta y los coches avanzaban lentamente por las calles, expulsando sus humos tóxicos. En el hospital la luz era desagradable y la calefacción estaba demasiado alta. Nicolas se quitó el abrigo al entrar. Lionel Duhamel residía en la última planta, la que estaba cerrada y era para ancianos dementes. Casi todos los pacientes llevaban pulseras magnéticas. Si cruzaban la puerta para salir, se disparaba una alarma. Nicolas siempre bajaba la vista al entrar en el pabellón, pues no se acostumbraba a lo que tenía que ver. Las hileras de sillas de ruedas, las caras arrugadas y marchitas, las sonrisas deformadas, los pacientes inertes con la cabeza colgando. Algunos estaban allí sentados, medio dormidos, mientras les caía un hilo de saliva de los labios secos y agrietados. Otros estaban de pie, apoyados en un bastón o en un andador, mirando a la nada, temblando o rascándose. Otros arrastraban los pies caminando como zombies, agarrándose un brazo, con un hombro más alto que el otro, un pie rezagado, riendo, gimiendo o cantando. A veces había alaridos y aullidos procedentes de una sala lejana y el tono calmante y apaciguador de un médico o una enfermera. Los pacientes más aterradores eran los que parecían normales, sentados delante de un tablero de ajedrez o un solitario, acicalados y presentables, sin manchas en la ropa ni temblor en las manos, ningún signo de demencia. Hablaban bien, sin arrastrar las palabras, y parecían unos abuelos normales y corrientes sin problemas de dinero, felices de que los visitaran. No lo perdían de vista al pasar y aprendió a no volver la mirada, porque, si lo hacía, su locura salía disparada hacia él a través de sus ojos relucientes, persiguiéndolo como una estela de fuego. Había aprendido a mantenerse a distancia. En una ocasión, una anciana de aspecto respetable lo había agarrado por la entrepierna, de una manera silenciosa y brutal, con una sonrisita de suficiencia, al tiempo que le hacía gestos obscenos con su lengua amarilla.

Las enfermeras los atendían a todos con una paciencia que le parecía heroica. Todo el día los pacientes las insultaban, no les hacían caso, se reían de ellas, les pegaban. ¿Cómo podían hacer su trabajo? Imaginaba que cuidar ancianos no era un trabajo muy divertido, pero cuidar a los dementes todavía era peor. Cuando Nicolas llegó aquella noche, ya habían servido la cena y estaban retirando los platos. El aire estaba muy cargado y fétido, una mezcla exánime de monótona comida de hospital, probablemente col, y el olor a amoníaco del detergente, sin que se hubiera renovado el aire, solo el hedor de la vejez y el abandono de viejos pellejos desamparados que tenían un aspecto de pergaminos reseco en los que habían cosido unas greñas blancas. Habían colocado las sillas de ruedas delante del estridente televisor. La mitad de los pacientes que había allí dormían. ¿Por qué en los hospitales servían la

cena tan pronto? ¿No conseguían con eso que la noche fuera todavía más larga, más insoportable? ¿Sabían esas personas que cuando salieran de allí sería en un ataúd?

Lionel Duhamel, ataviado con un albornoz, estaba sentado en una butaca cerca de la cama, mirándose los pies. No se movió al entrar Nicolas, que ya lo había visto en ese estado. Nicolas se sentó en el borde de la estrecha cama y esperó a que el anciano se apercibiera de su presencia. A Lionel Duhamel nunca le había gustado relacionarse con esos «estúpidos viejos», como los llamaba. Comía en su habitación y veía su propio televisor. La habitación no estaba mal, se dijo Nicolas. Pero seguía estando muy desnuda, a pesar de que su abuelo llevaba ya un par de años viviendo allí. Las paredes eran de un lima pálido y había una baraja de cartas, un peine y algunas revistas. Y pensar que su abuelo había vivido en un gran piso lleno de libros, cuadros, muebles ornamentados, un piano de cola, majestuosos tapices, alfombras exóticas. Qué había ocurrido con todas esas cosas, se preguntó Nicolas mientras su abuelo lo miraba con sus deslavazados ojos color ostra, que parpadearon unas cuantas veces.

—Théodore —dijo Lionel Duhamel—. Me alegro de verte.

Nicolas ya estaba acostumbrado a eso. Pero la primera vez le había impresionado mucho.

—Hola —contestó con una sonrisa—. He traído unas flores.

Lionel Duhamel se quedó mirando aquellas flores sin expresión, como si no tuviera ni idea de lo que eran. Nicolas les quitó el envoltorio, lo arrojó a la papelera y fue a buscar el largo jarrón de plástico que había en el cuarto de baño, pues no era la primera vez que le traía flores. Elvire había sugerido que no le llevara más bombones, pues el anciano tenía tendencia a zampárselos de una sentada y al día siguiente sufría diarrea. Colocó las flores y las llevó a la habitación, donde su abuelo seguía sentado sin moverse.

—Son bonitas, ¿verdad? —comentó Nicolas.

—Sí que lo son —respondió Lionel Duhamel—. Gracias, Théodore. Eres muy amable. ¿Cómo te va en la escuela?

—Muy bien —dijo Nicolas.

—Me alegro. Tu madre estará contenta. ¿Y qué me dices de la lección de geografía?

—Me la sé de memoria.

—Excelente. Bueno, tengo que prepararme. El barón viene a cenar.

—Qué noticia tan estupenda —dijo Nicolas. Esas conversaciones le parecían surrealistas, por muchas veces que las hubieran mantenido.

—Pero hay tanto trabajo cuando viene el barón —suspiró Lionel Duhamel—. Tengo que sacarle brillo a toda la plata y preparar todas las copas de cristal. Y el mantel con el timbre del escudo de armas. Al barón le gusta el salmón y el cangrejo. Hay mucho que hacer.

—¿Es eso lo que come habitualmente? —preguntó Nicolas.

—¡No! ¡Claro que no! ¡Ya te lo he dicho! ¡Antes de que el ascensor se estropeará!
¿No te acuerdas?

—Sí, naturalmente. Lamento haberlo olvidado.

Ahora el anciano estaba agitado y sus cejas formaron una uve sobre la nariz. Comenzó a quejarse en un tono agudo que a Nicolas le hacía daño en los oídos.

—Esta mañana han vuelto, Théodore. Nadie los ha visto, solo yo. La gente de aquí es tan estúpida... Roban cosas. Como si yo no pudiera verlos. No tienen ni idea. ¡Memos! ¡Idiotas rematados! ¡Estúpidos! No saben que los enemigos extienden una pasta venenosa por los cristales de las ventanas y que, si la tocas, mueres. He intentado quitarla y esa estúpida enfermera se ha enfadado. ¡Vaca gorda y mentecata!

Nicolas se acordó del certificado de nacimiento que llevaba en el bolsillo. Dirigió la mirada a ese anciano gruñón, observó su calva reluciente y su cara sonrosada, rolliza y fofa. Durante veinticuatro años había considerado que ese hombre era su abuelo. Sangre de su sangre. Carne de su carne. «Abuelo», lo llamaba. Los fines de semana con el abuelo, cuando iban al teatro y al Louvre, visitaban Montmartre, y también Versalles. Con el abuelo aprendió quién era el Rey Sol. El abuelo sabía mucho. Se sabía todas las fechas y dónde se habían librado las batallas importantes, y quién las había ganado, y si el rey era un Capeto o un Borbón. Y ahora resultaba que su abuelo no era su abuelo. No era carne de su carne, ni sangre de su sangre. Su abuelo había criado a un chaval sin padre y le había dado su apellido, Duhamel. El abuelo lo sabía todo de Fiodor Koltchine. Era la única persona del mundo que podía decirle a Nicolas algo de Fiodor Koltchine.

Nicolas había venido preparado. Sacó la cartera, extrajo la foto de Zinaïda y Fiodor, fechada en 1961, la que estaba en la caja azul marino del escritorio de su madre, y se la entregó al anciano. Los médicos no habían dicho que no se pudiera hablar del pasado. No le habían advertido ni a él ni a Elvire de que fuera una mala idea. No estaba haciendo nada malo. Lo único que deseaba era una respuesta, a la espera de que en alguna parte, en ese cerebro viejo, confuso y cansado, pudiera iluminarse una luz, encenderse una chispa.

Pasaron los minutos y el anciano se quedó mirando la fotografía sin decir nada. Al final del pasillo se oyó un grito apagado y las voces metálicas de un televisor. Les llegó el chirrido de una silla de ruedas al pasar. Un portazo.

Nicolas se preguntó si debería decir algo. El anciano parecía afligido. La fotografía temblaba en sus manos.

—Ella nunca quiso que lo supieras —dijo al final Lionel, con toda claridad—. No quería que nadie lo supiera.

Su voz parecía la de «antes», su voz normal. La voz del abuelo de antaño. Había desaparecido el tono quejumbroso de unos momentos atrás.

Nicolas asintió, sin atreverse apenas a respirar. Le daba miedo estropear ese momento, así que se quedó callado, mordiéndose los labios. Volvieron a oírse los gritos al final del pasillo. Rezó para que eso no distrajera a su abuelo.

El anciano, con la misma voz serena y sorda, dijo:

—Ese verano llegó la carta. A finales de julio. La leíste, ¿verdad, Théodore?

—¿La carta de quién? —susurró Nicolas.

—De Alexeï —respondió Lionel Duhamel, sin ninguna inflexión—. La carta que envió Alexeï.

Una larga pausa.

—¿Quién es Alexeï? —preguntó Nicolas sin alterar la voz.

La fotografía cayó al suelo y el anciano comenzó a llorar en silencio, con la boca abierta. Las lágrimas le rodaban por las mejillas rollizas. Los sollozos le sacudían el cuerpo. Comenzó a sollozar en voz alta, con la cabeza entre las manos, balanceándose adelante y atrás. Nicolas se colocó a su lado de un salto y le agarró las manos, intentando calmarlo.

—¡Basta! —escupió el anciano al tiempo que lo apartaba furiosamente—. ¡Aléjate de mí! ¡Vete!

Sus manos nudosas agarraron la garganta de Nicolas y este se quedó impresionado por la poderosa fuerza que quedaba en aquellos huesos viejos. Durante un instante breve y horrible, pensó que iba a desmayarse, se le nubló la vista y apenas pudo respirar. Al final fue capaz de soltarse y arrancar aquellas manos que le aprisionaban el cuello como un torno. Lionel Duhamel resolló tratando de recuperar el aliento, con unos ojos grandes como platos, inyectados en sangre y llenos de odio.

—Abuelo, no pasa nada, relájate —susurró Nicolas en tono apaciguador, aterrado ante la idea de que aparecieran un médico o una enfermera por culpa del jaleo que habían armado y le reprendieran o, peor aún, lo echaran. Encontró la foto debajo de la silla y volvió a metérsela en la cartera. Se dirigió apresuradamente al cuarto de baño, cogió unos cuantos kleenex y limpió la cara sonrosada de su abuelo—. Cálmate, abuelo. Por favor, cálmate. Todo va bien, te lo prometo, pero cálmate.

Lionel Duhamel se sonó la nariz. Aún temblaba, pero había dejado de llorar. Pidió un poco de agua. Nicolas se la trajo en un vaso de plástico. Observó cómo el anciano la engullía de golpe.

—¿Te encuentras bien, abuelo? —preguntó al tiempo que le daba unos golpecitos en el hombro.

Aquella cara fofa y sonrosada pareció hincharse de furia.

—¿Quién eres? ¡No te había visto nunca! —vociferó Lionel Duhamel, los ojos todavía enormes, inyectados en rojo—. Sal de una puta vez de mi cuarto o llamaré a la policía. ¡Vete de una puta vez!

Nicolas se marchó todo lo deprisa que pudo bajo la desagradable luz de los largos

pasillos, dejando atrás las sillas de ruedas y el televisor. Descendió los tres pisos y salió al aire frío, donde respiró aliviado. Echó a correr hasta la rue Pernety. Llegó allí sin aliento, mareado, sin haberse recuperado de la violencia de la escena. Le dolía la garganta y le costaba tragar. Delphine todavía no había vuelto a casa y Gaïa pasaba la noche con su padre. Buscó las llaves en los bolsillos. No las encontró. En el llavero tenía la llave de la rue Pernety y también la de la rue Rollin, además de la del coche de su madre, que le prestaba de vez en cuando. Probablemente se le habían caído mientras volvía a casa o, peor aún, en el hospital, en la habitación de Lionel Duhamel. Intentó telefonar al hospital y hablar con el pabellón de la tercera planta, pero comunicaba. Regresó corriendo y maldiciendo. No encontró las llaves sobre la reluciente acera. Cuando llegó a la tercera planta, una enfermera irascible le impidió el paso afirmando que ya se había acabado la hora de visita. Le agarró del brazo, pero él se abrió paso mientras le gritaba que se había dejado las llaves en la habitación de su abuelo y que se callara y le dejara ir a recogerlas. La enfermera se apartó.

Habían metido a su abuelo en la cama y dormía profundamente cuando abrió la puerta y se coló en su habitación. Encendió la luz de la lamparilla, con miedo de despertar al anciano (¿cómo iba a enfrentarse una vez más a esa espantosa mirada?), pero su abuelo no se movió; roncaba tranquilamente, como si nada hubiera ocurrido, como si no hubiera intentado estrangular a su nieto. Nicolas tampoco encontró las llaves. Buscó en cada rincón del cuarto y del baño, en vano. Miró dentro de la papelera. La habían vaciado. Recordó que, cuando había desenvuelto las flores, por algún motivo llevaba las llaves en la mano, por lo que debía de haberlas tirado con el papel. Salió de la habitación y se fue a buscar a la enfermera irascible. Al principio se negó a ayudarlo. A continuación comenzó a comprender que el nieto del señor Duhamel tenía muy buena planta. Vio su encantadora sonrisa, sus hermosos labios y dientes, sus preciosos ojos, con ese color tan interesante de niebla matinal. Y además era tan alto, tan moreno, menudo cambio en comparación con esos gnomos decrepitos con los que tenía que tratar cada día. Naturalmente que le enseñaría ese contenedor del sótano donde cada noche vaciaban la basura, y esperaba que encontrara las llaves en ese terrible desorden. Por cierto, se llamaba Colette...

Provisto de unos guantes, Nicolas se abrió paso entre un depósito de basura del tamaño de un hombre y lleno de los desperdicios producidos por un hospital geriátrico: ropas sucias, pañales usados, baberos incrustados de comida, servilletas sucias. Arrugó la boca y la nariz para protegerse del terrible hedor, combatiendo las ganas de vomitar, hasta que encontró las llaves milagrosamente pegadas al envoltorio de papel de las flores.

Le dio las gracias a Colette y volvió a casa lentamente, en un estupor, todavía con la fetidez de la basura en el pelo y la ropa. Delphine no estaba en casa, pero había dejado un mensaje diciendo que no tardaría. Nicolas se desvistió y se dio una larga

ducha caliente. Cuando Delphine regresó, él no le contó nada de lo ocurrido con Lionel Duhamel. Aquella noche no pudo dormir. Se fue a la cocina con la foto en blanco y negro de Zinaïda y Fiodor y el certificado de nacimiento de su padre. Bebió un poco de agua y se sentó a la mesa. Se quedó allí un buen rato.

No podía olvidarse de aquellas palabras, que lo perseguían como el silencioso ejército de murciélagos de lord McRashley.

«Ella nunca quiso que lo supieras. No quería que nadie lo supiera. Ese verano llegó la carta. A finales de julio. La leíste, ¿verdad, Théodore? La carta que envió Alexeï».

Nicolas se dirige a su habitación; todavía lleva en la mano el papel que le ha entregado Dagmar Hunoldt. ¿Qué significan esas ridículas frases? Convierte el papel en una diminuta bola y se lo mete en el bolsillo. ¿Cómo es posible que no haya sabido quién era? ¿Y por qué él ha sido tan sumiso? Se ha quedado allí sentado, como un corderito. Le entran ganas de darse con la cabeza contra la pared. La próxima vez que la vea no le hará ni caso. Se comportará como si ella fuera transparente. Exacto. Dagmar Hunoldt no existe. Tendrá que suplicar si quiere que él vuelva a mirarla a la cara.

Cuando entra en la habitación con el ceño fruncido, Malvina está en la cama con una bandeja en el regazo. Se la ve hermosa, aunque su belleza es lo último que quiere tocar en ese momento. Ella le sonrío.

—¡Aquí estás!

Nicolas se sienta en una de las butacas blancas de cara a la cama. Se da cuenta de que le queda muy poca paciencia, consumida por la falta de sueño y por el incomprensible comportamiento de Dagmar Hunoldt.

Va a ser franco. No tiene otra salida.

—No quiero este bebé, Malvina.

La cara de ella apenas se mueve. Nicolas esperaba que le pusiera un mal gesto. Pero no se inmuta.

Malvina da un sorbo de té. A continuación dice con calma:

—Nos casaremos y verás lo feliz que serás. Estoy convencida.

Nicolas está tan atónito que no puede hablar. Cuando le salen las palabras, son como un rugido.

—¿Estás loca, Malvina? ¿Has perdido la cabeza? ¿Casarnos?

Ella sonrío, serena.

—Sí, casarnos, Nicolas. Vamos a hacer muy feliz a esta criaturita. Vamos a construir un hermoso hogar para ella.

Él la agarra del brazo. La bandeja se inclina hacia un lado. El té se derrama, manchando las sábanas blancas.

—¡Ten cuidado! —grita ella—. Mira qué desastre estás montando.

Nicolas la saca de la cama. Malvina se queda de pie delante de él, apenas vestida con una camiseta blanca y corta. Se la ve diminuta en contraste con la estatura de Nicolas. Una chiquilla frágil. Pero no aprecia asomo de temor en su cara.

—¡El desastre! —exclama él—. Hablemos del desastre, Malvina. Hablemos de tu desastre, si no te importa.

—¿A qué te refieres?

Ella hace un puchero. Como si fuera una niña. Como solía hacer Gaïa.

—Lo que quiero decir es: ¿cómo demonios te has quedado embarazada? A ese

desastre me refiero. A tu desastre.

Ella se encoge de hombros. Aparta la mirada.

—No lo sé. A lo mejor se me olvidó tomar la píldora.

—Ya veo. A lo mejor se te olvidó tomar la píldora... Estupendo. Maravilloso. Te olvidas de tomar la píldora, estás embarazada y ahora quieres casarte. ¿Es eso?

—¡Sí! —dice ella acompañándolo con una patada en el suelo—. ¿Qué hay de malo en ello? Te quiero. Nos queremos. Vamos a tener un bebé. ¿Es que no ves lo hermoso que es todo?

Y, como Nicolas esperaba, llegan las lágrimas. Deja que lllore. Luego la coge del brazo, aunque ahora más suavemente, la lleva a través de la cama y la sienta. Tiene que decirle que no la ama. Que nunca la ha amado. Que todavía ama a Delphine. Que la respeta y ha disfrutado del tiempo que han pasado juntos, que es una persona estupenda, emotiva, intensa, interesante, pero que de ninguna manera van a casarse ni a criar a ese hijo. ¿Es que no sabe de qué está hablando? Ella misma es una cría. ¿Cómo va a tener un hijo una niña? Se la imagina a ella y a un bebé en la rue du Laos y cierra los ojos horrorizado. ¡Un bebé! Educar a un hijo. Menuda responsabilidad. Un niño te cambia la vida para siempre. Malvina debería saberlo. Él debería decírselo. Y él... ¿cómo va a ser padre? ¿Cómo podría ser padre? Si ni siquiera sabe lo que es en realidad un padre. Su padre murió hace mucho. ¡Casarse! ¿Cómo se le ocurre pronunciar esa palabra? Ella es como una niña que aún sueña con el príncipe azul. La recuerda hablando con su madre la noche anterior. Estaba eufórica, como si eso fuera la cosa más maravillosa que podía ocurrirle.

Malvina llora sobre su hombro y él la abraza. No le salen las palabras. Piensa en su fragilidad, en su soledad. Malvina se fue a vivir a París por él. Renunció a su vida en Londres, a sus estudios, a sus amigos, todo por él. En París no hizo amistades. Simplemente se quedaba sentada en casa y lo esperaba. Piensa en el ex de Malvina, Justin, y en cómo ese tipo la destruyó, le cortó las alas, cómo colgaba mensajes odiosos y despectivos en su página de Facebook para que todos los vieran, en los que repetía una y otra vez que era una inútil, una estúpida, una persona patética y sin rumbo, que nunca le había hecho feliz, que había borrado todos los recuerdos de su relación con ella, con ese ser insignificante, que le daba igual si se tiraba por la ventana o metía la cabeza en el horno y encendía el gas.

Las palabras quedan sepultadas dentro de él. Se siente atrapado, como si una puerta metálica se hubiera cerrado delante de su cara. Cierra los ojos con desesperación.

—¿Tan enfadado estás? —dice Malvina, en voz baja.

—Esto es muy fuerte —admite él, procurando no ser desagradable.

—Lo sé. Me doy cuenta.

Malvina se acerca a la ventana. En ese cuerpo, piensa Nicolas, en ese cuerpo tan

delgado hay un diminuto amasijo de células que crecen y se desarrollan a cada segundo. Células de ella, de él, el bebé de ambos. No se lo puede creer. Ni aceptar.

—Puedo darte más tiempo —dice ella, contemplando el azul del cielo y del mar—. Para que te acostumbres a la idea de ser padre. No te presionaré. Tienes que acabar tu libro.

—¿Mi libro? —replica él, con un tono malicioso—. No hay ningún libro.

—¿A qué te refieres? —Ella se vuelve hacia él con aire alarmado.

Nicolas contesta como un robot:

—No-hay-libro.

Silencio.

—No lo entiendo. ¿Qué has estado escribiendo desde el año pasado?

—Nada. He fingido que escribía. Os he mentado a todos.

Malvina abre mucho los ojos, sorprendida.

—¿Y qué has estado haciendo todo este tiempo?

—¡Nada! —chilla él—. ¡Nada!

—Pero todo el mundo cree... —comienza a decir ella.

—¡Sí, todo el mundo lo cree! —repite él, agitando las manos.

—¿Por qué? —pregunta simplemente ella.

Nicolas suelta un bufido.

—¡Por qué! ¡Por qué! —grita.

—¿Y qué vas a hacer?

—Tengo que decírselo a Alice.

La mera idea le produce ganas de ponerse a aullar.

—Lo siento —dice Malvina.

—¿Por el bebé? —replica él, demasiado rápido.

Ella lo mira ceñuda.

—¡No! Por el libro.

—Malvina, tenemos que hablar de esto. De cómo me siento. ¿Lo entiendes?

Ella asiente.

—Podemos ir despacio —dice ella—. No hace falta que nos casemos enseguida. Podemos esperar a que nazca el bebé y, cuando ocurra, yo me encargaré de todo, te lo prometo. Sé que vas a adorar a este bebé. ¡Yo ya le quiero! ¿Has pensado algún nombre? Estoy tan entusiasmada... Oh, mi querido Nicolas. Soy la chica más feliz del mundo. Por favor, no me mires así.

Más tarde, en el almuerzo, Nicolas se da cuenta de que Malvina está resplandeciente. Ya no es esa criatura huraña y tristonera que espía todos sus movimientos, que observa cómo mira a las demás mujeres. Incluso cuando Savannah pasa junto a ellos insinuante, con un biquini del tamaño de un sello de correos, o cuando la señora española se quita la parte superior y expone sus pechos deliciosos y

respingones, o cuando las hermanas que se parecen a Natalie Portman entran y salen de la piscina pavoneándose en un adorable ballet acuático, ella permanece impertérrita, mirando a Nicolas con idolatría, con una mano en su brazo, como si fuera su propietaria. Malvina no ha mirado ni una sola vez su iPhone, un milagro, pues ella comprueba todo lo que se cuelga de él en las redes sociales. Es como una reina. Su resplandor les dice a todos: «Sí, voy a tener al hijo de Nicolas Kolt. Sí, yo soy la elegida. Soy esa mujer. Yo misma». A Nicolas le entran ganas de meterse debajo de la mesa y llorar.

Se suponía que esos días iban a ser una escapada para descansar, para inspirarse. La tarde anterior, después de la devastadora llamada telefónica de François, Nicolas comenzó a comprender que no iba a ser así. De algún modo sabe que aquello no ha acabado, y eso le llena de temor. Todavía le aguardan más cosas, aunque no sepa el qué. Pero no baja la guardia. Se ha puesto la armadura. Es un escenario precioso; el sol, los huéspedes y todo el personal forman parte de una representación. Es una farsa. Todos participan en la comedia. Detrás del lujo asoma la tragedia. Solo que esta vez Nicolas se prepara. No lo pillarán desprevenido.

—¿Te importa si te hago compañía, amigo?

Nelson Novézan, que lleva una camiseta azul llena de manchas y unos vaqueros mugrientos, se deja caer en una silla vacía de su mesa, saca unos *grissini* del cesto del pan y les sonríe.

—Menudo artículo el de esa Taillefer —comenta Novézan con la boca llena—. Es una auténtica zorra. A mí también me odia a muerte.

En secreto se siente aliviado de que Novézan se haya sentado con ellos sin que lo invitaran. Su presencia, aunque ofensiva, crea una barrera bienvenida e inesperada entre Malvina y Nicolas. Novézan parece estar de buen humor. En su cara habitualmente avinagrada hay una sonrisa radiante. Le da unos cordiales golpecitos en el brazo a Nicolas.

—El año pasado escribió un artículo peor sobre mí. ¿No te acuerdas? Dijo que yo era un cabrón racista misógino que solo amaba y respetaba a una criatura del mundo: su gato. Cuando Taillefer te hace trizas, significa que has triunfado. Bienvenido a la fiesta, amigo. —Le da una palmada en el hombro—. Esto reclama una copa para celebrarlo. ¡Eh, Salvatore, Giuseppe o comoquiera que te llames, ven aquí! Estoy haciendo las maletas, me voy después de comer. Es una pena dejar este lugar tan hermoso. ¿Cuándo os vais vosotros, chicos?

—Esta noche —contesta Nicolas.

Observa cómo Novézan prácticamente le arrebató el vino al camarero y sirve una copa a rebosar a cada uno. Malvina coloca la mano sobre la suya.

—Quieres portarte bien, ¿eh? —dice Novézan.

Malvina irradia orgullo. Se lleva una mano protectora a su plano vientre y asiente.

Por suerte, Novézan no se fija en su gesto.

—¿Cómo va el nuevo libro, amigo? —No calla para escuchar la respuesta de Nicolas, que suspira aliviado—. Yo estoy contento con el mío. Va a ser tremendo. Debería salir en agosto. Espero que el tuyo no salga a la vez, porque el mío los va a barrer a todos.

Nicolas aprovecha la pausa que hace Novézan para apurar de un trago su copa hasta arriba de Chianti.

—¿Te has fijado en que Dagmar Hunoldt está aquí? —pregunta después.

Novézan se atraganta y salpica de vino el mantel. Mira a su alrededor.

—¿Qué? ¿Aquí? ¿Ahora? ¿En el Gallo Nero?

Nicolas asiente.

—No exactamente ahora, pero está aquí.

—¿Has hablado con ella?

—Esta mañana hemos nadado juntos una hora.

—¿Y? —Nicolas se encoge de hombros—. ¿Te ha hecho alguna oferta, amigo? Venga, me lo puedes decir.

Nicolas siente la tentación de pronunciar las tres frases que había en el papel y que recuerda de memoria. Pero Dagmar Hunoldt no le ha reconocido. Novézan lloraría de risa si se enterara. Así que no dice nada.

—Dagmar —dice Novézan—. Conozco a un escritor que se acostó con ella. Me dijo que era una bomba atómica. Yo nunca follo con mujeres de su edad, pero me tienta. Muy interesante que esté aquí. Es una pena que tenga que irme. Me pregunto si irá detrás de mi nuevo libro.

—¿De qué va?

—¡Como si fuera a decírtelo! —se burla Novézan, agitando un dedo desdeñoso bajo la nariz de Nicolas—. Tú tampoco me dirías de qué va el tuyo, ¿no?

—¿El mío? Trata de la vanidad de los escritores —le suelta Nicolas.

Malvina le lanza una mirada sorprendida y Nicolas se encoge de hombros como si dijera: «Demonios, ¿por qué no?».

Novézan enciende un cigarrillo y dice:

—¿Crees que los escritores son vanidosos?

—Algunos.

—Bueno —responde Novézan mientras se hurga la nariz con aplicación—, ¿por qué no iban a serlo? Los escritores poseen las llaves del mundo, ¿no? Son capaces de recrearlo. Así que deberían ser vanidosos. La literatura es un reino donde el escritor impera, como si fuera un rey, como un emperador. Un reino donde las emociones no existen, donde la verdad no existe, donde la historia no significa nada. La única verdad son las palabras de la página y cómo cobran vida. Por eso los escritores son vanidosos. Porque son los únicos que saben cómo dar vida a esas palabras.

Novézan suelta un gran eructo y se troncha de risa ante la fría mirada de Malvina. Alessandra y su madre lanzan miradas de desaprobación desde la mesa de al lado. Durante toda la comida, Nicolas y Malvina soportan el monólogo de Novézan. Sus problemas con su madre, a quien desagradan sus libros y que manifestó su desaprobación en una entrevista reciente. Sus problemas con su hijo adolescente, que está en rehabilitación. Sus problemas con su exmujer, que siempre quiere más dinero. Sus problemas con su exnovia, que ha colgado detalles íntimos de su relación ya finalizada en un blog lleno de rencor donde no se nombra a Novézan aunque se le reconoce perfectamente. Sus problemas con su casero, su vecino, su ayudante, su agente de prensa, su dentista, su pérdida de pelo. Sus problemas con su viejo gato. Novézan no menciona el escándalo sexual en el que se ha visto envuelto un político francés y la camarera de un hotel neoyorquino y que está en boca de todos. Solo habla de sí mismo. Solo ve su propio universo. No le interesa nada más. Es con ese desdén, con ese egocentrismo, con los que escribe esos libros tan potentes, se dice Nicolas. ¿Sus novelas surgen del absoluto desprecio que siente por los demás, por las mujeres, por la sociedad, por los líderes políticos, por los intelectuales? Al final del almuerzo, cuando traen la cuenta, Nicolas espera que Novézan realice el gesto de llevarse la mano a la cartera, que diga que van a pagar a escote. Pero Novézan permanece en silencio y se enciende otro cigarrillo. Nicolas recuerda haber oído decir a un periodista que Novézan es increíblemente tacaño. El periodista le contó que Novézan, uno de los novelistas más famosos de Francia, que posee un apartamento en París y otro en Bruselas, una casa en Dublín y una villa en la Costa del Sol, nunca le presta dinero a nadie, nunca le paga una copa a nadie, ni invita a comer, ni deja propina a los taxistas ni a los repartidores ni a los acomodadores, y que siempre cuenta el cambio.

Nicolas carga los tres almuerzos a su habitación. Novézan se pone en pie, planta un baboso beso en la mejilla de Nicolas, intenta hacer lo mismo con Malvina, que se aparta, y se aleja saludando con la mano. Nicolas lo contempla desaparecer en el edificio con una mezcla de admiración y repugnancia. Lo mismo que siente cuando lee sus novelas.

—¿De verdad tu nuevo libro trata de la vanidad de los escritores? —pregunta Malvina.

Nicolas sonríe.

—¿Por qué no? Estoy tentado.

—Nicolas —le interrumpe Malvina—. Tu BlackBerry.

Nicolas mira el teléfono, que descansa sobre la mesa. ALICE parpadea en la pantalla.

—¿Vas a cogerlo? —susurra Malvina.

Antes no ha sido capaz de decirle la verdad a Malvina. Ahora tiene que ser

valiente y decirle a Alice lo que se ha prometido revelar. Basta de andarse por las ramas. Se da cuenta de que la familia belga y Alessandra y su madre están demasiado cerca. Y esto tiene que ser una conversación privada.

Se levanta, coge el teléfono y se aleja hasta donde pueda estar solo y sin que le oigan.

Se arma de valor y contesta.

—Alice —dice. Hay un silencio ominoso, como el que tuvo lugar antes de que François comenzara a hablar, y un temor le recorre el cuerpo—. Alice, ¿estás ahí?

Le llega un extraño sonido. ¿Podría ser un sollozo? Oye otro. Definitivamente es un sollozo. Alice Dor está llorando. Nicolas ya no puede hablar.

—¡Nicolas! ¿Cómo puedes hacerme esto? —Su voz, generalmente serena y controlada, es un ronco gemido—. Confié en ti. Confié en ti desde el principio. Creía que éramos un equipo y que trabajábamos juntos, mano a mano. He cometido un error. Supongo que, después de todo, Delphine tenía razón.

—Alice, por favor... —dice Nicolas consternado—. ¿Te refieres al libro? Lo he empezado. A lo mejor no lo llevo tan adelantado como te imaginas, pero lo he empezado. Te lo prometo. Tienes que creerme. Naturalmente que puedes confiar en mí.

—¡Cállate! —le grita. Jamás había oído gritar a Alice Dor. Se queda estupefacto—. ¡Basta, Nicolas! Ten la decencia de decirme la verdad. Siempre supe que me dejarías, pero no me imaginaba que lo harías así.

Malvina se le acerca. Debe de haberle visto la cara. Lo coge del brazo. Nicolas siente su calor, su amor. De algún modo le sirve de ayuda.

—Alice... —vuelve a decir.

—No, déjame acabar. —Ahora su voz es más serena. Ya no llora, pero el dolor sigue ahí. Nicolas puede oírlo—. Sabes muy bien que la industria editorial está pasando por momentos difíciles. La gente lee menos y compra menos libros. Con la llegada de los *e-books* y la muerte del libro en papel, los editores tenemos que enfrentarnos a nuevos retos. Los libreros están preocupados, las librerías cierran. Los acuerdos editoriales significan mucho más que antes en un mundo donde todo cambia, para los escritores, los editores y los lectores. Y tú eliges este momento preciso, cuando sabes lo frágil que está todo, para hacerme esto. Sabes que dirijo una editorial pequeña. Tú eres mi autor estrella. Tú eres el motivo por el que puedo publicar a otros autores. Todos vivimos de ti. Y tú antes decías, con tanta gracia, con tanta elegancia: «Alice Dor me cambió la vida». Y yo contestaba, de verdad, totalmente en serio: «Y Nicolas Kolt cambió la mía». No hablo de dinero, Nicolas. No hablo de tu generosísimo contrato y los espléndidos derechos que cobras. No, hablo de confianza. Me pregunto si todavía sabes lo que significa esta palabra. Te lo digo ahora, y quiero que me contestes en este mismo momento: ¿cómo puedes

hacerme esto?

Nicolas está tan perplejo que no puede hablar. Malvina le acaricia cariñosamente. Él oye el latido de su propio corazón, las voces que llegan del restaurante, la respiración irregular de Alice Dor.

—¿A qué te refieres? —tartamudea, sin saber qué decir y consciente de que eso desatará su furia.

Ella vuelve a gritar y Nicolas oye la indignación, el sufrimiento.

—¡Está por todo Facebook! ¡Por todo Twitter!

A Nicolas le cuesta respirar.

—Alice, ¿puedes esperar un momento, por favor...? —Con un dedo tembloroso enmudece la BlackBerry—. Malvina, dame tu iPhone.

Esta se lo entrega. A Nicolas el corazón le late con fuerza. En su página de Facebook hay dos fotos colgadas por Alex Brunel hace quince minutos. Han sido tomadas durante el desayuno de esta mañana, mientras estaba con Dagmar Hunoldt. Horrorizado, Nicolas ve las fotos a través de los ojos de Alice. Ve lo que ella ha visto. En primer lugar, a Dagmar y a él, tan amigos, enfundados en albornoces idénticos, sentados a la misma mesa. Como viejos amigos. Como cómplices. Como si hubieran compartido algo especial. ¿Un baño en el mar? ¿Una conversación? ¿Más? Mucho más. En la segunda foto, Nicolas está de pie y la mano derecha de Dagmar Hunoldt está dentro de la suya. Ese preciso momento en el que ella le ha entregado el papelito. Él la mira y ella le sonrío.

—¡Alice, por amor de Dios, no es lo que piensas! Puedo...

Pero Alice ya no está al teléfono. Le ha colgado.

Intenta volver a llamar. El teléfono suena cinco, diez, quince veces. Alice no lo coge. Nicolas le deja mensaje tras mensaje, le manda tres correos suplicantes, seis mensajes de texto. Está destrozado. Malvina lo lleva de vuelta a la habitación, le acaricia el pelo suavemente. Ella recuerda que no hay prisa en dejar la habitación pero que tienen que empezar a hacer las maletas, pues el chófer les recogerá a las seis para llevarlos al aeropuerto. Queda un par de horas. ¿Qué le parece si hacen las maletas y luego van a nadar por última vez? ¿No es una buena idea, dice ella, zambullirse otra vez en el mar? Él asiente, a kilómetros de distancia. Nada más importa. Solo Alice. ¿Cómo se lo va a explicar? ¿Alguna vez le creerá?

Mientras Malvina comienza a doblar la ropa, Nicolas permanece paralizado, de pie en mitad de la habitación. ¿Cómo va a conseguir recuperar la confianza de Alice? ¿Cómo ha podido ser tan estúpido, tan vanidoso? Sí, ha sido una cuestión de vanidad. Todo ha sido vanidad. Se ha sentido halagado, tentado, cautivado por la presencia de Dagmar Hunoldt, enfurecido por el hecho de que ella fingiera no reconocerlo. Y hay que ver dónde le ha llevado. ¿Cómo no ha sido capaz de prever que Alex Brunel (quienquiera que sea) colgaría más fotos? Debería haber bloqueado esa cuenta.

Debería haberlo hecho desde el principio.

El teléfono le vibra en el bolsillo y se sobresalta. Debe de ser Alice, que le devuelve la llamada. Al principio estará furiosa, pero él se lo explicará todo, e incluso tiene en el bolsillo el papelito con esas absurdas frases epicúreas para demostrarlo. Se le pasará. Él procurará que se le pase. Hará todo lo que esté en su poder para que le perdone.

Pero se trata de un número privado que no aparece en la pantalla. Nicolas vacila. A lo mejor Alice no está en casa, quizá se le ha acabado la batería y llama desde otro teléfono, desde otro lugar. Solo puede ser Alice.

Pero cuando oye la voz que le habla, no es la de Alice. Es la de un hombre que no conoce.

—¿Nicolas Kolt? —Se trata de una voz refinada que marca bien las palabras, con un deje germánico.

—¿Con quién hablo? —pregunta Nicolas, inquieto.

—Hans Kurz.

El nombre le suena lejanamente. Lo suficiente para sentirse incómodo.

Una pausa.

—¿Sí? —dice Nicolas con cautela—. ¿Qué quiere?

—¿Que qué quiero? —Una risa sarcástica suena en el oído de Nicolas—. Ahora escúcheme atentamente. Es usted bastante estúpido, herr Kolt, mandando correos electrónicos a mi mujer en los que aparece su número de teléfono y en los que también menciona dónde se aloja. O sea, que me ha resultado muy fácil ponerme en contacto con usted.

—No sé de qué me está hablando —dice Nicolas con firmeza—. Se ha equivocado de número.

Su tono debe de sonar falso, porque Malvina deja de hacer las maletas y dirige toda su atención hacia él. Hans Kurz sigue hablando, ahora con una voz más sonora.

—Ah, ya veo que no está solo. Imagino que es su novia, que no sospecha nada. He visto su página de Facebook. «Relación con Nicolas Kolt». Malvina Voss. Muy guapa. Muy joven. Pobre Malvina. Ella le adora, ¿verdad? —Otra risita irónica—. Qué incómodo debe de ser esto para usted, herr Kolt. Qué pena que la BlackBerry de Sabina esté *kaput*. El servicio de mensajes de BlackBerry es muy práctico, ¿verdad? Nadie consigue interceptarlos. Pero los correos electrónicos son otra cosa, ¿no? Resulta muy fácil leer los correos de otra persona. Y también enviarlos. Enviarlos a gente que no sospecha nada. Y ese último correo suyo era muy gráfico, ¿verdad? Ese que lleva su número de teléfono. Ese en el que le describe a mi mujer exactamente cómo se la va a follar. Con todo detalle. ¡Oh, escribe usted muy bien, herr Kolt! Estaba usted empalmado, ¿verdad? Probablemente es más excitante a la hora de escribir esa clase de mierda.

Malvina está ahora a su lado. Probablemente puede oír el tono gutural de Hans Kurz.

—¿Quién es? —susurra ella.

—No le oigo —grita Nicolas al teléfono, apartándose de ella—. La conexión es mala.

—Qué excusa tan patética. Deje en paz a mi mujer, herr Kolt, o iré en persona al hotel de lujo en el que se aloja, ese Gallo Nero, y le daré de patadas en su cara arrogante hasta dejarla hecha picadillo, hasta que sus adoradas admiradoras ya no lo reconozcan.

Nicolas apaga el teléfono. Le tiemblan las manos, pero consigue mantener una expresión normal en la cara.

—¿Qué quería esa persona? —pregunta Malvina ceñuda.

—No tengo ni idea —dice Nicolas—. Algún tarado. Se ha equivocado de número.

Sale al balcón. Se da cuenta de que es incapaz de reflexionar. Los pensamientos se le embotan. Está entumecido. ¿Cuánto tardará? No mucho, imagina. En cuanto Malvina acabe de hacer las maletas, o incluso antes, mirará su iPhone. Lo único que puede hacer es esperar.

Se siente como esa gente que protege frenéticamente su hogar contra un inminente tornado. Entablan las ventanas, amontonan sacos de arena delante de las puertas, acumulan agua, azúcar, pasta, pilas y linternas. Esperan. Abajo, ve el pausado fluir de la vida en el Gallo Nero, ese lugar desconectado de la realidad. Una mariposa iridiscente pasa volando. Los mozos del hotel van y vienen. Un jardinero atiende las plantas. Pasan huéspedes con raquetas de tenis y otros se dirigen al spa en albornoz. En el mar divisa a los suizos, que vuelven de su baño vespertino. Las mujeres americanas toman el té a la sombra. Oye «Oh, Dios mío» desde donde está. El terrible Damian pasa corriendo, seguido por su agotada madre. El doctor Gheza y un hombre elegante charlan cerca de los cipreses. La pareja gay juega al bádminton en el césped, vestidos de blanco, como en una escena de *Retorno a Brideshead*.

Son las cinco de la tarde de un soleado domingo de julio. Una de esas tardes perfectas y doradas. Una bomba está a punto de explotar. Nicolas espera.

Como siempre, no oye salir al balcón a Malvina, pero sí capta la furia eléctrica y crepitante que emana de ella y se da la vuelta.

Su cara es una máscara blanca y tensa, sus ojos dos relucientes canicas. Sin decir nada, le entrega su iPhone en un gesto suave y fluido que habría quedado perfecto en un videoclip o en un anuncio, piensa absurdamente Nicolas. Mira el teléfono, pero no hace falta leer lo que pone. Sabe que es una copia de su explícito correo electrónico a Sabina, que Hans Kurz le ha enviado a Malvina a través de su página de Facebook. Se pregunta cuántos años tiene Hans Kurz. Cincuenta y pocos, imagina. ¿Qué aspecto tiene? ¿Un poco calvo, con una barriguita de cerveza, o es uno de esos tipos

bronceados y en forma que se cuidan, vigilan su peso y hacen ejercicio?

—No ha pasado nada —murmura Nicolas, y le devuelve el teléfono a Malvina. Entra de nuevo en la habitación.

Ella le sigue. Al hablar, su voz es un chillido.

—¿Qué? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Que no ha pasado nada?

Nicolas se siente ajeno a la escena. Es como si estuviera sentado en el sofá, de brazos cruzados, mirándolos a los dos. Está tranquilo, impertérrito, casi plácido. Ella es como una polilla enloquecida que revolotea en torno a una llama y se fríe las alas.

—¿Que no ha pasado nada? —grita Malvina—. ¿Has leído esto? ¿Estabas borracho cuando lo escribiste? ¿Y la foto? ¿Puedes explicarme la foto?

—¿Qué foto?

De nuevo le planta el iPhone delante de la cara con el mismo gesto expeditivo y él se enfrenta con la imagen de su erección fotografiada en el cuarto de baño de caballeros del Gallo Nero. La que le envió a Sabina a través de su correo personal.

—Mira, Malvina —suspira—. Sé que esto es desagradable, y una sorpresa para ti, pero no ha pasado nada con esa mujer.

Mientras dice esas palabras se acuerda del presidente Clinton y de lo que nebulosamente captó del caso Lewinsky cuando era un adolescente y bromeaba con François y Victor, excitado por el detalle del puro y la mancha en el vestido, y ahora recuerda la cara sonrojada de Clinton en televisión cuando este afirmó de manera tajante: «No he mantenido relaciones sexuales con esta mujer». Y cómo luego el fiscal especial dijo insidioso: «Defina relaciones sexuales, señor presidente». Nicolas cierra los ojos. Debería haber pensado en las posibles complicaciones cuando mandó ese correo desde su cuenta privada. Nunca debería haber contestado el primer email.

Malvina casi le escupe de rabia. Su diminuto puño le golpea el brazo.

—No dejas de repetir lo mismo. «No ha pasado nada». ¡Cómo te atreves!

—Pero es cierto —insiste—. Solo la he visto una vez, en una firma de libros en Berlín, el pasado abril.

—¿Quién es?

—Es de Berlín. Es todo lo que sé.

—¿Cuántos años tiene?

—No tengo ni idea.

Malvina suelta un bufido.

—Sí, claro, no lo sabes. Una madurita aficionada a los jovencitos. De esas a las que no te puedes resistir. Una de esas amas de casa desesperadas a las que vuelves locas. Y fue ella la que empezó todo, ¿no?

—Me dio su número —admite Nicolas—. Intercambiamos un par de mensajes de texto y, bueno, ya sabes, la cosa acabó así.

—¡Que la cosa acabó así! —vocifera Malvina, blandiendo su iPhone, con una

expresión de absoluta repugnancia en la cara—. Que la cosa acabó así. —Lee—: «Voy a agarrarte por las caderas, Sabina, voy a separar ese magnífico culo y te voy a follar tan fuerte que oirás el sonido de...».

—¡Pero no la he tocado nunca! —grita Nicolas, interrumpiéndola—. No la he besado nunca. Nunca me he acostado con ella. No la he visto desde entonces. ¡No ha pasado nada!

—Ésta es la excusa más patética que he oído nunca. ¿«No ha pasado nada»? Le mandas a esta mujer un correo de dos páginas donde describes todo lo que quieres hacerle, la cosa más pornográfica que he leído en mi vida, cosas que a mí nunca me has hecho, a mí, que soy tu novia, ¿y te atreves a decirme que no ha pasado nada? Y mientras tanto, me compras un Rolex por mi cumpleaños y te comportas como el príncipe azul. Deja ya de decir que no ha pasado nada. Pareces Valmont en ese libro y esa película que tanto te gustan, repitiendo una y otra vez «No puedo controlarlo». No digas más «No ha pasado nada». ¡Cállate! Por suerte su marido parece estar de acuerdo conmigo y ha tenido la amabilidad de enviármelo, junto con esta foto tan grosera. Eso es lo que eres, Nicolas. Desagradable. Grosero. Repugnante.

—Vamos, Malvina —suspira—. Sé que no es muy elegante por mi parte, pero no he tenido ningún lío con esta mujer. No te estaba siendo infiel.

Malvina salta sobre la palabra «lío» como un gato salvaje con las garras preparadas.

—¡Sí que lo tenías! Eso es exactamente. Tenías un lío *online*. Tenías un lío. Es lo mismo. Me estás engañando. Me has traicionado. ¿Qué habrías hecho de descubrir lo mismo de mí? ¿Si le hubiera mandado correos guarros a alguien y los hubieras leído?

Nicolas está a punto de decir: «No creo que me hubiera importado mucho, porque no estoy enamorado de ti». Sin embargo, es incapaz de pronunciar esas palabras. Pero entonces se acuerda de Delphine, y de lo que habría sentido si ella hubiera tenido un lío *online*, un lío virtual, con otro hombre. Ese pensamiento le hace reaccionar. Comienza a sentirse culpable. Pobre Malvina. Leer ese correo, ver esa foto, debe de haber sido un golpe espantoso. Después de todo, ella está enamoradísima de él.

—Lo siento, Malvina —dice en voz baja—. Siento haberte hecho daño. La verdad es que esa mujer no me importa. Me importas tú. Lo siento muchísimo.

Ella le da la espalda y él, vacilante, deja caer su mano sobre su frágil hombro. Espera que ella se dé la vuelta, se eche a llorar, apoye la cabeza en su pecho. Luego se besarán, probablemente harán el amor y ella le perdonará. Pero Malvina le aparta la mano y sigue haciendo el equipaje sin decir nada más. Entra en el cuarto de baño, se lleva de allí sus cosas, las mete en la maleta y la cierra. Sus gestos son precisos. No le mira ni una vez.

Cuando por fin vuelve la cabeza para echar un vistazo, no se ha ablandado, no hay perdón. Su cara sigue siendo una máscara pétreo. Hay tanto odio en sus ojos que

él da un paso atrás.

—Es demasiado tarde para lamentarlo —susurra Malvina mientras transporta su maleta de ruedas hacia la puerta. Coge el bolso, mete dentro el iPhone y se echa una chaqueta sobre el vestido—. Ahora me voy. Cogeré el coche que sale antes y adelantaré el vuelo a París.

—¿Qué? —dice, perplejo—. Espera...

—Ya me has oído —le espeta, la mano en el pomo de la puerta—. Me voy. Pero recuerda una cosa: llevo un hijo tuyo dentro de mí. Tengo derecho a muchas compensaciones. A la larga. Y no hablo de un Rolex. Voy a ser la madre de tu hijo. Las cosas se harán a mi manera. Tendremos este bebe y nos casaremos. Tú serás mi marido. Y yo seré la señora de Nicolas Kolt. Te guste o no.

Abre la puerta y sale a paso vivo de la habitación. Se cierra la puerta.

Nicolas no dejaba de ver los ojos enrojecidos de Lionel Duhamel. Seguía sintiendo la presión en torno a su garganta. Continuó con su vida y no le mencionó la escena a nadie. Daba sus clases particulares, hacía la compra, iba a buscar a Gaïa al colegio a las cuatro y media. Mientras la niña jugaba en su habitación, y antes de que Delphine volviera a casa, a la vez que preparaba la cena, telefoneó a su madre y a su tía Elvire y les hizo las mismas preguntas. ¿Sabían quién era Alexei? ¿Alguna vez habían oído hablar de una carta que le mandó a Nina? Emma se quedó estupefacta. No entendía adónde quería llegar Nicolas. No recordaba ese nombre ni ninguna carta. ¿Por qué?, le preguntó. Nicolas dijo que se trataba de una conversación que recordaba de hace mucho tiempo, nada importante. Con Elvire fue más sincero. Le contó que Lionel se lo había mencionado la noche anterior. Ella se puso furiosa. La habían llamado esa mañana del hospital. Lionel no se encontraba nada bien, había dormido mal y se mostraba agresivo con el personal, hasta el punto de que habían tenido que aumentarle la medicación. «¿Qué demonios te crees que estás haciendo?», dijo, y su voz retronó en el teléfono. Nicolas imaginaba su ancha mandíbula, su cara sonrosada, tan parecida a la de Lionel. «No, ni ese nombre ni una carta significan nada para mí. Pero deja que te hable con claridad, Nicolas: no vuelvas allí sin avisarme antes y, cuando lo hagas, no hables de estas cosas, porque es evidente que le alteran. No me importa quién era Alexei ni qué decía la carta. Mi padre es un hombre anciano y confuso que merece un final pacífico. ¿Lo entiendes?».

La última persona a la que telefoneó fue a Brisabois. Tardó un poco en localizarlo. No le había visto desde que se presentara para pedir dinero, un año después de la muerte de su padre, en 1994. El número de teléfono que aparecía en la agenda de Théodore Duhamel ya no existía. Figuraban otros Brisabois en el listín, pero no el que él buscaba. Finalmente encontró a una Brisabois en Facebook que resultó ser la hija de Albert. Nicolas no recordaba que Brisabois tuviera ninguna hija, pero, por suerte, ella se acordaba de que su padre había trabajado con un tal Théodore Duhamel a finales de los ochenta y principios de los noventa. Le dio el teléfono de su padre.

Brisabois aceptó encontrarse con él en un café de la place des Ternes. Llovía a cántaros y Nicolas tuvo la impresión de que no había parado de llover desde que descubriera el auténtico nombre de su padre. La barba pelirroja de Brisabois se le había vuelto blanca, pero por lo demás seguía siendo el mismo tipo jovial que Nicolas conservaba en la memoria. Pidieron té y café y Nicolas fue directo al grano. Le enseñó a Brisabois el certificado de nacimiento.

—¿Sabías que mi padre se llamaba Fiodor Koltchine?

Brisabois asintió.

—Lo vi en algún documento oficial cuando éramos jóvenes. Le pregunté, pero a

Théodore no le gustaba hablar de ello. Sabía que él había nacido en San Petersburgo, pues solía presumir de eso. Le daba un toque exótico. Diferente de nosotros. Pero cuéntame algo más.

—Mi padre llegó a Francia en 1961, cuando era un bebé, con su madre. Fue adoptado por Lionel Duhamel, que acababa de casarse con Zinaïda Koltchine, mi abuela. Ella tenía quince años; Lionel, treinta. Descubrí todo esto cuando tuve que renovar el pasaporte por culpa de las recientes leyes del Gobierno.

—Y ahora quieres saber algo más de tu padre, ¿no es eso?

—Sí. Puede que suene raro, pero ¿a qué se dedicaba mi padre? Me refiero a cuál era su trabajo.

Brisabois se acarició la barba y sonrió.

—Sabía que me harías esa pregunta. Algún día —dijo.

Nicolas señaló el certificado de nacimiento.

—No sé nada de su auténtica familia ni de cómo murió. No es curiosidad morbosa, Albert. Soy yo, su hijo, su único hijo, que intenta averiguar quién era. Y vosotros erais amigos íntimos, ¿no?

—Lo éramos. Desde que íbamos al colegio. Lycée Montaigne. Théodore no era un buen estudiante. Dejó la escuela cuando tenía diecisiete años. Encontré divertido que se casara con una brillante alumna de la Khâgne que luego se hizo profesora.

—Háblame de su trabajo.

Brisabois echó una mirada a la place des Ternes, donde los coches estaban atascados bajo la lluvia. La gente caminaba deprisa en medio de un bosque de relucientes paraguas. Al fondo se erguía el Arco del Triunfo, cubierto por láminas de lluvia.

—Digamos que tu padre tenía un don. Tenía el don de saber juntar a las personas adecuadas.

—¿Un genio de los negocios?

—No, algo más clandestino.

Nicolas se quedó mirando a Brisabois. Pasaron los minutos.

—¿No estarás hablando de drogas? ¿Ni secretos gubernamentales?

—No se trataba de drogas.

Una pausa.

—¿Mi padre era un espía?

—No me gusta esa palabra —dijo Brisabois al tiempo que tamborileaba en la mesa—. Y tampoco le gustaba a Théodore.

—¿Un agente secreto?

Brisabois soltó una risita.

—Vamos, Nicolas. ¿Te parezco un agente secreto?

—No me lo vas a decir, ¿verdad?

Brisabois se limitó a sonreír.

Nicolas sintió que el misterio que rodeaba a su padre se volvía todavía más opaco. Brisabois no iba a contarle nada. Discretamente, Nicolas miró a su alrededor. Nadie parecía estar observándolos. ¿De qué tenía miedo Brisabois? Parecía tan normal, tan discreto... Un hombre de mediana edad con barriguita. Cualquiera pensaría que era profesor o historiador. Nadie se fijaría en él.

Nicolas se inclinó hacia delante. Su voz fue un susurro.

—Albert, ¿crees que mi padre corría algún tipo de peligro cuando murió? ¿Crees que alguien...?

Se quedó sin palabras, incapaz de expresar sus pensamientos.

—¿Te refieres a si creo que lo mataron? —dijo Brisabois sin andarse por las ramas—. No. No lo creo. Pero tu padre siempre se arriesgaba, aunque tuviera parientes, una familia, un hijo que aún era un niño, una mujer. No podía evitarlo. Él era así.

—¿Mi padre te mencionó alguna vez el nombre de Alexeï?

Brisabois frunció el entrecejo.

—No recuerdo que mencionara ese nombre.

—¿Y recuerdas si mi padre alguna vez habló de una carta de Rusia?

Otra pausa.

—¿Una carta?

—Sí, una carta.

Brisabois jugueteaba con su taza de café. Tenía los dedos cortos y cuadrados. La americana estaba salpicada de manchas. Olía a rancio. Las gafas le quedaban torcidas. Llevaba el pelo demasiado largo y le caía sobre el cuello de la camisa. ¿Dónde vivía? Nicolas imaginó un apartamento frío y húmedo, una planta baja que daba a un patio sin sol. ¿Guardaba en su casa alguna foto de Théodore Duhamel? ¿Había estado alguna vez celoso del carisma de su amigo? Para Brisabois debía de ser difícil caminar por la calle al lado de Théodore Duhamel. Todas esas miradas, esos ojos ávidos que no se dirigían hacia él. Tiempo atrás, cuando su padre todavía vivía, Emma solía burlarse de Brisabois. Le preguntaba a su marido, en broma, si existía alguna «madame Brisabois». Decía que al pobre Albert se le veía a veces tan solitario, tan descuidado, que parecía un perro a la espera de que su amo volviera a casa, mirando la puerta con ansia y aguzando los oídos a cada paso que se oía en las escaleras.

—Una carta... Interesante...

—¿Te viene algo a la cabeza? —preguntó con impaciencia Nicolas.

Brisabois asintió lentamente. Se quitó las gafas y se las limpió con el faldón de la camisa. Volvió a ponérselas.

—Ese último verano, el de 1993... —Brisabois vaciló.

—¿Sí? —dijo Nicolas—. ¿Qué pasó ese verano?

—La última vez que hablé con tu padre por teléfono, la última vez que oí su voz, mencionó una carta.

Nicolas miró sus dedos gruesos en la taza. A continuación levantó la vista hacia la cara de Brisabois.

—¿Puedes recordar qué dijo exactamente mi padre?

Brisabois soltó aire bruscamente.

—Nicolas, eso fue hace años.

—Hace trece. Inténtalo, por favor.

El hombre pidió otro café y esperó a que se lo trajeran. Nicolas también aguardó, con las piernas temblándole de impaciencia bajo la mesa.

Al fin Brisabois dijo en voz baja:

—Esto es lo que recuerdo. Théodore acababa de llegar a Biarritz. Debía de ser principios de agosto. Un poco antes... Me telefoneó para comentar un asunto profesional. Su voz sonaba un poco rara. Alterada. Diferente. Le pregunté por qué. Simplemente me dijo: «He leído una carta. Una condenada carta». Y eso fue todo. No dijo nada más. Le pregunté si era algún asunto de negocios y me contestó que no, que no tenía nada que ver con los negocios. Y ya está. Tu padre tenía aventuras con mujeres, probablemente ya lo sabes, ¿verdad? Pensé que se trataba de alguna mujer, de alguna mujer enamorada que le había escrito una carta. Siempre había mujeres enamoradas que iban detrás de él. No le di más importancia. No volví a pensar en ello.

—La escribió alguien llamado Alexeï. En julio. Desde Rusia. Creo que se la mandó a Nina, mi abuela, la madre de mi padre.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Mi abuelo, Lionel Duhamel, que tiene la cabeza perdida, descubrió el pastel.

—¿Qué crees que decía esa carta, Nicolas?

—No tengo ni idea. Ni siquiera sé quién es Alexeï. Pero voy a averiguarlo. O, al menos, lo intentaré.

Los ojos de Brisabois centellearon.

—En este momento has puesto la misma cara que tu padre, es como si le hubiera visto. Te pareces tanto a él... Cuando has entrado en el café, me he quedado impresionado. Era como si Théo avanzara hacia mí. Tú eres más moreno y no tienes los ojos tan azules, pero... Cuando eras niño, había un vago parecido, pero ahora... ¡Oh! Resulta doloroso y maravilloso mirarte.

—¿Le echas de menos, Albert?

—Más de lo que te imaginas. Echo de menos su audacia, su valor. Tu padre era como un héroe de novela. En la vida no se conoce a menudo a personas como él. De vez en cuando todavía oigo su voz, sueño con él.

—¿Crees que está vivo en alguna parte?

—Cuando no encuentras el cadáver de una persona, acabas imaginándote cualquier cosa. ¿Deseaba Théodore empezar de nuevo? ¿Montó su propia muerte? ¿Lleva otra vida, en otro lugar del planeta? ¿Tiene una nueva familia, una nueva esposa, nuevos hijos, una nueva identidad?

—¿Fue un accidente? —continuó Nicolas—. ¿No era feliz? ¿Quería acabar con la vida que llevaba? ¿Estaba disgustado por culpa de esa carta, la carta que mandó Alexei?

Se miraron en silencio.

—La peor parte de la historia de tu padre es no saberlo —suspiró Brisabois—. Quedarte con la incertidumbre.

Nicolas pensó en los últimos años. Había crecido a la sombra de un padre que se fue sin dejar rastro. Sintió un dolor apagado, familiar.

—Quedarte con la incertidumbre —repitió Nicolas—. La historia de mi vida.

—Todavía le echas de menos, ¿verdad?

Nicolas recordó aquellas tardes, cuando todavía era un niño, en las que regresaba a casa con la infundada esperanza de que su padre hubiera regresado mientras él estaba todavía en el colegio.

—Le he echado de menos cada día desde el 7 de agosto de 1993. —Nicolas sintió que se le humedecían los ojos. Le daba igual que Brisabois viera las lágrimas. No sentía vergüenza—. Le echo aún más de menos desde que me enteré de su verdadero nombre.

Brisabois le dio unas palmaditas en el hombro para consolarlo. A continuación se frotó las manos.

—Así pues, ¿por dónde vas a empezar, Nicolas? ¿Qué es lo primero de tu lista? ¿Cómo puedo ayudarte?

Nicolas sonrió por primera vez.

—Voy a empezar por San Petersburgo.

Una vez que hubo obtenido el visado y reservado el billete de avión y el hotel, cosa que le llevó un par de semanas, le llegó un correo electrónico de Brisabois. Cuando llegara a San Petersburgo, en el aeropuerto tenía que tomar el autobús número 13. Este paraba en la estación de metro de Moskovskaïa, en la línea 2, que le llevaría directamente a la estación de Nevski Prospekt. Lisaveta Andréievna Sapounova le estaría esperando a las cuatro. Ella le acompañaría a su hotel.

«Al principio, Lisa te pasará desapercibida», había escrito Brisabois.

Al principio. Nicolas se preguntó a qué se refería. Lisaveta era una «vieja amiga», escribió Brisabois, una mujer que había conocido en los años ochenta, cuando San Petersburgo todavía era Leningrado. Era traductora, le explicó, y una cuarta parte francesa. Conocía la ciudad como la palma de su mano y hablaba un francés fluido.

Aunque tenía una personalidad compleja, no era una persona de trato fácil ni extrovertida. «La llamo mi princesa rusa —añadió—. Oh, tampoco es que pasara nada entre ella y yo... Solo somos amigos... Ay...». Nicolas sonrió al leer esas palabras.

—¿San Petersburgo? —había preguntado su madre, sorprendida, cuando la informó de su marcha—. ¿Con Delphine?

—No —contestó Nicolas—. Me voy solo. Serán apenas un par de días.

Cuando se lo contó a Delphine, esta no quiso ser indiscreta. Percibió que algo le rondaba la cabeza a Nicolas y le consumía mucho tiempo. Fuera lo que fuera, se le veía callado, pensativo. Una mañana lo encontró en la mesa de la cocina con la vieja Montblanc de su padre en la mano.

—¿Qué estás escribiendo? —le preguntó.

—No gran cosa. Solo tomo notas.

Delphine había visto el certificado de nacimiento, pues se lo había enseñado nada más recibirlo.

—Mira, mi padre se llamaba Fiodor Koltchine.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó ella amablemente aquel día que Nicolas fue a ver a su madre bajo la lluvia.

—No lo sé. Extraño, supongo. Intento comprender. Intento comprender quién era en realidad.

—Yo haría lo mismo —dijo ella para consolarlo, y le besó en la frente.

Delphine le prestó algo de dinero para el billete de avión. Nicolas no quería pedírselo a su madre. Escogió el hotel más barato que encontró, un albergue juvenil céntrico. Partió a primeros de noviembre de 2006, durante las vacaciones escolares de mitad del trimestre. Solo se perdería un par de clases particulares.

Qué extraño y perdido se sintió al aterrizar en un país donde no podía leer los carteles de la calle. No había pensado en ello al tomar la decisión de ir a Rusia. Cuando cogió unas interminables escaleras mecánicas que bajaban a las entrañas de la estación de metro de Moskovskaïa, rezó para no equivocarse de tren, ni tampoco de parada. Agradeció que Brisaboïis le hubiera ofrecido la ayuda de una amiga, pues ni siquiera sabía cómo ni por dónde empezar. Esperaba que Lisaveta Sapounova le fuera de utilidad. No tenía a nadie más a quien recurrir.

Descubrió por Internet que noviembre no era un buen mes para visitar San Petersburgo. La mayoría de la gente acudía para las famosas noches blancas del verano, cuando la oscuridad solo duraba dos horas. Ahora encontraría lluvia y frío. Bueno, se dijo, París no había sido muy diferente en las últimas semanas, ¿no?

Una fina llovizna lo recibió al salir de la estación. Se quedó en Nevski Prospekt, con el cuello del abrigo subido, mirando a su alrededor en busca de Lisaveta Sapounova. Imaginó que Brisaboïis le habría facilitado una descripción de él. Alto,

joven, moreno, de aspecto francés. Oyó que hablaban ruso a su alrededor, un idioma gutural y sonoro del que no entendía nada, pero que le fascinaba, porque formaba parte de él. Después de todo, era medio ruso. En todos los transeúntes descubría los ojos azules y rasgados de su padre, la nariz respingona, la boca. En cierto modo, ese era también su país, aunque no supiera nada de Rusia, solo lo que había aprendido en sus clases de historia. Sabía lo bastante como para ser consciente de que el San Petersburgo que ahora estaba mirando, poblado por una animada multitud de personas que iban y venían acarreado bolsas de la compra, charlando por el móvil y vestidos con ropas de diseño, tenía poco que ver con el Leningrado de 1960, el año en que nació su padre, hijo de una quinceañera, en mitad de la guerra fría. Se acordó de la poeta Anna Ajmátova, que regresó a Leningrado en mayo de 1944 y escribió: «Un terrible fantasma que fingía ser mi ciudad». En sus años en la Khâgne, Nicolas había leído ávidamente a Blok, Bely, Gogol, Brodsky, todos ellos vinculados a San Petersburgo, sin saber que él también, a través de su padre, poseía lazos íntimos con la ciudad.

—¿Nikolai Duhamel? —dijo una voz de mujer. Pronunció su nombre a la rusa. Eso le encantó.

Se encontró delante de una mujer menuda y delgada que se cubría la cabeza con un pañuelo. Tendría unos cuarenta y cinco años, o un poco menos. Le tendió una mano fría. Mostraba una expresión severa.

—Soy Lisaveta Andréievna Sapounova.

Mantecía la barbilla alta, como si estuviera orgullosa de su nombre o de sí misma. Nicolas se fijó en que tenía dos hermosos lunares: uno cerca del ojo izquierdo, el otro junto a la comisura de la boca. La princesa rusa de Brisabois.

La siguió con la cabeza gacha. Ahora llovía a cántaros. Lisaveta lo llevó por una ancha avenida iluminada. Cruzaron un par de calles y por fin se detuvieron delante de un viejo edificio situado en la esquina de otra avenida grande y ruidosa. Se refugiaron en el vestíbulo.

—Éste es tu albergue —dijo la mujer—. Espero que sea cómodo.

Nicolas asintió. Ella lo intimidaba. Pero no le disgustaba su aspecto. Lisaveta le entregó una hoja de papel doblada.

—Ésta es mi dirección. Te he dibujado un plano —le explicó—. No está lejos de aquí. Para que puedas venir sin perderte. Pasado mañana tengo tiempo para llevarte por ahí. Podemos visitar algunos sitios. Los museos, las iglesias, los canales.

Nicolas bajó la vista hacia el papel. Una letra elegante y femenina. Un dibujo meticuloso de las calles que había que coger para llegar a su casa.

—¿Brisabois te ha contado algo? —preguntó.

Lisaveta puso cara de perplejidad.

—¿Contarme algo? Solo me ha pedido que te haga de guía.

Nicolas se aclaró la garganta.

—No he venido a hacer turismo. Aunque eres muy amable.

Lisaveta arrugó la frente.

—¿Para qué has venido entonces?

Nicolas sonrió.

—Para visitar unos fantasmas. —Comprendió que Lisaveta no entendía a qué se refería, de modo que añadió apresuradamente—: He venido a averiguar algo más de mi padre y su familia. Él nació aquí. Murió cuando yo era niño.

Un grupo de jóvenes mojados y alegres entraron en el vestíbulo y chocaron con ellos. Se apartaron para dejarlos pasar.

Lisaveta se quitó el pañuelo de la cabeza. Tenía el pelo moreno, tupido y lustroso. Unos ojos negros como el carbón. Una piel blanca y tersa.

—Para averiguar ¿qué? —preguntó.

—Quién era mi padre. Cuál era su origen.

Ella se quedó mirándolo unos segundos y a continuación sonrió por primera vez. Eso la hizo parecer varios años más joven.

—*Da*. Te ayudaré —dijo asintiendo con la cabeza—. Ven pasado mañana, a desayunar.

—*Horosho* —repuso él. Era una de las pocas palabras en ruso que sabía.

Ella volvió a sonreír y repitió la palabra con el acento correcto. A continuación preguntó:

—Bien. ¿Prefieres té o café?

—Té, gracias.

—A las nueve. Pasado mañana. *Do svidania*. Hasta que volvamos a vernos.

Se marchó. Nicolas subió a la cuarta planta. El lugar estaba limpio y bien cuidado. Compartía habitación con unos amistosos suecos, que también pasaban su primera noche en la ciudad. Se llamaban Anders y Erik. Le sugirieron ir a comer algo y a tomar una copa. Le dijeron que habían conocido a unas chicas rusas que les habían mencionado un bar divertido situado no lejos de allí, con música en directo. ¿Por qué no los acompañaba? Nicolas no quería pasar la velada solo, así que les acompañó al café. Enfilaron otra calle ancha bajo una lluvia aún más persistente. El café era un sótano y estaba abarrotado. Las rusas eran locuaces y divertidas. Hablaban bien inglés y pidieron encurtidos, caldo, blinis y vodka. Una de las chicas, Svetlana, se achispó rápidamente y se puso excesivamente cariñosa. A Nicolas le costó Dios y ayuda quitársela de encima. Cada dos por tres Svetlana se le sentaba en el regazo. Pero ella no le atraía, ni siquiera después de un par de vodkas. De hecho, era todo lo contrario. Cuando una ruidosa banda comenzó a tocar y aquel pequeño local se llenó aún más de gente y de humo, Nicolas los perdió. Echaba de menos a Delphine y deseaba que ella estuviera allí para compartir esos momentos con él. Se

sentía cansado y decidió marcharse.

Mientras volvía, se perdió. En algunos lugares, las calles mojadas olían a agrio, como si el agua hiciera vomitar las cloacas. Una gran iglesia dorada brillaba en la oscuridad, un hermoso edificio neoclásico, que él se quedó mirando sobrecogido antes de seguir caminando a toda prisa. Tras deambular un rato más, se encontró en un canal y levantó la vista hacia unas cúpulas espectaculares en forma de cebolla que le hicieron olvidarse de la lluvia. Un alma considerada se apiadó de él y le enseñó el camino de vuelta al albergue. Cuando Anders y Erik regresaron, más que borrachos, él ya dormía. Tropezaron con los muebles, riendo estúpidamente. A Nicolas no le importó. Volvió a encender la luz y observó cómo daban vueltas por la habitación, y se rio con ellos. La gente de la habitación de al lado aporreó la puerta, molesta con el ruido. Era tarde. Al final los suecos se durmieron. Uno de ellos roncaba. Nicolas se dio cuenta de que le costaría dormir, aunque no tenía nada que ver con los ronquidos. Por primera vez en su vida se encontraba en la ciudad en la que había nacido su padre, cuarenta y seis años antes. La idea le mantuvo despierto un buen rato.

Por la mañana, temprano, Nicolas utilizó el cuarto de baño comunitario mientras los demás dormían. Tenía planeado pasar el día visitando las casas de sus escritores rusos preferidos, los que habían nacido o habían muerto en la ciudad de su padre. Había dejado de llover. La mañana tenía una luz perlada y el aire era fresco y vigorizante. La casa de Pushkin se hallaba junto al canal Moïka. La encontró con facilidad. Tuvo que agacharse para pasar por la baja puerta de madera. Una señora adusta y de pelo gris le pegó cuatro gritos en ruso y, cuando él le devolvió una mirada inexpresiva, le hizo señas de que tenía que colocarse unas zapatillas protectoras de plástico sobre los zapatos. Nicolas recorrió de puntillas las habitaciones silenciosas y de paredes azules y permaneció un rato en el estudio del poeta, forrado de libros. También estaban su bastón, su pipa, su butaca preferida. Alexander Pushkin murió allí el 29 de enero de 1837, a los treinta y siete años, herido de muerte tras un duelo con un francés que estaba cortejando a su hermosa mujer. Nicolas encontró el mismo ambiente callado y reverencial en el apartamento de Fiodor Dostoievski de Kuznechny Pereulok. Al igual que Pushkin, Dostoievski también falleció en su estudio de una hemorragia pulmonar el 9 de febrero de 1881. Otra severa *babushka* le hizo señas a Nicolas de que se alejara del escritorio iluminado con velas del gran autor, sobre el que se había inclinado demasiado para admirar su superficie. Fue allí donde Dostoievski escribió *Los hermanos Karamazov*, donde redactó su famoso discurso para la inauguración del monumento a Pushkin, donde escribió la última entrada de su *Diario de un escritor*, publicado póstumamente.

El lugar de nacimiento de Vladimir Nabokov en Ulitsa Bolshaya Morskaya ya no tenía el mismo aspecto que cuando el escritor nació allí en 1899. Albergaba la redacción de un periódico. Pero en la planta baja, Nicolas se paseó por las

habitaciones de techos altos, donde descubrió la famosa colección de mariposas que había recogido el propio Nabokov, fichas con su letra, sus quevedos y su Scrabble de viaje, fotos de él cuando era niño y una máquina de escribir de las antiguas. Un joven huraño le hizo entrar en un cubículo donde, en un televisor estridente que probablemente era una reliquia de la Perestroika, se proyectaba un vídeo rodado en 1963, en blanco y negro y de una malísima calidad, pero donde pudo escuchar la voz de Nabokov hablando en inglés con acento ruso y luego ver su cara oronda y sus ojos oscuros y penetrantes.

Pero fue el apartamento comunitario de Anna Ajmátova, cerca del canal Fontanka, donde vivió durante treinta años, lo que más conmovió a Nicolas, de una manera que no pudo explicar ni describir del todo. La humilde cocina, con su sucio fregadero, mostraba los vestigios de épocas difíciles, de penalidades y sufrimientos. Fue desde ese tranquilo lugar desde donde Ajmátova observó con pavor cómo su ciudad soportaba la revolución, la guerra civil, el terror político, la Guerra Mundial. Nicolas pasó un buen rato en la habitación, contemplando su cama de poca altura, su alto escritorio de madera. Cuando se fue del edificio ya era tarde. Un gato grande de color mermelada le maulló al salir.

A la mañana siguiente, tras una noche más descansada, salió del hotel temprano con la dirección de Lisaveta Sapounova en el bolsillo. Giró a la izquierda nada más abandonar el edificio y luego tomó la segunda calle a la izquierda, siguiendo sus indicaciones. Llegó a un gran canal que ya había visto el día antes, cerca de la casa de Ajmátova. «Fontanka», había escrito Lisaveta Sapounova con su pulcra letra. Se quedó parado un rato, mirando a su alrededor, junto a aquella extensión de agua azul grisácea, los patricios edificios que la flanqueaban, sus colores sutiles y tenues. Se hallaba en el mismísimo centro de la ciudad, construida sobre una marisma por un zar que odiaba Moscú, y comprendió que, mirara donde mirara, sus ojos encontraban algo que lo maravillaba. Pero se recordó que su padre prácticamente no había conocido su lugar de nacimiento. ¿Cuánto tenía cuando se marchó? ¿Seis meses? ¿Un año? Théodore Duhamel no recordaba nada. No había regresado nunca. Ni tampoco su madre, Nina.

Lisaveta Sapounova vivía en un edificio ajado por el tiempo que conservaba un digno esplendor y cuya fachada medio en ruinas estaba decorada con pilares estilo griego y presentaba unas ventanas altas y cuadradas. Nicolas subió una gran escalinata que parecía a punto de desmoronarse, cuyas paredes, con la pintura desconchada, estaban cubiertas de grafiti. La puerta número tres, había escrito Lisaveta. Llamó. No contestó nadie. Observó un pequeño timbre y lo pulsó. En algún lugar recóndito de aquella antigua casa se oyó un lejano tintineo y a continuación unos pasos rápidos. Los viejos cerrojos ronronearon y gruñeron. La puerta se abrió con un chirrido. Lisaveta lo condujo a una habitación solitaria y enorme, con los

techos más altos que había visto nunca. La vista sobre el Fontanka era extraordinaria. Nicolas se fue directamente a una de las ventanas salientes y soltó una exclamación de asombro. Ella lo observó, asintiendo y sonriendo. Por fin Nicolas consiguió apartar los ojos del canal y la miró a ella. Lisaveta llevaba un vestido marrón oscuro que le daba un aire años cuarenta. Tenía el pelo recogido hacia atrás. Él no pudo evitar fijarse en su fina cintura. Lisaveta se mantenía muy erguida, con las manos en una silla, de pie delante de una mesa redonda, sobre la que Nicolas vio un reluciente samovar y un juego de té de porcelana.

La habitación estaba completamente forrada de libros. En ruso, francés, alemán e inglés. En un rincón había una cama antigua con dosel, con unas cortinas descoloridas doradas y azules. Delante de las ventanas había un escritorio alargado, sobre el que vio un ordenador, cuadernos de notas, bolígrafos y papeles, iconos y una pirámide de malaquita en miniatura. Un sofá de terciopelo carmesí de asientos hundidos, acompañado de unos pufs marroquíes, estaba colocado delante de una gran chimenea de piedra en la que habían construido una cocina moderna.

—Esto era una sala de baile —le explicó Lisaveta Sapounova—. Por eso es tan grande. Hace años todo estaba dividido y repartido. La época soviética dejó sus cicatrices —dijo señalando las marcas y señales que se veían en las paredes y techos—. Mira, ahí se construyó otra planta para albergar todavía más gente. Por suerte fue derribada en los años noventa. Por eso dispongo de una sola habitación. Una gran habitación.

Nicolas le preguntó si vivía sola. No había atisbo de marido ni de hijos. Tras un biombo plegable, intuyó que había un cuarto de baño.

—Por favor, llámame Lisa. Háblame de ti —dijo Lisaveta en cuanto se hubieron sentado. Él observó cómo manejaba el samovar. Tenía las manos delicadas y no llevaba anillos de boda—. ¿Eres estudiante?

Él le habló de sus clases particulares. A continuación pasó a relatarle cómo había descubierto el verdadero nombre de su padre. Le explicó que su familia jamás había mencionado el asunto. Le enseñó el certificado de nacimiento de su padre y el de Nina. Ella los estudió y dijo:

—Tu abuela nació en una vieja clínica cerca de los jardines Tauride, que ahora es una universidad.

—¿Y mi padre? —preguntó Nicolas.

—En un hospital no. En la calle Pisareva. Puedo llevarte hasta allí. No está demasiado lejos. Podemos ir caminando. —Lisaveta le pasó unas tostadas, mantequilla y mermelada—. ¿De qué otra manera puedo ayudarte?

—No lo sé. Estoy perdido —admitió avergonzado—. No sé por dónde ni cómo empezar.

—Bueno —dijo ella—, podemos ir al registro civil del distrito Admiralteiski, que

es la zona donde vivía tu familia; quizá podamos buscar quiénes eran tus bisabuelos.

—Gracias. Eres muy amable.

—En ruso decimos «*spassiba*», Nikolaï. —Volvió a pronunciar su nombre en ruso y le dirigió una de sus escasas sonrisas—. Y tu padre es Fiodor en ruso y Théodore en francés. ¿Sabías que son el mismo nombre?

—No —respondió Nicolas.

—¿Tu padre y tu abuela hablaron alguna vez en ruso?

—No.

Terminaron de desayunar en silencio.

—Nuestra ciudad tiene una historia de dolor y esplendor, y todavía hoy llevamos ese estigma —afirmó Lisa Sapounova más tarde, mientras lo guiaba a través de anchas calles en las que zumbaba el tráfico. A veces se detenían y ella señalaba un monumento, una estatua, un puente o una iglesia.

En el registro civil, Nicolas estuvo esperando en una sala fea y deprimente en la que palpitaba el legado de los tiempos difíciles y el opresivo sello de la *nomenklatura*. La gente que trabajaba allí no sonreía. Lisa Sapounova le explicó que era la manera de ser de los rusos, una especie de concha áspera que los protegía. No significaba que todos fueran antipáticos.

Unos momentos más tarde, Lisa aparecía con una hoja de papel.

—Mira, Nikolaï —dijo triunfal—. No ha sido muy difícil.

Él se quedó mirando el documento. No entendía ni una palabra.

—¡Oh! —exclamó ella, y se sentó a su lado—. Lo siento. No lees ruso. Deja que te lo traduzca. Mira, aquí dice que tu bisabuela, Natacha Ivanovna Levkina, murió en 1982, y tu bisabuelo, Vladimir Nicolaevitch Koltchine, en 1979. Y ésta es la lista de sus hijos.

—Mi abuela Nina.

—Sí, Zinaïda, y el otro niño.

—¿El otro niño? —preguntó Nicolas, sorprendido.

Se quedó mirando el papel.

—*Da*, mira —dijo Lisa Sapounova—, esto de aquí significa que tu abuela, Zinaïda Vladimirovna, nació en 1945. Nació justo después del asedio, al igual que muchos bebés de la época. Y esto de aquí es otro nombre, un hermano que nació antes que ella. ¿No ves?

La sombría sala quedó en silencio. Desde la otra punta del pasillo, Nicolas oyó unas pisadas, voces. Y de nuevo el silencio.

—¿Y cómo se llama? —preguntó con recelo Nicolas, aunque ya lo sabía.

—Alexeï Vladimirovitch. Nacido en 1940.

Cuando posteriormente siguió a Lisa al lugar de nacimiento de su padre, en la cercana calle Pisareva, permaneció en silencio. Ella pareció comprender, sin que

tuvieran que decírselo, que Nicolas no deseaba hablar. Este mantenía la cabeza gacha, los ojos en el suelo. No la levantó ni una vez, excepto para admirar los barrocos chapiteles y cúpulas dorados de la catedral de San Nicolás. No quería dar voz a las preguntas que giraban en su cabeza. ¿Todavía seguía vivo Alexeï? Los certificados de sus bisabuelos no mencionaban su muerte. Pero tampoco se mencionaba la muerte de su hija en el año 2000. ¿Debería intentar Nicolas encontrar a Alexeï? ¿Valía la pena tomarse todas esas molestias?

—Es aquí —dijo Lisa Sapounova, deteniéndose.

El edificio alto y ocre que había delante de ellos era antiguo, y su fachada, una colección de grietas y remiendos. Tenía una gran entrada en arco y cinco plantas divididas en numerosos apartamentos. Lisa Sapounova le explicó que aquella zona, Kolumna, había cambiado a mejor y seguía medrando. Había estado abandonada y en ruinas durante muchos años y algunas calles de la vecindad todavía eran insalubres. Tenía un aspecto dejado y más pobre. Nicolas observó las numerosas ventanas, donde divisó macetas de plantas y cortinas y persianas de diferentes colores. Detrás de una de esas ventanas, su padre había respirado por primera vez. A través de esa puerta en arco, Zinaïda se había marchado para siempre con Fiodor en brazos. Le preguntó a Lisa Sapounova si se había fijado en la edad que tenía su abuela cuando nació su hijo, Fiodor Koltchine. Lisa Sapounova contestó que sí, que tenía quince años. Su abuela probablemente había ocultado su embarazo hasta el final y el niño había nacido allí, en el domicilio familiar. Sin duda había sido difícil para los padres de Nina, para ella. Lisa Sapounova añadió que costaba imaginar las vidas de las personas que habitaron esa ciudad hace cuarenta y cinco años. Muchas cosas habían cambiado de manera radical. Incluso a ella, que había nacido y se había criado en la ciudad y había presenciado la disolución de la Unión Soviética en 1991, le resultaba arduo describir hasta qué punto se había transformado. Nicolas le preguntó si tenía alguna idea de cómo su abuela pudo conocer a Lionel Duhamel, el joven empresario que adoptaría a su hijo y que un año más tarde se casaría con ella en Francia. No, no lo sabía, y sería difícil averiguarlo. Pero reflexionó que con un poco de imaginación se podían barajar algunas hipótesis. Si su abuela era una chica guapa, entonces las cosas resultaban más fáciles. Las chicas guapas llamaban la atención, incluso en la guerra fría. Le preguntó con un gesto serio si Nicolas había pensado alguna vez en el factor amor. El factor amor hacía que las cosas fueran mucho más simples, ¿verdad? A lo mejor Lionel Duhamel vino a algún congreso, en alguna de las universidades, y Zinaïda también asistió acompañando a alguna amiga. No hacía falta más. El amor era todo lo que se necesitaba para conseguir que Nina y su hijo salieran de la Unión Soviética. Le preguntó si Lionel Duhamel era un hombre acomodado, si tenía dinero. Nicolas le contestó que sí. Bueno, pues ahí estaba la respuesta. El amor y una cierta cantidad de rublos depositados en las manos adecuadas y no hacía falta barajar más hipótesis.

Nicolas observó a Lisa Sapounova, su figura estilizada dentro de su gabardina oscura. A lo mejor tenía razón, repuso, pero para él había otro elemento, algo más: su abuela deseaba huir de ese país, cambiar de nombre, no regresar nunca, borrar todo lo ruso que había en ella. ¿Por qué?

Durante gran parte de la noche, mientras Erik o Anders y otro holandés roncaban, Nicolas permaneció tendido boca arriba pensando en Alexeï. ¿Era ese mismo Alexeï el que escribió la carta en 1993? ¿Por qué Nina nunca mencionó a su familia de San Petersburgo, ni a sus padres ni a su hermano? ¿Por qué los borró de su vida?

Al día siguiente, Lisa Sapounova se reunió con Nicolas en el albergue para informarle de que había conseguido localizar dónde estaban enterrados sus bisabuelos, gracias a un amigo que trabajaba en los archivos de todos los cementerios de San Petersburgo. El cementerio de Volkovo se hallaba situado al sur de la ciudad. La línea 5 del metro les llevó directamente. Iván Turguenev también estaba enterrado en Volkovo, le informó Lisa de camino, así como la madre de Lenin. Cuando llegaron, Nicolas se quedó sorprendido. Nunca había visto un cementerio con tantos árboles. Aunque era noviembre y casi todos habían perdido las hojas, se imaginaba el verdor de la primavera y el verano. El lugar estaba desierto y en silencio. Sobre las tumbas había cruces rusas y muchas fotografías esmaltadas de los difuntos. Las tumbas más antiguas estaban inclinadas, cubiertas de musgo y las letras se habían descolorido. Los callejones eran largos y húmedos, a menudo embarrados. Los pequeños pies de Lisa Sapounova, calzados con sus elegantes botas de tacón alto y cordones, evitaban diestramente los charcos. El aire era húmedo y olía a tierra. *Vladimir y Natacha*. Nicolas no sabía nada de ellos. Qué raro se le hacía ahora presentarse ante su tumba. El bisnieto que nunca conocieron. A Lisa Sapounova le llevó un rato encontrar la sepultura. No dejaba de mirar el plano. De repente se detuvo. Se inclinó hacia delante, colocó la mano en el enrejado que rodeaba la tumba y dijo en voz baja:

—Es aquí. Aquí están. Los Koltchine.

Una cruz rusa, hecha de piedra. Una tumba de mármol negro.

—¡Espera! —exclamó Lisa Sapounova—. Oh, mira...

Nicolas se inclinó un poco más. No podía leer los nombres, pero sí veía las fotos esmaltadas. La imagen en blanco y negro de una pareja, cincuentones: un hombre con la cara alargada y estrecha y una amable sonrisa y una mujer con un pañuelo rodeándole la cabeza y mejillas redondeadas.

Otra fotografía, de alguien más joven, con una cara tan sorprendentemente parecida a la de su padre que Nicolas soltó un grito ahogado.

—¿Quién..., quién es? —tartamudeó, agarrándose al enrejado.

—La pareja son tus bisabuelos —dijo Lisa—. El más joven es Alexeï, su hijo. El tío de tu padre. Se parece muchísimo a ti, Nikolaï. Es sorprendente.

Atónito, leyó las fechas. «Наташа 1925-1982. Владимир 1921-1979. Алексей 1940-1993».

Nicolas por fin se giró hacia ella y habló:

—Hay otra cosa que necesito saber. La fecha exacta de la muerte de Alexeï Koltchine en 1993.

La respuesta le llegó un poco más tarde, cuando volvieron a visitar el registro civil, donde habían estado el día anterior.

Lisa Sapounova se la tradujo.

—Alexeï Vladimirovitch Koltchine nunca se casó. No tuvo hijos. Murió en San Petersburgo el 15 de julio de 1993.

Tras la marcha de Malvina, Nicolas se queda un rato sentado en la habitación. A continuación se pone en pie y sacude el cuerpo como un animal amodorrado que sale de la hibernación. Lo recorre una nueva energía. Llama a recepción y le contesta una voz femenina que dice llamarse Carla. Sí, sabe que la señorita Voss ya se ha ido en un coche y ha pedido que le consigan un vuelo que salga antes, *grazie*. Le pide a Carla si sería posible quedarse otra noche. ¿Podría también cancelar su vuelo y conseguirle uno mañana por la tarde? La mujer le informa de que lo llamará en unos minutos. Mientras tanto, Nicolas le manda un correo electrónico a Alice Dor. Le escribe para decirle que no se preocupe. Le suplica que le crea. Lamenta el malentendido, pero no ha hecho ningún trato con Dagmar Hunoldt. Ninguno. Cuando Alice quiso firmar el contrato para el nuevo libro, parecía tener tantas prisas que él no se atrevió a admitir que todavía no se había puesto a escribir. Todo es culpa suya. Se siente culpable, se siente fatal. Le devolverá el anticipo. Mañana, cuando regrese, se lo explicará todo. Tienen que hablar. ¿Cuándo puede verla?

La recepcionista lo llama. ¿Le importaría cambiar de habitación? Esta noche llega mucha gente nueva, a causa de la fiesta que el doctor Gheza ofrece a unos amigos íntimos que se casan. Será bienvenido a la velada, que comienza a las siete en la terraza. La nueva habitación será más pequeña, pero con la misma vista al mar. ¿Le parece bien? Nicolas dice que naturalmente, ningún problema. ¿Podrían ir a recoger su maleta? Le contestan que una de las camareras le hará la maleta y la trasladará a su nueva habitación, en el piso de arriba. Puede cambiarse cuando quiera. En cuanto a su traslado y a su vuelo de la tarde siguiente, se han encargado de todo y están esperando confirmación. Justo cuando Carla está a punto de colgar, Nicolas añade:

—¿Podría decirme si la señora Dagmar Hunoldt sigue en el hotel? ¿Asistirá a la fiesta de esta noche?

Carla le pide que le repita el nombre.

—Lo siento, he mirado la lista de huéspedes, *signor* Kolt, y no aparece nadie con ese nombre.

Se siente frustrado. ¿Quizá Dagmar Hunoldt se ha registrado con el apellido de uno de sus maridos? Intenta describírsela a Carla. Una mujer de unos sesenta años, pelo blanco, recogido en un moño, sombrero panamá, se parece a Glenn Close pero con unos kilos de más.

—No —responde Carla—. Me temo que no me suena. Le preguntaré a mi colega Lodovico, espere... Un momento... Lodovico dice que a lo mejor se refiere a la *signora* Jordaens. Ha estado aquí con su marido, pero se ha marchado esta tarde.

Nicolas le pide a Carla que le deletree el nombre, le da las gracias y cuelga. Coge la BlackBerry y busca Jordaens en Internet. Ve fotos de gente que no tiene nada que ver con Dagmar Hunoldt. Está desconcertado. ¿Era ella o solo una mujer que se

parecía a ella? ¿Se alojaba en el hotel o solo venía a nadar por la mañana y a desayunar y dormía en algún yate cerca de la costa? Se siente estafado. ¿Ha estado dándole caba a una completa desconocida?

MAMÁ parpadea en la pantalla.

—¡Hola! —dice Nicolas con un grito ahogado de alegría y alivio.

Emma ríe.

—Parece que me has echado de menos.

—¡Ya lo creo! Nunca sabrás cuánto.

Se pregunta si todavía sigue en Saint-Tropez con su novio, en el barco.

—¿Cómo está Ed? —inquire con cierta cautela.

—Bien. Supongo que ha despertado tu curiosidad, ahora que has hablado con él.

—Ya lo creo. Pero me alegro por ti.

—¿Lo pasas bien en Italia, Nicolas? ¿Estás trabajando en tu libro?

Recorre con la mirada la hermosa habitación y se da cuenta de que Malvina se ha dejado el Rolex en medio de la cama. Ahí está, relumbrante y desaprovechado, como un juguete que nadie quiere. Lo recoge y lo mete en la maleta en un arrebato de cólera.

—No —murmura—. Nunca lo había pasado tan mal.

—¿Qué ocurre? —Ella parece preocupada.

Lllaman a la puerta. Le pide a su madre que espere un momento. Es una de las camareras, que viene a por el equipaje. Le incomoda presenciar cómo la mujer recoge sus cosas estando aún él en la habitación. Le dice que la ayudará y así será todo más rápido. Mientras ella le dobla la ropa, él se ocupa de los artículos de aseo.

Cuando entra en el cuarto de baño, reanuda la conversación con su madre.

—Lo siento. Estaba haciendo las maletas.

—¿Qué ocurre, Nicolas?

—Malvina está embarazada. No lo habíamos planeado. Al menos, yo no. Y quiere tener el niño.

—No me sorprende.

Su madre habla con frialdad.

—¿A qué te refieres?

—Nunca me gustó. Nunca confié en ella. Desde la primera vez que la vi.

Nicolas suspira.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Qué podía decirte? Era joven, encantadora, tú pensabas que era dulce y amable, pero a mí nunca me lo pareció. Nunca vi esa dulzura. Supongo que te sentías solo, que ella te atrajo y no habías superado lo de Delphine. Así es como pasan estas cosas.

—Sí —dice apesadumbrado—, y ahora estoy atrapado. Hace un rato que se ha

ido, por razones en las que ahora no quiero entrar, y de repente era otra persona. Era temible. Otra mujer. Una desconocida. Quiere compensaciones. Quiere que nos casemos. ¡Que nos casemos!

Las últimas palabras resuenan en el cuarto de baño color salmón.

El tono de su madre es firme y decidido, la voz de una profesora. Nicolas a menudo se ha burlado de ese tono, pero ahora escucharlo le hace bien, le tranquiliza.

—Nicolas, nadie va a obligarte a hacer lo que no quieres. Nada ni nadie. Puedes contratar a un abogado que se encargue de esto. Tú no quieres ese hijo. No es tu elección. No estás enamorado de esa chica. Recuérdalo.

—¡Mamá, hay un bebé en camino!

—Puede. Pero tienes que mantener la calma y no dejarte llevar por el pánico. Esa chica te ha atrapado.

—¿Te sentiste atrapada por papá al quedarte embarazada? —pregunta Nicolas.

—¡Por supuesto que no! Nosotros queríamos tenerte. Eras lo que siempre habíamos querido. Cuando descubrimos que yo estaba embarazada, nos sentimos muy orgullosos.

—Pero los dos erais muy jóvenes.

—Lo bastante mayores para saber que queríamos ser padres. Te tuvimos por decisión propia. Que no es lo que te está pasando a ti ahora. Malvina ha convertido a ese bebe en un rehén. Vas a tener que luchar.

Nicolas piensa en lo que le espera. Los abogados. La interminable batalla, que saldrá en la prensa. Los correos certificados con entrega registrada. Los mediadores. Y el niño. El niño sin rostro. Sabe que no negará ser el padre del niño. Lo reconocerá legalmente como propio, si las pruebas de ADN demuestran que realmente es el padre. Es con Malvina con quien tendrá que lidiar el resto de su vida, aunque ahora sabe que la dejará. Se negará a casarse. Pero ella seguirá vinculada a él para siempre al ser la madre de su hijo. Un pensamiento terrible le viene a la cabeza y no lo rechaza. ¿Y si sufriera un aborto? Esas cosas pasan, en épocas anteriores las mujeres perdían a sus bebés. ¿Está mal desear con todo su corazón que sufra un aborto natural?

—Te echo de menos, mamá.

—Yo también te echo de menos, Nicolas.

—Tenemos que ponernos al día, ¿vale?

—Ya lo creo.

Se despide de su madre y regresa al dormitorio. La maleta está preparada y llaman a un botones. Da las gracias a la camarera, le entrega una propina y sigue al botones hasta su nueva habitación. Es más pequeña, pero igual de cómoda. La vista del mar es quizá incluso más bonita desde aquí. Le da propina también al botones y cierra la puerta. Una paz extraña y solitaria lo invade. Se echa en la cama y comprueba sus correos electrónicos (todavía no hay respuesta de Alice Dor) y las

redes sociales. No hay nada que le llame la atención. Deja la BlackBerry. A lo mejor podría bajar a la fiesta de los amigos recién casados del doctor Gheza. Pero prefiere quedarse en la cama, las manos detrás de la nuca. Piensa en Malvina, en que despegaba en un avión, de vuelta a París. En su determinación. En esa nueva seguridad en sí misma de la que ahora hace alarde. En el Rolex abandonado en mitad de la cama. Se acuerda de Delphine, se pregunta si algún día tendrá el valor de decirle que la ama. ¿Se reirá de él? ¿Le dará otra oportunidad? Piensa en Dagmar Hunoldt. ¿Realmente era ella? Nunca lo sabrá, a no ser que algún día vuelva a encontrársela. El movimiento retrógrado de mercurio... Epicuro... Y él, escuchando con devoción todas sus palabras. ¡Menudo idiota! Piensa en Roxane, François, en cómo le han herido sus palabras. En Savannah y en esos cautivadores labios que casi ha besado. En Cassia Carper, sus piernas, sus zapatos, su lengua en su boca. En Sabina, su marido y los correos. Las fotografías. No sabe por qué, pero sonríe. Piensa en Laurence Taillefer y sus artículos y deja de sonreír. Piensa en Nelson Novézan. Su rictus lascivo; sus dedos amarillos por el tabaco; su ego.

En Alice Dor. Sus lágrimas. Su voz al teléfono. Tiene que recuperar su confianza. Recuperar su estima. Ponerse a escribir. Recuerda ese momento inolvidable en el despacho de Alice, cuando ella le preguntó, hace cuatro años: «¿Has considerado publicar este libro con otro nombre o quieres firmarlo con el de Nicolas Duhamel?». Él contestó de inmediato: «No, quiero firmarlo como Nicolas Kolt». Ella le tendió la mano, le estrechó la suya y dijo sonriendo: «Bien, espero publicar muchos otros libros firmados por Nicolas Kolt».

Es solo un temblor, un estremecimiento, pero lo siente. Una energía embriagadora que se le sube a la cabeza.

Y la ve. Un zarcillo de neblina azul desplegándose delante de sus ojos.

Cuando Nicolas regresó de San Petersburgo, en noviembre de 2006, con un fuerte resfriado, le mandó un correo electrónico a Lisaveta Sapounova a la mañana siguiente de su llegada:

Querida Lisa:

Gracias por tu inestimable ayuda. Hay una última pregunta que necesito que me contestes. Eres la única persona que me puede ayudar. Te sonará extraña, pero ahí va.

Necesito saber cómo murió Alexeï Koltchine. Solo tenía cincuenta y tres años cuando falleció, y debo saber cómo. Es importante para mí. ¿Hay alguna manera de averiguarlo? Lamento las molestias.

A menudo pienso en tu habitación, en la vista del Fontanka.

A lo mejor vuelvo algún día. Me gustaría. Muchísimo.

Gracias otra vez,

Nicolas Duhamel

Lisaveta Sapounova tardó unos días en responder, pero, cuando lo hizo, Nicolas tuvo que imprimir el email, y leerlo en papel una y otra vez.

Querido Nicolai:

Fue un placer tener otra vez noticias tuyas. Y es un placer ayudarte. En este momento estoy sentada en mi habitación, hoy un poco fría y húmeda, tomando té y traduciendo. El Fontanka sigue estando igual de azul y precioso y ya ha caído un poco de nieve.

La información que me pedías la encontré bastante rápidamente. Tengo otro amigo que trabaja para un periódico y tienen acceso a ese tipo de datos. Sin embargo, debo advertirte, Nicolai, de que lo que vas a leer no es una buena noticia. Pero me parece que debo dártela. Todavía eres muy joven. Y ahora que te conozco un poco, intuyo que eres una persona sensible.

Me he tomado la libertad de traducirte el breve artículo que se publicó en el periódico local a finales de julio de 1993. Lo encontrarás adjunto. Espero que leerlo no te resulte demasiado penoso.

Mis pensamientos y mis oraciones están contigo,

LS

Ayer por la mañana, al amanecer, se encontró el cadáver de un hombre ahogado flotando en el canal Griboedov, justo delante de la catedral de Kazan. El hombre ha sido identificado como Alexeï Vladimirovitch Koltchine, de cincuenta y tres años, administrativo, soltero, sin hijos, residente cerca de la plaza Sennaya. Sus vecinos le describen como un hombre amable y tímido, de pocos amigos, que llevaba una vida tranquila. No tenía problemas en el trabajo donde estuvo empleado durante los últimos quince años. Las pruebas forenses revelan una gran cantidad de alcohol en el flujo sanguíneo. El cuerpo no muestra señales de golpes ni violencia. En el bolsillo de Alexeï Vladimirovitch se ha encontrado una carta,

pero, al haber pasado tanto tiempo en el agua, la tinta se ha diluido y ya no se puede leer. La policía está investigando, pero en este momento es imposible determinar si Alexeï Vladimirovitch Koltchine tropezó y cayó al canal o si decidió quitarse la vida. Será enterrado en la tumba de sus padres, en Volkovo.

Alexeï. Zinaïda. Fiodor.

Su sangre rusa.

¿Qué había ocurrido tras esas paredes, en ese viejo edificio de la calle Pisareva donde nació su padre?

El hermano. La hermana. Cinco años de diferencia entre ellos. Un apartamento pequeño donde viven apretujados.

¿Había sido un hecho horrible y violento? ¿Había sido un amor secreto, imposible, condenado al fracaso? ¿Qué sabían Natacha y Vladimir?

Cuando Alexeï le escribió a su hermana, en julio de 1993, treinta años más tarde, ¿le estaba pidiendo perdón? ¿O Alexeï le había escrito para decirle que no podía vivir sin Zinaïda, que iba a poner fin a su vida?

La carta sigue siendo un misterio. Nicolas la veía perfectamente; el sobre, sucio por el largo viaje de San Petersburgo a París, de un sencillo papel blanco. La letra meticulosa y barroca. Madame Lionel Duhamel. Boulevard Saint Germain. ¿O la habían enviado a su villa cerca de Niza? Nicolas imaginó la bandeja de desayuno, las tostadas, el café, la jarra de leche, la mermelada, la miel, los periódicos de la mañana. Cuando llegó la carta, ella debió de quedarse mirando el sello ruso. El corazón le dio un vuelco cuando comprendió que su hermano le escribía.

¿Cómo acabó el sobre en manos de Théodore? ¿Quién le enseñó la carta? ¿Le había escrito Alexeï una carta parecida a Théodore?

De repente, la novela se dibujó delante de Nicolas, igual que las luces de la pista para un avión que llega de noche. Solo tenía que seguir las luces, marcadas en su cabeza. El libro se formó alrededor del misterio del padre. Un misterio en todos los aspectos. El nacimiento del padre. La muerte del padre. Nadie sabía nada. La gente que sabía algo ya había muerto y no podía contar la verdad, revelarla enteramente.

Nicolas nunca deseó aparecer en el libro. Desde el principio, su elección fue clara: necesitaba apartarse de su propia historia para tejer otro relato. Sin embargo, lo que creó poseía unas raíces sólidas que surgían de lo más profundo de su interior. Raíces en las que se filtraban sus emociones. Su confusión. Sus preguntas. Su investigación. Su búsqueda.

Nicolas no tenía todas las respuestas. Solo contaba con hipótesis. Opciones. Explorarlas de la manera en que lo hizo en la novela fue una forma de protección, una manera de enfrentarse a lo que podía ser la verdad. Fuera cual fuera.

En su libro, Margaux descubriría la carta escondida tras un tablón suelto del suelo, en la antigua casa de Zeccherio, cerca de la pequeña plaza. Una carta que llevaba años allí, a la espera de que alguien la leyera. Una carta de un hermano a una hermana. Una carta de despedida. Una carta que decía cosas inimaginables. Margaux tuvo que sentarse. Se le aflojaron las rodillas. Apretó el sobre contra su corazón y

lloró. De algún modo, su padre había leído esa carta, la que ahora sostenía en sus manos temblorosas, y supo lo que ahora ella sabía: que había nacido del amor imposible entre un hermano y una hermana. La avalancha no había sido un accidente. Su padre se había quitado la vida.

—¿Cómo te atreves a sugerir algo tan horroroso? —le había gritado Elvire Duhamel dos años antes, cuando leyó *El sobre* después de su publicación en 2008—. ¿Es que has perdido la cabeza, Nicolas? ¡No tienes ninguna prueba, ninguna prueba en absoluto! Lo único que puedo decir es que doy gracias a Dios de que firmes este libro como Nicolas Kolt y no como Nicolas Duhamel. Y doy gracias a Dios de que mi pobre padre falleciera el año pasado y no tenga que leer esta basura.

Pero la madre de Nicolas quedó tan conmovida por la novela que fue incapaz de hablar, y solo le cogió las dos manos y se las apretó. Más adelante le escribió una nota, que Nicolas conservaba.

Nico:

Entiendo lo que has intentado hacer. Veo que has rellenado los espacios en blanco, a tu manera. Nadie tiene las respuestas, pero tú has abierto puertas, con valor, has mirado la verdad a la cara. Has hecho lo que ninguno de nosotros se atrevería a hacer. Estoy orgullosa de lo que has escrito. Bravo, Nicolas Kolt. Hijo mío.

Lisaveta Sapounova le mandó una carta manuscrita en un papel verde pálido y grueso. También la conservaba como algo muy preciado.

Dorogaya Nicolai:

He leído El sobre con placer.

Te alegrará saber que la traducción rusa de tu novela, que compré en la librería Dom Knigui, en Nevsky Prospekt, es fluida, casi tan buena como podría haber sido la mía.

Me conmovió tu retrato de Margaux Dansor y su secreto familiar. Has creado un libro poderoso que estoy segura tendrá mucho éxito. Espero que algún día escribas una novela acerca de tu vínculo íntimo con Rusia y con San Petersburgo. Porque, después de todo, eres medio ruso. Si en el futuro decides escribir algo acerca de tu legado ruso, no te quepa duda de que estaré dispuesta a ser, una vez más, tu guía.

Y a lo mejor la próxima vez tengo el honor de traducir el libro yo misma.

Mis mejores deseos desde el Fontanka.

LS

A las ocho, Nicolas se pone unos vaqueros y una camisa blanca y baja a la terraza. Hay un gentío en torno al bufé. Tiene la impresión de que los huéspedes van incluso más elegantes de lo habitual. Algunos hombres llevan corbata negra y divisa un par de extravagantes vestidos de noche. Le ofrecen champán y el doctor Gheza lo saluda cordialmente.

—Me alegro mucho de que pueda quedarse otra noche con nosotros —dice el director del hotel—. Deje que le presente a la feliz pareja.

Los recién casados, próximos ya a la treintena, se llaman Cordelia y Giorgio. Parecen pegados de la cadera al hombro, como si fueran hermanos siameses. Cordelia lleva un vestido de satén color marfil y unas perlas entrelazadas en su pelo rubio, y Giorgio un traje blanco perfectamente cortado. Ninguno de los dos lo reconoce. Nunca hay término medio, piensa con desesperación, mientras Cordelia contempla desdeñosa sus vaqueros. O bien la gente se cae de culo cuando se da cuenta de que es Nicolas Kolt y se vuelve embarazosamente obsequiosa, o no tiene ni idea de quién es y él se siente desairado.

Detrás del piano de cola distingue a un cantante melódico de pelo plateado, mirada apasionada y un bronceado color chocolate. Tiene una voz profunda y sonora, con un aire a Frank Sinatra. Canta *La vie en rose* con tanto sentimiento que podría haberla compuesto él mismo. Los camareros sacan una elaborada tarta nupcial de color rosa. La gente aplaude y vitorea. La pareja se besa. Más aplausos y vítores. Nicolas toma otra copa de champán. Mientras se la bebe y contempla cómo la noche cae una vez más sobre el Gallo Nero, se da cuenta de que alguien lo observa. Se da la vuelta bruscamente y se topa con Alessandra, su admiradora, que le toma una foto con el teléfono. Se le pone la cara color remolacha cuando ve que la han pillado.

De repente, chas. *Alessandra... Alex...*

—Tú eres Alex Brunel. —No es una pregunta. Es una afirmación—. Ella asiente, temblorosa. —Tienes que quitar esas fotos de mi muro —le grita—. Si no las quitas, tendrás noticias de mi abogado. ¿Lo has entendido?

—¡Pero todo el mundo cuelga fotos en tu muro! —gimotea la joven—. ¿Por qué soy yo la única que ha de tener problemas?

Nicolas siente una furia despiadada arremolinándose en su interior. Deja que estalle. La ira no solo surge de la metedura de pata de Alessandra, sino que se ve alimentada por los desdichados sucesos de los últimos días.

—Estoy aquí de vacaciones —truenas Nicolas, sin importarle que los huéspedes lo miren sorprendidos—. No quería que nadie supiera dónde estaba ni con quién estaba y ahora, gracias a ti y a tus fotos, todo el mundo se ha enterado. —Alessandra se arredra. Nicolas desprecia sus brazos fofos, su perfume a flores, su sombra de ojos azul—. Naturalmente —prosigue echando chispas—, no tenías ni idea del daño que

causaban esas fotos. Y tampoco te importa, ¿no? ¿Qué vas a hacer esta noche? ¿Colgar más fotos? Bueno, pues ahora te he pillado, ¿no?

Nicolas agarra su BlackBerry, se la planta delante de la cara a Alessandra y saca una foto, una foto muy poco favorecedora, sin flas, donde solo se ven sus narices temblorosas, su papada y una piel áspera y reluciente. Al momento la cuelga en su muro de Facebook, para que la vean sus 250,000 «amigos». Escribe, regodeándose: «Alguien que ha probado su propia medicina. Alessandra, alias Alex Brunel».

La chica da media vuelta y se marcha. Nicolas hace caso omiso de las miradas que le lanza todo el mundo y apura su tercera copa de champán. Se dirige hasta el bar. Esta noche la gente parece tan rica como aburrída. La meliflua cháchara. «Oh, querida, qué maravilla. Sí, Anastasia Gaspard acaba de mudarse y el trípex se lo ha reformado Fabien, es como de otro mundo. No has visto a Paolo este verano, tiene un yate nuevo. Lo siento por la pobre mujer de ese tipo repugnante, después de lo que le hizo a esa camarera. Estamos aquí hasta mañana y luego nos vamos a Roma, pero Lorenzo irá en su avión, ya sabes cómo es. Wanda está tan delgada..., me pregunto quién es su nuevo médico. Hélène va a dejar a Rodolphe, pero ella se queda con el castillo».

Ojalá Cassia Carper estuviera allí, junto con Savannah y las demás modelos. Incluso le gustaría que estuviera Novézan. Y Chris, el actor rubio. A las americanas no se las ve por ninguna parte, quizá no eran lo bastante selectas para invitarlas. Tampoco ve a la pareja suiza ni a la pareja gay. ¿Se han marchado? ¿Han regresado a sus vidas entre algodones?

—Buenas noches, *signor* Kolt. —Giancarlo, el barman, le sonríe—. ¿La *signorina* Voss no le acompaña?

—Está en París, o de camino.

—¿Disfruta de la velada?

Nicolas suelta una risita.

—No especialmente. Los recién casados parecen sacados de una escena de *Gossip Girl*.

—Ella procede de la familia más rica de Italia —explica Giancarlo, bajando la voz—. Y él pertenece a la aristocracia. Se casaron ayer, en Roma. Salen en todos los periódicos.

—Fascinante —dice irónicamente Nicolas—. Supongo que tomaré más champán. —La heredera y el príncipe ahora bailan mejilla con mejilla mientras el cantante de pelo plateado desgrana *La mer*, de Charles Trenet. Los observan sus embobados padres, abuelos, tíos y amigos del alma. Nicolas rara vez ha visto tal concentración de joyas, cirugía plástica y relojes de lujo.

Mientras bebe champán y empieza a sentirse un poco piripi, se da cuenta de que todavía lleva en el bolsillo la tarjeta de Davide. A lo mejor podría llamarlo y pedirle

que lo llevara en la lancha de nuevo a Villa Stella para disfrutar allí de otra deliciosa cena.

—Qué raro —comenta Giancarlo con la vista clavada en el mar.

Nicolas sigue su mirada. Sobre las aguas oscuras divisa un gigantesco crucero.

—¿El qué?

—El *Sagamor*. Hoy se está acercando mucho. Mire.

Nicolas observa que el barco se encuentra mucho más próximo de lo que estuvo el viernes anterior. Distingue las enormes letras negras del nombre. Un rumor apagado llega desde el enorme buque, el zumbido de la música, de centenares de voces.

—¿Te refieres para hacer el *saluto*? —pregunta Nicolas.

Giancarlo asiente.

—Sí. Pero no ha hecho sonar la sirena. Y nunca se acerca tanto.

Nicolas se encoge de hombros.

—A lo mejor se trata de una nueva diversión a bordo.

—Puede.

El enorme crucero no da la impresión de moverse. Se ha detenido cerca del arrecife hasta donde Dagmar Hunoldt y él nadaron esa misma mañana. Brillan centenares de luces y está posado sobre el agua como un relumbrante y descomunal edificio.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Giancarlo—. Veo este crucero dos veces por semana, durante toda la temporada, y nunca lo había visto acercarse tanto y pararse.

Los camareros reparten ahora canapés de gambas a los huéspedes. El cantante está concentrado en *Ti amo*. Algunas parejas bailan lentamente. Cordelia y Giorgio intercambian besos húmedos y amorosos. Un hombre de mediana edad y ceño fruncido se detiene delante de Nicolas. Viste de esmoquin.

—Es usted el escritor, ¿verdad? —dice sin preámbulos al tiempo que enciende un puro.

Su voz es un desagradable gruñido.

El humo llega hasta Nicolas y le trae a la memoria el agradable recuerdo de su padre.

—Lo soy —contesta.

El hombre da un par de caladas.

—No sabe cómo le adora mi esposa —dice con una voz sin inflexión.

Y se aleja sin añadir nada más.

Nicolas se sienta en la barra con la copa en la mano. Pensar que es Nicolas Kolt y no tiene con quién pasar la velada... Casi suelta una carcajada. «Mujeres», solía decir su padre con un suspiro, poniendo los ojos en blanco y bajando la comisura de la boca. Nicolas mira a su alrededor, el codo apoyado en la barra, y se fija en todos los

detalles de la fiesta mientras sale la luna y cae la noche. El rumor de las voces, ese deslumbrante despliegue de vestidos, joyas, el murmullo de la música, las velas, el humo de puro, la languidez de las noches de verano.

Una joven de su edad, con el pelo largo y castaño, topa con él.

—Usted es el escritor —dice arrastrando las palabras.

Parece achispada, o colocada, o las dos cosas. Lleva un vestido de seda y gasa de color gris demasiado corto, que revela unas rodillas anoréxicas. Un diamante del tamaño de una uva le reluce en el dedo.

Le entrega su copa a Giancarlo de manera vacilante.

—Llénela —le pide—. De vodka. O lo que sea. —Se parte de risa—. ¿Estás solo? —le pregunta a Nicolas enfocándole con los ojos, de un violeta poco natural. No es guapa, tiene la nariz demasiado grande y la boca torcida, pero posee cierto atractivo.

—Desde luego —contesta Nicolas.

Ella se aprieta contra él.

—¿De verdad? ¿No tienes novia? ¿Un chico tan guapo como tú?

Nicolas sonrío sin entusiasmo.

—Tenía una novia. —Y casi añade: «Y ahora hay un bebé», pero no lo dice.

—Yo también estoy sola. Me aburro de cojones.

Otra risita.

—¿Eres amiga de Cornelia? —pregunta él.

—Cordelia —le corrige, al tiempo que intenta sentarse sobre uno de los taburetes sin conseguirlo. Él la ayuda a subirse—. Sí. Soy su hermana mayor. La solterona.

—¿Y cómo te llamas?

—Liliana. Pero llámame Lily. ¿Por qué estás aquí?

—El doctor Gheza me ha invitado.

—No es más que un esnob gordo y viejo. No lo trago.

—No está demasiado lejos, Lily.

—¿Y qué? Me da igual. —Le dedica un pestañeo a Nicolas y se moja los labios—. ¿Vas a incluirme en tu nuevo libro?

—¿Debería?

—En serio. Por favor, inclúyeme. Te pagaré.

—Dame una razón.

—¿Una razón? Porque soy la patética hermana mayor. La hermana a la que nadie mira desde que nació Cordelia. Soy la drogadicta, la borracha. La que le chupa la polla a los amigos de mi padre en sus Maseratis y Ferraris. Hago unas mamadas muy buenas, ¿sabes?

—Estoy seguro —dice Nicolas, divertido.

Giancarlo y él intercambian una mirada.

—¿Quieres que te haga una mamada? —le pregunta ella con su voz arrastrada.

—Bueno, es una oferta muy amable, Lily, pero no, ahora no. Por favor, dame más razones por las que debería incluirte en mi libro.

Lily rebusca en su bolso, encuentra una cajetilla de cigarrillos y enciende uno. Le ofrece el paquete.

—No fumas, ¿verdad? —pregunta.

—No. Pero bebo. Mucho. Adelante. Cuéntame.

—Deberías incluirme en tu libro porque estoy desesperada. Vivo sola, en un magnífico apartamento de la Piazza Navona, en Roma. Tengo tanto dinero que no sé qué hacer con él. No he tenido un novio de verdad desde hace años, pero desde que tenía catorce me he acostado con más de cien hombres. Soy licenciada en Derecho, pero a nadie le importa. Soy mucho más inteligente que mi hermana, pero no soy tan guapa y nadie se da cuenta. Los personajes desesperados son siempre más interesantes, ¿verdad? Ya lo sabes, eres escritor. Fíjate en Anna Karenina. O en Madame Bovary. Aunque yo no llegaría al extremo de matarme. Me da miedo dejarlo todo hecho un desastre. Esta noche, por ejemplo, estoy tan desesperada que sería capaz de hacer algo estúpido y ridículo solo para echar a perder la fiesta de mi hermana. Si miras hacia allí, verás cómo me observan mis padres. ¿Ves a ese hombre larguirucho con gafas, el de la corbata negra, y a esa mujer de cara amargada que lleva un vestido verde, sepultada en diamantes? Son mis padres. Míralos. Les preocupa tanto que algo vaya mal esta noche, en su mundo perfecto... Y allí, fíjate, están los padres de mi nuevo cuñado. Igual que la realeza, querido. Esa mujer tan pija de azul que lleva esa ridícula diadema y ese hombre hinchado de bigote blanco. Todas estas personas que están aquí esta noche son la *crème de la crème* de Roma. Banqueros, sus esposas trofeo, herederos, diseñadores, políticos, amos del universo que viajan en jet privado y se cambian las sábanas con monograma cada día.

—¿Y cómo echarías a perder la fiesta, Lily?

—Ya estoy bastante bebida, pero tengo un par de ideas. Podría quitarme la ropa y saltar desnuda a la piscina. Podría incendiar alguno de los vestidos de alta costura que llevan estas mujeres. Podría destrozar el bufé. Podría llamar al Gallo Nero desde mi móvil y decirles que va a explotar una bomba.

Una fuerte explosión los sobresalta. Viene del mar, del inmóvil *Sagamor*. Unos fuegos artificiales ascienden hacia el cielo como flores blancas de largo tallo.

—Parece que la gente que hay a bordo está al corriente de la presencia de los famosos recién casados —dice Giancarlo en tono mordaz—. El barco lleva allí más de una hora. A lo mejor están esperando para unirse a la fiesta.

Los invitados aplauden y vitorean otra vez. Más fuegos artificiales, estruendosos, que iluminan el cielo negro.

Se oye la voz efusiva de una mujer: «¡Qué idea tan encantadora! ¡Qué amables!».

Nicolas se da cuenta de que el doctor Gheza mira hacia el mar con una expresión

de perplejidad. En el crepúsculo se distinguen un par de lanchas que se dirigen hacia el *Sagamor*. El dueño del hotel se encamina rápidamente a la barra y le pide el teléfono a Giancarlo. Habla en un veloz italiano tipo *staccato* que Nicolas no comprende. Su mano rebana el aire, hacia arriba y hacia abajo. Tiene la boca fina y tensa. Cuelga y se marcha hecho una furia. Lily le traduce.

—El viejo esnob quiere saber qué creen que están haciendo estos *cazzi* de a bordo, cómo demonios saben que hay una fiesta nupcial. Esta noche no se permite que nadie del *Sagamor* desembarque en el Gallo Nero y acaba de mandar a algunos hombres para impedir que los botes se acerquen. Eso es lo que ha dicho.

Ahora ponen música disco. El cantante ha desaparecido. Los recién casados se mueven con el ritmo seguro y fluido de quienes frecuentan los clubes nocturnos. *Dancing Queen*, de Abba. Otras parejas se les unen, dan vueltas y se pavonean, sonrían y se carcajean.

—Cómo detesto ver bailar a mis padres —gruñe Lily—. Es casi tan horrible como imaginarlos copulando, cosa que estoy segura que no han hecho durante el siglo pasado.

—Creo que debo incluirte en mi novela —dice Nicolas—. Eres demasiado divertida.

—Sabía que podía corromperte —responde ella sonriéndole—. ¿Crees que los escritores son vampiros? Lo que quiero decir es si utilizas a los demás, a todas las personas que conoces en tu vida cotidiana. ¿Nos chupas tu inspiración?

—Sí —contesta él a regañadientes—. En cierto modo. Solo que no es tan simple.

—Me encantaría ser una escritora famosa. Escribiría novelas escandalosas acerca de mis exnovios y el papa me excomulgaría. Mis admiradores ocuparían la Piazza Navona solo para tener la oportunidad de verme fumar un porro en la terraza. Mis padres no volverían a hablarme. Sería divino. ¿Estás trabajando en un nuevo libro? ¿O detestas que te hagan esa pregunta?

—Detesto que me hagan esa pregunta —dice riendo—. Pero te contestaré. Supuestamente estoy trabajando en un nuevo libro.

—¿Y no lo estás?

—Mi editora piensa que casi lo he terminado, cuando la verdad es que ni siquiera lo he empezado. Y ahora, por culpa de unas estúpidas fotos de Facebook, cree que se lo he vendido a otra persona. Está furiosa y dolida.

—¿Qué vas a hacer entonces?

—Escribir el libro. Y mandárselo cuando esté acabado.

—¿Y de qué va el nuevo libro? ¿O no lo quieres contar?

Nicolas le sonrío.

—Ya lo verás.

Los dos dirigen la mirada hacia el *Sagamor*, aún inmóvil.

—Esa cosa enorme parece un aparcamiento flotante —comenta Lily—. Me está estropeando la vista. No entiendo que paguen para pasar los días en un barco tan feo.

—Los cruceros son populares entre la gente mayor —dice Giancarlo—. La tercera edad.

—Preferiría morirme —gruñe Lily.

—Mi hermana estuvo en ese —prosigue Giancarlo—. Es lujoso, *signorina*. El *Sagamor*, por ejemplo, tiene cuatro piscinas, un teatro, un cine, un spa, seis restaurantes, una docena de bares, una discoteca. A mi hermana le encantó.

—¡Una pesadilla! —murmura Lily—. Me metes en uno de esos y me ahorco *subito presto*.

Nicolas y Giancarlo no pueden evitar echarse a reír.

—¡Por fin! ¡Mira! —exclama Lily—. Da media vuelta. Se marcha.

El ángulo del crucero iluminado ha cambiado y parece ir en otra dirección.

—Me pregunto qué los ha tenido tanto rato ahí parados —dice Giancarlo—. ¿Un problema mecánico?

En la fiesta ahora bailan *YMCA*, de Village People. La música está más alta. Todo el mundo luce una sonrisa de felicidad. El doctor Gheza y la madre de Lily se entregan a una especie de minué discotequero.

—*Ciao, Sagamor* —canturrea Lily, al ritmo de la canción—. *Ciao, Sagamor!*

—No, no, no se está alejando —dice Giancarlo, ceñudo. Entrecierra los ojos para ver mejor—. Está... Oh, *Dio*. ¡Oh, *Dio*!

—¿Qué? —pregunta Lily, impaciente—. ¿A qué te refieres?

Giancarlo deja caer el limón que tiene en la mano. Corre hacia la parte de la terraza que se encuentra más cerca del mar. Lo siguen Lily, que se tambalea sobre sus tacones altos, y Nicolas.

El *Sagamor* se distingue claramente desde donde están ahora. No ha dado la vuelta. Se está escorando bruscamente a la derecha, contra el arrecife. Unas luces naranjas intermitentes brillan como si fueran balizas, revelando movimientos de pánico en las diminutas figuras que corretean por las cubiertas. Varios botes cabecean en el agua, insignificantes en comparación con la enorme estructura inclinada.

—*Madonna Santa!* —exclama Giancarlo, incrédulo.

—*Ma che cazzo!* —chilla Lily, agarrándose del brazo de Nicolas.

La música disco es ensordecedora, pero los tres distinguen el estruendo de las alarmas y sirenas que llega desde el barco, aullando en la noche.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —pregunta Nicolas, hipnotizado por la visión de esa enorme embarcación inclinándose a un lado, un Zanco Panco enorme y monstruoso.

—Se ha acercado demasiado —explica Giancarlo—. Se ha dañado el casco. El agua no es lo suficientemente profunda para un barco tan grande.

—¿Y los fuegos artificiales? —inquiere Lily—. ¿Crees que eran para Cordelia y

Giorgio?

—No estoy seguro de que a bordo supieran que se celebraba una fiesta, *signorina*. El doctor Gheza pidió que se mantuviera en secreto.

—O sea, que esos fuegos artificiales eran bengalas de aviso.

—Sí —asiente Giancarlo—. Solo que no nos dimos cuenta de que había habido un accidente. Todo el mundo ha tardado demasiado en reaccionar. Estábamos ocupados con la fiesta.

—¿Cuánta gente crees que hay a bordo? —pregunta Nicolas.

—Unos cuatro mil —contesta Giancarlo.

—¿Por qué no desembarcan a los pasajeros? ¿A qué están esperando?

En la terraza inferior, justo debajo de ellos, aparece un grupo de hombres. Van armados y llevan uniformes azules y rojos.

—¡Oh! ¡La policía! —grita Lily con entusiasmo, dando palmas—. *Mamma mia!* Parece que, después de todo, mis plegarias han sido atendidas: la fiesta de Cordelia se va a echar a perder.

Donna Summer y *Love to Love You Baby* resuenan por todo el Gallo Nero. Cordelia y Giorgio, sin inmutarse por la presencia de sus padres, demuestran con entusiasmo a los invitados lo orgullosos que están de su vida sexual imitando una cópula a la perfección, animados por aplausos, silbidos y vítores.

Con la satisfacción del mirón, Nicolas observa cómo la policía interrumpe brutalmente el baile y ordena que pare la música. Donna Summer deja escapar un último gemido ahogado. Los bailarines se quedan inmóviles con sus mejores galas, resollando. La cara del doctor Gheza está más negra que un nubarrón de tormenta. Nicolas no necesita la traducción de Lily. Qué demonios se creen que están haciendo los *carabinieri*, vocifera, juntando las puntas de los dedos en ese típico gesto italiano; esto es una fiesta privada, una fiesta nupcial, con invitados muy importantes, ¿cómo se atreven a irrumpir así? Sin decir palabra, los policías señalan el barco que se hunde, visible desde el otro lado de la terraza. Todo el grupo corre hasta donde están Nicolas, Giancarlo y Lily. Todos blanden sus teléfonos y comienzan a sacar fotos. Todo el mundo quiere una fotografía del *Sagamor* mientras se hunde. El doctor Gheza y un hombre de negro, al que Nicolas recuerda haber visto en su primer día de estancia, parecen discutir con la policía. El director del hotel no deja de repetir que no, que no y que no, negando tercamente con la cabeza. Nicolas le pregunta a Lily por qué discuten.

—La policía quiere abrir el hotel a la gente que está rescatando y Gheza se niega; afirma que están exagerando, que el barco se encuentra solo a quinientos metros, que la gente puede nadar, la noche es cálida y el mar no está frío.

—¡Menudo cabronazo!

—¿No te lo había dicho? —contesta Lily muy satisfecha de sí misma.

Ahora el *Sagamor* está completamente inclinado hacia el hotel y el lado de estribor casi totalmente cubierto de agua. Pueden ver el interior de su única chimenea. Las sirenas han dejado de sonar y se extiende un inquietante silencio. ¿Cuánta gente queda todavía a bordo?, se pregunta Nicolas. ¿Los han rescatado por babor? ¿Adónde los llevan?

Prosigue la discusión. ¿Tiene la policía alguna idea de la importancia de los invitados que hay ahí esta noche?, añade Gheza dando una patada en el suelo. Lily se lo traduce a Nicolas, susurrándole al oído mientras el director sigue perorando, furioso: ¿es que no se dan cuenta de lo prestigioso que es ese hotel?, es un lujo, no tienen más que echar un vistazo, ahí están las familias más ricas del país, un escritor de éxito, un actor de renombre, un político famoso, un respetado hombre de negocios; el Gallo Nero es el santuario de los ricos y famosos, él debe protegerlos, ese refugio no se puede abrir a desconocidos y, además, los helicópteros destrozarán sus arriates de flores y jardines al aterrizar; ¿es que han perdido la cabeza o qué?, el *Sagamor* no

va a hundirse, está apoyado en el arrecife, la gente se halla lo bastante cerca como para que la rescaten en barco y la lleven a otra parte, punto final.

Los camareros siguen ofreciendo champán a los invitados, que charlan y señalan el barco con susurros de sobrecogimiento y risitas nerviosas. Cordelia y su nuevo marido posan con el *Sagamor* de fondo.

—Mamá está preocupada de que le roben las joyas si abren el hotel a los supervivientes y papá está convencido de que los *paparazzi* se colarán en la fiesta — dice Lily—. Ah, y ahora la policía dice que ya ha oído bastante, que el Gallo Nero queda abierto para los supervivientes del *Sagamor*. ¡Fíjate en mis padres! ¡Fíjate en Cordelia! —exclama llena de satisfacción.

Es como ver a unos actores en escena. Una obra que podría haber escrito un moderno Oscar Wilde. Al doctor Gheza le preocupaba que los helicópteros destruyeran sus flores, la madre de la novia temía por sus diamantes, mientras allí fuera la gente quizá se ahogaba, quizá ya estaba muerta. Nicolas podía sentarse y quedarse mirando. Podía escoger una pasiva seguridad. Podía grabarlo todo en esa parte secreta de su mente y utilizarlo después en el libro. Sabe que lo usará. Pero no escogiendo la pasividad. No quedándose allí a mirar.

Saca la tarjeta de Davide del bolsillo y marca su número. Este contesta nada más sonar el teléfono.

—¡Hola, Davide! ¿Te acuerdas de mí? Soy Nicolas Kolt. Me llevaste a Villa Stella ayer por la noche.

Por supuesto que le recuerda. ¿Qué puede hacer por el *signor* Kolt? ¿Reunirse con él en el embarcadero ahora mismo? *Certo!*

—¿Adónde vas? —le susurra Lily cuando Nicolas da media vuelta para marcharse.

—Voy a ayudar.

La joven pone una mueca burlona.

—Ya veo. Vas a hacerte el héroe.

Él le lanza una mirada de lástima.

—¿Por qué no vienes conmigo?

—¿Yo? —dice.

—Sí, tú, la desesperada, la alcohólica, la solterona.

—No llevo calzado apropiado —murmura Lily apartando la mirada.

—Adiós, Lily.

Baja corriendo las escaleras de piedra y se encuentra con Davide, que lo espera junto al bote. Un grupo de personas se apiña contemplando el hundimiento del *Sagamor*. Entre ellas reconoce a la pareja suiza.

—¿Puedes llevarme hasta el barco, Davide? —pregunta.

—El doctor Gheza dice que no —titubea Davide—. Nos ha ordenado quedarnos

aquí y no permitir que atraque ningún bote.

—Me da igual lo que diga el doctor Gheza. Está ocupado discutiendo con la policía. Va a abrir el hotel a los supervivientes, no tiene elección. Tenemos que ir a ver si podemos ayudar, como sea.

—¿Podemos ir? —pregunta la pareja suiza al unísono. Son buenos nadadores, se dice Nicolas.

—¡Naturalmente! —contesta.

Se oye el grito desgarrado de una mujer.

—¡Esperadme! ¡Esperadme!

Es Lily, sin zapatos, que les hace señas mientras corre hacia el embarcadero.

Davide la ayuda a subir a bordo.

—Esto es lo más excitante que me ha pasado en años —dice Lily, extasiada—. ¡Y ni siquiera estoy colocada!

Mientras se acercan a la gigantesca mole, les llega un olor amargo transportado por la brisa de verano. Es un hedor a goma quemada y combustible. La Riva sorteando la impresionante mole del *Sagamor* y se coloca a babor. Se topan con una escena apocalíptica. Lily suelta un gemido. Incluso la pareja suiza manifiesta su consternación. Davide se ve obligado a detener el motor de tanta gente como hay en el agua, todos dominados por el pánico, chillando angustiados mientras luchan por mantenerse a flote. Unos pequeños botes abarrotados de pasajeros cabecean convulsos junto al casco blanco del barco, en el que se aprecia una gran abertura, como una ancha herida sin sangre. Los barcos patrulla dirigen sus poderosos reflectores hacia el barco varado y se percatan de que ya no se pueden bajar botes salvavidas por los lados del *Sagamor*, puesto que está demasiado escorado. Quedan colgando, torcidos e inútiles. En cubierta, iluminados por los errantes reflectores, se ven más pasajeros, que agitan los brazos y gritan. La monstruosa embarcación emite crujidos y gruñidos, como si fuera una criatura viva que se sacude dolorida, a punto de exhalar su último aliento.

Los suizos se ponen en pie. Ella se quita los zapatos y se alisa su largo vestido negro. Él se desprende del esmoquin y los zapatos. Con la misma armonía que Nicolas admiraba cuando los veía nadar por la mañana, se lanzan de cabeza hacia las aguas negras cubiertas de restos. Se alejan y rescatan a una mujer mayor, a la que sujetan la cabeza con los brazos mientras la llevan hacia el bote. Nicolas y Davide la izan a bordo, frágil como un pajarito. La anciana llora sin pronunciar palabra y se agarra a ellos, que ven cómo los sollozos le sacuden todo el cuerpo. Finalmente consigue farfullar en francés que no encuentra a su marido, dónde está su marido, han saltado juntos, él ha dicho que estaba justo detrás de ella y no lo encuentra. Quiere que la ayuden a encontrarlo, por favor. Nicolas le pregunta qué ha pasado. Lily coge el esmoquin del suizo y abraza a la anciana.

—Estábamos en mitad de la cena de gala y se ha oído una explosión en las profundidades del barco; los platos y los vasos se han caído de la mesa, nadie nos ha dicho qué había pasado, no sabíamos qué hacer. Nos hemos quedado durante una hora en el comedor y luego nos han pedido que volviéramos a los camarotes y esperaríamos. El barco se iba inclinando hacia un lado, cada vez más, y al final ha quedado completamente escorado, y mi marido ha dicho que cogiéramos enseguida el chaleco salvavidas, que había que saltar, que no estábamos lejos de tierra firme, que podía ver las luces. En medio del pánico hemos saltado. ¡Por favor, encuéntralo! ¡Por favor, encuentren a mi marido!

Lily intenta consolarla mientras la pareja suiza vuelve a meterse en el agua.

Delante de él, Nicolas distingue una escala de cuerda que cuelga de la cubierta inferior del *Sagamor*, por la que trepa un hombre vestido con una larga túnica negra. Otro lo observa desde un pequeño bote, sujetando la escala con las dos manos.

Nicolas se quita los zapatos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Lily sin aliento.

—Voy a subir.

—¿Estás loco?

Sin escucharla, se zambulle en el agua. No es fácil nadar vestido. El mar está grasiento, sucio, salpicado de restos flotantes. Nada lentamente hacia el otro bote. El hombre que hay a bordo le pregunta en italiano y con malos modos qué quiere. Nicolas señala la escala. En lo alto, el hombre de la túnica negra ya casi ha llegado a cubierta. El otro se echa a reír, sacudiendo la cabeza.

—*Pazzo!* ¡El barco está a punto de volcar y hundirse! El hombre que acaba de subir es un sacerdote. Está haciendo su trabajo, salvar almas. ¡Tú deberías salvar la tuya!

Antes de que Nicolas pueda contestar, oye una voz femenina a su espalda que se pone a gritar en un italiano grosero y vehemente. El hombre se encoge de hombros, suspira y parece resignarse. Extiende una mano para ayudar a Nicolas a subir a bordo.

Desde el bote, Nicolas se vuelve y ve a Lily en el agua.

—Mierda —suspira la joven—, se me ha olvidado que llevaba lentillas. Acabo de perderlas en el agua.

—¿No ves nada? —dice Nicolas.

—Claro que veo, solo eran para que mis ojos se parecieran a los de Elizabeth Taylor, ya sabes, de color violeta. —Dirige su atención hacia el hombre que hay en el bote—. ¡Hey, *stronzo!* —El hombre se encoge de hombros otra vez y la ayuda a subir al bote. A continuación agarra la escala—. No sé por qué hago esto —murmura Lily, agarrando también la cuerda. Baja la mirada hacia su vestido de seda, empapado y echado a perder—. Era un Prada, ¿sabes?

Trepar es difícil. Es mejor no mirar atrás, piensa Nicolas mientras se agarra a los

estribos de la escala con la mano mojada. Por encima de su cabeza ve los pies huesudos de Lily, sus ancas escuálidas. ¿Qué hace aquí?, se pregunta. ¿Redención? ¿Culpa? ¿Y él? Casi se echa a reír. Sí, ¿qué demonios está haciendo? No tiene tiempo para pensar. Muévete. Vamos. Una mano tras otra. Despacio. Asegurándote.

Cuando llegan a cubierta, los recibe un inquietante silencio. De vez en cuando se oye un grito apagado que llega de lejos. El hedor acre de la goma quemada es más intenso. Hay otro olor que Nicolas no sabe definir. El olor del miedo, de la angustia, de la muerte.

El *Sagamor*, ahora que está sobre un costado, muestra una topografía distinta y perturbadora. Las paredes se han convertido en suelos. Los pasillos son ahora pozos verticales. Cada superficie es traicionera y resbaladiza, cubierta por una capa de agua y aceite. Trozos de cristales rotos cuelgan como carámbanos helados. Ven grupos de ancianos agarrados a las barandillas en el cavernoso atrio naranja y morado, ahora horizontal. Algunos reciben la ayuda del sacerdote, que ha llegado allí antes que ellos. Otros septuagenarios canosos y temblorosos se dirigen lentamente hacia una cubierta superior.

—¿Por qué no hay nadie aquí que los ayude? —pregunta Nicolas.

—Me imagino que los más jóvenes y fuertes han abandonado el barco primero —contesta Lily—. Y han dejado a los más viejos.

Avanzan despacio y con cautela por el largo pasillo, descalzos, esquivando cristales y charcos de aceite. Llegan a un restaurante, ahora convertido en una inmensa piscina. Cientos de mesas, sillas doradas y servilletas blancas flotan alegremente junto a gruesos trozos de langosta, alas de pollo, salmón ahumado, hojas de lechuga y panecillos.

Las deslumbrantes luces que hay sobre sus cabezas comienzan a parpadear con un zumbido.

—¿Hay alguien aquí? —grita Nicolas.

—¿Te acuerdas de Jack y Rose, los del *Titanic*? Rose se salvó. Jack, no.

—Calla, ¿has oído eso?

—¿El qué?

Un débil gemido.

—Hay alguien aquí.

Aguzan los oídos. Vuelven a escucharlo. Claramente. Las luces parpadean otra vez, se oye un silbido y todo queda a oscuras. El sistema eléctrico ha dejado de funcionar. Solo llega la débil luz de los cuadrados verdes que hay sobre las puertas y las salidas de emergencia. Tardan diez minutos en encontrar a unos pasajeros atrapados en un largo pasillo que se ha convertido en un pozo vertical y estrecho. El agua les llega por la cintura y sube lentamente con unos ominosos borboteos. Nicolas baja la mirada hacia las caras aterradas, casi fantasmagóricas por la luz de los neones

verdes. Ninguno de ellos es joven. ¿Cuántos son? Tres, quizá cuatro. Casi no hablan inglés.

Nicolas vuelve corriendo al restaurante y pesca algunos manteles del agua. Los escurre como puede y los ata con unos movimientos febriles como si fueran sábanas. Acto seguido, dejan caer la cuerda de manteles. Lily y él, con un gran esfuerzo, sin aliento, las palmas de las manos ardiéndoles, irritadas y sangrantes por la tela húmeda, procurando no perder el equilibrio en aquellas superficies resbaladizas, magullándose y arañándose los codos y las rodillas, consiguen subir a tres personas empapadas y temblorosas. Dos mujeres y un hombre. Todos tienen setenta u ochenta años.

A su alrededor, el naufragado *Sagamor* se estremece y gruñe. Se oyen crujidos ensordecedores.

—Tenemos que salir del barco ahora mismo.

—Espera —le ordena Nicolas—. Todavía queda alguien allí abajo.

En el fondo del pozo, una cara se vuelve hacia ellos. Nicolas lanza de nuevo la escalera de manteles. La persona que queda no se esfuerza en cogerla.

—¡Por favor! —grita Nicolas—. ¡Por favor, déjeme ayudarlo! Coja la cuerda, yo tiraré de usted.

No hay respuesta.

—Me los llevo —dice Lily—. ¡Ven con nosotros!

—¿Saben quién es? ¿Es amigo suyo? —pregunta Nicolas.

Los tres niegan con la cabeza. No lo conocen. No tienen ni idea de quién es. Lily se los lleva, guiándolos con aire protector.

—¿Vienes?

—¡Quiero rescatar a esa persona! —le grita.

Nicolas está solo, tendido boca abajo, con los manteles retorcidos entre sus manos ensangrentadas. Oye el correr del agua, que va subiendo de nivel a cada momento. Si baja, no conseguirá volver a subir.

—¿Puede oírme? —dice con una voz clara que resuena por todo el pasillo.

La cara se vuelve hacia él una vez más y a la luz verdosa ve que es una mujer. Una mujer mayor, de pelo blanco. Tiene los ojos grandes y claros. Distingue el brillo de los pendientes y un collar. El agua le llega hasta los hombros y su cara parece flotar hasta él, empujada por esa agua color tinta.

—Por favor, deje que le ayude. Solo tiene que coger la cuerda con las dos manos y yo tiraré de usted. La subiré y abandonaremos el barco.

La mujer sigue sin contestar. Nicolas solamente ve esa cara dulce y agotada que lo mira. Un extraño terror le revuelve las entrañas. ¿Y si no puede salvarla? ¿Y si ella no le deja? Respira hondo. Debe calmarse. Debe pensar con frialdad.

—Debe de estar muy cansada, pero cuando la haya subido, la llevaré en brazos,

no tendrá que caminar.

¿Será capaz de bajarla al hombro por la escalera de cuerda? Ya se ocupará de esos detalles más adelante. Lo importante ahora es sacarla del pozo.

—¿Habla inglés o francés? —La anciana niega con la cabeza—. ¿Cómo se llama?

Silencio. La anciana no contesta. El barco cruje y gime. A lo lejos, Nicolas oye un grito. Alguien chilla. El miedo vuelve a apoderarse de él. Debe abandonar el barco. Pero no puede dejar ahí a esa mujer. No puede marcharse y dejarla en ese pozo negro.

Se señala el pecho con el dedo.

—Nicolas —dice—. Nicolas. —La señala a ella—. ¿Y usted?

—Natacha.

El acento es inconfundible. Le da un vuelco el corazón.

—¿Es usted rusa?

—*Da* —contesta asintiendo con la cabeza.

—*Puzhalsta!* —grita Nicolas—. ¡Por favor! Natacha, deje que la suba. ¡Déjeme!

Cómo desearía ahora haber aprendido ruso, el idioma de su abuela, el idioma que su padre nunca aprendió. Cómo desearía ahora poder hablar, convencer a Natacha, ganarse su confianza. Está seguro de que si ahora pudiera decir algunas frases en ruso, ella lo escucharía y dejaría que la salvara.

Natacha. El nombre de su bisabuela. Se acuerda de la foto que hay en la tumba de Volkovo, del pañuelo anudado en torno a su cara, la sonrisa amable.

Quiere pronunciar su nombre de la manera más rusa posible, como si estuviera escrita en cirílico, *Наташа*, como si la sangre rusa que corre por sus venas pudiera, de manera milagrosa, razonar con esa mujer.

—¡Natacha! —grita con todas sus fuerzas—. ¡Natacha!

Ella niega con la cabeza

—*Niet, Nikolai.*

Pronuncia su nombre a la manera rusa, igual que lo hacía de manera tan encantadora Lisaveta Sapounova.

El agua negra le llega a la barbilla. La mujer no tiene miedo. Le sonrío, valerosa. Nicolas no soporta seguir mirándola.

Sabe que recordará esa cara, esa sonrisa, durante el resto de su vida.

Se pone en pie, grita pidiendo ayuda, a pleno pulmón, tropezando y tambaleándose por la resbaladiza cubierta. Si encontrara a alguien, podrían sacar a Natacha entre los dos. Si encontrara a alguien, la salvarían. Pero no ve a nadie. Grita, tiene la voz ronca, le duele la garganta. El único ruido que se oye es el chorro de agua que avanza de manera inexorable. Se acuerda de la BlackBerry que lleva en el bolsillo, piensa que podría llamar para pedir ayuda. Pero el teléfono no ha sobrevivido a tanto rato en el agua. Lo tira furioso.

En cubierta, la luna, indiferente al caos, proyecta una luz plateada sobre el

desastre. Nicolas se da cuenta de que el barco casi ha volcado por completo y ahora se apoya sobre el lado de estribor. Los helicópteros dan vueltas sobre su cabeza, dirigiendo sus reflectores hacia el *Sagamor*. Siente que todavía hay esperanza, si consigue llamar la atención, si consigue indicar a los que han venido a salvarlos dónde está Natacha. Quizá entonces logren rescatarla. Permanece a bordo, colgado precariamente de la barandilla, haciendo señas a los helicópteros mientras las lágrimas le corren por las mejillas y aquella enorme carcasa sigue hundiéndose y rugiendo detrás de él. Oye los chillidos de los pasajeros en el agua, pero solo piensa en Natacha, en salvar a Natacha, en asegurarse de que Natacha se encuentra a salvo. No sabe cuánto tiempo se queda esperando. Cuando los hombres con traje de neopreno por fin ponen el pie en el barco, los lleva al restaurante, que ahora está lleno de agua, y comprende, horrorizado, que es imposible llegar al pozo, ahora totalmente inundado, y que ya no queda ninguna esperanza.

Al amanecer, los primeros rayos rosáceos del sol revelan una imagen de otro mundo, tan sobrecogedora, tan espantosa, tan hipnotizadora que Nicolas no puede apartar los ojos.

Una gigantesca masa blanca, hundida contra el arrecife, una mitad asomando del agua, un monstruo varado que revela sus tripas heridas y vulnerables.

SAGAMOR.

Las enormes letras negras. SAGA, relato. AMOR. MOR, *mort*, muerte en francés. Una historia de amor y muerte. Esas palabras también le fascinan.

Nicolas se halla de pie sobre la zona de cemento. Tiene la cara magullada, le duelen las piernas y los brazos, luce un corte en la barbilla. La camisa blanca está desgarrada, los vaqueros hechos jirones, los pies y las manos cubiertos de sangre.

A su alrededor, el equipo médico va de un lado a otro, llevando bebidas calientes a los supervivientes. ¿Cuántos son? Centenares. Deambulan por el Gallo Nero envueltos en mantas, se sientan en la terraza, en el restaurante, en el césped, parecen exánimes. Su mirada, al igual que la de Nicolas, se vuelve una y otra vez hacia el barco volcado.

Pasan helicópteros continuamente. En el embarcadero van y vienen lanchas motoras. En el hotel hay un enjambre de gente. Se ven agentes de policía en cada esquina. Nicolas reconoce a los huéspedes. Algunos hacen lo que pueden por ayudar y otros se han marchado, desahogándose contra el denso atasco que bloquea el acceso a las carreteras principales. Otros, enfundados en sus albornoces, observan plácidamente la escena desde su ventana. Otros sacan fotografías con el teléfono. Los camareros intentan hacer su trabajo, servir a los invitados, y también ofrecen su ayuda. Al doctor Gheza no se le ve por ninguna parte. Los habitantes de las aldeas cercanas han traído comida, bebida y ropa. Ha llegado la prensa, numerosas furgonetas con antenas parabólicas aparecen aquí y allá y asoman los reporteros, cámara en mano.

—¿No es usted Nicolas Kolt? —farfulla una mujer excitada con una acreditación de prensa en torno al cuello al tiempo que le planta el micrófono delante de la cara.

—¿Quién? —pregunta.

—El escritor.

Niega con la cabeza.

—No.

La mujer da media vuelta, decepcionada.

Lo siento, tiene ganas de decir, Nicolas Kolt está aquí, pero no se siente con ánimo de hablar. ¿Y qué podría decir, de todos modos? ¿Que hay un antes y un después? ¿Que ha pasado una página de la noche a la mañana? ¿Que Nicolas Kolt nunca se ha sentido tan lejano, tan distanciado, tan ajeno a sí mismo? ¿Que su vida

anterior exhibe un singular parecido con el terrible naufragio del *Sagamor*?

—¿Se encuentra bien? —pregunta uno de los médicos.

El hombre tiene la cara demacrada. Debe de haber trabajado toda la noche.

—Sí. Gracias.

—Ese corte en la barbilla. Déjeme verlo.

—No es nada.

El doctor no le hace caso y con un algodón le aplica un líquido en la barbilla. Escuece.

—Usted fue la última persona que abandonó el barco, ¿verdad? —pregunta el médico. Nicolas asiente—. No como el capitán. Me han dicho que él fue el primero en abandonarlo —dice el médico en tono mordaz—. Será la vergüenza de nuestro país durante años. Veinte personas murieron ayer por la noche y al menos cincuenta pasajeros siguen desaparecidos. Quería hacerse el chulo delante del Gallo Nero, acercar el barco lo más posible.

Aparece otro agitado reportero, esgrimiendo una cámara.

—¡Nicolas Kolt! ¿Estaba usted a bordo? ¿Podría decirnos lo que ha ocurrido?

¿Debería contarle al reportero que se subió a un barco que se hundía e intentó desesperadamente salvar a una anciana y fracasó? ¿Que la cara de la mujer le perseguirá hasta su muerte?

—No, no soy Nicolas Kolt. —Le hace señas al hombre de que se marche.

—Es cierto, se parece usted al escritor —observa el médico—. A mi mujer y a mis hijas les encantó el libro. Y también la película.

Nicolas no contesta. Le escuece el corte en la mejilla.

En la terraza ve a un grupo de periodistas que están haciendo una entrevista con luces y una cámara. Reconoce a Lily, que todavía lleva su arrugado vestido de seda y gasa. Le habla al micrófono, imitando con las manos el gesto de trepar por una escalera. Los reporteros escuchan embelesados. Nicolas imagina los titulares. «HEROÍNA EN EL DESASTRE DEL *SAGAMOR*. Valiente heredera salva la vida de tres personas la noche de la fiesta nupcial de su hermana».

Vuelve a mirar al *Sagamor*. Es imposible apartar la vista. Los submarinistas dan vueltas en las lanchas motoras, iniciando la espeluznante tarea de sacar los cadáveres. Todos los bienes atrapados dentro del enorme barco. Nicolas hace una lista mental: equipaje, ropa, dinero, ordenadores, cámaras, libros, cartas, joyas, recuerdos, todo perdido para siempre. La inmensa plétora de comida que se pudre ahí abajo, las enormes cantidades de combustible, de aceite, que lentamente irán contaminando el lecho marino.

—¿Seguro que se encuentra bien? —vuelve a preguntar el médico mientras lo observa atentamente—. A lo mejor debería hacerle un reconocimiento.

Se lleva a Nicolas a una tienda de campaña cercana y le dice que se tumbe en una

camilla. Le toman la presión sanguínea, una luz le ilumina la garganta, los oídos. Unas manos expertas le palpan la tripa, el pecho. Le vendan las manos y los pies ensangrentados.

Nicolas casi se siente cómodo echado ahí, de no ser por la desdicha que le desgarró el corazón. Todavía puede ver el naufragio con todo su horror a través de la abertura de la tienda. Puede que todavía haya pasajeros vivos en el interior, en alguna parte, en alguna bolsa de aire, como los supervivientes que se extraen milagrosamente de los escombros días después de un terremoto. Piensa en los que están esperando, los que no han tenido noticias de sus seres queridos, los que ni siquiera han oído las noticias, no han visto las increíbles imágenes por televisión y todavía no saben que la muerte los visitará hoy mismo a través de una llamada telefónica.

Agotado, Nicolas se amodorra. Cuando abre los ojos, el sol está ya alto. Es más de mediodía. Fuera de la tienda prosigue la misma actividad. Por todas partes se ven pasajeros ojerosos. Algunos comen sándwiches. Otros lloran. Otros están echados debajo de una sombrilla, durmiendo acurrucados.

Nicolas se encamina despacio a su habitación sobre los pies vendados. Está perfectamente ordenada. Han sacado la ropa de la maleta. Los artículos de aseo se encuentran meticulosamente colocados en el cuarto de baño. El Hamilton-Khaki descansa sobre la mesita de noche. Cerca del sofá hay un cuenco con rosas blancas y uvas frescas. Es como si nada hubiera ocurrido. Pero cuando mira por la ventana, ve aquella mole aterradora. Hay multitud de gente sacando fotos. Los policías les ordenan con firmeza que se marchen. Él se queda mirando.

Suena el teléfono. Llaman de recepción. Tiene mensajes. Varias personas han intentado localizarlo. Emma Duhamel. Malvina Voss. Alice Dor. Debería llamarlos. Todos están preocupados, porque su móvil no da señal y han visto imágenes alarmantes por televisión.

En lugar de ponerse a llamar por teléfono, saca su cuaderno y la pluma Montblanc de su padre. La primera y única palabra que escribe es «Natacha».

Regresa a la terraza con la Moleskine en el bolsillo. Se da cuenta de que es incapaz de apartar la mirada del *Sagamor*. Aquella imagen lo atrae de un modo escalofriante. Le hiere los ojos, pero no puede evitar seguir mirando.

Alguien le da un golpecito en el hombro. Es Lily, que ahora viste vaqueros y una camiseta. Sin maquillaje, es sorprendentemente guapa.

—¡Pero si aquí está don Héroe! —Lo abraza y aprieta su cuerpo huesudo contra el de él—. ¡Estaba tan preocupada por ti! ¡Creía que no habías podido salir del barco! ¿Salvaste a esa última persona?

—No. —Casi no puede pronunciar la palabra.

Lily se lleva la mano a la boca.

—¿Por qué?

Nicolas siente una presión en el pecho.

—No quiso que la sacara.

La insoportable imagen de Natacha esperando su muerte ahí abajo mientras el agua subía de nivel le hace estremecerse de pies a cabeza.

—Mierda, qué cosa más triste —murmura Lily. Vuelve a abrazarlo—. Debería haberme quedado contigo. Entre los dos podríamos haberla sacado.

Nicolas consigue decir:

—Era rusa. Se llamaba Natacha. Simplemente no quería que la salvaran.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé.

—Estás llorando —murmura Lily—. ¿Te encuentras bien?

La tristeza surge de un lugar cerrado y olvidado, de una emoción de la que había hecho grandes esfuerzos por protegerse. Sobre la cabeza de Lily, Nicolas mira en dirección al naufragio. Natacha. **Наташа**. La cara agotada de Natacha se vuelve hacia él en esa luz verdosa y Nicolas ve su digna belleza, el valor de su última sonrisa. ¿Cuál era la historia de Natacha? ¿Era la primera vez que iba a Italia? ¿Quién la acompañaba? Es improbable que hiciera ese crucero sola. ¿Por qué no la habían sacado del barco? ¿Había decidido dejar que el agua la rodeara y acabara engulléndola porque estaba demasiado cansada para moverse? ¿O había algo más? ¿Una razón más profunda, más oscura? ¿Alguna explicación secreta que había dejado su vida sin ningún incentivo? ¿Quizá comprendió algo que la inmovilizó, que la obligó a permanecer allí, atrapada, mientras la muerte iba ascendiendo lentamente por su cuerpo anciano? La elección final de Natacha había desencadenado muchas preguntas dentro de Nicolas, esas mismas preguntas que llevaba tanto tiempo sin querer afrontar y que Margaux Dansor se había planteado por él a través de su propio destino, no el de él.

—Vas a escribir sobre todo esto, ¿verdad? —murmura Lily.

—Sí —contesta él.

—¿Por dónde vas a empezar?

Aprieta contra sí a Lily. Es un abrazo amistoso, consolador.

—Antes de empezar lo primero que he de hacer es llamar a Alice y decirle que hay un libro de camino. Decirle que no me ha perdido, que todavía soy un autor suyo y que lo que dijo Dagmar Hunoldt de la astrología y Epicuro son bobadas.

—¿Dagmar? ¿Te refieres a Dagmar Hunoldt? —musita Lily.

—Ni siquiera estoy seguro de que fuera ella. Tanto da.

Lily da un paso atrás y se lo queda mirando. De nuevo le conmueve la belleza natural de Nicolas, las sencillas líneas de su cara.

—Has cambiado, don Héroe.

—Tú también has cambiado. Aquella chica colocada del bar está a kilómetros de distancia.

Ella vuelva a abrazarlo.

—¿Y tu novia? ¿La novia de la que no hablabas? ¿Todavía significa algo para ti?

—No —dice Nicolas sin vacilar, observando cómo unos pequeños botes rodean el naufragio y los submarinistas hablan entre gritos en italiano—. No lo sabe aún, pero pronto lo sabrá.

No menciona al bebé aún no nacido. Sabe que ya ha tomado una decisión. No habrá boda. Lo suyo con Malvina no tiene futuro, ni con un hijo. La fuerza de su convicción interior le recorre con una energía inesperada. No menciona a Delphine, aunque sabe que querrá hablar con ella en cuanto vuelva a París, y que hará cuanto esté en su poder para verla.

—¿Vas a incluirme en el libro? —suplica Lily—. ¡Lo prometiste!

—¿Cómo no iba a hacerlo?

—¿Ocurrirá en el Gallo Nero? ¿Cómo lo llamarás? ¿Saldremos todos? ¿Comenzará o acabará con el naufragio?

—No te lo puedo decir. Aún no he empezado.

—¡Pero seguro que ya lo sabes! ¡Seguro que me puedes decir cómo empieza!

Nicolas sonrío ante su entusiasmo. Es como una niña, sumida en el vértigo de la impaciencia. Nicolas ya sabe que el viaje que ha de emprender para escribir ese libro será mucho menos simple de lo que ella se imagina, más lleno de presagios, más sombrío de lo que ella puede imaginar. Nicolas se da cuenta de que tendrá que aventurarse dentro de ese pozo negro de sufrimiento, dentro del dolor secreto de Natacha, dentro de su propio fracaso para salvarla. Tendrá que abrir la puerta a ese silencioso tormento con que se encontró al enfrentarse con la muerte de Alexei, con la muerte de su padre, con sus irrevocables y terribles tumbas de agua, con tantas preguntas sin respuesta. San Petersburgo le espera. Volverá a la familia Koltchine. Volverá a la calle Pisareva, al Fontanka, a Volkovo, con Lisaveta Sapounova a su lado. Pero ahora la historia de Natacha entreteje sus poderosos hilos en su tapiz personal, añadiendo otros colores, otras texturas. Ahora Nicolas puede ver claramente el libro, tan claramente como vio la pista de aterrizaje iluminada para *El sobre*. La historia queda esbozada delante de él, con esa larga escalera de cuerda que cuelga para llevarle a la cubierta superior del *Sagamor*, igual que las bengalas de aviso esparcen su color blanco en el cielo oscuro. Para escribir la novela Nicolas sabe que tendrá que mojar la pluma Montblanc de su padre en tinta rusa.

Agradecimientos

Por orden alfabético:

Elisabeth Barillé, mi «hermana rusa», por ser mis ojos en San Petersburgo antes de que fuera allí.

Julien B., por contestar un par de extrañas preguntas.

Elena Boudnikova, por su ayuda.

«Momo» Cohen Solal, por los detalles de los puros.

Abha Dawesar, por su *feedback*.

Julia Delbourg, por la información sobre la Khâgne.

Dagmar Hunold, por tener la habilidad de dejarme tomar prestado su nombre (sin la «t»).

Ksenia, y profesora de ruso, por su paciencia.

Laure du Pavillon y Catherine Rousseau-Rambaud, mis primeros y fieles lectores.

Y no por últimos menos importantes:

Mi familia rusa, Natalia, Anka, Volodia y sus hijos, por cómo nos recibieron y nos llevaron tras las huellas de Tatoulya y Natacha en San Petersburgo.

El maravilloso equipo de EHO.

Raymond Clarinard, mi voz francesa.

Y gracias, por encima de todo, a:

Mis hijos, Louis y Charlotte, por su infatigable apoyo.

Mi marido, Nicolas, que me entregó la llave de Manderley.



TATIANA DE ROSNAY nació en París y tiene raíces inglesas, francesas y rusas. Criada en un entorno multicultural, vivió en Estados Unidos durante su infancia y se licenció en la University of East Anglia (Norwich, Inglaterra). Es autora de nueve novelas y de diversos guiones. También escribe en la revista *Elle* y hace crítica literaria para *Psychologies*. Su novela *La llave de Sarah* (2007), convertida en película después, se tradujo a treinta y tres idiomas y fue un éxito rotundo de crítica y ventas en todo el mundo con unas cifras que superan los siete millones de ejemplares vendidos. Asimismo recibió los premios Prix de Chronos, Prix des Lecteurs de Corse y Prix des lecteurs-choix des libraires du Livre de Poche. En 2010 se publicó su novela *Boomerang* y en 2011 *La casa que amé*. Tatiana vive en París, está casada y tiene dos hijos. Es considerada la autora francesa más leída en Europa y Estados Unidos.

Notas

[1] La palabra procede de Napoleón, que al visitar las «Grandes Écoles» preuniversitarias, desdeñoso con los que hacían letras, los llamó «*cagneux*» («patizambos»), palabra que se convirtió en *khâgne* por burlona asimilación al griego. (N. del T.)<<